

APUESTA POR EL AMOR

UNA NOVELA DE
JG MILLÁN



Apuesta por el Amor

Prefacio

La historia se desarrolla en una sociedad futura totalmente polarizada y consumida por el odio, en la que el enfrentamiento entre hombres y mujeres ha alcanzado una intensidad nunca vista.

En ese mundo desquiciado, Olivia tomará una trascendental decisión y se atreverá a amar, con unas consecuencias catastróficas para su vida.

Sin embargo, todavía hay sitio para la esperanza. El amor, verdadero motor del mundo, luchará con determinación por abrirse paso en una sociedad deshumanizada, llena de odio, despótica y cruel.

[Índice](#)

[Prefacio](#)

[Primera Parte – Cara de ángel](#)

[Segunda Parte – La revancha de las mujeres](#)

[Tercera Parte - Susa](#)

[Notas del autor](#)

Primera parte – Cara de ángel

El Boss

Había aceptado a regañadientes salir aquella noche con una de mis compañeras del apartamento en donde vivía. La más “golfa”, precisamente.

Lucy se había unido recientemente a una pandilla, donde había un chico que estaba “súperbueno”, según sus propias palabras. Ella llevaba un tiempo detrás de él, pero todavía no había conseguido que la vieran como algo más que una amiga. “Anda, ven y así lo conoces, a ver qué te parece”.

Yo intenté convencerla de que no estaba interesada, pues entre otras cosas tenía un examen difícil la semana siguiente. Pero no hubo manera. En el fondo siempre me ha pasado lo mismo, esto es, que no sé decir que no. “Anda, que lo mismo conoces a alguno de los otros chicos que tampoco están mal.” En el fondo eso era una manera de decirme que yo, tontita e inocente como era, no podía aspirar a aquel chico, y que, como mucho, debía de conformarme con alguno de los otros.

Llegamos al bar donde aquella pandilla pasaba casi todas las tardes, y efectivamente, allí estaba Víctor. Allí estaba él, con sus ojos azules y su cabello oscuro peinado hacia atrás, su mirada incisiva y su brazo lleno de tatuajes. Una mezcla entre Tom Cruise y Patrick Swayze, pero más alto y musculoso.



Víctor, el macho alfa de la manada, a quien también llamaban *el boss*, y más frecuentemente “*Kaki*”, por ser el color del uniforme militar. Un estilo de prendas que él solía llevar casi siempre, bien en la modalidad de camuflaje de esa tonalidad, o en el azul de la marina.

No le faltaba razón a Lucy cuando me lo describió, y ciertamente *se me cayeron las bragas*, como se suele decir, cuando lo vi.

El boss en ese momento estaba tonteando con Carmen, la única hembra del grupo que no le hacía caso; la única que todavía se le resistía. Y probablemente se fijaba más en ella que en las demás por esa única razón.

Ese era Víctor: inadaptado, rebelde, una pizca violento —solo con los chicos—, pendenciero, cautivador, encantador... irresistible.

Y yo... bueno, me parecía a Sandy cuando se encontró con Danny en la película *Grease*. Además de que me parezco físicamente a ella, sí, esa era yo: rubia, modosita, de mirada baja, una niña de colegio de monjas sin estrenar.

Estaba ya en el cuarto año de la carrera de Derecho, y ese curso supuso para mí todo un desafío.

Comencé la universidad como todas las chicas, con 18 años. Mis padres hicieron un esfuerzo para pagarme los estudios, y durante los tres primeros cursos me alojé con las clarisas, las mismas monjas con las que me había formado en el colegio años atrás.

Cuando llegué a la ciudad desde mi pueblo, mi vida fue muy monótona. Apenas hablaba con nadie, y todos mis días eran iguales. Por la mañana me marchaba a la Facultad, y por la tarde me quedaba en la residencia, sin hacer otra cosa más que estudiar.

Pero a partir de cuarto, todo cambió. Las monjas, cada vez con menos recursos, terminaron por cerrar la residencia, y me vi obligada a buscar piso junto con otras compañeras de la Facultad. El destino hizo que recalara junto a Lucy y Clara, dos muchachas que nada tenían que ver con mis anteriores compañeras, tan inocentes como yo, o más.

Y lógicamente, mis notas se resintieron. De sacar todas las asignaturas con sobresaliente, de repente comencé a bajar calificaciones, llegando incluso a suspender alguna. Pero es que, bastante hacía con aprobar las que iba sacando, pues era imposible estudiar en aquel apartamento. Tanto Lucy como Clara todavía estaban en segundo, incluso con alguna materia pendiente de primero. Todos los días había juergas en la casa y así era imposible concentrarse incluso con la puerta cerrada y tapones en los oídos.

Así que no tuve más remedio que rendirme y salir con ellas, aunque solo fuera para comprobar con mis propios ojos la calidad de aquel estupendo ejemplar masculino de quien no se paraba de hablar en mi casa a todas horas.

Y como ocurrió en la película *Grease* entre Danny y Sandy, nada más entrar en el bar él se fijó en mí y se alejó del grupo para decirme:

—¡Hola! Yo soy Víctor. ¿Y tú?

—Olivia —replicé, ruborizada hasta el extremo, sin atreverme casi a levantar la vista.

—Tienes unos ojos preciosos —me dijo, y entonces se me cayeron las bragas de verdad.

—Tú también —musité, pero él no me oyó. Una de las chicas acababa de llegar y le hizo girarse agarrándole del brazo:

—¡Oye! ¿Por qué no terminas lo que nos estabas contando?

Él sonrió y se apartó ligeramente de mí, con la intención de marcharse hacia la zona donde había dejado a los demás. Pero antes de hacerlo, me agarró de la mano y me llevó junto a ellos.

Eran tres mesas que estaban llenas de bebidas, en un rincón del bar. Víctor estaba en el centro contando una historia que, seguramente, era mentira. Pero todos se reían con sus ocurrencias, y las chicas las que más. En total seríamos ocho o diez entre chicos y chicas, aunque un par de parejas no le prestaban demasiada atención. Estaban enfrascadas en besarse y manosearse, casi encima de mí.

Aquel 20 de octubre supuso un antes y un después en mi vida. Ahora que lo recuerdo, habiendo pasado ya tantos años, hay veces que me pregunto si no hubiera sido mejor decirle que no a Lucy y haberme quedado estudiando. Haberle dicho que yo no necesitaba salir con chicos, que simplemente quería ser abogada penalista, y que no estaba interesada en *vivir la vida* con mayúsculas, que fue lo que hice a partir de ese día.

Aunque, por otra parte, de haber hecho eso me hubiera quedado sin conocerle, sin conocer a la persona que marcó mi vida a partir de ese momento para bien y para mal.

Cuarto curso

Aquel cuarto curso de mi carrera fue todo un desastre y lo perdí por completo. Al final me dejé llevar, y casi siempre acompañé a Lucy al *Khan*, que así se llamaba el bar que frequentábamos, el de la pandilla de Víctor, de la que yo ya formaba parte. A veces incluso iba yo sola, si ella no podía salir conmigo por alguna razón.



Y lo único que saqué en claro en ese todo tiempo fue que no tenía



nada claro lo que allí pasaba. Por un lado, todas las chicas decían que se habían acostado con *el boss* en algún momento del pasado, aunque en mi opinión todo era fanfarronadas tan grandes como las que contaba él. Porque en realidad, Víctor solo tenía ojos para Carmen, una chica latina muy delgada que no era ni de lejos tan espectacular como las demás, y que lo único que la diferenciaba del resto era su aparente desdén por él, por Kaki, como todos le llamaban.

Lucy desde luego no consiguió su objetivo de llevárselo a la cama. Y respecto a mí, sí que puedo decir que, al menos así me lo pareció, hubiera jurado que Víctor detuvo al menos un par de intentos de otros chicos por conquistarme. O quizás fueran todo imaginaciones mías, desde luego, porque yo no tenía intención de dejarme conquistar por ninguno de ellos.

Al terminar el curso dejé el apartamento y pasé el verano con mis padres. Intenté olvidarme de todo lo que había ocurrido en aquel año tan atípico en la historia de mi vida, tan movido y tan distinto a todos los demás.

Al año siguiente, la economía de mi familia mejoró un poco, y pudieron pagarme el alquiler de un modesto apartamento en el que viví yo sola, con el objetivo de terminar la carrera de una vez.

Intenté pasar desapercibida y no transitar ni siquiera por enfrente del *Khan*, pero fue inútil. A pesar de que Lucy y Clara habían abandonado la carrera, en un mundo dominado por las redes sociales, estás localizada en todo momento, y pronto descubrieron, no solo que había vuelto, sino también en dónde vivía. Y ya digo que era algo que me esforcé en ocultar, habiendo dicho durante todo el verano que mi intención era quedarme en mi pueblo y no volver a la ciudad.

El caso es que todo volvió a ser como antes, o casi. Solo el pequeño tamaño de mi apartamento impidió que este fuera otro lugar de parada y celebración de las continuas juergas que seguían celebrándose casi todos los días.

La novedad esta vez era que Víctor y Carmen por fin ya eran novios oficialmente. O al menos eso parecía, a pesar de que tanto él como ella no paraban de insinuarse a los demás miembros de la pandilla, constantemente.

Un rebelde

Víctor había tenido una infancia complicada. Su padre “voló” del hogar familiar cuando él solo tenía dos años, dejándolo a cargo de una madre que además tenía a otro chiquillo recién nacido. Fueron tiempos duros para los tres, pues aquella mujer se tuvo que hacer cargo de los dos pequeños con muy pocos recursos económicos. Y ocurrió lo típico en esos casos, sobre todo cuando Víctor y su hermano llegaron a la pubertad. En ausencia de una figura paterna de referencia, los dos se mostraban violentos con sus compañeros de colegio, y su madre bastante hacía con mantener la calma y sobrelevar los malos expedientes académicos y las continuas expulsiones de los centros de enseñanza.

Afortunadamente, en torno a los 20 años, los dos sentaron la cabeza. El pequeño se echó una novia a quien dejó embarazada muy joven, y, contrariamente a lo que todos esperaban, se hizo cargo del bebé y encontró un trabajo al que se entregó en cuerpo y alma para sacar adelante a su nueva familia.

Víctor por su parte también encontró trabajo, nada menos que en la Policía. Después de la enésima visita a la comisaría a causa de los frecuentes altercados callejeros que protagonizaba, y puesto que el chico en el fondo no era malo, uno de los agentes se lo sugirió: “entra a formar parte del Cuerpo. Así podrás golpear a la gente legalmente”.

Y eso fue lo que hizo. El muchacho estaba en buena forma física y pasó las pruebas sin dificultad. También los exámenes. No era nada tonto, y se dedicó a estudiar como no lo había hecho en toda su vida, para descubrir que no se le daba tan mal.

Nada más aprobar lo destinaron a los antidisturbios, donde se hartó de dar palos a los manifestantes discolos, que siempre los había. Él siempre estaba en primera línea, y, a diferencia de sus compañeros, deseaba que alguien se portase mal para poder emplearse a fondo. Y eso fue lo que hizo muchas veces, sobre todo en las manifestaciones que se sucedieron después de la aprobación de diversas leyes que discriminaban al hombre en favor de las mujeres. “Yo soy feminista hasta la médula”, decía. “Para mí, las mujeres son lo primero”.

Fue algo más tarde, cuando movido por su gran pasión por las motos, consiguió que lo destinaran a Tráfico. Allí encontró su sitio, y para él no había nada mejor en el mundo que recorrer las carreteras en compañía de Oscar, su compañero habitual, montando en una BMW Trail de 500 centímetros cúbicos.

Cuando no estaba de servicio se pasaba las mañanas en el gimnasio junto a Martín y Samuel, sus lugartenientes en la pandilla; fanáticos incondicionales suyos que fueron quienes le pusieron el sobrenombre de *el boss*.

Toda su vida se reducía a lo mismo: gimnasio, turnos de servicio, y *ligoteo* en el *Khan* por las tardes. Y como siempre que había chicas delante sacaba su natural instinto seductor, esto es, su forma de ser bromista y sugerente, yo no tardé en recibir las mismas dosis de guiños que las demás. Ya había participado de ellos durante el año anterior, solo que ahora cada vez fueron más persistentes, como si de alguna manera este año yo hubiera cambiado respecto al otro, o quizás quién había cambiado era él.

Y eso era extraño, porque el año anterior teóricamente no estaba saliendo con nadie, y este, al menos también en teoría, ya estaba saliendo con Carmen.

Seducción

Desde que lo conocí, como supongo que también les pasaba a las demás chicas, Víctor era para mí una especie de “amor platónico”. Era el prototipo de “tío bueno”, de masculinidad, el tipo de hombre en el que se piensa cuando una está en la cama durante una noche de insomnio.

Todas nos reuníamos en torno suyo por el mero hecho de estar cerca de él, por oírle contar aquellas historias, por ser un hombre sumamente encantador. Las reuniones en *el Khan* no eran nada y se disolvían pronto, cuando Kaki no estaba presente.

Pero el problema era que él ya estaba con Carmen, probablemente la “hembra alfa” del grupo, y nadie se atrevía a cuestionar su reinado.

Por eso, lo que pasó aquel día me pilló totalmente desprevenida, aunque, a decir verdad, ya había señales previas que apuntaban en esa dirección.

Fue un martes. Lo recuerdo perfectamente, igual que recuerdo lo que yo llevaba puesto ese día. A diferencia del año anterior, había abandonado mis clásicos vestidos de niña grande, y ahora vestía de forma similar a como lo hacían las otras chicas de la pandilla. Esa tarde llevaba unos vaqueros ajustados y una ceñida blusa de tirantes, que, todo hay que decirlo, me marcaba bastante el pecho.

Carmen no estaba ese día, y *el boss* estaba apático. Se sentía molesto por alguna razón. No estaba ocurriendo como solía ser habitual, y simplemente se dedicó a beber su habitual combinado de ron con naranja, allí, sentado en un rincón, mientras eran los otros chicos quienes tomaban la iniciativa de contar chistes e historias para hacernos reír a todas.

Después de un rato, yo me levanté y hice ademán de marcharme. Tenía exámenes cerca, y no quería trasnochar demasiado.

Pero en cuanto salí a la calle, *el boss* lo hizo tras de mí, y empezó a seducirme, invitándome a ir a su casa.



—Pero, Kaki, ¿cómo vamos a hacer eso? ¿Qué pensará Carmen si se entera de qué hemos estado allí, los dos solos?

—Me da igual lo que piense. ¿Qué me importa? ¿Qué te importa a ti?

—Pero, es tu novia... ¿no?

—Lo hemos dejado —soltó.

—¿En serio? —Me quedé perpleja. El día anterior habían estado los dos juntos, muy acaramelados, sin dejar de besarse y de gastarse bromas el uno al otro.

—¿De verdad que lo habéis dejado?

Sin responderme, me estrechó junto a sí, y me sonrió de una manera que hubiera derretido a la mujer más difícil.

—Mira Olivia, tú eres la chica más interesante de todo el grupo. Desde que te vi aquel día, el 20 octubre —¡se acordaba de la fecha exacta!—, supe que tú serías mía tarde o temprano. ¡No te podía sacar de mi cabeza! —mintió, como un bellaco—. Hubiera salido contigo si no hubiera sido porque te fuiste en el verano. Y por eso lo hice con Carmen. Pero eso ya terminó.

Me quedé perpleja, y no me creí nada.

—Pero, ¿qué tengo yo?

—Una cara preciosa —respondió, con su sonrisa más cautivadora, y tras lo cual me besó. Me besó y yo le correspondí, fundiéndonos los dos en un apasionado beso en el que el

tiempo se detuvo para mí.

Y, sin saber cómo, en un abrir y cerrar de ojos me vi dentro de su casa, y allí no pude ni quise resistirme a hacer el amor con él.

Primera vez

Yo nunca temí a la primera vez. Muchas chicas hablaban de dolor, de sensaciones desagradables... No fue mi caso en absoluto. Fue una primera vez placentera, llena de ternura y de sentimientos bonitos, pues él me trató con suma delicadeza. Ni siquiera sangré.

Fue más bien Víctor quien pareció confuso e inquieto mientras se fumaba el cigarrillo de rigor. Estaba incómodo, algo ausente, como si se arrepintiera de lo que había hecho.

—¿Nunca habías estado con una chica virgen? —pregunté, para romper el hielo.

—¡Oh, sí! ¡Muchas veces! —su semblante se distendió y volvió a ser el de siempre—. Me llaman *el abrelatas*. ¿No lo sabías?

—¿El abrelatas? ¿Quién te llama así?

—Todos los de la pandilla.

—Venga, Kaki, no seas fanfarrón. —Siempre le llamaba por su nombre “de guerra” como hacía todo el mundo.

—¡En serio! ¡No es broma! Verás, Martin tenía un problema con su novia. No me refiero a Laura, sino a una chica con la que salía antes.

—¿Qué le pasaba?

—El chico se ponía nervioso cuando iban a hacerlo. Ya sabes, *no se le ponía* —me susurró, en bajito, y yo me reí—. Además, ella estaba “muy cerrada”, pues además de ser virgen, también estaba nerviosa, y vaya, ¡que no había manera! Entonces me pidió que si yo pudiera “abrir la lata” ¿me entiendes? —Yo solté una carcajada—. Es normal, Olivia —siguió—. Algunas chicas necesitan “desatascarse”, es decir, que alguien “abra la lata” y luego ya las siguientes veces, pues entra sola.



Los dos nos reímos a carcajadas y yo me imaginé a Martin intentando hacerlo y no pudiendo conseguirlo.

—Venga, Kaki, que no me lo creo —le dije, entre las risas, y entonces él terminó admitiéndolo:

—Bueno, de acuerdo. No fue exactamente así. El problema era real, pero él no me lo pidió. Fui yo quien se lo sugerí.

—¿Y aceptó? Quiero decir, ella también quiso que...

—No —soltó una carcajada—. Pero te aseguro que Martin se lo pensó durante unos momentos antes de negarse.

Los dos volvimos a reír y yo me levanté para vestirme.

—¿Ya te vas? —preguntó—. ¿No quieres pasar aquí la noche? Te prometo muchos más momentos de pasión desenfrenada y orgasmos intensos —susurró, y la verdad, estuve tentada de quedarme.

—No puedo, Kaki. Estoy esperando una llamada de mis padres.

—¿No has traído tu teléfono?

—Sí, pero solemos hacer videoconferencias largas, y dudo que se crean que se me ha estropeado la cámara.

—Bueno, pues les dices donde estás, y yo me presento.

—Ah... no es buena idea. Mis padres son un poco tradicionales, y... bueno, ya te los presentaré llegado el momento.

Terminé de vestirme, recogí los zapatos, me organicé un poco el pelo, y me dispuse a salir. Él insistió en acompañarme a mi casa, pero yo me negué. Vivíamos cerca, y no era plan que mis vecinos me vieran. Podrían decírselo a mis padres, pues los conocían.

Así que solo me acompañó hasta la puerta y antes de salir, le dije:

—Otro día me haces todo eso que me has dicho. ¿De acuerdo?

—¡Te lo prometo!

Nos besamos y yo me marché caminando por la calle, dando pequeños saltitos. Parecía una niña a quien los padres habían prometido un viaje a Disneylandia. No cabía en mí de la dicha, de la felicidad tan intensa que tenía.

Dos llamadas ingratas

Cuando llamaron mis padres, la que estaba ausente era yo. Más de una vez mi madre tuvo que decirme "Olivia, ¿me has oído? ¿Qué te ocurre?" Y yo contestaba; "Nada, mamá, solo es que estoy un poco cansada". Y la verdad es que era cierto. Además, no paraba de repetirme que me tenía que haber quedado con él a pasar la noche, pues mi madre solo hablaba de cosas circunstanciales.

Sin embargo, eso solo era la preparación para lo que vino más tarde, pues cuando se puso mi padre, me lo contó él mismo: lo habían echado del trabajo.

—Pero, ¡si te habían ascendido! Gracias a eso pudimos alquilar mi apartamento...

—Un cambio en la dirección de la empresa, Olivia. Y como ahora mi sueldo era más alto, echarme a mí supone un importante ahorro de costes.

—Bueno, no te preocupes, papá. Ya encontrarás algo. Eres un buen informático, y...

—Es difícil, Olivia. La edad juega en mi contra.

—Bueno, pues yo trabajaré por ti. Dejaré la carrera, y...

—No, Olivia. ¡De ninguna manera! Ya he hablado con algunos amigos, y, si no encuentro trabajo, pienso dedicarme a instalar fibra óptica. Es un trabajo duro, principalmente en la calle, pero yo todavía soy fuerte y además, pagan bien.

—Ya, pero...

—No quiero volver a oírté decir que vas a dejar la carrera. ¿De acuerdo?

—Vale, pero al menos, yo podría volver a vivir con otras chicas. No es lo mismo alquilar un apartamento que solo una habitación.

—No. Además, hemos pagado el alquiler de este año por adelantado. El gasto ya está hecho. No te preocupes, Olivia. ¡Saldremos adelante!

Aquella llamada me fastidió el momento tan dulce en el que me encontraba. No obstante, no me preocupé demasiado. A unas malas, con el sueldo de mi madre, que era enfermera, podría vivir la familia, aunque tendrían que sacar a mi hermana del colegio al que iba y buscarle otro peor.

En realidad, era improbable que mi padre no se colocara en algún sitio. Él era un hombre de recursos, y no era la primera vez que abandonaba un empleo para obtener otro mejor.

Casi me preocupé más cuando recibí otra llamada, a la mañana siguiente. Aquella sí que me afectó, y bastante más.

—Hola, Olivia. —Era Lucy, mi anterior compañera de piso—. ¿Qué tal?

—Pues, bien.

—¿No tienes nada que contarme? ¿Eh? ¿Qué pasó anoche?

—Pero, ¿tú como lo sabes?

—Venga, guapa, que te vimos irte con él.

—Ya, pero...

—¿Te acostaste con Kaki, sí o no?

—Sí —repuse, sin dudarlo—. Al parecer lo ha dejado con Carmen, y...

—Mira, Olivia —puso un tono serio—, Carmen y Víctor no pueden dejarlo. Son como una droga el uno para el otro.

—Pues eso sería antes. Él me dijo claramente que lo habían dejado.

—Sí, y será verdad. Pero te apuesto lo que quieras a que vuelven, y más pronto de lo que te imaginas.

Yo me resistía a creerlo. Después de lo amable que había sido conmigo, de todo lo bien que me había tratado... ¿cómo iba a volver con Carmen?

—No puede ser —insistí.

—Olivia, esto ya ha pasado más veces, y siempre han vuelto. Es una relación tóxica donde las haya, en la que Kaki siempre lleva las de perder. Él jamás la abandonará.

—Pero, ¿por qué?

—Está enganchado a ella... como si fuera un hechizo. Y ella también a él, por cierto. Y aun así, se llevan fatal. Carmen le da plantones una y otra vez, le desprecia, y claro, él se enfada; y como represalia, intenta enrollarse con alguna de nosotras, por puro despecho. Para fastidiarla.

Yo me quedé estupefacta.

—Vosotras también...

—No. Nosotras, no. Si Carmen se enterase, nos despellejaría vivas. Esa mujer es muy peligrosa, Olivia, no sabes de lo que puede ser capaz.

Creí desmayarme en ese momento.

—¡Pero Lucy! ¿Por qué no me lo habías dicho? Creía que éramos amigas...

Se oyó un silencio en la línea, y entonces lo entendí todo. Me habían usado como cabeza de turco para que la otra se ensañara conmigo y así tener el campo libre para poder acercarse a él.

—¡Eres una zorra, Lucy! —le dije, con todo el desprecio que fui capaz. Pero ella se revolvió.

—No, es lo que imaginas —repuso—. Además, ¿hubiera servido de algo? ¿Hubieras dejado de acostarte con él si hubiéramos tenido antes esta conversación?

Ahí quien se quedó callada fui yo.

—¿Te das cuenta? Él está por ti, Olivia. No eres como nosotras, como tampoco Carmen lo es.

—Yo no me parezco en nada a Carmen.

—No me refiero a eso. Tú eres más guapa; más...

—No —interrumpí—. No lo soy.



—Vale, quizás no tengas las curvas de Patricia, ni los pechos de Laura. Pero tu cara es... No sé... tienes una distinción, una forma de ser, de moverte..., una expresión que... Quizás sean tus ojos... no lo sé. Kaki siempre te ha mirado de una manera especial, distinta a como nos mira a las demás.

—Vale, y ¿qué me quieres decir con eso?

—Que tengas cuidado a partir de ahora, Olivia. Lo que has hecho ya no tiene remedio y...

—¿Se lo vas a decir a Carmen?

—No. Pero ella no es nada tonta y se acabará enterando. Te lo digo para que estés preparada, para cuando llegue ese momento.

Labios de color rojo

Aquel día en la universidad, no me enteré de nada. Mi cabeza estaba en otro sitio, y no paraba de darle vueltas a todo. Recordaba cada instante de aquella noche con Víctor, y cada palabra de la conversación con Lucy.

¿Cómo era posible que en toda mi vida no me hubiera pasado nada especial, y de repente, en cuestión de días, no solo me había acostado con un hombre como ese, sino que, además, todo parecía torcerse?

Me sentía decepcionada. Todo había sido tan perfecto, tan bello, tan mágico, tan ideal... que no podía ser verdad.

Sí, Víctor era el mejor hombre que cualquier mujer puede soñar en llevarse a la cama. Pero como todo en la vida, algún defecto tenía que tener.

La verdad, estuve así varios días y pasaba por momentos en los que me determinaba a cortar toda relación con él, con otros en los que me daba igual todo con tal de que Víctor siguiera conmigo. Estaba dispuesta incluso a pelearme con Carmen con uñas y dientes si hiciera falta, con tal de que se quedara junto a mí.

Lo cierto es que me había enamorado. ¿Quién no se enamoraría de un hombre así, después de hacerlo con él la primera vez? Ya lo estaba antes, de hecho, desde el primer momento en que lo vi. Pero ahora estaba en un mar de dudas.

Aunque eso era de forma consciente. Porque inconscientemente, en lo más profundo de mí, sabía positivamente que yo ya pertenecía a Víctor. Le pertenecía en cuerpo y alma, y por eso no dejé de pasar por el *Khan* todos los días, para verle y estar con él.

No me puse un traje de cuero como Sandy en la película *Grease*, pero sí que me ceñí unas mallas apretadas, me puse una blusa con escote, y me arreglé el pelo; me pinté los labios de color rojo intenso y los ojos de azul, y adopté una actitud más desenfadada.

Y sin embargo, *el boss* se había esfumado. No contestaba a mis llamadas y no leía mis mensajes.

Para colmo, Carmen tampoco daba señales de vida. ¿Estaría con él?, me preguntaba, muriéndome de celos.

Como todo era "secreto", no podía indagar con los demás acerca de estas cosas, aunque sí que me dijeron que él probablemente estaría "de guardia" en la Policía, y ella... bueno, ella era así: totalmente impredecible. A veces no se despegaba de nosotros y otras desaparecía por completo.

Todas las chicas se dieron cuenta de que yo ya no era la misma. Lucy, desde luego, sabía lo que había pasado. Pero, ¿y las demás? ¿Se lo habría contado? O quizás, ¿igual que lo sabía ella lo podían saber las otras? ¿Corría el riesgo de qué Carmen se enterase? Y si lo hiciera, ¿qué pasaría?

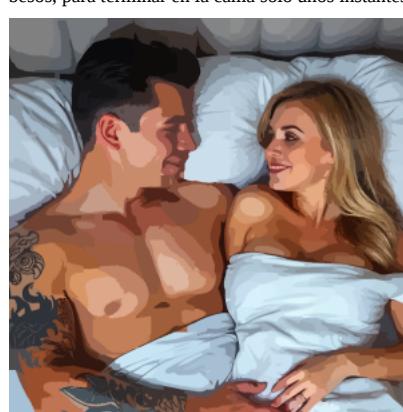
Hasta que el domingo por la noche, por fin apareció. Yo estaba en mi apartamento, con el pijama puesto, y tras lavarme los dientes, me disponía a dormir.

El timbre sonó, y lo primero que pensé es que sería alguna vecina. Ese día había habido problemas con el suministro de agua, y pensaba que me iban a contar algo relacionado.

Pero era él. Llegaba con sus pantalones moteros de color negro y su camiseta kaki de camuflaje, y con la más cautivadora de las sonrisas sobre la cara.

—¡Hola! Vengo a cumplir mi promesa.

Sin poder resistirme, todas las dudas se disiparon como por arte de magia, y me arrojé a sus brazos colgándome literalmente de él sin parar de comerle a besos, para terminar en la cama solo unos instantes después.



Fue una noche de ensueño en la que perdí la cuenta de las veces que hicimos el amor. Entre unas y otras hablábamos algo, y él seguía con sus tonterías y su tono socarrón. La promesa de tener una *noche de pasión con orgasmos intensos* se cumplió sobradamente, y me divertí de lo lindo, como no lo había hecho en toda mi vida.

Me contó que no me había llamado desde el martes porque había estado fuera. Algo que yo por supuesto, no me creí.

Sí, él tenía turnos de vigilancia en las carreteras que a veces eran muy intensivos. Se podía pasar días y días de guardia, durmiendo en la comandancia, para luego librar una semana completa. Pero eso no le impedía llamar, desde luego, y eso confirmó lo que Lucy ya me había dicho: Carmen y él no lo habían dejado. No podían hacerlo.

Carmen

La mujer que se disputaba conmigo el amor de Víctor era huérfana de padre, y vivía en una casa en las afueras de la ciudad junto a una madre alcoholizada y un hermano mayor que era quien proveía las necesidades de la familia. Ese hombre, William, se decía que estaba metido en asuntos turbios, a pesar de que era íntimo amigo de un policía: de Víctor.

Yo apenas lo había visto un par de veces, pues no era miembro de nuestra pandilla. Tan solo alguna vez, cuando Carmen se emborrachaba, o cuando se le aflojaban demasiado los tornillos, —algo bastante habitual, por cierto, pues estaba medio loca—, *el boss* llamaba al hermano para que viniese a recogerla y se la llevara a casa. Él tenía prohibida la entrada allí, pues aquella madre no le tragaba.

Carmen no tenía trabajo conocido. Se pasaba el tiempo mirando las redes sociales mientras escuchaba música heavy metal a todo volumen, o durmiendo, y le daba igual hacer cualquiera de esas cosas por el día o por la noche. La música no paraba de sonar en su casa a todas horas, incluso mientras dormía, y probablemente de ahí vinieran los problemas que tenía con su madre, y parte de la culpa de que la pobre mujer estuviera alcoholizada. De hecho, yo creo que Carmen no se había mudado a vivir con Víctor, como este le había sugerido en más de una ocasión, para seguir torturándola de esa manera. Igual, por otra parte, que también lo torturaba a él de otras formas, pues ese era su instinto, igual que el instinto del *boss* era la seducción. Y ni uno ni otro podían dejar de hacerlo.

Sin embargo, a pesar de su afición por ese tipo de "música", para hacer el amor o para bailar era incondicional de la salsa y de la bachata, sus ritmos preferidos cuando estaba con Kaki. Y es que así era Carmen en su bipolaridad.

Una mujer que, a pesar de ser latina no era bajita. Mas bien era mestiza, y tenía una estatura normal, más o menos como la mía. Pero sí que era muy delgada: tenía una cara huesuda y demacrada por la delgadez, y unos pechos caídos debido a su costumbre de no llevar nunca sujetador. Su vestimenta era siempre la misma: chaqueta y pantalones vaqueros ajustados y una camiseta de tirantes de algodón, que eran su único atuendo fuera invierno o verano.

Nunca llevaba pendientes, ni adornos, ni nada parecido, y jamás se maquillaba. Tan solo un estupendo cabello largo hasta la cintura podría ser su principal atractivo, junto a unos ojos oscuros, profundos y misteriosos que siempre ocultaban lo que estaba pensando.

Jamás la vi reírse a carcajadas. Incluso con los chistes más desternillantes del *boss*, tan solo llegaba, como mucho, a esbozar alguna sonrisa.

Era radicalmente diferente a todas las demás, y quizás por eso Víctor la prefería. Aparte de que también existía una particular fijación que ya venía desde la niñez, y que yo, dicho sea de paso, tardé en descubrir.

Porque resulta que estos dos se conocían desde pequeños.

Efectivamente, habían ido juntos al colegio, pues tenían la misma edad, y siempre habían tenido una extraña fijación el uno por el otro. Ya desde entonces se peleaban y las profesoras se afanaban en separarlos una y otra vez para evitar que se pegaran o que se mordieran, o que se tiraran del pelo. Pero no había manera. Al final se buscaban de nuevo, para acabar peleándose otra vez.

Y como no podía ser de otra manera, los dos perdieron la virginidad el uno con el otro, muy jóvenes, al principio de la pubertad.

Después se perdieron la pista. Al entrar en esa edad tan problemática, la madre de Víctor lo tuvo que cambiar varias veces de colegio debido a su conflictividad. Pero en el instituto volvieron a encontrarse, y allí reanudaron su "amor".

En ese tiempo se forjó la relación que ahora tenían: se juntaban, se separaban, se acostaban con otras personas, volvían a juntarse y a separarse... y así sucesivamente. Hasta que llegó un momento en el que cada vez ella llevaba peor que él le fuera infiel; aunque no por eso le daba menos motivos para que lo fuera.

Y en esto que aparecí yo, la enésima víctima colateral de aquella relación tan tóxica.

Aquella noche, la noche tan maravillosa en la que estuvimos juntos hasta el amanecer, me mintió. No acababa de llegar de ningún turno de guardia, sino de estar con ella.

Sí, el turno lo había dejado a mediodía, pero los dos habían pasado la tarde juntos. Estuvieron bailando en un garito de moda, y después se fueron a casa de él, lugar en el que se produjo una fuerte discusión —ignoro los motivos—, y no llegaron a hacer nada. Víctor la llevó a su casa en la moto, y luego fue cuando acudió a la mía. Por lo que pasó después, creo que en realidad ella tenía la sospecha de que estaba conmigo. Y eso era un problema serio, porque yo no era una conquista más como otras que había habido en el pasado, cuando se enfadaban, o como un desliz. Yo era una rival en toda regla, mucho más que cualquiera de las que habían desfilado antes por su vida.

Pero la constatación de que seguía con ella no fue impedimento para que yo le quisiera con locura. Después de aquella noche, pensé que jamás podría querer a un hombre como le quería a él, aunque estuviera esa mujer de por medio.

Aunque yo solo fuera una más de sus muchas conquistas y me terminara abandonando, aquella noche me volvió a hacer suya, me señaló como de su propiedad, como se marca a las reses con el fuego. A partir de entonces supe que nunca podría ser de otro hombre. Nadie podría estar a su altura. Aunque lo tuviera que compartir con Carmen, yo sería suya, o de nadie más.

Reconciliación

Como solía ser habitual después de discutir o de tener una bronca, uno de los dos solía ir a buscar al otro. En esa ocasión, fue Carmen quien lo buscó a él, para descubrir que no estaba en su apartamento. Mala señal. Entonces hizo unas cuantas llamadas, y sacó ciertas conclusiones.

Estaba saliendo del portal, cuando lo vio llegar. Avanzaba ya por el pequeño jardín que rodeaba el edificio de apartamentos donde vivía, cuando oyó el inconfundible sonido de la Harley, y entonces se volvió.

Ciertamente, el boss no venía en las mejores condiciones, después de la noche tan explosiva que había pasado conmigo.



—¿De dónde vienes? ¿Eh?
Su presencia le pilló totalmente desprevenido, y no supo qué responder.
—Pues... He estado con Oscar.
—Mientes —masculló, apretando los dientes—. Tu compañero ha pasado la noche con su novia. ¿O es que habéis hecho un trío?
—Vale, sí, he estado en el Orbe —improvisó, como pudo—. ¿Algún problema?
La mujer sonrió con sarcasmo, y dijo:
—De acuerdo, Kaki, me acabas de confirmar que has estado con una chica. De lo contrario, me habrías dicho desde el principio que habías estado en ese bar. ¿Con quién? ¿Eh? ¿Con quién has estado? ¿Es *cara de ángel*?
—Cara de...
—¡Sí, Olivia! ¡El martes te vieron salir con ella!
El boss se puso pálido, más de lo que ya era de por sí.
—Pero, ¿cómo puedes pensar que yo... además, esa tía es *una estrecha*. Todo el mundo lo sabe —miró para otro lado.
—Es *cara de ángel*. A mí no me engañas. Te he visto acercarte mucho a ella últimamente.
—Eso son imaginaciones tuyas.

—¿También las demás se imaginaron que el martes saliste con ella?

—El martes solo la acompañé a su casa.

—O sea, que intentaste trajinártela, pero no se dejó. ¿Eh?

Víctor no contestó.

—Venga, dime con quién has estado esta noche.

Kaki suspiró, y al final dijo:

—Vale. Esta noche he estado en el Orbe intentando ligar. ¿Estás contenta? No lo hubiera hecho si tú no me hubieras dejado tirado ayer —sentenció—. Además, yo estaré con quien me dé la gana ¿me oyes? —se revolvió—. ¡Estaré con quien yo quiera! Ya sea Olivia, Lucy, Laura, Patricia, la que yo quiera. ¿Lo entiendes? ¡La que yo quiera! Y si no te gusta, pues te aguantas o te buscas otro tío. ¿Te queda claro?

Carmen sonrió de firma lasciva y lo miró fijamente, situándose a escasos centímetros de su cara, con sus labios rozando los suyos.



—Tú estarás con quien yo te permita —susurró—. Y ninguna de esas, o quien sea con la que te has acostado esta noche, tiene mi permiso. ¿Te queda claro a ti?

—Me gusta cuando te pones dominante —sonrió, y la agarró del trasero.

—Ya lo sé.

Se besaron, e inmediatamente ella comenzó a manosearle, signo inequívoco de que quería hacer el amor. Pero él no estaba en las mejores condiciones, después de la noche que había pasado conmigo. Entonces le dijo:

—Solo que ahora soy yo quien no quiere.

Ella volvió a sonreír, y añadió:

—Vamos, Kaki, que sé que aún te queda algo para mí —le manoseó de nuevo en el mismo sitio—. ¿No me lo vas a dar? —le miró, como solo ella sabía hacer, y se volvieron a besar, si cabe con más pasión, para al final entrar en la casa.

Después de darlo todo conmigo, se ve que todavía se reservaba algo para su favorita.

El caso es que la estrategia de los celos funcionó. O al menos funcionó durante un tiempo. Carmen se suavizó y los dos intensificaron su relación durante una temporada, en la que apenas se dejaron ver. Eso me tenía que haber servido a mí para olvidarme de él, intentar estudiar y sacar la carrera. Pero la verdad, no podía sacármelo de la cabeza. No podía concentrarme porque ahora quien tenía celos era yo.

Aun así, el romance no duró demasiado. Esos dos estaban condenados a pelearse y a reconciliarse eternamente, en un ciclo sin fin de amor y odio que los consumía, y que marcaba la dinámica de sus vidas. Hasta que aparecí yo, *cara de ángel*, como un esfuerzo del destino para romper de una vez el hechizo. Para acabar con aquella maldición que los devoraba.

Yo, *cara de ángel*, estaba condenada a presenciarlo todo, impotente, siempre en medio, sirviéndole a Víctor de paño de lágrimas, de concubina, de desahogo, cada vez que las cosas se torcían entre esos dos amantes.

Control de alcoholemia

El vehículo no se detuvo y se saltó el control de alcoholemia, huyendo a toda velocidad. Pero el agente estuvo atento y se montó en la moto comenzando a perseguirlo implacablemente.

La BMW rugía con toda la potencia de sus más de 500 centímetros cúbicos volando sobre el asfalto, y no tardó en dar alcance al coche fugado.

El vehículo no tuvo más remedio que detenerse, y el agente comprobó que sus ocupantes no eran más que un par de adolescentes llenos de miedo. El conductor bajó la ventanilla y miró temeroso al guardia, quien no dudó en sacar la pistola y amenazarle de forma violenta.

—¡Sal del coche! —gritó—. ¡Sal del coche, maldito cabrón!

El chico estaba muerto de miedo y no atinaba ni a abrir la puerta. Entonces el policía se guardó el arma y le enganchó de los hombros, extrayéndole directamente por la ventanilla.

El agente lo sostuvo en el aire durante unos instantes, y entonces el muchacho se orinó encima. Como si fuera un muñeco de trapo, el guardia lo dio la vuelta y lo arrojó violentamente contra el coche, comenzando a retorcerle el brazo.

El chico gritaba de dolor y ciertamente se lo hubiera terminado rompiendo si alguien no lo hubiera detenido.

—¡Víctor! —gritó otro agente que acababa de llegar. ¿Qué estás haciendo? ¿Eh? Anda, vete a dar un paseo, ¿de acuerdo?

El agente recién llegado se disculpó en nombre de su compañero y terminó el atestado. Como era de suponer, los dos dieron positivo en control de alcohol, aunque el acompañante apenas tenía fuerzas para soplar. Se había quedado agazapado en el asiento, totalmente asustado, y obedeció sin rechistar a todo lo que le pidieron.

A los dos infractores se los llevaron en un coche patrulla, mientras que una grúa se llevó el vehículo. A continuación, los dos agentes se montaron en las motocicletas y se dispusieron a marcharse. Pero antes de hacerlo, Oscar le dijo a su compañero:

—Has vuelto a discutir con Carmen, ¿verdad?

—Sí. Creo que esta vez la voy a dejar para siempre.

—Eso no te lo crees, ni tú.

—En serio. Me voy a quedar con Olivia, y no voy a volver a verla más.

—Eso habrá que verlo. ¿Por qué no reconoces que estás enganchado? ¿Eh?

El boss no contestó, y el compañero siguió:

—Eres como un toxicómano, joder. Sabes que la droga te hace daño, pero aun así no puedes dejarla.

Víctor asintió, y se dio la vuelta. Su compañero tenía razón.

—No soy capaz de hacerlo, Oscar —se sinceró, poniéndose las dos manos sobre la cara. Sé que me hace daño... pero no puedo. Estoy loco por ella, joder. Haría cualquier cosa que me pidiera...

—Deberías quedarte con Olivia y olvidarla.

—Desde luego —asintió, y después miró hacia la moto sobre la que se sentaba—. Olivia es como esta BMW. Potente, fiel, obediente, sin sorpresas. Nunca te deja tirado y responde bien cuando quieras correr. Es mucho mejor moto en todos los sentidos.

—Ya.

—Y Carmen... bueno, ella es como la Harley Chopper: una mierda de moto. Es incómoda, no te puedes fiar, se avería con frecuencia, te deja tirado... pero no puedes renunciar a montarte en ella y recorrer las carreteras a cualquier hora del día o de la noche. ¿Me comprendes?



—Más o menos. Pero, dime, ¿ella sabe que estás también con Olivia?

—No. Si lo supiera, la desollaría viva. De eso estoy seguro.

—Y ella...

—Sí, Olivia sí lo sabe.

—¿Y no le importa?

—Sí le importa. Pero se aguanta.

Oscar se cruzó de brazos y añadió:

—Esto no puede acabar bien, Víctor. Tarde o temprano tendrás que quedarte con una de las dos.

—Lo sé.

—¿Con cuál te quedarás?

—Ni idea —suspiró—. Temo enfrentarme a ese momento, joder. Aunque sé que llegará.

—Y cuando llegue, ¿a quién elegirás?

El boss también se cruzó de brazos y se quedó mirando al suelo durante unos instantes.

—Probablemente, a Carmen.

—¿En serio?

—O a ninguna. Muchas veces pienso en largarme de esta ciudad. Pedir traslado y comenzar de nuevo en otro sitio. Echarme otra novia y...

—Corren malos tiempos para las novias, Víctor. Yo que tú, aprovecharía lo que tienes. Las mujeres ahora están *empoderadas*, y pasan de los hombres.

—De los hombres como yo, no.

El Orbe

El día que todo cambió, habíamos quedado por la tarde en el *Paraná*. Era una heladería que estaba lejos del *Khan*, para no levantar sospechas.

La verdad, ya me estaba empezando a cansar de tener este romance “en secreto”. De ser utilizada como segundo plato, de compartir a Víctor con Carmen.

Ese sábado, hice propósito de hablar en serio con él y decirle algo como “Kaki, tenemos que hablar. Esto no puede seguir así”.

Planeé mil maneras de decírselo, y mil veces me arrepentí de la estrategia a seguir o de cómo plantearlo. Porque la verdad, él se enfadaba cuando salía a relucir su nombre, y actuaba en todo momento como si yo no supiera nada. Cualquier mención de Carmen le resultaba incómoda; cambiaba su semblante y se ponía a la defensiva, intentando cambiar de tema.

Por la mañana le había enviado un mensaje que tardó en responder. Fue casi al final, al mediodía, y tras yo insistir, cuando me dijo un lacónico:

—Vale, como quieras. Esta tarde voy a tu casa.

Las citas eran ya siempre en mi apartamento, nunca en el suyo. Después de la encerrona de Carmen, él ya no se atrevía a llevarme por allí.

—No —le repliqué—. Hoy están por aquí mis padres, y yo no se marcharán hasta la noche.

—Pues entonces, lo dejamos para otro día. Supongo que querrás estar con ellos.

—No. Esta tarde han quedado con unos amigos. Ya estuve ayer con ellos todo el día. Puedes venir después de que se vayan, pero antes, si quieras, podemos ir al *Paraná*.



La verdad, yo sabía que sí venía únicamente a mi casa, ibamos a hacer de todo menos hablar de lo que a mí me interesaba. Yo me deshacía por completo cuando me acostaba con él, y por tanto, quedar en un sitio público era la mejor opción.

Llegó casi con una hora de retraso y ciertamente, casi mejor que no hubiera venido. Me trató con aspereza, estaba malhumorado, se quejaba por todo, y en esas condiciones, no me atreví a plantearle nada. Intenté mostrarme alegre, simpática, sonréi... pero él no cambió su actitud. Al final, tras beberse un combinado en dos tragos, se marchó. Se marchó... en busca de Carmen, dejándome allí plantada.

Víctor había terminado una guardia ese sábado, de madrugada, y como es natural, le apetecía estar con su novia. Quedaron en su casa por la mañana, pero ella no acudió. No le contestaba a las llamadas ni sabía dónde estaba. Después llamó a William, su hermano, y este le dijo que estaba en su casa.

Entonces, ni corto ni perezoso, se marchó hacia allí, a pesar de que la madre de Carmen le tenía prohibido que se acercara.



Cuando llegó, pulsó el timbre, y la mujer lo vio por la ventana, iniciándose una fuerte discusión entre la madre y la hija. Al final, salió la joven y le dijo:

—¿Cómo se te ocurre venir aquí? ¡No quiero tener más problemas con esta loca! —dijo, refiriéndose a la madre.

—Es que... no me contestas... No sabía si te había pasado algo. Yo...

—¡Lárgate de una puta vez!

El boss bajó la cabeza y se marchó, totalmente ofuscado. Por eso estuvo conmigo tan distante aquella tarde, y por eso se largó tan precipitadamente, para intentar enmendar su error.

Estando ya conmigo no paraba de usar el teléfono, y por lo visto, había conseguido quedar con Carmen en una cafetería que estaba cerca de su casa.

—Perdóname por lo de esta mañana —le dijo—. Ella acababa de llegar y, afortunadamente para él, estaba en su fase bipolar “verde”, es decir, se le habían bajado un tanto los humos. Se besaron.

—¿Te vienes a mi casa? —preguntó Víctor, sumiso.

—No. Quiero ir a bailar al *Orbe*.

El *Orbe*... El garito de moda para moteros en lo alto de la montaña azul, cerca de un pantano. Un lugar de acceso complicado por sus muchas curvas, pero que *el boss* sorteaba a las mil maravillas. Allí iban con frecuencia estos dos, muchas veces acompañados de Oscar y su novia.

Víctor, como buen macho intentando hacerse con una hembra en celo, se dejó la piel en la pista y la otra le seguía la corriente. Bailaron salsa y bachata, el uno pegado al otro y se restregaron bien con todo tipo de movimientos sensuales.

Hasta que, por fin, estando ella a punto de caramelo, salieron fuera, hacia la zona en donde habían dejado la moto para hacer el amor allí mismo, en un lugar donde lo habían hecho otras veces. Era en la parte de atrás de una pequeña caseta que en su día sirvió de almacén al garito, pero que ya no se usaba.

A Carmen le gustaba hacerlo en sitios poco convencionales, incómodos y relativamente expuestos, y a él no le importaba en absoluto. Es más, con el tiempo, casi que lo prefería, pues le aportaba una dosis extra de adrenalina a todo el asunto. Contra la pared con las piernas en alto mientras él la sostenía, o sentados sobre la moto, eran algunos de sus lugares preferidos. Alguna vez incluso lo hicieron con la moto en movimiento —la Harley facilitaba esa postura—, y casi terminaron en el suelo.

El problema fue que, cuando salieron al exterior, ella repentinamente cambió su fase “verde”, por la fase “roja”, y entonces se resistió. Se resistió, y eso enfureció a *el boss*, que no estaba dispuesto a aceptar una negativa a esas alturas.



A pesar de todo, intentó persuadirla *por las buenas*. Puso en marcha todos sus encantos, todo su arte de seductor de primera clase, que es lo que era, pero Carmen no quería. No todavía.

—¿Sigues enfadada por lo de esta mañana?

—Puede ser —respondió, con gesto serio.

Fuera por lo que fuese, Víctor todavía tenía que pagar un poco más.

Sin embargo, él no opinaba lo mismo, porque en realidad, no había hecho nada. Fue ella quien le dio plantón después de haber quedado, después de haber estado tantos días de guardia, sin verla.

Además, esa noche le había calentado lo suficiente después de los bailes que se trajeron, y no estaba dispuesto a marcharse sin hacer nada.

Así que, la agarró con fuerza, la apretó contra la pared y comenzó a desabrocharle los pantalones.

—No te atreverás...

—¿Ah, no? Y si lo hago, ¿qué? ¿Me vas a denunciar a la Inquisición?

—Yo no necesito a esa panda de *estrechas* y de *bolleras* para que me defiendan —le espetó, desafiante, con los ojos llenos de determinación—. Sé defenderme sola.

Eso le amilanó un tanto, y fue más suave, comenzando a besarla en el cuello, pero sin dejar el asunto de los pantalones. Ella le gritó:

—¡Suéltame!

Entonces se detuvo y se echó hacia atrás. Se quedaron unos segundos mirándose el uno al otro, y, sin mediar palabra, *el boss* se subió a la motocicleta, se puso su casco y arrojó lejos de sí el casco de Carmen.

—¿Dónde vas? ¿Me vas a dejar aquí? —preguntó ella, con cara de circunstancia.

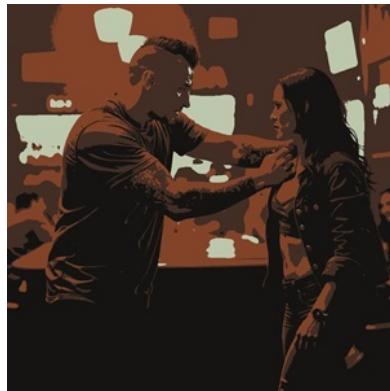
Pero él no contestó. Con un rugido atronador, arrancó la moto y se marchó... para hacer conmigo lo que no había podido hacer con ella.

El pantano

Fue un encuentro breve, fugaz, casi meteórico. Me hizo el amor con fuerza, sin delicadeza, sin sentimiento alguno y como los animales.

Y tal como vino, se marchó... y volvió junto a Carmen. Al fin y al cabo, ella no tenía forma de salir de allí, como no fuera con otro motorista...

Y se ve que es lo que la chica intentaba hacer. Cuando Víctor llegó, se la encontró besándose con otro motero mientras este le sobaba los pechos. Para colmo, ella lo vio llegar, pero lejos de soltarse, abrazó al tipo con más fuerza y lo besó con más pasión.



Eso enfureció a Víctor de tal manera, que en dos zancadas se echó sobre ellos y arrancó violentamente al hombre de los brazos de Carmen, comenzando a golpearlo de forma inmisericorde.

El otro también era un tío fuerte, e intentó defenderse. Pero poco pudo hacer contra los más de cien kilos de puro músculo del *boss*, que, además, estaba totalmente fuera de sí. Tan solo se evitó que lo matara allí mismo cuando varios hombres, a duras penas, consiguieron separarlos.

El tipo de la paliza casi no se podía levantar, y algunos querían retener a Víctor hasta que llegara la policía. Carmen comprendió la gravedad del asunto. De ocurrir eso, le habrían abierto un expediente y quizás le hubieran expulsado del Cuerpo. Así que la mujer dio la talla y salió en su ayuda, diciendo que este no tenía culpa de nada. Que el otro estaba abusando de ella y que gracias a Víctor se lo había podido quitar de encima.

Los abusos a las mujeres eran ya un tema muy serio, y solo con la palabra de la víctima, sin probar nada, se podía condenar a un hombre a varios años de cárcel.

—¿Quiere que llamemos igualmente, señorita? —sugirió el barman, mirando al tipo que todavía seguía en el suelo—. Podemos entregarles a este cerdo.

—No —dijo ella—. Solo quiero salir de aquí. Vámonos, Kaki.

Los dos se besaron y salieron fuera agarrados de la mano. Llegaron hasta el lugar donde él había dejado la moto, que era el mismo sitio donde había estado hacía unas horas. Entonces ella le dijo:

—¿Me llevas a tu casa?

Pero esta vez fue él quien se negó. Seguía resentido por la actitud tan frívola de Carmen, que le había llevado a tener esa actuación tan extrema.

—Si quieras hacerlo, tendrá que ser aquí —señaló al lugar donde pretendieron hacerlo antes—. O si no, en el depósito de agua que está antes de llegar al cruce.

—No. En tu casa.

Eso le desconcertó. Podría comprender que no quisiera estar allí, después de lo que había ocurrido. Pero la zona del depósito era una de sus favoritas, y la noche estaba espléndida para que al menos, terminara bien. Además, no era la primera vez que lo rechazaba en el último momento, como había ocurrido antes, y ya había cubierto el cupo de rechazos por ese día. No estaba dispuesto a recibir otro plantón, y sabía que la estrangularía con sus propias manos si eso llegaba a ocurrir.

Se montaron, y en menos de un minuto, hicieron un trayecto en el que se suelen invertir al menos cinco.

—¡Kaki! ¡No corras tanto! —se la oyó decir un par de veces, cuando tomaba alguna curva casi a ras de suelo.

Llegaron al desvío que conducía a uno de los depósitos de agua del pantano, en un lugar un tanto apartado que, sin embargo, estaba bien iluminado con la luna llena. Víctor detuvo la moto, se quitó el casco, y ella hizo lo propio. Sin embargo, Carmen no se quiso bajar.

—Te he dicho que, en tu casa. ¿Por qué te paras aquí?

—Aquí, o nada —insistió, agarrándola de la mano y obligándola a bajar. Pero ella se soltó bruscamente e insistió:

—En tu casa.

No había nada más que decir. La conocía bien y sabía que no claudicaría.

Por tanto, solo quedaban dos opciones. O la forzaba, o bien se montaban y se largaban de allí. Aunque en el fondo, ya no tenía ganas de hacer nada con ella. Solo sentía rabia.

Así que, sin mediar palabra, los dos se montaron en la moto y comenzaron a bajar las cerradas curvas de la montaña, a toda velocidad.



—¡Kaki! ¡No corras tanto! ¡Nos vamos a matar!

Pero el corría y corría, tomando las curvas casi a ras del suelo.

—¡Kaki, nos vamos a matar! —Carmen se agarraba fuertemente al motorista mientras la Harley rugía dejando escapar algunas chispas cuando alguna de sus partes metálicas rozaba con el asfalto.

—¡Kakiiiiiiii!

Víctor no tomó el desvío hacia la ciudad. Continuó recto, hacia la zona del pantano, sin que ni siquiera él supiera a donde iba realmente.

Comenzó a llover y eso lo complicó todo. La velocidad, el suelo mojado, la falta de visibilidad, una curva cerrada... cualquiera sabe. La Harley dijo basta y los dos salieron despedidos cayendo por un terraplén. Comenzaron a rodar ladera abajo mientras sus huesos se rompián, hasta que Carmen cayó en el agua y un grueso tronco de árbol detenía la caída de su compañero.

El juez

Era casi el mediodía cuando el juez llegó al hospital. Allí se encontró con el oficial de la policía que había atendido al accidente.

—Él es compañero nuestro, señor juez.

—¿Le conoce?

—No. Pero está destinado en Tráfico y ayer tenía el día libre.

Los dos miraban hacia Víctor, quien yacía en la cama con la mirada perdida y los ojos llenos de lágrimas.

—Tiene varias costillas rotas, un hombro dislocado y otro brazo también roto. Aparte de magulladuras por todo el cuerpo, claro. Además, un médico acaba de confirmar que los fuertes dolores que padece se derivan del hecho de que una de las costillas rotas le ha perforado la pleura. Le duele cada vez que respira, vaya.

—Sí, ya veo —constató el juez.

—Tuvieron suerte de que un conductor que venía de frente los viera derrapar y caer por la ladera. Si no, todavía seguirían allí. Es una zona de poco paso, y más en un día lluvioso como hoy.

—Ya. ¿Cómo murió ella?

—El forense dice que se ahogó. La caída debió dejarla inconsciente, pero aun así, al caer al agua probablemente se espabilara. El problema fue que el casco se le inundó y no fue capaz de quitárselo. Algo lógico si tenemos en cuenta que también tenía un brazo roto y otro bastante dañado.



—Claro —asintió el juez—. Venían del Orbe, ¿no?

—Sí. Un compañero ha estado por allí y lo ha confirmado.

—¿Qué relación tenían entre los dos?

—Parece que eran novios. Estuvieron juntos por la tarde, bailando. Luego él se marchó un par de horas, y cuando volvió se la encontró con otro. Se inició una pelea y...

—¿El otro también se la disputaba?

—Según el dueño del bar, ella dijo que el otro tipo intentó abusar de ella. Aunque según algunos testigos, eso no está del todo claro. No sabemos lo que pasó realmente. El caso es que los dos se marcharon y, en fin, terminaron en el pantano. Cuando nosotros llegamos, él la tenía sobre el regazo y estaba llorando como un niño.

—¿La sacó del agua?

—Sí. La luna llena permitía cierta visibilidad. Y a pesar de los dolores, fue capaz de entrar y nadar hasta ella, para sacarla e intentar reanimarla. Pero ya era demasiado tarde.

—No entiendo cómo una persona en estas condiciones fue capaz de hacer eso.

—Es un hombre fuerte —observó el agente—. De todas maneras, fue al recogerla cuando la costilla le perforó la pleura. Si eso hubiera ocurrido antes, no hubiera podido ni moverse.

El juez suspiró y miró de nuevo a Víctor, quien ahora gimoteaba ostensiblemente. Se le veía compungido física y psíquicamente.

—Está bien —finalizó—. Creo que no hay mucho más que decir. Voy a formular el atestado y a redactar el informe. Agente, páseme el suyo y terminemos de una vez.



El hospital militar

El hospital militar se encontraba a más de doscientas millas de nuestra ciudad. Por razones de seguridad, todos los miembros de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado eran trasladados allí, para evitar que algún delincuente se aprovechase de su situación de vulnerabilidad.

Y como no podía ser de otra manera, las visitas estaban fuertemente restringidas. Tan solo María, la madre de Víctor, tenía más o menos libertad para visitarle, aunque la enorme distancia hacía inviable su presencia diaria. Intentó pedir un permiso en el trabajo para quedarse con él, pero le fue denegado por razones que luego explicaré.

Porque la verdad es que Víctor estaba bastante mal. Anímicamente destrozado por la pérdida de Carmen, el dolor al respirar era tan agudo que tuvieron que conectarle una bomba de morfina para poder sobrellevarlo. Necesitaba ayuda constante incluso para ir al baño o asearse, pues cualquier movimiento por leve que fuera le destrozaba los pulmones.

Así las cosas, su jefe consiguió que yo pudiera obtener ese permiso, un permiso especial, que me llevó prácticamente a vivir con él en aquella habitación durante los más de dos meses que permaneció allí. María se turnaba conmigo los fines de semana, momento en que yo aprovechaba para ir a mi casa y asearme un poco.

La verdad es que esa mujer y yo nos hicimos muy buenas amigas. Me contó que ella había sido profesora de religión en el colegio en el que todavía trabajaba, pero cuando el nuevo gobierno se hizo con el poder y entró en vigor la ley que prohibía el ejercicio público de la religión católica, se quedó sin empleo. Tan solo su condición de mujer le salvó de ser despedida, y consiguió quedarse, en principio como limpiadora, y algo más tarde como administrativa. Pero sus jefas actuales no le perdonaban su anterior adhesión a una “ideología” que se llevaba mal con los “dogmas” vigentes, y buscaban cualquier ocasión para despedirla definitivamente.

También me contó que no había llevado nada bien el hecho de que Víctor estuviera con Carmen. No le gustaba nada esa chica, y la verdad es que no le faltaba razón. Más de una vez le advirtió de que nunca conseguiría sacar nada bueno de ella, y que le haría muy infeliz de seguir a su lado. Estaba claro que dos personas con un temperamento tan fuerte como aquellos dos no podían llevarse bien. Como los imanes, los polos opuestos se atraen, pero los del mismo signo, se repelen.

Pero él, rebelde por naturaleza y amante del riesgo, hacía caso omiso de cualquier indicación de su madre, como suele ser habitual, por otra parte.

Pasado todo ese tiempo, los huesos rotos se soldaron y las infecciones se curaron. Le dieron el alta en el hospital y le enviaron a casa, pero con un período de convalecencia de tres meses hasta que se reincorporara al servicio. Yo me fui a vivir con él, pues seguía necesitando ayuda para muchas cosas.

Después de un tiempo, se terminó de recuperar, pero los remordimientos no lo dejaban vivir. Su novia había muerto por su culpa, solo por su culpa, se decía, y no podía soportarlo.

Fue entonces cuando mis padres me hablaron de Medjugorje. Unos vecinos suyos habían ido con su hija de peregrinación a ese lugar, y su vida había cambiado por completo. Al parecer, la chica sufría fuertes depresiones, tenía anorexia y bulimia, y había intentado suicidarse varias veces. Pero desde que fueron allí, la muchacha se recuperó “milagrosamente” y comenzó a llevar una vida normal. Todos los pensamientos negativos desaparecieron, y su aversión social se anuló, llegando incluso a salir con un chico del que se enamoró.

Medjugorje es una pequeña localidad en Bosnia, en los Balcanes, donde supuestamente se viene apareciendo la Virgen María a unos videntes. Todo arrancó en 1981 cuando “la Gospa”, como allí la llaman en el idioma croata, se apareció a un grupo de jóvenes (Ivan, Ivanka, Jakov, Marija, Mirjana y Vicka). Unas apariciones que se seguían produciendo, a pesar de que aquellos chicos eran ya ancianos.

En Bosnia todavía no había entrado con toda su fuerza el odio hacia todo lo católico, y aún se permitían las peregrinaciones. “Deberíamos ir antes de que las prohíban”, me dijo mi madre.

Medjugorje

Víctor no quería ir a Medjugorje. No tenía fe. Totalmente alejado de la religión, y en el estado de apatía generalizada en el que se encontraba, se pasaba el día en el sofá, viendo la televisión, sin prestar realmente demasiada atención a lo que veía.

Pero yo insistí. Insistí mucho, la verdad, pues no quería verlo así. Y él terminó accediendo, principalmente por no contrariarme, después de todo lo que había hecho por él.

Viajar a Bosnia no eran nada fácil. Había que hacer varias escalas en los aeropuertos para terminar en un largo viaje en carretera, y eso implicaba que casi duraba más el trayecto que la propia estancia en Medjugorje. Además, no había vuelos en las fechas en las que por su trabajo les venía mejor a mis padres, y al final tuvimos que restringir el viaje a solo unos pocos días.

Pero ese no fue el único problema. El día anterior a la fecha de salida nos enteramos de que se había convocado una huelga de controladores en el aeropuerto del que íbamos a salir y, por si fuera poco, la compañía aérea que llevaba el segundo vuelo lo suspendió inesperadamente. A pesar de todas las llamadas que hicimos, esta no nos daba ninguna solución.

Todo parecía torcerse, y yo rogué a Dios para que hiciera un milagro y pudiéramos ir. Y sobre todo, para que ese viaje sirviera para que Víctor se recuperara.

Finalmente, y tras muchos desvelos y gestiones, conseguimos un vuelo alternativo. Pero eso significó restringir el viaje a tan solo dos días, incluyendo el de la llegada y el propio de la salida, con lo que solo íbamos a poder estar en aquel lugar una tarde y una mañana.

Igualmente, también se solucionó el problema de la huelga y pudimos embarcar, pero el avión salió con mucho retraso. Tanto, que estuvimos a punto de perder la conexión con el otro vuelo.

Pero al final, todo salió bien. Tuvimos que hacer escala en Amsterdam para después viajar a Zagreb, y cinco horas más tarde, por fin llegamos a nuestro destino: un pequeño pueblo en la frontera entre Bosnia y Croacia que se llama Medjugorje.

Llegamos por la tarde, y tras realizar el registro en el hotel nos marchamos a un restaurante para realizar una cena frugal. A continuación, subimos al “Monte de las Apariciones”, justo cuando se ponía el sol, para rezar un rosario junto con los demás peregrinos.

Fue impresionante contemplar este valle de Bosnia desde lo alto, y mucho más cuando se terminó de poner el astro rey. El silencio era impresionante, y las luces en la lejanía contribuían a fomentar ese ambiente de recogimiento.

Mientras orábamos, Víctor se sentó en el suelo y se apoyó sobre la valla que rodea la estatua de la Virgen, para quedarse dormido a continuación. El monótono rezo del rosario, para quien no tenga fe, es sin duda el mejor somnífero.

Pero ese no era mi caso, desde luego.

Al día siguiente, Víctor y yo visitamos la famosa parroquia de Santiago Apóstol. Mis padres habían estado por la mañana, muy temprano, y ya habían vuelto. Nos llamó mucho la atención su gran tamaño, teniendo en cuenta lo que es, una parroquia de pueblo. Sus dos torreones se veían imponentes ante la ausencia de algún edificio considerable, y la blancura de sus muros destacaba entre el color del suelo y el verde de la vegetación.

Ante la masiva afluencia de peregrinos, las confesiones se realizaban fuera, en uno de los laterales de la iglesia, junto a la explanada. Allí se disponían un buen número de sacerdotes, que confesaban en los distintos idiomas. Había varias filas, cada una con un cura que hablaba una determinada lengua. Curiosamente, la nuestra era una de las que menos penitentes tenía, a pesar de ser uno de los idiomas más hablados.

A decir verdad, yo estaba un poco disgustada. Faltaban pocas horas para que tuviéramos que iniciar el viaje de vuelta, y Víctor seguía igual: apático, desanimado, distraído... en definitiva, ausente.

Me coloqué en la fila para confesarme, que, como digo, era una de las que tenía menos personas. Él miraba con curiosidad, y me preguntó:

—¿Qué está haciendo toda esta gente?

—Se están confesando, Kaki. ¿Es que no lo ves?

—¿De qué?

—De los pecados que tengan, claro. ¿Es que no te habló tu madre de esto cuando eras pequeño?

Las respuestas que me daba a veces eran desconcertantes. No sé si la commoción por el accidente lo había dejado algo amnésico, o si realmente la rebeldía con su madre había sido tal, que había rechazado cualquier enseñanza que ella le hubiera dado, siendo como era profesora de religión.

—¿Tú también te vas a confesar? —me preguntó.

—Sí, claro, para eso estoy en la fila.

—¿De qué?

—Pues entre otras cosas, de haber hecho el amor contigo sin estar casados.

—¿Eso es pecado? —otra pregunta desconcertante.

—Sí, claro —respondí con indiferencia.

Víctor se quedó pensando durante unos instantes, sin perder de vista las caras de la gente arrodillada ante los sacerdotes. Despues preguntó:

—¿Y, con eso ya vale para ganar el cielo? ¿Tan fácil?

—No, no es tan fácil. La confesión no sirve de nada si no tienes propósito de enmienda. Es decir, si no tienes una intención firme, de al menos procurar no volver a hacerlo.

—¿Y tú tienes esa intención?

—No.

En ese momento, la persona que estaba delante de mí terminó su confesión, y tras hacer la señal de la cruz se levantó y se marchó. Era mi turno, y me adelanté, arrodillándome junto al cura para comenzar el sacramento.

No duró mucho. En cinco o diez minutos ya me había despachado, y entonces...

Entonces ocurrió el milagro que cambió nuestras vidas.

Aquel 15 de abril, ante mi sorpresa, Víctor se acercó al sacerdote y se arrodilló, comenzando a llorar.

—Padre, no sé qué estoy haciendo aquí. Yo estaba hace un instante con Olivia, y... bueno, ahora estoy con usted. No sé qué me ha pasado. He tenido una especie de... sensación extraña, he sentido algo... quizás era una voz que me decía... no lo recuerdo. ¿O quizás sí? Estoy... Estoy confundido...

—Créeme si te digo que eso les ha pasado a muchos en este lugar —respondió el cura. Era un hombre mayor con barba blanca y cara bondadosa—. ¿Con quién has venido?

—Con mi novia. Es la chica que ha estado con usted antes que yo.

—Bueno, pues ya que estás aquí, cuéntame lo que te aflige. Espero serte de ayuda.

Víctor miró hacia el suelo, y tras un estremecimiento, sollozó y dijo:



—Padre, he matado a mi novia. La maté. Involuntariamente, pero la maté.

El cura lo miró, sorprendido, y después me miró a mí. Yo estaba todavía en las inmediaciones, aunque a cierta distancia. No alcanzaba a oír la conversación, pero estaba tan sorprendida como él.

—¿A tu novia dices? Pero, ¿no es esa? —me señaló con la mirada.

—Sí, sí es esa, pero tenía otra, la que maté. A las dos las usaba, según me apetecía. Bueno, en realidad no sé si las usaba yo, o me usaban ellas a mí. Sobre todo la otra...

El cura suspiró y sopesó si pedir más explicaciones o bien comenzar un discurso moralizante. En su lugar, simplemente contestó:

—Desahógate, hijo.

Víctor comenzó a relatar, entre lágrimas, todo lo que le había sucedido en el último año, incidiendo especialmente en el día del accidente. El sacerdote escuchaba atentamente, pero sin interrumpir. Solo asentía, mientras de vez en cuando le estrechaba las manos en señal de afecto. Después de un buen rato, el cura prefirió no decir nada más y simplemente terminó, diciendo:

—Hijo, Jesucristo es misericordioso, y por medio de mí, su humilde siervo, te perdona todos tus pecados. Puedes irte en paz. —Le dio un abrazo, que el otro correspondió con mucho afecto. Todavía estaba llorando.

Y en ese momento, Víctor recordó las catequesis de su madre. Recordó que, después de confesar, el sacerdote solía imponer una penitencia, que consistía en rezar unas oraciones o en realizar alguna obra de caridad. Y él deseaba una que fuera lo más dura posible, para resarcir todo el daño causado.

—¿Cuál es la penitencia, padre?

—No hay penitencia —señaló, mirándolo fijamente a los ojos—. El dolor que estás sufriendo y el que has sufrido es más que suficiente. Tan solo te hago una recomendación: cásate con tu novia; la que te queda —sonrió, mirándome—, y formad una familia cristiana. Es el mejor modo de sobrellevar esta vida, y de asegurar la otra.

Segunda parte – La revancha de las mujeres

Un día vinieron a por los judíos y se los llevaron a todos. Yo dije: no soy judío; ¿qué me importa? Otro día vinieron a por los sindicalistas y yo dije: no estoy afiliado a ningún sindicato; ¿qué me importa? Otro día vinieron a por los católicos, y yo dije: no soy católico; ¿qué me importa? Despues vinieron a por los comunistas y yo dije: no soy comunista; ¿qué me importa? El problema fue que cuando vinieron a por mí, ya no quedaba nadie para defenderme.

Martin Niemöller (1892-1984). Prisionero en el campo de concentración de Dachau.

25 años después

Me quedé embarazada al poco tiempo de casarnos y aproveché ese tiempo para intentar de una vez por todas terminar la carrera de Derecho.



Así pues, conseguí sacarla al tercer intento, pero no llegué a ejercerla, pues preferí realizar una labor muchísimo más plena y satisfactoria: criar y amar a mis hijos.

Sí, tuve tres hijos. El mayor, Toni, ya tenía 23 años y era ingeniero. Un hombre idéntico a su padre. Bueno, era igual físicamente, porque en el carácter se parecía más a mí. Salvo en el color del cabello que era rubio como el mío, por lo demás eran muy parecidos. Se podría decir que, si Víctor tenía la cara de Tom Cruise, Toni tenía la de Robert Redford, tan guapo como era.

También estaba Vicky, la mediana, que cumplió 17 hacía poco, y por último tuve a Angie, que contaba con solo diez añitos por aquel entonces.

Con Vicky pasaba algo parecido a lo de Toni, pero al revés. Ella era igual que yo físicamente, excepto por el color del pelo que era oscuro como el de Víctor. De la misma manera, también tenía el carácter rebelde de su padre, e incluso quería ser militar. De hecho, iba a ingresar en la Academia al año siguiente.

En fin, cosas de la genética.

Solo Angie se podría decir que era una mezcla de los dos, al menos físicamente. Porque a pesar de ser solo una niña, tenía una personalidad extraña. Muy infantil para algunas cosas, pero muy madura para otras. Nunca dejaba de sorprendernos.

Y ahora que ya eran mayores, decidí retomar el ejercicio del Derecho, en un intento de hacer justicia en un mundo tan injusto.

Porque las mujeres que gobernaban el país habían prohibido amar. Habían prohibido hacer el amor y habían condenado a los hombres y a las mujeres a la soledad, y con ello a la amargura y a la infelicidad.

Cuando yo era joven, en los tiempos en los que yo era novia de Víctor, ya había señales más que preocupantes de todo esto. Pero ni remotamente sospechamos que las cosas llegarían al extremo que habían llegado.

Porque ahora, los hombres son una minoría, en declive, y en peligro de extinción.

El mitin

Era sábado, ocho de marzo, día de la fiesta nacional y Día Internacional de la Mujer. El estadio de fútbol de la ciudad, que apenas se usaba ya para ese deporte, había sido el sitio donde habían tenido lugar las celebraciones que se habían sucedido a lo largo de todo el día.

Actuaciones musicales, discursos de prominentes líderes feministas, recreación de episodios históricos que marcaron un hito en la lucha por la liberación de las mujeres... toda una fiesta que culminaba, ya por la noche, con el esperado discurso de la candidata del Partido de la Mujer y actual presidenta del gobierno, Elle Ellis.

Quedaban pocas semanas para las elecciones, y las encuestas no daban claros resultados al partido del Gobierno. Había que hacer un esfuerzo para convencer a las indecisas, y se rumoreaba que la presidenta iba a dar un golpe de efecto aquella tarde anunciando una medida rompedora para inclinar la balanza.

Cuando se anunció que iba a salir, la multitud, formada casi en exclusiva por mujeres, rompió en aplausos y vítores y las más fanáticas de sus seguidoras avanzaron para intentar colocarse lo más cerca posible de su gran y adorada líder, la gran referente del feminismo.



Por fin, entre aclamaciones, la candidata apareció detrás de unas mamparas y se acercó al estrado. Era una mujer alta y delgada, con el pelo rasurado por los lados y una especie de "mohawk" en la parte superior que solía llevar teñido de azul. En esta ocasión, además, se había añadido una extensión del mismo color.

Llevaba un pantalón ancho fabricado con una tela vaporosa de color negro, y una moderna blusa con cortes a la altura de los hombros. Ningún maquillaje, ningún pendiente, ningún adorno de clase alguna. No tenía rasgos femeninos que la identificaran, y sin conocerla uno podría incluso dudar si era hombre o era mujer. Hasta que hablaba, lógicamente, y entonces ya se sabía de forma clara a qué género pertenecía.

Era una mujer energética, con decisión, y muy valiente. Su mirada era incisiva y mordaz, y tenía un poder de persuasión tremendo, consiguiendo que las masas la siguieran incluso en sus proposiciones más descabelladas. Conseguía su adhesión inquebrantable e incondicional y la admiraban de forma fanática.

Tras recoger la tableta que había sobre el atril, se desplazó unos metros en dirección al público, se aclaró la voz, y comenzó el mitin.

—¡Compañeras! Fue a finales del siglo XIX cuando el movimiento feminista cobró forma. Primero fueron las sufragistas, que comenzaron pidiendo algo tan básico como el derecho al voto. Luego

fueron las trabajadoras, que exigieron poder trabajar para ganarse el sustento sin tener que depender de sus maridos. Después, esas mismas trabajadoras exigieron algo tan justo como que las mujeres cobraran lo mismo que los hombres si realizaban el mismo trabajo, así como la no discriminación a la hora de solicitar un empleo, por el mero hecho de ser mujer. Con todo eso, nos desprendimos del yugo del varón, y quedamos libres para ser independientes, sin necesidad de estar sujetas a ningún macho.

»Pero todavía faltaba mucho por hacer, y de hecho, todavía falta. Una vez conseguidos esos derechos básicos, las feministas exigimos condenas más graves para los delitos sexuales y se tipificó el acoso y el abuso sexual como un delito de similares características. Se prohibieron los piropos, se prohibió la prostitución, la pornografía y toda forma de cosificación de la mujer. Después conseguimos que las mujeres no tuviéramos que pasar por el tortuoso proceso de un juicio para demostrar nuestra condición de víctimas ante los delitos sexuales, y así no tener que revivir los momentos tan angustiosos que una determinada mujer pasó en una situación como esa. Conseguimos que nuestra palabra fuera creída sin más averiguaciones humillantes, incluso mediante una declaración por escrito, para no estar sometidas al insidioso interrogatorio. ¡Hemos estado ganando derechos uno tras otro!

El público estalló en gritos de aprobación, que fueron silenciados por la oradora.

—Y todo eso se consiguió gracias a la lucha de miles de mujeres que se jugaron sus vidas para conseguir todos esos derechos. Una lucha que ha desembocado en la culminación de una sociedad libre como es la que ahora tenemos, donde por fin hemos conseguido la paridad y una presencia indiscutible en los puestos directivos de todas las organizaciones.

»Y sin embargo... todavía quedan muchas cosas por hacer. La presencia de hombres entre nosotras supone un verdadero desafío que amenaza siempre con llevar al traste todos esos logros, todos esos avances en materia de derechos y libertades.

Aplausos y vítores.

»La lacra masculina sigue presente en la sociedad, y el hetero patriarcado no termina de irse del todo. Por no hablar del gran número de mujeres que todavía están bajo su yugo y que siguen colaborando con el sostenimiento de la sociedad machista, a pesar de las décadas de reeducación y los inmensos recursos que se han invertido en propagar las ideas feministas.

»Por ejemplo, veo a algunas entre vosotras que siguen mostrándose impregnadas del tan fatídico canon de belleza femenino que los hombres han impuesto sobre nosotras desde hace siglos. ¿Por qué una mujer, para considerarse guapa, tiene que vestir y parecer "sexy"? ¿Por qué una mujer con poco pecho tiene que estar acomplejada?

De nuevo, gritos de júbilo, que la oradora costó silenciar. Algunas mujeres comenzaron a increpar a otras que tenían cerca por llevar ropa ceñida, tacones o escotes.

—¡Basta ya! —gritó—¡Fuera tacones! ¡Fuera esos incómodos inventos diseñados por los machos para resaltar nuestros pechos! ¡Basta ya!

Se produjo de nuevo otro griterío, pero la candidata siguió con el discurso para intentar aplacarlo.

—¡Compañeras! —exclamó—. ¡Ya somos mayoría! ¡Las mujeres ganamos por goleada a los hombres!

Siguieron los vítores.

—Ya les ganábamos antes en calidad, ¡pero es que ahora los derrotamos también en cantidad! Entre los hombres que se han marchado y los que ya no nacen, ¡cada vez estamos más libres del yugo machista! ¡Ya van quedando menos!

Más gritos de júbilo y aplausos.

»Porque, según las estadísticas, las mujeres que se animan a tener hijas ahora recurren en masa a la inseminación artificial selectiva. Y con eso se consiguen dos nobles objetivos: En primer lugar, asegurarnos de no engendrar a los indeseados varones, y en segundo, conseguir el embarazo mediante un método aséptico, humano, y altamente efectivo. Porque, igual que la humanidad se "humanizó" dejando de comer carne cruda, y últimamente, dejando de comer carne en absoluto, ¿por qué seguir teniendo hijas mediante el bárbaro y salvaje acto de la penetración masculina? ¿Por qué tenemos que seguir siendo como

las fieras salvajes, que siguen comiendo carne cruda y violando a sus hembras? La inseminación artificial —mejor llamémosla cívica—, consigue los mismos resultados —mejor dicho, mejores resultados—, mediante un método civilizado, aséptico, higiénico, y sobre todo, que no atenta contra la integridad sexual de la mujer, pues no la viola de forma animal.

Aplausos.

—¡No permitáis que os penetren! Ese acto miserable, doloroso, que solo satisface al hombre y que puede contagiar innumerables enfermedades a la mujer, puede ser humanizado en una clínica con atención médica personalizada, y por supuesto, atendido por mujeres, que entienden la sensibilidad específica de cada una de nosotras.

De nuevo, gritos de aprobación, que la oradora dejó expandir. Cuando se hubieron contenido, siguió:

—“Nosotras parimos, nosotras decidimos”. Ese fue el grito de liberación de nuestras abuelas, para poder decidir lo que hacían con sus cuerpos, sin tener en cuenta la opinión de los hombres. Nuestras madres también decidieron si tener o no tener descendencia, con la misma libertad, y ahora nosotras podemos decidir el adiós definitivo al primitivismo erradicando de nuestras sociedades cualquier vestigio masculino. Es hora de dar la bienvenida a la nueva humanidad. ¡No a los hombres! ¡No queremos parir más machos!

Más gritos de júbilo.

—¡Compañeras! —gritó, con el puño en alto—. El feminismo debe completar la última etapa de su desarrollo, y adoptar esta medida. Si no lo hacemos ahora, ¡nos arrepentiremos!

Aplausos y exclamaciones de aprobación.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué? Me decís algunas. Somos personas civilizadas, y creemos en la libertad, incluso en la libertad de los hombres. ¡Pero tiene que ser una libertad relativa!

Más vítores.

—Los machos son como los animales, pues están sujetos a unos instintos primarios que no pueden controlar ni reprimir. Igual que castramos a nuestras mascotas, ¿por qué no hacerlo también con nuestros hijos, y así librarles de ese yugo? La extirpación de los testículos en un niño es una operación muy sencilla y que produce múltiples beneficios. Sin necesidad de despojarle de su miembro urinario, evitará más tarde la esclavitud de estar sujeto a un instinto animal que lo dominaría, y podrá ser libre para integrarse plenamente en una sociedad plural en la que nadie lo temerá ni lo acusará de nada, siendo un miembro de pleno derecho.

Aplausos.

—Si a un hombre se le practica la *orquiectomía*, que es como se denomina a esta sencilla intervención, jamás tendrá erecciones ni deseos sexuales, y las mujeres del mañana se verán libres de una amenaza muy real.

»Sí, ya sé que es una práctica muy extendida, y que cada vez lo hacéis con más frecuencia. Pero como siempre, como siempre ha dicho el feminismo... ¡Todavía queda mucho por hacer!

»¡Sí, compañeras! ¡Queda mucho por hacer!

Vítores y aplausos.

»Y como creemos fundamentalmente en la libertad, no quiero proponer una ley que obligue a las mujeres a realizar ese acto cívico con sus hijos, aunque sí quiero promoverlo y fomentarlo a todos los niveles. ¡Castremos a los machos que todavía andan sueltos!

Más gritos de aprobación que son aplacados por la oradora.

—Algunas compañeras me dicen que hay algunos hombres que son buenos. Sin duda. Yo soy la primera en admitirlo. Pero son tan pocos... En el fondo, todos llevan en sí mismos el gen del violador. Es inherente a su masculinidad. Tan solo los homosexuales y los castrados pueden llamarse personas civilizadas en el más estricto sentido de la palabra. El resto son animales salvajes esclavos de sus pasiones y de sus instintos primarios.

Las exclamaciones de júbilo se repitieron y se expandieron, hasta que la oradora intervino de nuevo.

—¡Compañeras! Hace décadas que se eliminó la prostitución consentida o voluntaria, como se la denominaba entonces. Hace ya décadas que se abolió un acto tan humillante y degradatorio para una mujer como es el de tener que venderse por dinero. Pues, bien, ¡demos un paso más allá! ¡Terminemos también con la penetración consentida!

Vítores y aclamaciones.

—Si alguna tiene necesidades sexuales, ¿por qué satisfacerlas con un hombre? ¿Qué le aporta a una mujer el acto sexual, si sus genitales no son estimulados? ¡Y aunque lo fueran! ¿Qué le aporta? Solo una mujer puede comprender mejor a otra mujer y darle mayor placer. Y si no, ya se han inventado dispositivos altamente eficaces que hacen ese trabajo. Sin compromisos, sin riesgos, no manchan y están siempre disponibles. ¿Quién necesita a un hombre?

Murmurillos de aprobación y aplausos.

—La penetración, el acto machista por naturaleza, no se debe consentir, ni siquiera voluntariamente. No se puede consentir, pues denigra a la mujer, la envilece, la cosifica. En el fondo es lo mismo que la prostitución. La mujer penetrada por su pareja se convierte en cosa al ser usada por una bestia para satisfacer sus impulsos bestiales. Deja de ser persona, al participar de un acto animal como ese.

De nuevo, gritos de aprobación.

—Por tanto, ¡la penetración consentida también es violación! —gritó—. ¡Es una violación consentida! Y como tal violación debe estar sujeta al mismo castigo. ¡Al mismo castigo!

Más vítores y aplausos.

—Y por eso debemos insistir en la castración, de momento voluntaria. ¡Mujer que eres madre! Castra a tu hijo si no quieres verlo sufrir el día de mañana deseando algo que no puede tener. Cástrale, para que se vea libre de ese instinto animal que lo deshumaniza.

Aplausos.

—Por otra parte, los logros manifiestos que el feminismo ha conseguido en los últimos tiempos se quedarán en nada si este Gobierno sigue permitiendo la existencia de una institución que arremete contra las mujeres, que es patriarcal, contraria a la libertad, reaccionaria, xenófoba, excluyente, machista, homófoba y que nos odia y discrimina en su funcionamiento interno. Por supuesto, se trata de la Iglesia Católica.

»Si mi candidatura sale elegida, se le dará un plazo razonable para que cambie todos sus postulados internos y su ideología, para que se retrakte y pida perdón por todas las ofensas históricas causadas a tanta gente, y que cambie su actitud hacia todos aquellos colectivos a los que excluye y odia.

»La Iglesia debe adaptarse a los tiempos y reconocer que existen otras formas reproductivas que no implican necesariamente la penetración, y tiene que dejar de condonar la interrupción voluntaria del embarazo, que es uno de los derechos inalienables de la mujer y uno de los grandes logros del colectivo feminista.

»De lo contrario, de persistir en su terca obstinación de odio, esa institución debe ser disuelta, ilegalizada, perseguida, y sus prosélitos acusados de complicidad, de colaborar en semejantes delitos, delitos de odio.

»Y con esto no se está conculcando la libertad religiosa que proclama nuestra Constitución. Simplemente, se están haciendo prevalecer los derechos fundamentales, supremos e inalienables de la persona humana. En definitiva, cualquiera puede adherirse a la creencia que estime más conveniente, siempre y cuando no se vulneren estos principios básicos, que son los que marcan nuestra convivencia.

Más aplausos y gritos de júbilo.

—Por último, no quiero dejar de acordarme de nuestras compañeras racializadas del Sur Global. Como todas vosotras sabéis, existen todavía numerosos países donde se vulneran sistemáticamente los derechos humanos, donde las mujeres son como muebles en un ajuar.

»Los países civilizados deberíamos tomar partido y liberar a todas esas mujeres de las violaciones sistemáticas a las que son sometidas diariamente, pues su sistema de creencias las utiliza como esclavas sexuales. ¡Esas mujeres están sometidas a la barbarie machista! Viven en países atrasados, países del sur, los únicos que todavía no han implantado el feminismo a nivel global.

—¡Compañeras! —gritó de nuevo, con el puño en alto—. ¡No podemos consentir que todos estos avances se queden en nada! ¡No podemos consentir que desbaraten todos nuestros progresos! Si vosotras votáis a la candidata del partido machista, todas esas conquistas se vendrán abajo en un solo día, y retrocederemos décadas, si no siglos, en la consecución de esos derechos sociales, haciendo un flaco favor a las mujeres mártires que nos han procedido.

»Voten a la candidata machista, y todos los derechos de las mujeres serán suprimidos. Los hombres que están detrás de Sara Palar derogarán las leyes que tanto esfuerzo nos han costado conseguir, y nos encerrarán en las cocinas y en los dormitorios para ser de nuevo su objeto de placer. ¡No lo podemos consentir! ¡No lo podemos consentir!

Ahora, grandes y prolongados aplausos entre exclamaciones y gritos de júbilo, mientras la candidata abandonaba el estrado, saludando con el brazo y el puño en alto a sus fanáticas e incondicionales seguidoras.

Víctor y Oscar

Eunuco: varón castrado. Tradicionalmente, hombre despojado de sus genitales para cumplir con una determinada función social, como por ejemplo, guardar el harén de un sultán.

Castrati: cantante de ópera italiana que era castrado poco antes de llegar a la pubertad. Con eso se conseguía que los niños que ya habían demostrado tener especiales dotes para el canto, mantuviieran de adultos una tesitura aguda y fueran capaces de interpretar voces características de papeles femeninos. De este modo se lograba aunar la aguda voz infantil con las cualidades de un intérprete adulto que un niño difícilmente podía igualar: mayor potencia pulmonar y pleno dominio de la voz.

Oscar había estado destinado en otra ciudad durante una temporada, y se dieron un abrazo nada más verse.

—Bueno, ¿qué tal están las cosas en Salinas? —preguntó Víctor.

—Pues, igual que aquí.

—Igual, ¿en qué sentido?

—Todos los mandos, de sargento para arriba, son mujeres. Los que salen de la academia, o son eunucos o chicas jóvenes. Los hombres como nosotros ya somos una minoría, y sin posibilidad alguna de ascender.

—Ya. Vamos, como en todas partes —constató—. ¡Qué país!

—Pues sí.

—¿Viste ayer el discurso de Elle?

—Sí, lo vi.

—Terrorífico, ¿verdad? A esa tía se le han aflojado ya los pocos tornillos que le quedaban. Está totalmente desbocada.

—Bueno, es parte de su juego. Está representando el papel que le corresponde.

Como siempre, Oscar era el más cabal de los dos. Siempre comedido y realista, intentaba quitar hierro a una situación de la que todos hablaban.

—¿Crees que no va en serio?

—A ver, cuando dice eso de “castremos a los machos que todavía andan sueltos”, lo dice para asustar, Víctor. Es como lo de prohibir la penetración consentida. Lo puede hacer, de acuerdo.

—Ya lo ha hecho.

—Sí, pero, ¿quién va a entrar en tu casa para detenerte “in fraganti”. ¿Eh?

—No, claro, tiene que haber una denuncia.

—Pues eso. En la práctica, es papel mojado. En el momento en que se ilegaliza algo, el peligro no viene del hecho de hacerlo, sino de llevarte bien con quién lo hagas. En realidad, es una vuelta más de tuerca al asunto de las denuncias falsas. Tienes que tener cuidado con quien te lías, no vayas a quedar mal con ella y se quiera vengar de ti. Pero eso es todo.

—Joder, eso es todo, pero ya es mucho. Entre el cuidado que hay que tener con eso y que las tías ya no quieren saber nada de los hombres, te encuentras con casos como el de mi hijo Toni, con lo majete que es, que ya tiene 23 años y no creo que haya salido con más de 2 o 3 chicas en toda su vida, como mucho. Y yo a su edad, ¡pues qué te voy a contar!



—Sí, ya estamos en otros tiempos, en una nueva era.

—Y que lo digas. Dentro de poco los hombres nos habremos extinguido, o se nos expondrá en un zoo... Ya nadie tiene hijos. Solo hijas, o eunucos.

—Así es, compañero. Y hablando de compañeros, ¿qué tal el tuyo? Estás con una mujer, ¿no?

—Sí, con Ángela. Salió de la academia hace poco. Es *bollera*, creo.

—Pero, ¿*bollera* de nacimiento, o abducida?

—Abducida, probablemente —hizo un gesto de desprecio—. Joder, no puede ser que ahora haya tantas. Las que son de nacimiento, vale, no tienen la culpa y merecen todo mi respeto. Pero las que se convierten por influjo de la cultura dominante, es demencial, joder.

—Que no te oigan decir eso, compañero. Te dirán que cualquiera tiene derecho a elegir su orientación sexual.

—No, si a mí no me parece mal... por mí pueden restregarse contra un pulpo si les apetece. Pero que luego no me culpen a mí de sus frustraciones, joder, que siempre tenemos los hombres la culpa de todo lo que les pasa.

—Así es. La culpa de todo la tiene “sociedad patriarcal”, ya lo sabes. O lo que quede de ella.

—Exactamente. Y por eso hay que abducir de forma masiva a las mujeres, aborreciendo a los “machos” y fomentando el lesbianismo, incluso entre quienes no lo sean.

Oscar asintió y Víctor continuó:

—Joder, hasta mi hija creo que lo es.

—¿En serio? ¿Se ha vuelto *bollera*?

—Eso cree Olivia. Yo por si acaso, no me atrevo ni a preguntar —hizo el mismo gesto de desprecio otra vez—. Joder, mi propia hija... ¡Mi propia hija se ha creído toda esa mierda de que los hombres somos unos violadores!

Oscar le puso una mano sobre el hombro en señal de afecto. Víctor se recompuso y siguió:

—Bueno, y tú ¿qué tal? Me dijiste que te habían asignado a un *castrati*, ¿no?

—Sí. Es un buen chaval. Le molesta que le llamen así. Al fin y al cabo, él no tiene la culpa de que su madre lo castrara de pequeño. Mejor llamarles “eunucos”, que es más diplomático.

—Ya, o “varón liberado de sus gónadas perjudiciales”, que es como se les denomina oficialmente. ¡Qué asco!

El otro hizo un gesto de asentimiento y preguntó:

—Y, ¿qué tal te llevas con... Ángela, se llama?

—Sí —confirmó—. Bueno, me llevo. Somos profesionales, sin más. No creo que fuera capaz de salvarme la vida como lo has hecho tú tantas veces, pero, es lo que hay.

—Si no fuera por estas “compañeras” nuevas, no podríamos haber seguido trabajando, ya lo sabes.

—Es cierto. El otro día se saltó un semáforo un vehículo, y fuimos tras él. Yo llegué primero como siempre, y, era una mujer.

—Adivino lo que me vas a decir. A que te amenazó con denunciarte por acoso... o agresión sexual ¿a qué sí?

—Exactamente. Me dijo: “Agente 125689 —leyó mi placa—. Se está usted jugando su carrera. Yo que usted no seguiría adelante con eso. Sabe que con una simple llamada telefónica le puedo arruinar la vida, ¿verdad?”.

—¿Eso te dijo?

—Como lo oyes. La muy zorra no dijo nada que pudiera incriminarla, pues sabe que siempre grabamos las conversaciones. Eso mismo se podía referir a un supuesto acoso.

—¡Qué hija de puta!

—Menos mal que enseguida llegó Ángela y me salvó el cuello. La llamó de todo, desde puta, a un sinfín de insultos machistas. Llego a decir yo solo uno de ellos, y se me hubiera echado encima la Inquisición al completo.

—Joder —el compañero hizo un gesto de asco—, no puede ser que la palabra de un policía valga menos que la de una delincuente...

—Si quien dice la palabra es un hombre sin castrar, va a valer menos, siempre. Ya lo sabes.

—Lo sé, joder, lo sé. Pero no puede ser que tengamos que llevar a una mujer o a un eunuco para que nos defienda... ¡Es acongojante!

—Y que lo digas.

—¿Qué hemos hecho nosotros para merecer esto, Oscar?

—Nosotros no hemos hecho nada, Víctor. En todo caso lo hicieron nuestros abuelos, aunque yo ya no lo tengo tan claro. No tiene sentido que las mujeres de hoy paguen en nuestros pellejos los pecados de los hombres del ayer. Con eso no se hace ninguna justicia, sino que se comete otra injusticia.

—Tú lo has dicho. Pagan justos por pecadores, como siempre. Porque nuestros abuelos ya están muertos, y las mujeres a quien supuestamente agraviaron, también.

Elle y Farse

—¿Qué hombres te van a votar después de haber dicho eso, Elle?

La todavía presidenta y su vicepresidenta se encontraban en el despacho de la candidata analizando las reacciones al mitin. Sus colaboradoras habían hecho un análisis pormenorizado de la audiencia y de los comentarios en redes sociales, así como las impresiones que había causado a la ciudadanía y al partido de la oposición.



—¿Acaso nos vota todavía alguno? Alguno que no esté castrado, me refiero.
—Se tendría que impedir que un hombre no castrado pudiera votar.
—Sí, eso estaría bien. Pero todavía queda mucho por hacer.
—¡Siempre queda mucho por hacer!
—Algún día llegaremos a eso, sin duda. Pero mientras tanto, el feminismo debe seguir avanzando para garantizar los derechos de las mujeres, en los que los hombres siempre han sido, son, y serán, un obstáculo.
—Un obstáculo y un estorbo —corrobó la vicepresidenta.
—Son ellos o nosotras, Farse. Siempre ha sido así.
—Pues que sepas que a partir de ahora no nos votará ninguno.
—Lo sé. Pero estoy segura de que lo harán la mayoría de las mujeres. Ya somos dos de cada tres votantes, después de la emigración masiva de hombres de la última década. Desde que las mujeres les dimos una patada en el culo a todos esos animales.

La vicepresidenta sonrió, y su jefa siguió:

—Y la alternativa es la ultraderecha, Farse, el partido machista. Así que...

—El triunfo está garantizado.

—Así es.

—Fue todo un acierto quitar la nacionalidad a los emigrantes varones y...

—Y dásela a todas las mujeres que venían, inmediatamente.

Las dos mujeres callaron durante unos instantes en los que siguieron analizando los datos y comparando los gráficos antes y después del mitin. Y pensando en la estrategia a seguir en el debate con la candidata de la oposición que estaba previsto próximamente.

—¿Crees que deberíamos anunciar ya la intención de castigar a los consumidores de pornografía con las mismas penas que a los violadores? Son colaboracionistas, Elle. Cómplices del machismo más exacerbado.

—Esa lacra se prohibió hace mucho tiempo. ¿Es posible que quede algo?

—En Internet, desde luego que no. Las IA's recorren todas las webs día y noche eliminando contenidos y denunciando a los dueños de los servidores. Hace años que ya no hay nada. Nadie se atreve a colgar algo y pudrirse de por vida en la cárcel.

—¿Pues entonces?

—La gente imprimió fotos y grabó vídeos, Elle. El material impreso sigue circulando.

—De acuerdo, haremos la ley. Pero no lo diremos hasta ganadas las elecciones.

—¿Por qué? Si lo decimos antes, tendremos más votos.

—Sí, pero se podría interpretar mal.

La vicepresidenta se quedó pensando por un momento y luego dijo:

—Ya sé por dónde vas. Los homosexuales, ¿no es así?

—Así es. Nuestros aliados los gays, podrían incomodarse. No se ha prohibido su prostitución ni la pornografía homosexual porque son muchos los votos que hay en juego. Igual que la castración obligatoria. A ellos les perjudicaría.

—No solo eso, Elle. Si pusiéramos en marcha esa medida, muchos heteros se harían pasar por gays para no ser castrados.

—Claro. Por eso no podemos imponerla obligatoriamente. Nuestros aliados pasarian a ser rivales. Es un terreno por el que hay que andar con cuidado.

—Me parece bien. Pues hablaré con las compañeras que reclaman que se elimine también todo eso, y se lo explicaré.

—¿Hay quien se queja? ¿Por qué? ¿Qué problema hay?

—Bueno, la pornografía homosexual también es pornografía, aunque no aparezcan mujeres...

—A ver, Farse, los hombres son como los animales. Hemos de considerarlo como un documental de vida salvaje.

—Jajá —se rio—. Sí, me parece bien ese enfoque.

—¡Claro! Es más, ¡que se difunda! Así alentaremos a que se sodomicen también los *heteros*. Si tanto quieren penetrar, que se penetren unos a otros. Eso no es delito.

Las dos se rieron a carcajadas y siguieron con el tema de los gráficos.

—¿Te han dicho algo las del CPV?

—Perdón?

—Las del Comité Permanente de Vigilancia.

—Ya, ya, es que no te había oído. Bueno, en la Inquisición...

—Farse —la interrumpió—. No me gusta nada ese término. Ya lo acortamos y lo llamamos simplemente CPV, cuando en realidad debería llamarse “Comité Permanente de Vigilancia y Alerta Temprana contra el Machismo”. No quiero volver a oírlo, al menos en mi presencia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —se amilanó y bajó la cabeza—. No se volverá a repetir.

—Bueno, ¿qué ibas a decir?

—Pues que no les parece bien lo del decreto de la Iglesia.

—¿Por qué?

—Podría restarnos votos de algunas mujeres.

—Ah, ya.

—Además, esa gente apenas molesta. Solo quedan ya unas pocas que siguen siendo cristianas. Dejémoslas y se acabarán extinguendo por sí solas.

—Sí, esa era mi intención. Pero no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Me lo han pedido nuestros aliados gays. Tienen un odio visceral hacia los curas, y desean hacerles pagar por todo el daño que les han hecho históricamente.

—Ya —constató—. Bueno, pues esperemos que no perdamos muchos votos.

—No lo creo. Deben ser poquísimas las mujeres que todavía van a misa, y que nos votan. La mayoría son machistas y votan a nuestros rivales.

—Desde luego —confirmó, y miró hacia su tableta, para seguir con los puntos a tratar—. Y respecto al debate, ¿cómo piensas enfocarlo?

—No me preocupa demasiado, Farse.

—¿Por qué no?

—Hoy en día la gente sigue lo que ocurre mediante las redes sociales. Y como sabes, todas están polarizadas. La gente solo recibe sugerencias de aquello que le interesa, y jamás de lo que odia. En ese debate, las *influencers* no mostrarán lo que pueda decir Sara Palar, sino lo que pueda decir yo.

—Ten cuidado, Elle. Tu rival es una mujer astuta y capaz.

—¿Y qué? Diga lo que diga, y aunque tenga razón y yo no la lleve, quienes nos son afines jamás expondrán nuestras flaquezas en sus medios. Omitirán los lances en los que yo pierda, y repetirán una y otra vez aquellos en los que yo gane.

—Sí, eso está claro. Pero habrá quien siga el debate en su totalidad, y saque sus conclusiones.

La jefa sonrió y miró a su vicepresidenta con una mezcla de arrogancia y paternalismo. Entonces dijo:

—Farse, ¿has leído el libro “*La psicología de las masas*”, de Gustave Le Bon?

—Yo no leo libros escritos por hombres.

—Y haces bien. Aunque también hay una versión de esa obra escrita por una mujer, Keltse Müller, que te recomiendo. De todas maneras, yo preferí en su día leerme el original.

—Y, ¿qué dice ese libro?

—Se escribió a finales del siglo XIX, pero encierra verdades que son eternas. Le Bon sostiene que, al formar parte de una “masa”, el individuo pierde su sentido de responsabilidad y su conciencia crítica, lo que lo hace más susceptible a la sugerencia y al contagio emocional. Las masas reaccionan por sugerencia y contagio, de forma que las emociones y las ideas se propagan rápidamente en una multitud, y los individuos tienden a imitarse entre sí sin reflexión.

—Ya entiendo, y creo que sé por dónde vas.

—Efectivamente, las masas son impulsivas, emocionales y fácilmente manipulables. No razonan de manera lógica, sino que responden a imágenes, símbolos y frases simples. Es decir, es inútil utilizar con ellas las razones, sino que son las consignas las que les mueven. Las masas, por tanto, tienden a seguir a líderes fuertes y carismáticos que apelan más a las emociones que a la razón, dejándose llevar por el miedo.

—Por eso te preocupa poco lo que pueda decir Sara Palar, ¿no es así?

—Así es. Aunque esté cargada de razones y las exponga de forma brillante, nadie la escuchará. Solo el ataque directo y visceral es lo que las masas entienden, lo que tienen en cuenta, en lo que se fijan, y...

—Y en eso eres tú una consumada maestra, Elle.

Primer día en el taller

Era su primer día en el taller. Acababa de terminar sus estudios de mecánica, y la dueña lo contrató, además, por su conocimiento de las motocicletas, cuyos secretos conocía a la perfección. No en vano, su padre y él habían estado toda la vida trucando motores para que corrieran más rápido en los circuitos de competición.

—Hola, soy Iván.

—Toni.

Se dieron la mano. El compañero que le habían asignado para que le enseñara el taller parecía de su edad, aunque probablemente solo había realizado los estudios técnicos de formación profesional.

—¿Es tu primera vez en un taller? —le preguntó.

—Sí. Soy ingeniero mecánico —suspiró—. No hay forma de trabajar de lo mío. Las mujeres tienen preferencia, ya sabes.

—Sí, ya sé, ya sé. Todo lo que sean oficinas lo tienen copado. Dichosas subvenciones...

—Aquí por lo menos se cumple la paridad ¿no? —Miró a su alrededor.

—No te engañes, Toni. Todas estas mujeres que ves no hacen nada.

—Cómo que... ¿No hacen nada?



—Nada de nada.

Los dos miraron a un conjunto de chicas de edades diversas, la mayoría de origen islámico, que pululaban por el taller. Iván siguió:

—Es muy difícil encontrar tías que quieran venir a un sitio como este a llenarse las manos de grasa.

—Alguna habrá...

—Sí, algunas hay. Pero son tan pocas que se las rifan. Hay que convencerlas a golpe de talonario, no te digo más.

—¿Quieres decir que hay que pagarlas más para que quieran venir?

—Así es.

—Pero, teóricamente se tiene que pagar lo mismo a una mujer que a un hombre si hacen el mismo trabajo...

—Si, eso es lo que dice la Constitución; pero ya sabes, es papel mojado. Como tú has dicho antes, las mujeres tienen preferencia. Hay que cumplir la paridad, pues si no a la jefa le cierran el taller.

—Ya entiendo. Si se les paga bastante se pueden animar a mancharse de grasa, pero...

—Pero ni con eso se quieren venir aquí. Tienen sitios más atractivos donde cobran de modo parecido. Y tampoco es plan pagarles una fortuna, pues no sale rentable. El negocio da para lo que da —puso un gesto de resignación—. Estas *moras* cobran lo mismo que nosotros, pero a la jefa le salen más baratas. Tiene desgravación en los impuestos por contratar a mujeres de países “machistas”.

—¿Hay subvenciones por contratar a mujeres árabes?

—Sí, ya sabes. Es la solidaridad del Gobierno con el “mundo global”. Es una solidaridad que pagamos todos, es decir, tú y yo, con nuestros impuestos. No lo paga el Gobierno, claro.

Toni volvió a mirar a aquellas mujeres. Algunas llevaban un mono de trabajo, pero la mayoría iban vestidas con sus habituales trajes de calle.

—¿De verdad que no hacen nada?

—Alguna echa una mano trayendo herramientas, otras intentan aprender algo... Pero vamos, la jefa se conforma con que nos dejen trabajar, y eso es lo que hacen. Se pasan el día cotorreando y nos dejan en paz.

Efectivamente, eso es lo que hacían en ese momento la mayoría de ellas. Habían formado un corrillo y no paraban de charlar.

—Y al menos a estas se las puede mirar sin que te denuncien —siguió Iván—. Aunque poco hay que mirar, joder, van tapadas hasta las orejas.



—¿Y esa? —Toni se fijó en una mujer mayor que estaba sentada en una silla. Tenía un rosario de cuentas en la mano y parecía que estaba rezando.

—Es Imma. Entró ayer. Es tu paridad —se rio—. Entró ayer, un día antes, no fuera a ser que tú no vinieras hoy por alguna razón, y se les echara encima la Inquisición acusándolos de no cumplir la paridad por un día.

—¿Por un día?

—Sí, son de *gatillo fácil* para esas cosas. Eso sí, cuando es al revés, bien que hacen la vista gorda. Joder, qué país.

—Sí, a mi abuelo le pasó algo parecido. Era informático y denunció a la empresa por no ser paritaria, pues tres de cada cuatro empleados eran mujeres.

—¿Y qué pasó?

—Pues te puedes imaginar. Lo más suave que le dijeron fue que era machista y fascista. Que si se oponía a dar visibilidad a las mujeres, que si solo quería que estuvieran limpiando o en la cocina, en fin lo de siempre.

—¿Cómo acabó la denuncia?

—Sobreseída. Al final lo despidieron acusado de un delito de odio y contrataron a otra mujer. Como ya era mayor, se tuvo que jubilar porque no había manera de que lo contrataran en ninguna parte. Y eso fue hace años, con que ahora...

—Bueno, al menos en los talleres las mujeres todavía no quieren trabajar. Esperemos que esto dure.

—¿Por qué está ahí sola? —preguntó Toni, refiriéndose a la mujer que había entrado junto a él.

—No se habla con las demás.

—¿Y eso?

—No se entienden. No sabe hablar árabe porque creo que viene de... Persia, o algo así. Un sitio raro, también de moros, pero en el culo del mundo. No conoce ni una palabra de nuestro idioma. Solo habla por señas... Es casi troglodita, joder. Pero, ¿sabes qué? —siguió—, casi es la que más curra de todas.

—¿Ah sí?

—Ayer estuvo todo el día limpiando el taller y lo dejó más limpio que los chorros del oro. Esta mañana ha estado barriendo y limpiando los cristales. Los ha dejado que parece que no hay. No veas los chorretones de grasa que tenían.

—Pero, en teoría, ella está contratada como mecánica, ¿no?

—Esta no sabe ni lo que es un tornillo.

—Ya, ya, pero podía denunciar a la jefa por hacer un trabajo de inferior categoría, quiero decir, por estar limpiando.

—Lo hace porque quiere. Además, esta no va a denunciar a nadie, ya te lo digo yo. Aquí va a cobrar lo mismo que tú, que eres ingeniero, y además está cerca de su casa. ¿Qué más puede pedir?

—Sí, realmente es un chollo para ella, parece. Y, además no trabaja demasiado, ¿no?

—Bueno, ahora debe ser la hora del rezo. Ya sabes que rezan cinco veces al día... Pero la jefa quiere que luego se ponga a limpiar los aseos masculinos. ¡Ahí se va a tener que emplear a fondo!

El Debate

—Buenas noches. Damos la bienvenida, en primer lugar, a las dos candidatas. La señora Elle Ellis, que representa al Partido de la Mujer, a mi derecha, y por otra parte, a la candidata del Partido de la Libertad, la señora Sara Palar, que está a mi izquierda.

La moderadora se situaba en un estrado en el centro de la imagen. El atril estaba formado por un pie de metacrilato y una bandeja donde se ubicaban dos tabletas electrónicas y un teléfono móvil. Era una mujer de unos cuarenta años, correctamente vestida con un pantalón oscuro, camisa y chaqueta con hombreras. No llevaba ningún adorno, salvo el "pinganillo" colocado sobre su oreja derecha, por donde recibía instrucciones de la realización del programa.

Tras saludar las dos candidatas con un ligero asentimiento de cabeza, la moderadora siguió.

—También quiero agradecer al público presente por estar aquí, así como a todas las personas que nos siguen en directo a través de los múltiples sistemas mediante los que se retransmite este debate.

La mujer carraspeó, y luego añadió:

—La estructura de este encuentro será la siguiente. En primer lugar, un breve discurso, de no más de cinco minutos, en el que cada candidata definirá sus líneas principales de actuación o su propuesta de gobierno para los próximos cuatro años. Despues comenzará el debate propiamente dicho, en el que, por favor, ruego el máximo respeto para cada oponente. Y para finalizar, uno o dos minutos con las conclusiones y las consideraciones finales.

»Y sin ánimo de mayor protagonismo por mi parte, cedo este a las candidatas. Por sorteo se ha decidido que comience a hablar la señora Palar. —Hizo una seña a la mujer de su izquierda.

—Muchas gracias, señora moderadora.

La candidata del partido de la Libertad era una mujer de unos 50 años, morena, con el pelo largo, y que llevaba puesto un elegante vestido negro y zapatos de tacón que realzaban su figura.

Su atril era igual que el de la moderadora, solo que tenía una única tableta y un teléfono móvil. Su rostro era comedido y tenía ya algunas arrugas, que el maquillaje había intentado ocultar de alguna manera.

—Señores y señoras del público, estimados tele-oyentes. Quiero comenzar este discurso haciendo referencia, en primer lugar, al proceso que nos ha llevado hasta aquí. Porque pudiera parecer que esta sociedad perversa, histriónica y que se fundamenta en el odio ha existido desde siempre, y no es así.

»Todo comenzó a finales de ese siglo tan querido por el partido de mi rival, el siglo XX, al cual hacen siempre referencia, que fue cuando el Partido Social se quedó sin razón de ser. Efectivamente, una vez que se formó la clase media y los "oprimidos" dejaron de serlo, había que buscar nuevas víctimas de la opresión, o si no se encontraban, había que inventárselas o exagerar las que hubiera.

»Y lo triste es que llegaron tarde, pues todas las constituciones de los países occidentales, la más alta norma jurídica que nos rige, ya igualaba en plenitud los derechos de ambos sexos, así como la prohibición de discriminar a nadie por motivos de raza, género o preferencia sexual.

»Aun así, el Partido Social buscó hasta debajo de las piedras cualquier motivo de discriminación con el que seguir reivindicándose, y así fue como encontraron, primero a las minorías raciales, y después a los homosexuales, colectivo histórico prototipo de la marginación.

»No tardaron mucho en llevárselos a su terreno, y les concedieron todo tipo de prebendas en forma de derechos sociales, subvenciones, subsidios y estipendios de toda clase. Con eso compraron sobradamente su voto, con el dinero de todos, claro está.

»Sin embargo, esto no era suficiente, pues, en una sociedad próspera, al no existir ya los "proletarios oprimidos", no se pueden obtener holgadas victorias electorales solo con las minorías. Efectivamente, el bocado mayor estaba en las mujeres, que, de tenerlas también de su parte, podrían inclinar la balanza significativamente.

»Si en el caso de las minorías raciales el enemigo a batir era el hombre blanco, en el caso de las mujeres el enemigo a batir era el hombre. El hombre tenía que ser malo, opresor, perverso, zafio y sucio, para que así pudiera venir el Partido Social a salvar a las mujeres de una hecatombe... que ese mismo partido había provocado.

»Fabricaron un enemigo, que es de lo que se trataba, y lo hicieron a fuego lento. La demonización del hombre fue tomando forma poco a poco, de una manera sutil, pero muy efectiva. Con la ayuda inestimable de los medios de comunicación, siempre a favor de ese partido, en las películas y series el protagonista cada vez más fue femenino, incluso en películas de acción. El hombre siempre era "el malo", y de no serlo, se limitaba a un rol secundario haciendo de persona torpe y tonta. Por supuesto, si alguno convivía con su mujer siempre la maltrataba, y la pobre chica sufría lo indecible para que la sociedad machista la creyera. Con el tiempo, las películas románticas acabaron siendo lesbicas o como mínimo de gran amistad entre dos o más mujeres. Ellas jamás se disputaban las parejas unas a otras, siendo la tercera persona invariablemente un hombre, quien intentaba, con sus sucios propósitos, romper la idílica "armonía femenina".

»Así las cosas, el Partido Social pronto se transformó en el Partido de la Mujer, y casi que con ese cambio de nombre obtuvieron de golpe un buen número de votos. Pero como no solo de imagen vive un Gobierno, debieron pasar a los hechos para fidelizar aún más a sus votantes, y entonces... entonces comenzó la marginación real de los hombres.

—¡Mentira! —gritó la otra candidata en el otro extremo de la sala—. ¡Usted presenta los hechos distorsionados!

—Candidata, por favor —intervino la moderadora—. No está en su turno de palabra.

—Comenzó la marginación de los hombres, y a la vista está.

—¡Mentira! —repitió.

—Comenzaron a usar el tan manido recurso del miedo, es decir, meter miedo a las mujeres con la ayuda de sus medios de comunicación afines, haciéndonos creer que incidentes aislados y excepcionales como la violencia doméstica o las violaciones, ocurren masivamente y a diario. Por supuesto, cualesquiera de esos delitos, aunque sean pocos, son deleznables, pero llama la atención que los informativos abran sus emisiones con ellos, y obvien completamente hasta el punto de que parece que no existen, otros muchísimo más abundantes y frecuentes como son las agresiones, asesinatos, luchas entre bandas, robos con fuerza, accidentes laborales o suicidios. ¿Puede ser porque sus víctimas son principalmente hombres? Unos hechos que, no solo no se mencionan más que residualmente, sino que ni siquiera existe una preocupación política por los mismos.

»En definitiva, a mí me parece muy bien que ustedes quieran reducir a cero el número de asesinatos de mujeres por sus parejas, o el número de violaciones, y que los informativos lleven la cuenta de esos delitos desde que empezó el año. Pero, ¿por qué no hacen lo mismo ni dedican los mismos recursos a luchar por esos otros muertos, como digo, mucho más numerosos? ¿Será porque esas víctimas no interesan políticamente? ¿Será porque no les votan?

»Y la verdad es que esa estrategia les ha dado resultado, y a la vista está. Porque lógicamente, si usted promete más derechos a las mujeres, en una sociedad que ya tiene igualdad de derechos, esos derechos "extra" no pueden venir de otro sitio más que del menoscabo de los derechos de la otra parte, es decir, de los derechos de los hombres.

»Se repartieron subvenciones a mansalva, se priorizó a la mujer en todos los procesos de contratación laboral pública, e incluso se obligó a las empresas privadas a contratar mujeres en todos los sectores de la actividad, incluso en aquellos en las que estas tradicionalmente no habían tenido interés alguno en trabajar. Por supuesto, las mismas subvenciones no se dieron a los hombres, que pasaron a engrosar de forma masiva las listas del desempleo. “Total, ¿para qué vamos a gastar dinero en ellos, si ellos no nos votan?”, se dijeron ustedes.

—¡Está usted tergiversando la realidad! —intervino Elle.

—Candidata, por favor, no está en su turno de palabra —repitió la moderadora.

—Todo lo que digo es la verdad, señora Ellis. Por otra parte, ya tendrá usted tiempo de rebatírmelo, si es que puede, cuando le corresponda. Si me permite continuar, por favor —miró a la moderadora.

—Adelante.

—Muchas gracias. Bien, pues, como decía, la razón de ser del Partido Social era el enfrentamiento; la lucha de clases: la división maniquea del mundo entre buenos y malos, ricos y pobres, proletarios y capitalistas, y ahora, hombres y mujeres, siempre enfrentados. La mujer, por tanto, tiene que odiar al hombre y alejarse de lo que es el hombre, es decir, alejarse del comportamiento masculino, y ensalzar su feminidad.

»Sin embargo, y contradictoriamente, eso no es así. La mujer rehuye su propia feminidad y aborrece la misma, como ocurre en el caso de la maternidad. Se podría decir que no hay nada más femenino que la maternidad, y, paradójicamente, es lo más aborrecido por las mujeres de hoy, y las más feministas de las feministas, lo único que quieren es hacer lo que hacen los hombres.

—¡Porque lo que hacen los hombres es mejor! —gritó Elle—. ¡Por eso es! ¡Basta ya de discriminación!

—¡Candidata! —gritó también la moderadora—. ¡No quiero tener que llamarle más la atención!

Se hizo un silencio en la sala, y tras unos instantes, siguió Sara Palar.

—Es la gran contradicción de las mujeres de hoy: cómo huir de lo masculino, a lo que odian, sin caer en lo femenino, a lo que también odian. Es un nadar entre dos aguas, en un mundo de contradicciones, muy típico del Partido Social, que solo genera insatisfacción. Se reniega de la biología intentando construir un entorno frío, masculino, precisamente en unos seres que somos, por naturaleza, afectivos y sentimentales.

Elle comenzó a dar golpes en su atril de forma rítmica, a modo de protesta. Pero su rival no se inmutó.

»Pero el Partido Social es muy hábil a la hora de echar la culpa a otros de sus propios errores. Si las cosas van mal, la culpa siempre es de los demás. Si las mujeres están deprimidas o insatisfechas con sus vidas, la culpa no será nunca de aquellos que les han privado de amar a los hombres o de la maternidad. La culpa siempre será de los hombres, y por tanto, lejos de necesitar menos feminismo, lo que se necesita es todavía más feminismo, una vuelta de tuerca más a una situación ya de por sí desbocada y desesperada. Y el instrumento es el odio. Se cultiva el odio, típico del Partido Social, y se azuza y aviva como instrumento de liberación.

»El cariz fundacional del Partido Social se basaba en el enfrentamiento, al más puro estilo marxista de la lucha de clases. Así las cosas, la confrontación y la revolución volvía a su antigua pujanza y millones de mujeres se convencieron de que estaban oprimidas, a pesar de que ya no lo estaban. Y, como no podían resarcirse contra quienes teóricamente les habían oprimido en el pasado, odiaron a aquellos que, paradójicamente, más habían hecho por su “liberación”, es decir, los hombres del presente.

»El feminismo dejó de ser tal en el momento en el que el partido social se apoderó de él, pues metió su ideología de clase, falsamente igualitaria, para radicalizarlo, para convertirlo en supremacismo. No hay piedad para los vencidos: todos deben ser exterminados.

—Señora Palar, por favor, vaya terminando.

—Sí, moderadora. Para terminar —miró a la cámara—, quiero que sepan que yo creo firmemente en el feminismo.

—¡Mentira!

—Sí, señora Ellis. Yo creo firmemente en la igualdad de derechos y oportunidades entre el hombre y la mujer, en el sentido que propugnaban las feministas clásicas. Pero desde que el Partido Social, ahora llamado “de la Mujer”, se apropió de ello para convertirlo en ideología, lo pervirtió y lo transformó en el supremacismo actual que todos y todas padecemos, en esta sociedad del odio.

—¡Todas no! —gritó.

—Su turno, señora Ellis. Ahora sí puede hablar.

—Gracias, señora moderadora.

La candidata pulsó unos cuantos iconos en su tableta, mientras recibía instrucciones por su propio pinganillo. Elle había optado en esta ocasión por vestirse prácticamente como un hombre y de la manera más informal. Además de su cabello rapado por los lados y su característico “mohawk” de color azul, llevaba una sencilla camiseta de algodón estilo T-shirt, con un dibujo que era el símbolo feminista de las palmas de las manos unidas por los dedos índice y pulgar. Al inclinar la cabeza parecía que se formaba una arruga en su cuello, aunque pudiera ser fruto de la sombra que proyectaban los focos. Porque el caso es que muy pocos sabían su edad, y era difícil deducirla solo con mirarla. Había quien afirmaba que tenía alrededor de 30 años, mientras que otros decían que pasaba de los 50.

—En primer lugar, la candidata del partido machista está usando la táctica del espejo, que consiste básicamente en acusar a otras de los defectos que ella misma tiene. Es lo que se dice en el argot popular, “ver la mota en el ojo ajeno, y no ver la viga en el propio”. Por ejemplo, si ella odia a las mujeres por el mero hecho de ser mujeres, dice que esa es mi actitud, y así descarga su problema —y en este caso su odio— en mí.

»Pero yo no estoy aquí para defenderme, sino para atacar y rebatir una por una todas sus mentiras, todas las falsedades que ha dicho hace solo un instante. Por tanto, después de ese discurso cargado de mentiras, falacias e inexactitudes, podría decirle muchas cosas, y de hecho se las voy a decir. Pero quiero empezar por la más elemental. ¿Sabe usted cómo se denomina nuestra nación? ¿Eh? ¿Me podría decir cuál es el nombre que mi partido, el partido de la Mujer acordó para describir a nuestra tierra?

—Usted se cree que por llamar algo de una manera ya se convierte en eso mismo, pero no es más que otro engaño. Un engaño como los muchos que...

—¡Deje de decir mentiras! Conteste y diga de una vez como se llama nuestra nación, por favor.

La candidata se quedó callada.

—Muy bien, ¡Yo se lo diré! ¡Se denomina República Democrática, Igualitaria y Paritaria! ¿Quiere que se lo repita? Porque parece que no lo sabe. ¡República Democrática, Igualitaria y Paritaria!

Sara Palar asintió, con rabia.

»Hemos cambiado el hombre de nuestro país para reflejar un hecho, una intención, una realidad en la que todas las mujeres de esta nación creen, y quieren desarrollarse y luchar para conseguir vivir en un lugar feminista y libre, libre de la opresión machista.

»Cuando usted arroja por su sucia boca esas calumnias, no hace más que mancillar el esfuerzo, el arrojo, la lucha denodada de las mujeres que nos han precedido y que dieron sus vidas para defender un ideal justo, un ideal de justicia que las llevó en muchas ocasiones a la muerte, a ser apaleadas por los intransigentes, por los reaccionarios, por los intolerantes, por los machos que ejercieron sobre ellas la miserable violencia de género que hoy, felizmente, ha disminuido considerablemente. Pero aun así, compañeras, —miró hacia la cámara—, aun así, todavía subsiste esa lacra, y como siempre decimos, ¡queda mucho por hacer! ¡Queda mucho por hacer!

La sala estalló en aplausos.

—No empiece con otro mitin, por favor —replicó la candidata rival—. Ya nos sabemos muy bien todas sus consignas. Aquí hemos venido a debatir.

—Muy bien, pues debatimos. Debatimos sobre las mentiras que ha dicho usted en su anterior intervención. Por ejemplo, usted dijo que el feminismo se inventó la violencia de género para captar votos. ¿En serio está usted diciendo que todas las mujeres muertas por violencia de género son exageradas o son inventadas? ¿Me está queriendo decir que aquellas mujeres murieron en vano? ¿Que todos los machos violentos deberían andar sueltos? ¿Me está queriendo decir eso, señora Palar?

—Yo solo digo que...

—¿Me está queriendo decir que las mujeres no son discriminadas en sus trabajos por el mero hecho de ser mujeres? ¿Que no cobran menos que sus homólogos masculinos a pesar de que realizan el mismo trabajo? ¿Que no sufren diariamente los insultos, las vejaciones, las miradas libidinosas de los machos que las desean de forma sucia? ¿Que no son violadas sistemáticamente por hombres que solo piensan en satisfacer sus bajos instintos animales?

—Señora Ellis, todo eso ocurría en el pasado. Usted está anclada en el siglo XX.

—¡Claro que son cosas del pasado! ¡Por supuesto que sí! Pero ha sido gracias a nosotras, las feministas, que todas esas situaciones injustas se han revertido. Gracias a nosotras, ya no existe discriminación por ser mujer, y todas nosotras cobramos lo mismo que cobran los hombres si realizamos el mismo trabajo. Gracias a nosotras, los machos no nos pueden mirar como lo hacían, pues les hemos puesto unas multas tan fuertes que se lo pensarán dos veces antes de depositar sus sucias miradas sobre ciertas partes de nuestra anatomía. ¡Todo eso ha sido gracias a nosotras, señora Palar! ¡Gracias a nosotras! Mujeres que nos estás oyendo —miró hacia la cámara—. Voten a esta mujer machista, y volverán a sufrir todas esas injusticias. Voten a esta mujer... bueno, realidad no es una mujer. ¡Es un hombre disfrazado!

—Candidata, por favor... —intervino la moderadora, pero no se dio por aludida.

—La candidata de la ultraderecha es una mujer, sí. ¡Pero es una mujer que piensa como un hombre! ¡Es un hombre disfrazado!

En el plató se oyeron algunos murmullos de aprobación y aplausos, que envalentonaron a Elle.

—Sara Palar... Sara... ¡Vaya nombre más patriarcal! Fue la esposa de Abraham, ¡el patriarca masculino por naturaleza! ¿Qué podemos esperar de una mujer que vive subyugada a un hombre? ¡Más subyugación! ¿Acaso no ven como viste? ¿A quién quiere provocar con ese escote, señora Palar? ¿A mí?

El público soltó una carcajada.

—Sí, no se rían —siguió—. Esto nos podrá parecer un poco de broma, pero esta mujer convive con un hombre que tiene empresas donde la mujer es discriminada, donde no se les deja entrar prefiriendo a los hombres para puestos que pueden desempeñar las mujeres. ¡Esa es la candidata que tienen ustedes enfrente!

—¡Eso no es verdad! ¡Las empresas de mi pareja son estrictamente paritarias! ¡Igual que marca la ley!

—¡Usted convive con un hombre, señora Palar! ¡No le da vergüenza?

Elle pasó directamente al ataque visceral, sin medir sus palabras lo más mínimo. La candidata rival se contuvo, aunque la miró con ojos fríos como el hielo.

—¿Mantiene relaciones sexuales con él? ¿Eh? ¿La penetra?

Entonces no se pudo contener:

—Señora Ellis, Se lo diré una única vez: ¡deje de meterse en nuestros dormitorios! ¿Me ha oído? ¡Deje de meterse en nuestra intimidad!



Elle soltó una carcajada, y la otra siguió:

—Me resulta muy curioso que usted pregunte si me da vergüenza convivir con un hombre. ¿Sabe qué? Esa misma pregunta me la hubiera hecho mi tatarabuela, que vivió en el siglo XIX. Son ustedes más puritanas y menos "liberadas" que los curas, a los que tanto aborrecen. Y además retrógradas y reaccionarias, contrarias al progreso.

—Pero ¿qué dice esta loca? —miró al público.

—¡Sí, señora Ellis! ¡Retrógradas y reaccionarias! Ignoran la revolución sexual que se llevó a cabo en el siglo XX, y que nos liberó ya, hace tanto tiempo, de algo que ustedes nos quieren imponer otra vez: la castidad.

Elle sonrió con malicia, y dijo:

—Mujeres electoras que nos estás viendo —volvió a mirar a la cámara—. Aquí tienen una prueba palmaria de lo que he dicho antes. ¡Esta persona está usando la táctica del espejo! —gritó—. ¡Me acusa a mí y a mi partido de lo que ella y los suyos realmente son! ¡Retrógradas y reaccionarias! ¡Ja! ¿Se han dado cuenta de cómo ha retorcido la lógica para echar sobre mí aquello que mejor les define? Pero, ¡no se dejen embauchar! —siguió—. Si votan a esta candidata, se perpetuará la sociedad hetero patriarcal que tanto trabajo nos ha costado superar. Se despenalizará la penetración consentida, la violación, la violencia de género, ¡Todo! ¡Todos nuestros avances se quedarán en nada! Los hombres volverán a hacer lo que les dé la gana y nos recluirán en las cocinas y en los dormitorios, y volveremos a ser sus esclavas sexuales. ¡Eso es lo que pasará! ¡No les quepa la menor duda! ¡Reclamemos la castidad! ¡Sí! ¡Pero la castidad masculina! ¡No la nuestra!

Aplausos y vítores entre el público.

—Señora Ellis, está usted exagerando, como hace siempre —intentó no caer en la provocación—. Nadie les va a recluir en ningún sitio. ¡Deje de meter miedo!

—¡No! ¡Son ustedes una amenaza muy real! ¡Miedo es lo que tenemos todas las mujeres! ¡Miedo de que lleguen ustedes al poder! Dice que estoy exagerando... ¡No exagero nada! Los hombres son seres irracionales que están sujetos a instintos animales que los dominan y que no pueden controlar. ¡Eso es un hecho!

—No serán tan irracionales, cuando la Humanidad ha avanzado tanto hasta llegar hasta aquí.

—Se ha avanzado tecnológicamente, y ese avance ha sido a costa del sacrificio de nuestras abuelas, que se sometieron a ellos sexualmente para aplacar sus deseos. Si no, no hubieran llegado a ninguna parte. Pero esa etapa de la humanidad, quizás necesaria, ha sido superada. La barbarie ha terminado, y ahora comienza la nueva Humanidad.

—¿Pretende matar a todos los hombres para que no estén tentados de violarnos?

—No somos bestias, señora Palar, como sí son ellos. Solo queremos garantizar el derecho de toda mujer a no ser violada. Y como no pueden vivir sin violar, creemos que la mejor solución es...

—Instaurar la castración obligatoria, ¿No es así? ¿Eso es lo que pretende?

—Ya le he dicho que no somos bárbaros. Pero sí debemos fomentar la orquitectomía, es decir, la extirpación de esas glándulas perjudiciales que les esclavizan —los testículos—, y les hacen tener deseos bestiales, para que así no tengan la tentación de hacer daño. Los hombres que se sometan a ese acto profiláctico verán recompensada su voluntad de servicio a la comunidad y su adhesión al feminismo. Sinceramente, pienso que es la única manera de evitar esta lacra, que tanto ha hecho sufrir a las mujeres de todas las épocas.

—Me resulta curioso que cuando tiene que usar un adjetivo despectivo siempre usa el masculino. “No somos bárbaros”, ha dicho. Eso sí, las virtudes solo las tienen las mujeres y por eso habla siempre en femenino. Esas sútiles formas de manipulación las llevan empleando desde hace décadas, y entre otras cosas, por eso hemos llegado hasta donde hemos llegado.

Elle no contestó. Simplemente, mantuvo una expresión fría. La otra candidata continuó:

—Pero, dígame. ¿Y si una mujer desea ser penetrada por su marido o pareja? ¿Y si lo es de forma habitual?

—Necesita reeducación. La penetración consentida es como la prostitución voluntaria. No se puede consentir, pues denigra a la mujer, la envilece, la cosifica. ¡En el fondo es lo mismo! ¡Una mujer ya no necesita eso si quiere tener hijas! ¡Puede hacerlo por inseminación artificial! Un método más aséptico, seguro y desde luego, muchísimo menos humillante.

—Sí, claro —la candidata rival sonrió, con sorna.

—¡No se ría, señora Palar! ¡No se burle de los sentimientos de las mujeres que todavía son violadas a diario por sus maridos! Porque la mujer penetrada por su pareja se convierte en cosa al ser usada por una bestia para satisfacer sus impulsos bestiales. Deja de ser persona, al participar de un acto animal como ese. Y por tanto, igual que eliminamos la lacra de la prostitución consentida, debemos ahora eliminar ese acto tan salvaje, bárbaro, humillante, denigratorio y sobre todo, machista, que es la penetración, incluso la consentida. ¡Basta ya! —gritó. ¡Basta ya de que profanéis nuestros cuerpos! —miró a la cámara—. ¡Basta ya!

—Señora Ellis, se repite usted. Eso ya lo dijo hace cuatro años, y cuando ganó las elecciones lo convirtió en ley. La penetración consentida ya es ilegal.

—¡Sí, pero no me cansaré nunca de repetirlo! Según las estadísticas, todavía hay un siete por ciento de mujeres que conviven con machos que no están castrados. Incluyéndola a usted. Y no me puedo creer que todos esos hombres se mantengan castos, incluyendo al macho con el que usted convive. En definitiva, ¡faltan denuncias! ¡Faltan denuncias para acabar con esa lacra! ¡Para terminar de una vez con las violaciones sistemáticas a las que son sometidas diariamente todas esas pobres mujeres! La penetración consentida no es sino una violación consentida, y como tal, debemos perseguirla y castigar a los violadores.

—¿Se dan cuenta? —miró a la cámara—. Esta mujer está loca. Que exista una ley como esa, es prueba y signo de su locura. Y, ¿qué se puede esperar de una mujer así? Cosas mucho peores, desde luego, y pronto se volverán contra nosotras. Esta persona es el odio personificado, y lo próximo será encarcelar a los hombres que convivan con una mujer, o castrarlos directamente, porque nadie va a denunciar a quien ama.

—¿Qué amor es ese, señora Palar? ¿Qué amor es ese? Si las amaran, ¡no las penetrarían!

Murmurillos de aprobación en la sala que hicieron envalentonarse a Elle.

—¿Qué le aporta a una mujer ese acto tan bárbaro, tan animal, ¡es el acto machista por antonomasia! ¡No hay acto más machista que ese! ¡Y no le aporta nada a la mujer! Ya no estamos en los tiempos de nuestras abuelas, cuando no había más remedio que pasar por ese horrible trance para tener hijas. Hoy en día, cualquiera puede pedir cita en una clínica y salir embarazada, sin recurrir a tan molesto peaje. Se nos ha criticado en muchas ocasiones de coartar la libertad de las mujeres. Ya nos dijeron lo mismo con la prostitución. Pero, ¿qué libertad? No es sino inconsciencia, esclavitud, inmadurez afectiva, autoflagelación, esa especie de masoquismo impuesto educativamente por los varones desde la noche de los tiempos. En definitiva, sumisión a la voluntad del macho, reminiscencias de la sociedad hetero patriarcal que debemos de erradicar de una vez por todas.

—¡Qué barbaridad! —la candidata rival se llevó las manos a la cabeza.

—¡Mujeres del mundo! ¡No os dejéis penetrar! ¡No os sometáis al macho! ¡No permitáis que os utilicen! ¡No consentáis que os violen! ¡Denunciadlos a todos!

—No doy crédito a lo que estoy oyendo —consiguió decir la rival—. ¡Usted está completamente loca!

—¡Loca eh? ¡Han escuchado? —miró a la cámara—. ¡Eso es lo que decían las mujeres colaboracionistas y sus machos cuando las primeras feministas reivindicaron sus derechos! ¡Nos llamaban locas!

Vítores y murmullos de aprobación.

—¡Sí! ¡Estamos locas! ¡Locas por conseguir la igualdad de derechos! ¡Locas por conseguir doblegar la voluntad de los hombres que nos esclavizan! ¡Locas por acabar con aquellos que solo nos ven como objetos sexuales! ¡Sí, locas!

—Señora Ellis, usted sigue viviendo en un mundo que ya no existe. Sigue usted anclada en el siglo XX, a principios de ese siglo.

—¡Usted sí que sigue en ese siglo! —Interrumpió—. Nosotras solo progresamos hacia una sociedad más justa, más libre, ¡más igualitaria!

—¿Justicia es promover que las hijas denuncien a sus padres por el mero hecho de hacer el amor con sus madres? ¡Eso es progreso? ¡Eso es una dictadura comunista! ¿Sabe usted que en los tiempos de la Unión Soviética se fomentaban esas prácticas?

—Sí, claro, y usted representa al partido de la libertad, ¿verdad? Pero, ¿libertad para qué? Yo se lo diré —miró a la cámara—. El partido machista quiere dar libertad a los machos para que nos golpeen y nos violen sistemáticamente. Para reprimir y dar electroshock a los gays, para obligar a las lesbianas a ser penetradas por hombres, para meterlos a todas en la cocina o en los dormitorios, en definitiva, ¡para quitarnos la libertad que tanto esfuerzo nos ha costado ganar! ¡Quieren su libertad y no la nuestra!

—No, señora. Nosotras solo queremos que los hombres y las mujeres sean libres para elegir lo que deseen, sin coacciones de ninguna clase. ¡Libres en un entorno de igualdad!

—Candidatas —intervino la moderadora—. En realidad, esta parte correspondía a la señora Ellis, para que hiciera su discurso introductorio. Sin embargo, veo —y celebro—, que hayan pasado al debate directamente. Sin embargo, ahora comienza este oficialmente, aunque ya ha consumido parte de su tiempo. Comienza la señora Palar.

—Gracias, señora moderadora —se aclaró la voz y siguió—. Hasta ahora todo lo que hemos hablado se refiere a la tan traída y llevada ideología de género. Sin embargo, a mí me gustaría hablar un poco sobre otros asuntos que interpelan mucho a la sociedad. No todo es el machismo, las violaciones y bla, bla, bla...

—¿Le parecen menores todas esas cuestiones?

—Me parece que también debemos abordar otros temas y no estar siempre hablando de lo mismo. Dejando de lado el discurso identitario, que parece que es lo único que le importa, también tenemos que hablar de otros temas que también son graves. Por ejemplo, ¿cuál es su programa económico? ¿Todo su programa es ideológico? Lo digo, porque esa política de excluir a los hombres de todo, nos está causando daños muy graves. Sí, señora Ellis. No niegue con la cabeza. Estamos dejando de lado a una importante parte de nuestra sociedad, y eso limita nuestro progreso para avanzar económicamente y abandonar el estancamiento en el que nos encontramos. Llevamos décadas de crecimiento lento con recesiones intermitentes, y necesitamos dar un impulso a nuestra economía. Y para eso tenemos que contar con todos los miembros de nuestra sociedad. No tiene sentido que ignoramos el talento de tantos hombres que tendrían mucho que aportar, y se están dejando de lado por culpa de la ideología de género. Por ejemplo, en el campo de la robótica, está pendiente un desarrollo definitivo de las aplicaciones de ingeniería que combinen esta disciplina con la inteligencia artificial, y así poder competir de forma industrial con nuestros rivales.

—Señora Palar, ¿está usted insinuando que las mujeres no dan la talla como ingenieras o como informáticas?

—No, yo no estoy diciendo eso. Solo estoy apuntando que hay mucho talento que no se está teniendo en cuenta, que se está desperdiando, y que debería ser considerado.

—¿Se dan cuenta? —miró a la cámara—. ¡Cree que las mujeres no sabemos de ciencias! ¿Qué más necesitan oír? ¿Qué más necesitan para darse cuenta de la profunda misoginia de esta persona? Y digo persona por no llamarle hombre directamente, que es lo que en realidad es, al menos internamente.

—Ya estamos otra vez con la cuestión identitaria. ¡Siempre volvemos a lo mismo! Ni una sola propuesta económica, sino consignas ideológicas que se repiten de forma machacona, una y otra vez.

—Es que usted representa un peligro muy real para todas las mujeres.

—Señora Ellis, el peligro real es usted, que lidera una dictadura. Pero no es una dictadura feminista como muchos la denominan. Y no lo es por la sencilla razón de que el Partido Social, que ahora se llama “de la Mujer”, ha desertado de las tesis del feminismo para convertirse en otra cosa.

—Pero ¿qué está diciendo esta loca? ¿Que no somos feministas?

—No, señora Ellis. ¡No lo son!

—¿Acaso lo es usted?

El público se ríe.

—Decía que el Partido Social...

—¡El Partido de la Mujer! —gritó Elle—. ¡Llámenos por nuestro nombre!

—¡No, señora Ellis! ¡Me niego a hacerlo! Cuando usted deje de denominarnos “partido machista” y nos llame el “Partido de la Libertad”, dejaré yo de hacer lo mismo.

Se hizo un breve silencio, tras el cual siguió la candidata de la oposición.

—Decía, por tercera vez, que su partido ha renegado del feminismo...

—¡No!

—Ha renegado del feminismo porque el feminismo, lo único que siempre ha pretendido ha sido la igualdad de derechos y oportunidades entre los hombres y las mujeres, sin que se tenga que tener en cuenta el género de una persona para obtener un empleo, un ascenso o para ejercer una función pública. ¡Y esos son principios que yo comparto hasta la última coma! Pero el partido de la señora Ellis defiende otra cosa. Defiende que se mire al género antes de otorgar esos puestos... Para dárselos siempre a las mujeres. Eso no es feminismo, señora Ellis. ¡No es feminismo! ¡Es machismo inverso!

El público murmuró e incluso se oyó un tímido aplauso que fue rápidamente silenciado.

—La igualdad ya se ha conseguido hace mucho tiempo —siguió la señora Palar—. Desde que la Constitución...

—¡No! ¡Todavía queda mucho por hacer! ¡Todavía hay muchas profesiones en las que las mujeres están en franca minoría! ¡Y eso no puede ser!

—¿No será, sencillamente, porque las mujeres no quieren hacer esos trabajos? ¿Pretende usted obligarlas a hacerlos, si no quieren?

—¿Lo han oído? —miró hacia la cámara—. Si escuchan los discursos de los líderes machistas hetero patriarcales del pasado, decían exactamente lo mismo. ¡Exactamente lo mismo! ¿Usted qué quiere, que solo trabajen los hombres y nosotras en casa haciendo la comida y teniendo hijos como conejas mediante penetración? ¿Eso es lo que pretende? ¿Eso es lo que va a hacer cuando llegue al poder, si es que llega? ¿Con ese planteamiento viene aquí a pedir el voto de las mujeres?

—No. Yo solo pido, ¡exijo!, que los hombres y las mujeres tengan igualdad de derechos y de oportunidades. ¡Nada más! Y que para cada puesto de trabajo, para cada puesto directivo, se seleccione a quién reúna las mejores condiciones y se eliminen los cupos y la paridad.

—¡Ah! ¡Usted lo que quiere es volver al patriarcado! Si se eliminase la paridad, ¡Todo el mundo contrataría hombres! ¡No se da cuenta, candidata?

—No. Se contrataría a los hombres si estos hubieran superado las pruebas pertinentes. De igual manera, si quienes superasen las pruebas fueran todas mujeres, pues 100% de mujeres. ¡Eso es todo! ¡Valoración por méritos sin mirar al género! ¡Eso es lo que reivindicaban las primeras feministas hasta que ustedes llegaron con su ideología de género!

—Usted vive en un mundo que no es real, señora Palar. ¿Quién va a contratar a las mujeres, si no se pone un cupo? ¿Si no se obliga a que en todos los trabajos haya un 50% de hombres y un 50% de mujeres?

—Curioso razonamiento el que aplica usted cuando hoy en día todos los dirigentes y todos los mandos intermedios de las empresas, son mujeres. Insisto, siguen manteniendo un discurso más propio de hace un siglo, que de ahora. Un discurso extremista, identitario y que busca más la revancha y el castigo que

la integración.

—Pero, ¿qué está diciendo?

—Señora Ellis, usted propone castrar a los reincidentes en casos de violación. Pero la pena de cárcel por ese delito ya es cadena perpetua. ¿Qué sentido tiene la castración, si no van a salir más de la cárcel? ¿Es para que no puedan tampoco masturarse?

Algunas risas entre el público.

—No, señora. Es por si alguna vez gobiernos como el suyo los quieren sacar. ¡Así nos aseguramos de que de verdad nunca más vuelvan a hacerlo!

—Como digo, revancha. Revancha pura y dura, que obedece a la demonización del hombre por el mero hecho de ser hombre, y que ha condenado a la soledad y a la frustración a millones de mujeres, porque nos ha alejado de ellos y nos ha impedido amar y poder ser amadas.

—¡Amar y ser amadas, dice! ¡Claro que una mujer quiere amar y ser amada! ¡Claro que sí! Pero no quiere ser amada por una bestia salvaje que solo piensa en penetrarnos y en satisfacer sus bajos instintos animales. ¡Ese amor no nos interesa!

—Señora Ellis, usted está presentando una caricatura de hombre. En realidad...

—¡No! —gritó. ¡Todos son así!

—¡Todos?

—¡Casi todos! Una mujer no puede arriesgarse a darle la confianza a un macho. ¡Son expertos en seducir, en engañar, en prometer, y en mentir! ¡Y todo para lo mismo! ¡Para penetrar a las mujeres! ¡Es lo único que quieren y buscan!

El público asintió y aplaudió. Algunas mujeres jaleaban ya sin ningún pudor.

—¡Son todos unos violadores!

Más vítores y aplausos.

—¡Confíen solo en otra mujer! ¡Busquen ese amor y esa compañía en una mujer! ¡Solo otra mujer sabe darnos lo que necesitamos! ¡Nadie conoce mejor la sexualidad femenina que otra mujer! No nos defraudaremos las unas a las otras. ¡Nunca!

—Señora Ellis, esa apología que usted hace del lesbianismo es absurda.

—¡No! No lo es.

—Una mujer que no sea lesbiana no tiene por qué interesarle...

—¡No!

—Es más, rechaza la...

—¡No, no y no! Usted no conoce los hallazgos de la antropología moderna, señora Palar. ¡Ha leído usted los trabajos de las eminentes doctoras Kramer y Larsen?

—Sí, dos lesbianas que dicen que...

—Pero, ¿se dan cuenta la misoginia de esta persona? ¿Hemos de tolerar que en estos tiempos haya elementos que odian a las mujeres de esa forma? ¡Eso es delito de odio!

—Yo no odio a nadie, señora Ellis. Solo quería decir que esos trabajos están sesgados por la identidad sexual de quienes los elaboraron.

—Quienes los elaboraron, señoras telespectadoras, son dos premios Nobel que investigaron sobre las inclinaciones sexuales de los hombres y de las mujeres. Y llegaron a la conclusión de que, mientras que en el hombre es de naturaleza instintiva, léase, animal, en la mujer su inclinación sexual es de índole educativa o cultural, y por tanto, susceptible de modificarse y de evolucionar hacia esferas más elevadas, como tantas mujeres ya saben y conocen. ¡Es ciencia, señora Palar! ¡Pura ciencia! No podemos dejar que los machos sigan usando nuestros cuerpos para satisfacer sus impulsos bestiales. ¡Optemos por la sensibilidad! ¡No a la penetración! ¡No a la penetración!

“¡No a la penetración!” —coreó la sala, mientras la oradora lo repetía con el puño en alto.

Consideraciones finales

—Nos han hecho una encerrona.

Sara Palar conversaba con su principal asesora durante el pequeño receso que se hizo para dar paso a la publicidad. La mujer, algo más joven, movía hacia los lados la cabeza en señal de disgusto.

—Me prometieron un público neutral. Pero ya ves, hasta aquí llegan sus tentáculos.

—Al menos la moderadora se ha comportado.

—De momento. Espero que no la lie ahora.

—No tiene pinta. Venga... prepárate, que ya comienza.

La asesora se marchó y la moderadora miró hacia la cámara, comenzando a hablar de nuevo.

—Damos de nuevo la bienvenida a las espectadoras que nos están escuchando, después de este pequeño descanso. La verdad, ha sido un debate muy interesante, acalorado en ocasiones, como ya esperábamos. Ahora toca presentar las consideraciones finales, que deberán ser muy breves. Solo tienen un minuto de tiempo, a ser posible, menos. Comienza la señora Palar.

—Muchas gracias, señora moderadora.

»Queridos espectadores, es posible que esta sea la última ocasión que tengamos, antes de que la señora Ellis y su grupo de «ultras», acabe con toda la sociedad tal y como la hemos conocido. Es posible que ya no haya más oportunidades, y terminemos en una dictadura tan feroz como la que sufrió Alemania en los años 30 del siglo XX. Sí, señores electores. También su líder fue elegido democráticamente, y fue el responsable de la muerte de millones de seres humanos.

»Señores y señoras electoras, volviendo a lo que tenemos sobre la mesa, propongo expulsar a los políticos de los colegios para que dejen de adoctrinar a nuestros hijos, y volver a instaurar la enseñanza privada para quien quiera optar por ella. No se puede consentir que a los padres nos roben el derecho de poder educar a nuestros hijos de la manera que creamos más conveniente. El Estado no es nadie para arrogarse esa potestad, que debería pertenecer en exclusiva a los padres y a las madres.

»Por otra parte, y de cara al mundo laboral, lo ideal sería pedir que desaparezcan los cupos, y es lo que hará el Partido de Libertad si gana las elecciones. Pero de no hacerlo, solo pedimos que se cumpla la ley vigente, esto es, que exista la paridad real. Una paridad que solo se cumple en aquellos trabajos en los que las mujeres no quieren trabajar, para mayor inconveniencia de las empresarias afectadas, pues se les obliga a contratar a personas que solo buscan una nómina sin aportar nada. Exigimos por tanto que la paridad se cumpla también en los puestos directivos y en las oficinas, lugares en donde, en la práctica, solo se contrata a mujeres. Y que se restituya la presunción de inocencia, de modo que ningún hombre tenga sobre su cabeza esa espada de Damocles que es la amenaza de denuncia por violación. Que su condena solo se produzca si se encuentran las pruebas de su delito sin que la palabra de una mujer tenga que ser creída sin averiguar nada más. El Estado de derecho se basa en estos derechos básicos que, aunque siguen vigentes, en la práctica, no se aplican.

»Porque ser feminista no es, como el partido de mi rival predica, dar todo a las mujeres. Eso no es lo que buscábamos las feministas, entre las que yo me incluyo. Las feministas clásicas, lo que siempre hemos pretendido es sencillamente buscar la igualdad entre géneros, sin que uno de los dos tenga que ser superior al otro. El feminismo del partido del Gobierno no es feminismo, sino una perversión del mismo.

»En el fondo, señoras del público, teleoyentes que nos escuchan a través de todas las plataformas, quiero que se queden con un único mensaje: yo solo intento traer un poco de cordura a una sociedad que está regida por la locura. Quiero construir una sociedad libre, sin prohibiciones, sin amenazas, formada por personas libres, sin represión de ninguna clase. ¡No se dejen llevar por el miedo! ¡Somos el partido de la libertad! ¡Viva la libertad! Muchas gracias.

Se escuchó algún tímido aplauso, rápidamente silenciado, que dio paso sin solución de continuidad al discurso de la actual presidenta del Gobierno.

—Señora Palar, se habrá dado cuenta de que no la he interrumpido ni una sola vez, a pesar de todas las estupideces que acaba de decir. Porque me han dado muchas ganas de hacerlo, sobre todo cuando nos ha comparado con los fascistas a los que tanto odiamos.

»Sin ánimo de entrar en más polémicas, y por la escasez de tiempo, quiero que entiendan una cosa —miró hacia la cámara—, ¿cómo vamos a dar visibilidad a las mujeres si seguimos cayendo en los mismos errores del pasado? Si eliminamos los cupos, flaco favor les haríamos a todas esas compañeras que murieron antes que nosotras defendiendo los derechos de la mujer. Que murieron intentando derribar la sociedad patriarcal que nos ha subyugado históricamente, ¡que nos ha atado a la cama para ser meros objetos de placer del macho!

Vítores y aclamaciones.

—Porque eso es lo que representa el partido machista, compañeras. Ellos solo quieren volver a mandar, y que nosotras seamos de nuevo sus esclavas. Voten a ese partido, y décadas de progreso se vendrán abajo. Nos quitarán el derecho al voto como ocurría antiguamente, nos meterán a todas en las cocinas y en los dormitorios, y volveremos a ser sus esclavas sexuales. ¡No les quepa la menor duda! ¡Ni un paso atrás, compañeras! ¡Ni un paso atrás!

El público coreó la última frase durante un buen rato, y tuvo que ser la oradora quien detuviera los cánticos, que ya habían consumido mucho más tiempo del reglamentario.

—¡Compañeras! —exclamó, con una sonrisa de oreja a oreja—. En estas que serán mis últimas palabras antes de las elecciones, quiero hacer un llamamiento a los hombres.

«¡No! ¡No!», se oyó entre el público.

—¡Sí, a los hombres! —repitió.

»Porque contrariamente a lo que se dice de nuestro partido, nosotras no les odiamos como falsamente nos acusan. Por el contrario, respetamos y admiramos a todos aquellos que nos respetan y admiran, a todos aquellos que nos comprenden y no abusan de nosotras; a todos aquellos que comparten con las mujeres los principios inalienables del feminismo.

Aplausos.

—¡Así es, compañeras! Respetamos y queremos a los hombres, y tenemos muchos referentes varones entre nuestras heroínas. ¡Pero son hombres feministas! ¡Hombres que se solidarizaron con nosotras, que nos comprendieron y nos apoyaron!

Aplausos y vítores.

—¡Sí, compañeras! Queremos y aceptamos a todos aquellos que quieran sumarse a este proyecto ilusionante, a este afán que tenemos de construir una sociedad justa y equilibrada, y sobre todo, libre de violadores.

De nuevo, vítores y aclamaciones.

—Y para terminar, voy a citar a uno de ellos, a uno de esos hombres que construyeron el camino hacia nuestra libertad, el compañero Castro —castrado—, el gran apóstol de la Revolución. Él decía:

«*Hacia atrás... ¡ni para tomar impulso!*»

Más vítores y aclamaciones, entre aplausos.

—¡Adelante, compañeras! ¡Siempre hacia adelante! ¡Queda mucho por hacer! ¡Queda mucho por hacer! —proclamó, mientras abandonaba el estrado.

El público, enfervorizado, se había puesto de pie y ahora aplaudía y aclamaba a rabiar, y jaleaba a la candidata, con todo el plató vitoreando a la gran líder del feminismo, la incombustible, la incansable, la infatigable, Elle Ellis.

Comida familiar

—Mamá, ¿por qué os habéis vuelto a casar?
—Para celebrar nuestro 25 aniversario, hijita.
—Pero, ¿no estabais ya casados?
—Sí, pero de esta manera reafirmamos nuestro compromiso.

Fue una ceremonia sencilla, casi en la clandestinidad. Desde que se conoció la intención del Gobierno de perseguir a la Iglesia, la mayoría de los templos sufrían *escraches* a diario, con hordas de *hooligans* apostados en las inmediaciones de los mismos para boicotear las misas, y especialmente los domingos. Raro era el templo que no tenía pintadas, de un modo muy similar a lo que ocurrió con los comercios judíos alemanes en la década de los años 30 del siglo pasado.

La pequeña Angie seguía sin comprender muy bien el porqué de aquella celebración que nos había reunido a los cinco miembros de nuestra familia.

Tuvo lugar en el Khan, ¡cómo no!, que había dejado de ser un garito para jóvenes y se había convertido en un restaurante serio y elegante.

Nos habíamos sentado en una mesa que estaba donde antaño se solía reunir la pandilla de *el boss*, y allí comentamos Víctor y yo algunas de las anécdotas de nuestra juventud, que nuestros hijos no conocían.

Nos pedimos los habituales platos de *tofu* y *soja*, que a Vicky le encantaban, aunque Víctor prefirió la clásica hamburguesa con huevos y patatas, a pesar de los impuestos tan altos que habían puesto a la carne.



—Me ha dicho el cura que nos tendrían que poner un monumento —dijo yo.
—¿Por qué? —preguntó Víctor.
—Bueno, tenemos tres hijos, nos hemos vuelto a casar, solo nos faltan los nietos.
—Pues como los esperes de mí, vas lista —dijo Vicky, la rebelde.
—¿Por qué, hermanita? —preguntó Toni, siempre pinchándola. ¿Ni siquiera vas a tener una niña “de tubo”?
—Se dice inseminada. Bestia, machista, que eres un fascista retrógrado y reaccionario...
—Bueno, vale ya —cortó Víctor—. A ver si no vamos a tener ni siquiera esta comida en paz.
Todos callamos durante unos instantes, pero Toni volvió a la carga:
—¿Ni siquiera vas a tener una niña “inseminada”, Vicky?
—Ni siquiera.
—Pues así no sé quién nos va a pagar las pensiones, hermanita. Veo muy crudo nuestro futuro.
—Pues yo veo muy crudo el futuro de los hombres, sobre todo de los hombres como tú, que eres un animal sin castrar.

—¡He dicho que vale ya! —insistió su padre—. ¿Es que no podéis tener esta conversación sin meteros el uno con el otro?
—Sí, sí podemos —repuso Angie, la pequeña, que no había abierto la boca en la discusión. De alguna manera se sentía al nivel de sus hermanos, a pesar de tener solo diez años.

—Pues venga, a ver, decidme quien nos pagará las pensiones, pues cada vez somos menos. No digo ya hombres, sino también mujeres.
—La inmigración —replicó el chico—. ¿Quién si no? En mi taller ya son ocho las mujeres que han venido este último año, y las que faltan por venir. Hay un efecto llamada brutal, pues vienen y las pagan un salario sin hacer nada.
—Bueno, eso será en tu sector, hijo —interviene yo—. En la judicatura o en las oficinas eso no es así.

—Claro, porque ya sois todas mujeres. No hay que poner a nadie “de relleno”.

Toni estaba francamente dolido por lo que había visto en su taller. Ya se sabía que esas cosas pasaban, pero desde que lo sufrió en persona, estaba francamente molesto. Siguío:

—De todas maneras —miró hacia su hermana—, no nos podemos castrar todos. Siempre tiene que haber alguno que proporcione las semillas para esas hijas, ¿no?
—Sí, pero ese semental no vas a ser tú —replicó la otra.

—¿Por qué no?

—Porque no eres feminista.

—¿Ah no?

—No.

—Pues yo sí me considero así. He votado al partido que defiende la plena igualdad entre hombres y mujeres.

—Tú has votado al partido fascista.

—Venga, chicos, vale ya —objeté.

—Mamá, ¿por qué dices *chicos*? En esta mesa somos tres mujeres y dos hombres. Y entre quienes estábamos discutiendo, estábamos al 50%. Eres una machista tú también.

—Vamos a ver, hermanita, en esa frase, la palabra “vosotros” no es el masculino, sino el neutro. ¿O es que no te enseñaron eso en el colegio?

—No. Cuando yo estudié ya no se enseñaba eso. Además, ¿por qué tiene que ser el neutro el masculino?

—¿Ves? Ese es el problema. Siempre lo veis como os interesa, en ese afán permanente por victimizaros. ¿Por qué no preguntas en su lugar: “¿por qué el neutro se usa también para el masculino?” De esa manera el femenino sería, —es—, más “exclusivo”.

—¡Venga, por favor! —objetó Vicky—. No he oído en mi vida una estupidez semejante.

—Ahí tiene razón tu hermana —dijo yo.

—Bueno, las cosas no son como son en realidad, sino como se piense de ellas —dijo Toni—. Si el feminismo sigue insistiendo en que las mujeres están discriminadas, aunque ya no lo estén desde hace décadas, es otro ejemplo de retorcer la retórica y maquillar la realidad.

Mi hija lo miró con ojos asesinos, y estuvo a punto de echarle un vaso de bebida en la cara.

—Eres un machista, un fascista falócrata, un...

—¡Ya está bien! —protestó Víctor—. ¿Es que no se puede tener una conversación normal sin que salga el dichoso tema? Joder, es que todo el mundo está siempre hablando de lo mismo. Así no hay manera de llegar a ninguna parte.

—Mamá ¿qué es un semental? —pregunto Angie, y bien que vino aquella pregunta para romper la tensión que se estaba creando. Yo intenté responder de la mejor manera:

—Pues... Verás, como te lo explico... Es un animal especial, por ejemplo, un toro, que es hijo de una vaca que tiene buena leche. Entonces se le utiliza para dejar embarazadas a otras vacas, y que estas también den buena leche. ¿Lo comprendes?

La chica puso un gesto de no entenderlo demasiado.

—Y, ¿tu leche es buena?

—¿La mía? ¡De la mejor calidad! Con ella os habéis alimentado vosotros tres cuando erais pequeños.

—Vosotras tres —corrigió Vicky—. Has tenido dos chicas y un chico. Somos mayoría.

—Bueno, ¡qué más da!

—No da igual, mamá. Todos esos micromachismos son los que hacen que...

—Bueno, ya está bien! —Víctor se levantó—. Yo me largo. Quedaros *vosotras*, recalcó la palabra, con vuestros micromachismos, con vuestros géneros y con vuestro estúpido feminismo absurdo.

Se levantó y arrojó la servilleta con furia sobre la mesa.

—No, Kaki. ¿Dónde vas?

—Me voy a ver el fútbol. Allí por lo menos nadie corrige a nadie, diga lo que diga. ¿Te vienes, Toni?

El chico se levantó para irse con su padre, y yo me enfadé:

—¿Tú también, hijo?

—Lo siento, mamá. Si no está él, ya no tiene mucho sentido seguir con esta celebración.

Entonces se marcharon los dos, y yo dirigí una mirada a Vicky que, si estas mataran, se hubiera caído muerta allí mismo.

Y sin embargo, ella no parecía estar muy dolida por haber arruinado nuestra comida de aniversario. De hecho, me aguantó la mirada durante unos segundos, en los que nadie habló ni una palabra. Solo se rompió el silencio cuando Angie dijo, mirando a Vicky:

—Pues entonces, mamá, si tu leche es tan buena, ¿por qué no puede ser Toni un semental?

La ducha

Aquella casa tenía dos baños, aunque uno estaba en la planta de arriba, junto a la habitación de Víctor y mía. Por tanto, un único aseo estaba disponible para los tres hermanos en la zona de abajo.

Más de una vez Vicky había reclamado a Toni por usar el mismo servicio que las chicas, y le exigía que usara el nuestro. O mejor, que yo me pasara al de abajo para que los hombres no "mancillaran" aquel sagrado recinto de intimidad femenina.

Pero su hermano, como es lógico, no le hacía ni caso. Y para colmo, el baño no tenía pestillo. Angie se había quedado encerrada en él un par de veces con sus correspondientes ataques de pánico, y Víctor los quitó de todas las puertas.

Fue un día que Toni estaba en la ducha. La chica tenía ganas de pasar, y al no oír ningún ruido, pensó que ya había salido. Pero no era el caso. Todavía seguía allí, y cuando Vicky entró se encontró de sopetón con su hermano desnudo, con aquello que más aborrecía, en su forma más intimidante.

—¡Asqueroso! ¡Machista! ¡Fascista! ¡Eres un burdo componente de la cultura fálica!

El chico se tapó "aquellos" con la cortina, y soltó una carcajada.

—Caray, hermanita, ¡te lo sabes de memoria! Pero que sepas que no estaba haciendo lo que te imaginas.

—¿Cómo qué no? ¿Eh? ¡Estabas masturbándote! ¡Cerde! ¡Fascista! ¡Eres un guarro, un puerco, un macho salvaje...! ¡Me das miedo! ¡Miedo y asco! ¡Cerde!

Toni seguía riendo a carcajadas.

—Que no... Que esto es muy frecuente, y más en la ducha, con el agua caliente... entonces...

Vicky se tapó los oídos.

—¡No quiero seguir oyendo barbaridades! ¡Sal de una vez, maldito cerdo! ¡El baño de arriba está ocupado y necesito pasar!

Le acercó la toalla, mirando hacia otro lado. No quería volver a presenciar semejante espectáculo. Toni se secó un poco y se enrolló la toalla alrededor de la cintura, mientras la chica esperaba pacientemente dándole la espalda.



—No estaba haciendo lo que te imaginas, pero sería muy normal, pues ya sabes que no hay mujeres disponibles. ¿Es que tampoco tenemos derecho a hacer eso?

—Tendríais que castraros, como hacen las personas decentes. Así no tendríais esos deseos salvajes y bestiales.

—¡Decentes dices!, ni siquiera la represión sexual de la Iglesia católica que tanto aborrecéis se atrevió a tanto. Sois más feroces con el sexo que los más recatados de los curas y monjas medievales, y ya es decir. Eso sí, para que vosotras hagáis las mismas "guarradas", no hay límites. ¿Verdad?

—Es que no puedes comparar una cosa con la otra.

—¿Ah no?

Ahora se dio la vuelta para mirarle a la cara, aunque no se atrevía a mirar hacia abajo, "por si acaso".

—No. ¡No es comparable! Lo nuestro es ternura, sensibilidad, caricias...

—Yo también puedo hacer eso con una mujer.

—¡No! ¡Vosotros solo vais a lo que vais! A descargar vuestra sucia inmundicia en el seno femenino, que ya no necesita de esas salvajadas para quedarse embarazada. ¡No las necesita!

—Ya, ya sé que es mejor que os metan un tubo de metal por el mismo sitio, con los espermatozoides de otro hombre que se tuvo que masturbar primero. Vosotras sí que me dais asco a mí, hermanita —le espetó. Ya no estaba tan risueño.

—Aquí te dejo tu baño, para que lo disfrutes —terminó, mientras se marchaba—. Eso sí, huele a hombre... qué miedo... —masculló, entre dientes, mientras se iba, acercándose su cara a la suya.

Iván

El compañero de Toni en el taller tenía un odio visceral a las mujeres. Todos los hombres lo tenían, lógicamente, pues una sociedad que alimenta el odio no puede obtener como resultado, sino el odio.

—No me extraña que haya violadores. Pocos casos me parecen... Joder, nos han cortado el acceso al sexo, pues algo tendremos que hacer.

Toni permanecía callado.

—Lo que hay que hacer es luchar para que esto cambie —dijo Frank, otro compañero—. Hay que volver a la sociedad de antes, es decir, convencer a las tías de que no somos tan malos.

—Eso es imposible. Esto no puede ir sino a peor. Tendríamos que rebelarnos todos los hombres que quedamos "normales" antes de que nos encarcelen y nos castrén a todos.

—Los *castrati* tienen ahora el control —siguió Frank—. No permitirán que sus amas vuelvan a ser "violadas".

—Aún quedan hombres de verdad en la policía y en el ejército. Tu padre mismamente —se dirigió a Toni.

—Sí, pero no tienen ningún poder —dijo este—. No solo tiene cerradas las posibilidades de ascenso, sino incluso las de mejorar su situación laboral. Por ejemplo, por su edad tendría que estar ya en las oficinas.

—Que se olvide de eso. Las oficinas son sitios restringidos a los hombres. Allí solo están las mujeres.

—Tú eres hijo de padres divorciados, ¿no? —preguntó Toni, mirando a Iván.

—Sí. ¿Por qué?

—Tenía entendido que esos hijos suelen ser los más feministas.

—Ya, ya sé por dónde vas —sonrió, de forma sarcástica—. Sí, y yo era así. Crecí solo con mi madre, y ella me metió toda esa mierda de que los hombres son malos. Me sobreprotegió..., en fin, ya sabes. Hasta que me hice mayor y se me abrieron los ojos. Empecé a darme cuenta de que las cosas no eran como me las habían contado.

—A ver, explícate —dijo Frank. Iván miró hacia abajo y puso un gesto serio.

—Ellos se divorciaron cuando yo era pequeño, y como suele ser habitual, lucharon por la custodia. Se odiaban mutuamente, claro, pero en esos casos, la mujer siempre tiene las de ganar. La abogada de mi madre le aconsejó que podría ganar el caso de forma rápida alegando maltrato, y eso fue lo que hizo. A mi padre lo metieron en el RAV y no me volvió a ver en su vida.

—¿En el RAV?

—Sí, ya sabes. El Registro de Acosadores y Violadores.

—Ah, sí, vale. Es que nosotros lo llamamos el *erreaveue*.

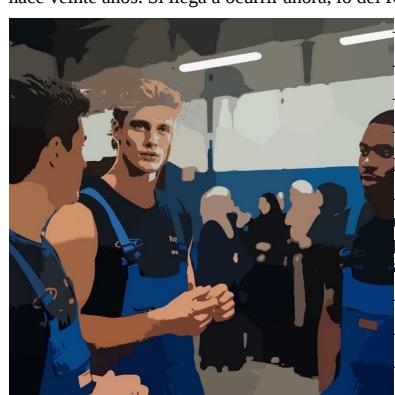
—Lo perdió todo, Frank. Me perdió a mí, que era lo que más quería, y perdió toda posibilidad de que lo contrataran en ninguna parte.

—¿En serio? —dijo Toni—. Yo creía que el RAV solo es obligatorio consultarla en caso de contratos por cuenta ajena.

—No. También los clientes que contraten a un profesional se la juegan si el hombre está en ese registro.

—Joder, entonces ¿qué hizo tu padre?

—Pues ya te puedes imaginar. Se tuvo que quedar a vivir con mis abuelos, que fueron quienes lo mantuvieron con su pensión. Y tuvo suerte de que eso fuera hace veinte años. Si llega a ocurrir ahora, lo del RAV sería una bendición.



—Ahora iría a la cárcel, directamente.

—Eso es.

—¿Tu madre no te contó nada de eso?

—Espera, porque todavía no he terminado de contarte la película. Porque es una película de terror, vaya.

Hizo una pausa y luego siguió:

—El hombre estuvo a punto de suicidarse, pero mi abuela lo salvó. Mi madre siempre me decía que él era una persona malvada, egoísta, que solo pensaba en él y que a mí me odiaba. Yo con esos argumentos, y sin poder conocer su versión, ¡pues qué quieres que piense! Me enteré de todo después, por medio de mis abuelos, cuando pasó lo que pasó.

—¿Y qué pasó?

—Con el tiempo conoció a otra mujer, una que estaba sola.

—La soledad a la que condena a las mujeres esta maldita sociedad —intercaló Frank.

—Empezaron a salir, y la cosa parecía que prometía. Hasta que él quiso hacer el amor con ella, como es lógico y natural, pero la tipa estaba ya abducida por las feminazis, y lo denunció.

—Joder, pero si era una mujer de las de antes...

—Yo no sé lo que pasó, Toni. Según me contó mi abuelo, al día siguiente cambió de opinión. Se sintió "violada", y ya sabes... Con toda la campaña brutal de adoctrinamiento masivo que hay, con todas las barbaridades que dicen sobre la penetración y todas esas chorraditas, pues hasta cierto punto es lógico.

—¿Y qué pasó con tu padre?

Iván puso un gesto de profundo odio, y tras un suspiro, añadió:

—Se suicidó en la cárcel.

Se hizo un silencio y todos lamentaron aquella situación.

—Bueno, no se puede generalizar. No todas las mujeres son así. Mi madre, mismamente...

—Tu madre es una excepción Toni. Y estas cosas pasan por haber dado tanto poder a las mujeres.

—Y es lógico —corroboró Frank—. Alguien que tiene un arma muy poderosa, es difícil no resistir la tentación de usarla. O al menos de amenazar con usarla, aunque sea indirectamente.

—Pero el problema no es que las mujeres tengan mucho poder. El problema es que nosotros no tenemos ninguno.

—El problema es que se les ha ido de las manos —dijo Toni—. Yo creo que muchas mujeres "sensatas" al principio apoyaron todo esto para intentar reducir un problema que quizás había. Pero nunca pensaron que la cosa iba a desembocar en esto.

—Es que lo mismo pasó en Alemania en los años 30 del siglo XX —apuntó Frank—. Le dieron el poder al partido que todos sabemos porque había una crisis brutal, y acabaron cargándose a los judíos y provocando una guerra mundial.

—Sí, pero aquí no van a venir los aliados a liberarnos, porque todo el mundo está igual. La única revolución tiene que ser desde dentro —insistió Iván.

—Lo veo difícil. Ninguna mujer va a querer desprenderse de todos los privilegios que ahora tienen. Las feminazis serán malas, pero no son tontas. Han comprado el voto de todas ellas.

—Por eso mi solución es con la fuerza. Hay que rebelarse contra el sistema y hacer lo que este más detesta.

Victoria

—Te has enterado, ¿verdad?

—Sí, lo acaban de decir en las noticias.

Toni había tenido que llevar a su padre a la comisaría porque no podía conducir la moto. Se había lesionado en una mano forcejando con un delincuente. Le habían dado una baja médica por quince días, pero necesitaba acudir a su centro de trabajo para firmarla. Allí se encontraron con Oscar, con quien estaban comentando los últimos acontecimientos.

—Joder, mayoría absoluta. ¿Cómo ha podido suceder? —comentó Víctor.

—¿Te esperabas otra cosa?

—Pues sí. Esta mujer, Sara Palar, parecía tan cabal...

—Es que han sido décadas de adoctrinamiento a través de películas, tertulianos, selección de noticias, *influencers*... Han inundado con su basura todas las redes sociales.

—Desde luego.

—Y todo para hacer de menos las relaciones heterosexuales, y sobre todo al hombre convencional. Nos han mostrado siempre como gente fiera, atrasados y anclados en el pasado. Y eso, en el mejor de los casos.

—Eso es verdad —añadió Toni—. Mismamente, la calle donde está mi taller ha cambiado de nombre. Antes se llamaba Cervantes, y ahora han puesto el nombre de una mujer... no me acuerdo ni de como se llama. Una literata mediocre que no conoce nadie.

—Claro. Pero es mujer, y por tanto, ya vale más que el mejor de los escritores.

—Es que lo han ido haciendo poco a poco, hijo. Empezaron con el lenguaje inclusivo, que es una solemne estupidez, y por esa vía ya inculcaron un veneno.

—¿A qué te refieres?

—Tu padre se refiere a que el lenguaje inclusivo lo usan según su conveniencia. ¿Verdad?

—Así es.

—Por ejemplo, si hay que criticar a alguien por malas actitudes, siempre se usa el masculino, y ahí no aplica el lenguaje inclusivo. Mismamente, si el Gobierno critica a los propagadores de bulos, siempre usa el masculino, y jamás habla de “los propagadores y las propagadoras de bulos”, o de los “desinformadores y desinformadoras”.

—Correcto —siguió Víctor—. Igual que tampoco existen los “ladrones y las ladronas” o “los acosadores y las acosadoras”. Para lo malo no existe el lenguaje inclusivo. Y para lo bueno... ya apenas usan el masculino. Los adjetivos buenos siempre son femeninos.

—¿Sabes que han aparecido pintadas en la casa de Sara Palar? —dijo Víctor.

—Sí, y en los locales de la empresa de su marido. Las *punkies* han hecho bien su trabajo. Ningún cliente le va a comprar nada ahora por miedo a represalias.

—¿Por qué nos odiará tanto? —preguntó Toni.

Oscar sonrió, y dijo:

—Lo que le ocurre a Elle es que tiene envidia del orgasmo masculino. Por eso nos odia tanto. ¡Le falta un pene!

Los tres echaron una carcajada.

—Joder, es que si lo tuviera —apuntó Víctor—, entonces sería un hombre como nosotros. Se tendrían que buscar a otra.



—Desde luego. —Volvieron a reír.

—Sí, por eso persigue tanto a las parejas tradicionales —dijo Víctor—. Se rumorea que ahora va a ir a por nosotros, directamente. Tiene el censo los que conviven sin estar castrados y solo le falta dictar una orden con un plazo para, o castrar, o salir del hogar.

—¿Tú crees que se atreverá a tanto? —preguntó Toni.

—Mira, si hace 50 años nos hubieran dicho que un gobernante iba a prohibir hacer el amor, nadie lo hubiera creído. Esto solo es un paso más. En unas pocas décadas no quedará un solo hombre en Occidente. Las mujeres solo tienen hijas, las pocas que se animan a procrear, o varones que luego son castrados para no perder las ventajas fiscales.

—Vale, Oscar —siguió el chico—, entiendo el resentimiento de Elle por no tener pene. En teoría es una lesbiana, ¿no?

—Eso se dice.

—Vale. ¿Pero el resto de las mujeres?

—A ver —intervino Víctor—. Como la sexualidad femenina es menos intensa que la del hombre, eso implica que en una relación sexual nosotros siempre salimos ganando. Y como las feministas odian a los hombres, no quieren darnos esa victoria, ese placer, aunque eso implique que ellas también pierdan algo.

—¡Uf! Eso no se lo digas a ninguna mujer. Nunca admitirán eso.

—¿El qué?

—Que su sexualidad es menos intensa. Como mucho dirán que es diferente.

—No —Oscar negó con la cabeza—. Eso es un hecho probado, y a las pruebas me remito.

—Díselo, compañero. Ya sé por dónde vas.

—Es un hecho probado, que jamás en la historia ha habido prostitución masculina. Me refiero, para mujeres.

—Bueno, eso no es así exactamente. Los gigolós existen.

—Residualmente, Toni. Quizá uno por cada cien prostitutas... por decir algo.

—Además —intervino Víctor—, en toda mi vida de policía jamás me he encontrado un caso, ni he oído que existan, de mujeres que hayan violado a ningún hombre.

—Ni en la tuya ni en la mía —dijo Oscar—. Y eso es una prueba irrefutable de un hecho innegable.

—Ya, que la sexualidad de la mujer es menos intensa.

—Así es.

—Y ¿tú crees que por eso hay ese auge del lesbianismo? Quiero decir, ¿por no dar satisfacción a los hombres?

—Sí, tiene que ver. Como la sexualidad femenina está poco desarrollada, les han dicho que los hombres son malos, y al fin y al cabo son seres muy afectivos que tienen una fuerte necesidad de cariño, el lesbianismo es una solución aceptable y lógica.

—Sí, está claro. ¿Qué podemos esperar a partir de ahora?

—Pues, ahora que tienen mayoría absoluta, prepárate para lo peor.

Conmoción

Estábamos en la cama, pero no podíamos dormir. La victoria de Elle nos había conmocionado a todos, y no dábamos crédito a lo que estaba pasando.



—Ayer me encontré a la vecina —dijo yo—. Venía de castrar a su hijo, un chaval de solo seis años. Me dio una pena...

—Pero, ¿no lo hacen ya en el hospital, cuando nacen?

—Ella no lo hizo.

—Natural. Y ¿por qué lo ha hecho ahora?

—Ah —suspiré—. Para evitarle problemas en el futuro, supongo. Así no se encontrará con nadie que lo denuncie por violación. Ya sabes que está a la orden del día.

—Sí, ya lo sé. En cuanto que una persona, ya sea hombre o mujer, tiene un arma como esa...

—Además, le será útil al chico para poder ascender en las empresas, podría ser directivo... en fin, todo son ventajas. Tener algo que no vas a poder usar porque es ilegal o porque no puedes encontrar a nadie con quien usarlo... Es un poco absurdo.

—Ya, pero lo absurdo es ese mismo planteamiento, Olivia. No entiendo cómo no hay una rebelión en masa contra una sociedad que nos castra, literalmente.

—Fueron poco a poco, Kaki. Cuando nos dimos cuenta, ya no había vuelta atrás. Habían lavado todos los cerebros y abducido a la población.

—Nos dejamos hacer... sin rechistar. ¡Hasta los hombres! Con la excusa de que había que dar visibilidad a las mujeres, ellas ocuparon todos los puestos directivos y de mando, y nadie decía nada para que no le dijeran que era machista. Y claro, si ahora ellas tienen el poder...

—No, a ver, ese no es el problema —aclaré—. Que solo las mujeres manden no es mejor ni peor. Antes tan solo mandaban los hombres y tampoco se acabó el mundo.

—Bueno, según las feministas, en esos tiempos erais meras esclavas sexuales reproductoras, sin derechos de ninguna clase.

—“Erais”. ¿Ves? Hasta tú mismo has caído en la trampa. No se trata de hacer conciencia de clase, que es lo que ellas pretenden. Porque al decir “eráis”, me estás incluyendo a mí también, cuando yo no tuve nada que ver con eso, ni “sufrí” todo aquello.

—Estoy de acuerdo.

—Y por la misma razón, ni tú ni los hombres de ahora tenéis que pagar las consecuencias de lo que hicieran o dejaran de hacer nuestros abuelos con sus esposas. Si aquello fue injusto, que ese es otro tema, lo que os hacen ahora también lo es. Con discriminar a los hombres de hoy no se hace justicia. En realidad, se trata de dos injusticias.

—Pues eso díselo a Ángela, mi compañera. Por más que se lo explico, no le entra en la cabeza. No para de repetirme eso de “ahora os toca a vosotros”.

—Ya, la dichosa conciencia de clase. No hay “nosotras” ni “vosotros”. Todos somos seres humanos que pertenecemos a la misma clase.

—Eso es lo que le digo yo, pero no hay manera.

—¿Cómo te llevas con ella?

—En general, bien. Salvo cuando sale ese tema. Mejor no hablarlo.

—Pues no lo hables. Esa gente está sorda y ciega. Lo veo a diario en el juzgado. No encontrarás ni una sola mujer que no hable de la “revancha”, y todo eso.

—Joder, es que no se trata de ninguna revancha. Es lo que has dicho tú.

—No se trata de ninguna revancha, porque aquellas víctimas, si es que lo fueron en algún momento, ya están muertas, y sus supuestos verdugos, también.

—¿Tú no crees que fueron víctimas?

—Sí, claro, las mujeres de antaño no tenían algunos derechos, y eso era injusto. Pero también tenían muchas ventajas que los hombres no tenían.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, no iban a la guerra, que ya es mucho. En aquellos tiempos las había constantemente. Y tampoco trabajaban de sol a sol hasta la extenuación como hacían sus maridos. Estar en sus casas con sus familiares, con sus amigas, y con sus hijos, no me parece una vida tan horrible en comparación con la que llevaban los hombres. De hecho, yo no hubiera querido ser hombre en aquellos tiempos, con todos los privilegios y ventajas que se supone que tenían.

—Veo que no has dicho “teníais”.

—Claro Kaki, ¡tú no habías nacido!

—Desde luego.

—Aquellos eran malos tiempos para todo el mundo. Pero al menos no se mutilaba a nadie y los hombres amaban a sus mujeres.

—Según las feministas, no.

—Ya, como siempre, haciendo de la excepción la regla. Puede que alguno fuera malo, de todo hay en la vida. Pero al menos los esposos podían estar juntos y amarse, no como ahora, que vivimos en una sociedad de locos. Mejor dicho, de locas.

—Sigo pensando que el hecho de que las mujeres manden en todos lados tiene mucho que ver.

—No, Kaki. Yo no creo que esa sea la razón. El problema han sido los políticos, que nos enfrentaron unos a otros.

—Eso es cierto. Pero al menos que no sean tan hipócritas, y reconozcan que la sociedad no es igualitaria. Lo que tenemos otra vez es machismo, un machismo inverso si se quiere, pero machismo, al fin y al cabo.

—Fueron los políticos, Víctor. Para captar el voto de un determinado colectivo, lo victimizaron artificialmente. Se inventaron un problema, o lo exageraron, y se ofrecieron ellos para arreglarlo.

—Bueno, el problema era real. ¿No?

—Pero eso era en el siglo XIX. En el siglo XXI ya no existía, y aun así siguieron machacando con lo mismo.

—Sí, ya. Que si los hombres son malos, que nos quieren a todas en la cocina, que si no paran de violar..., meter miedo para comprar votos.

—Les salió muy bien la jugada, Kaki.

—Y lo peor es que nos dejamos atrapar por toda esa mierda sin rechistar, joder —se quejó—. Consentimos que se vulnerara la presunción de inocencia y que se pudiera denunciar sin pruebas...

—Porque los jueces no se atrevieron a mantener la justicia.

—Exactamente. Mira, yo recuerdo, cuando yo era pequeño, que me preguntaba por qué al traficante de nuestro barrio no lo arrestaban, si todos sabíamos quién era y lo que hacía. *Tiene que haber pruebas que lo incriminen*, me decían.

—Claro, porque en nuestro sistema de libertades, se considera mejor tener a cien culpables sueltos, que un solo inocente en la cárcel. Y eso sigue siendo válido... para las mujeres. En el caso de los hombres, sobre todo si se trata de delitos sexuales, es mejor tener a cien inocentes en la cárcel, que a un solo culpable suelto.

—Tú lo has dicho —suspiró—. A mí me enviaron a contener una manifestación de feministas que asediaban el domicilio de un juez en un caso de violación. Bueno, pues nadie se atrevió a tocarlas siquiera un pelo a todas aquellas tías.

—¿Qué pasó?

—¿No te lo conté?

—No me suena.

—Bueno, pues el juez cedió, naturalmente. Condenó al acusado a pesar de que no había pruebas.

—Pero, ¿era inocente?

—Eso solo lo sabe Dios. Era la palabra de él contra la de ella... Sí, quizás hubo algo, quizás la forzó... a saber. Pero la cuestión es que no se pudo probar nada, y aun así lo condenaron. Y claro, todos esos casos sentaron jurisprudencia, y...

—Y hemos acabado castrando a nuestros hijos. De aquellos polvos, estos lodos.

—Pues así es.

—Es que es lógico. Si han destinado tantos recursos a favorecer a un determinado colectivo, para comprar sus votos, la propaganda hace su efecto, y los jueces son personas, al fin y al cabo.

—Es que no tiene sentido que la ley se cumpla o que se intente cumplir en todos los casos, menos en ese. Una persona siempre es inocente hasta que no se demuestre lo contrario, ¿no? Bueno, pues en esos casos es al revés. Una persona siempre es culpable hasta que no se demuestre que es inocente. Y si no se puede demostrar, culpable te quedas. Con la única prueba de la acusación de la víctima.

—No, Kaki. Tú también estás cayendo en el mismo error.

—¿Qué error?

—Si tú llamas “víctima” a quien todavía es solo “denunciante”, ya estás anticipando un poco el veredicto. ¿No te parece?

—Desde luego. Hablan de “víctima” y “agresor” antes y durante el juicio.

—Así es. Y yo lo sé bien, pues lo veo a diario en el juzgado. Y todo es por la presión de las feministas, Kaki. Si tú eres juez o diputado, y te niegas a aprobar la ley que prejuzga a los “denunciados”, ya eres un machista, y no hay peor insulto que ese. Tu carrera está acabada.

—Joder, qué asco de sociedad. Si no fuera por nuestros hijos, me largaba de aquí.

—No sé dónde podríamos ir. Está todo el mundo igual —declaré, con cierta tristeza.

—Hay algunos sitios que no han “progresado” tanto.

—Ya. Pero ¿cuánto tardarán en llegar hasta donde estamos nosotros ahora? ¿De qué nos serviría emigrar, para en unos años, volver a estar igual?

—De nada, desde luego.

Nos quedamos un rato en silencio, pensando en todo lo que habíamos hablado. El sueño seguía sin venir, y entonces dije:

—En fin, ya vendrán tiempos mejores —concluí—. Anda, ven y abrázame. Aprovechemos mientras podamos.

Víctor me miró y sonrió.

—¿Quieres que cometa un delito?

—Sí, por favor.

Campeonato de motocross

Había llovido y el circuito estaba hecho un verdadero barrizal. Habíamos acudido solo Víctor y yo, pues al parecer las chicas no estaban interesadas en poder ver a su hermano proclamarse campeón de *supercross* del Estado. Yo creo que era la única mujer, al menos de la zona donde estábamos, y eso hacía que los hombres de alrededor se sintieran incómodos. Pero no me resistía a dejar de ver a mi Toni competir en aquel campeonato tan importante. Su padre le insufló la pasión por las motos, aunque él siempre prefirió las todoterreno, esto es las de trial. Yo creo que de ahí le vino su afición por la mecánica, de ver a los técnicos de su equipo manipular las máquinas para que estas corrieran más. Ya se había proclamado con anterioridad campeón de *freestyle*, y solo le faltaba el título de *supercross*. Eran doce finalistas, que se disponían en la línea de salida unos pegados a los otros, mientras el ambiente estaba cargado de adrenalina y de emoción. Los rugidos de los motores y los gritos de los aficionados resonaban en cada rincón, creando una atmósfera electrizante.

Entonces se dio la salida, y las motos salieron disparadas, muchas de ellas volando sobre el terreno apoyadas solamente en la rueda trasera.

Desde el primer segundo, Toni tomó la delantera, surcando los saltos y las curvas con una destreza impresionante. Su moto parecía volar sobre los obstáculos, mientras nosotros conteníamos la respiración en cada maniobra.

Su eterno rival, Alex, no se quedaba atrás ni le quitaba el ojo de encima. Con una feroz determinación, se mantenía pegado a la rueda trasera de Toni, esperando el momento perfecto para atacar.



La tensión aumentaba con cada vuelta. Los dos pilotos se adelantaban mutuamente en una danza frenética de velocidad y habilidad. Los espectadores estaban al borde de sus asientos, incapaces de apartar la vista de la pista. Cada salto, al igual que cada curva o cada derrape, era un espectáculo en sí mismo.

Fueron veinte minutos que se pasaron como si solo hubieran sido cuatro o cinco. Con el paso de las vueltas, los pilotos más lentos se quedaban rezagados y en muchas ocasiones representaban un obstáculo para Alex y Toni, que se veían obligados a sorteárselos una y otra vez. A veces las estrategias hacían que jugaran con esos motoristas para intentar despistarse el uno al otro.

Llegó la última vuelta y Toni iba el primero, aunque Alex estaba decidido a no rendirse. En la última recta, ambos pilotos aceleraron al máximo, sus motos rugiendo como bestias desatadas. Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado: Alex intentó un adelantamiento arriesgado, acercándose peligrosamente a Toni. Las motos chocaron, y en un instante, Toni perdió el equilibrio y cayó al suelo, con su moto deslizándose fuera de la pista.

Nos quedamos en silencio por unos momentos en los que Víctor torcía el gesto lamentándose de que su cachorro hubiera perdido la carrera. Yo en cambio estaba en vilo, temiendo por la vida de mi hijo. No era la primera vez que se caía en un deporte como ese, y el problema no era tanto que se hubiera lesionado, sino que otra moto viniera detrás y lo arrollara.

Pero se incorporó a tiempo. El terreno estaba muy blando y lleno de agua, y la caída no fue para tanto. Pudo apartarse de la pista para contemplar lo inevitable: Alex, con el corazón en la garganta, cruzó la línea de meta en primer lugar.

Afortunadamente, la deportividad de los dos contendientes hizo que el incidente se quedara en nada. Los dos pilotos se dieron la mano, y recibieron una ovación por parte de los aficionados. No obstante, aunque Alex ganó la carrera, el choque con Toni dejó un sabor agrio en el aire.

Fue entonces cuando acudimos a consolarlo, y Víctor le dio un abrazo, diciéndole:

—Lo has hecho muy bien, hijo. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias.

—De todas formas, creo que metiste demasiado gas en la última curva.

—No me quedó más remedio si quería conservar la ventaja.

—Bueno, el año que viene quedarás campeón.

—Lo dudo.

—¿Por qué? ¡Has estado a punto de conseguirlo! ¡Ibas el primero! Y ya sabes que Alex se va a cambiar a Enduro. ¡Ya no tendrás a ningún rival de tu altura!

—No, papá. No volveré a competir... jamás.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Lo dejo.

—¿Abandonas las motos?

—Abandoño la competición. Ya estoy harto de enfrentarme a la gente —sentenció, y se marchó hacia el vestuario.

—¿Qué mosca le ha picado? —me preguntó Víctor.

—Ya se le pasará —repuse—. Está enfadado por haber perdido la carrera.

Nos marchamos hacia casa los dos solos, pues Toni tenía que terminar de ultimar detalles con su equipo.

Y sin embargo, me equivoqué. No cambio de opinión. Parecía mentira que aquello que había sido su pasión desde niño, de repente se acabara tan bruscamente, cuando estaba en la cima de su carrera.

Aquella decisión no la esperábamos, desde luego. Aunque no tardó en tomar otra, muchísimo más radical. Tanto, que nos quedamos todos con la boca abierta.

Invitación

Fue una visita de lo más extraña. Una mujer cualquiera, con el típico atuendo feminista, es decir, pelo corto, gabardina y pantalones anchos, pasó por la línea de boxes. La chica de recepción la recibió y la mujer bajó la ventanilla.

—Buenos días. ¿Venía a traer el coche a la revisión?

—Eh... no. Quería hablar con un mecánico...

La mujer miró hacia el fondo del taller. En ese momento solo estaban Iván y Frank enfrascados en reparar el motor de un camión.

—Un momento.

La recepcionista se acercó hacia donde estaban los dos y Frank fue el primero que la miró. La chica le hizo una señal y se acercó.

—Esa mujer quiere hablar contigo.

—¿Conmigo precisamente? —Sonaba a bronca por una reparación mal hecha.

—No sé lo que quiere —se encogió de hombros.

El mecánico se acercó a la mesa donde depositaban las herramientas para quitarse los guantes y asearse un poco con una toallita humedecida. Mientras tanto, la recepcionista volvía a su posición, y entonces la mujer le hizo una señal y tuvo que volverse, mientras Frank ya se aproximaba.

—Ese no. El otro.

—¿Iván? —señaló al compañero.

—No. Aquel, —volvió a señalar—. El que está al fondo. El rubio.

—¿Toni?

—Sí. Ese.

La chica volvió a adentrarse en el taller y se acercó al Toni.

—Esa señora quiere hablar contigo —señaló de nuevo en dirección a la línea de boxes.

—¿Qué quiere?

—Ni idea. Supongo que le habrás reparado el coche y tendrá alguna queja.

—No me suena ese vehículo —replicó.

—Bueno, ve a ver qué es.

El chico llegó y se inclinó para ver a la mujer. Pero ella apenas lo miró. Simplemente le dijo:

—Una señora desea tener un encuentro con usted —le acercó una tarjeta—. Discreción absoluta.

—¿Una señora? ¿Quién?

La mujer no contestó. Siguió mirando al frente, arrancó, y se marchó, y Toni se quedó mirando alternativamente al coche y a la tarjeta.

—¿Qué quería? —preguntó Frank, que se había quedado cerca.

—No lo tengo muy claro.

—¿La conoces?

—No me suena de nada. Me ha dicho que vaya a esta dirección.

El otro miró la tarjeta y dijo:



—Pues ese edificio está en la zona más VIP del barrio más VIP de toda la ciudad.

—O sea, que es rica.

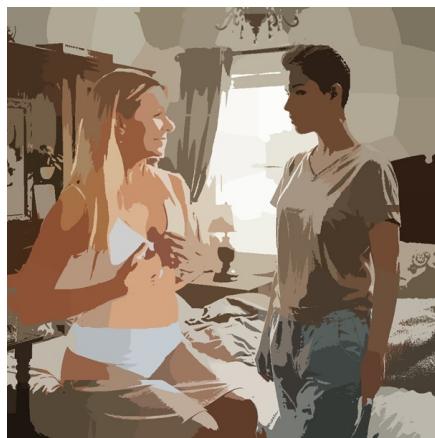
—Quien viva ahí. Sí. ¿Es ella? —preguntó, extrañado. El vehículo era normal y la mujer que lo conducía no tenía pinta de vivir en esa zona tan exclusiva.

—No. Me ha dicho que allí tengo que ir a ver a una “señora”.

—Pues... una de dos. O bien hay un malentendido por alguna razón, o... esa “señora” quiere echar un polvo contigo.

El top elástico

Estaba terminando de vestirme cuando Vicky entró en mi habitación para usar el aseo. Desde el "incidente" con Toni, procuraba evitar el baño de abajo. Le traía malos recuerdos.



—No sé por qué sigues usando esa prenda tan machista, mamá. Es un invento de los hombres para realzar nuestros pechos. Deberías usar lo que yo uso, el top elástico.

—La verdad es que me cuesta ya encontrarlos —respondí—. Es difícil comprar sujetadores, al menos en las tiendas de siempre.

—Deberían estar prohibidos.

—De verdad, hija, las mujeres de hoy no pensáis más que en prohibir, prohibir y prohibir. Además, a mí me parece que el top elástico ese no sujetá lo suficiente.

—Tonterías. Ajusta y comprime lo necesario y evita que se te muevan.

—No me convences, Vicky. Además, yo uso sujetadores desde jovencita, y ya me he acostumbrado a ellos. Me siento incómoda con otra cosa.

—Muchas mujeres de tu edad e incluso mayores ya se han cambiado al top elástico. Te sujetá los pechos contra el cuerpo para que no resalten, y así se evitan las miradas de los hombres.

—Yo no voy a denunciar a ninguno porque me los mire.

—Esa no es la actitud, mamá. A esos cerdos hay que mantenerlos a raya. Porque si no...

—Porque si no, nos violan —interrumpí—. Ya, ya lo sé.

—Es que es la verdad.

—Sí, claro... Mira, Vicky, cuando yo era joven, las mujeres íbamos medio desnudas por la calle, y no pasaba nada.

—¿Qué no pasaba nada?

—No, no pasaba nada. Sí, había casos, como siempre ha habido desde que el mundo es mundo. Pero no tantos como ahora, y eso que ahora vais más tapadas casi que las mujeres musulmanas. ¿A qué crees que es debido?

—Son esos dichosos grupos terroristas. Tendrían que castrarlos a todos sin piedad.

—Ya lo hacen.

—Solo con los reincidentes. Tendrían que hacerlo con todos, desde el primer momento.

—Y con los inocentes también, ¿no? No vaya a ser que un día se les cruce un cable y se les ocurra violar a alguien.

—Bueno, la castración preventiva es una opción que está sobre la mesa. Además, toda penetración es una violación y...

—Mira, no quiero hablar más de esto. Me daís asco todas vosotras.

—Es que es la verdad.

—¿El qué es la verdad? ¿Eh? ¿De verdad crees que tu padre me viola cuando hace el amor contigo? ¿De verdad piensas eso?

La chica se quedó callada y me miró fijamente. Se mordió el labio inferior, y dijo:

—Sinceramente, no comprendo cómo puedes consentir que te penetre. ¿Qué ganas tú con ello? Es un acto bárbaro, salvaje, doloroso y que produce sangrado. ¿Qué necesidad tenemos las mujeres de eso?

—A ver, la penetración no es dolorosa porque la vagina es elástica y el sangrado se produce solo en la primera vez, y no en todos los casos. De verdad, Vicky, os han informado mal en vuestra secta —me reí, y pensé la de tonterías que les enseñaban a las chicas—. Es más —continué—. Yo ni siquiera sangré en mi primera vez, y eso que tu padre la tiene... bueno, no voy a entrar en detalles.

—Sí, mejor no entres en detalles, no sea que me ponga a vomitar.

Me ofendí, y ella me lo notó. Entonces dijo:

—En definitiva, la penetración es absurda. Solo la estimulación clitorídea satisface a una mujer.

—Bueno, esa es tu opinión. Además, obtenemos placer mutuamente. ¿No es lo justo?

—No. Si es algo que no deseas, no deberías consentirlo.

—Yo sí lo deseo. Obtengo mucho placer con ello. Yo hago el amor con tu padre porque le quiero, y también porque siento placer. Es un hombre extraordinario.

—No me lo creo.

—¿Qué es lo que no te crees?

—Que te guste tanto.

—Claro, el placer que siento es ficticio, ¿no? Todo es fruto de mi imaginación o de mi educación, ¿verdad? ¡Venga ya!

—Lo que pasa es que te ha adoctrinado la sociedad hetero patriarcal. Y sí, es todo una cuestión de educación.

—¡A ti sí que te han adoctrinado! —me irrité—. Te han adoctrinado, pero bien. A ti y a todas las mujeres de tu generación y a gran parte de las de la mía. ¿Es que no te das cuenta? Además, uno come porque tiene hambre, no porque le hayan educado para comer. Los instintos están marcados en los genes y el instinto sexual es genético, no una cuestión de educación ni de elección.

—No estoy de acuerdo. Tú sigues la inercia de la sociedad antigua, donde las mujeres debían satisfacer el *débito conyugal*, a cambio de la manutención. Pero eso ya se acabó. Ahora las mujeres somos libres para elegir nuestro propio destino.

—Claro. Por eso yo elegí libremente el mío, junto a tu padre. ¿O es que para eso no somos libres? ¿O es que debemos de ser libres para todo, excepto para eso?

Mi hija parecía un robot. Respondía fríamente a todas las cuestiones, como si fuera una inteligencia artificial. Se había aprendido de memoria todas las consignas que Elle y la gente de la Inquisición escupía. Estaba totalmente abducida.

—No mamá. Compréndelo. Tú estás con papá por la inercia de haber nacido en una sociedad hetero patriarcal.

—No. Yo estoy con él porque me gustó, me atrajo sexualmente, y sobre todo, porque le quiero.

—Ah... ya estamos otra vez con el amor.

—¡Sí, el amor! ¿Qué tiene de malo? De verdad, hija, no sabes lo que me culpo por haber consentido que hayas llegado a ser una persona como la que eres.

—¿Cómo soy?

—Una persona que no tiene sentimientos. Porque a la gente de hoy en día, y sobre todo a las jóvenes, lo que os ocurre es que se os ha secado el corazón.

—No, no es eso. Lo que pasa es que por fin nos hemos dado cuenta de que el "amor" de un hombre siempre es interesado. Solo nos ven como hembras a las que penetrar. Somos "cosas" para ellos, es decir, nos cosifican. Y cuando dicen "amor", en realidad lo que quieren decir es sexo.

—Vicky, estás muy equivocada.

—No.

—Sí. Lo estás todas las que opináis de esa manera. No te digo que no haya casos, incluso muchos casos, en los que eso sea así. Pero no podéis generalizar de esa manera.

—¿Por qué no?

—Porque al hacerlo, estás renunciando al amor, que es lo más maravilloso que hay en este desdichado mundo.

—No estoy de acuerdo.

—Pues así es. Habéis renunciado al amor en favor del hedonismo, pero eso nunca os dará la felicidad; antes al contrario, os llenará de frustraciones.

—También se puede encontrar el amor en otra mujer.

—No. Como mucho encontrarás una amistad.

—¡Qué tontería! Pues anda que no hay mujeres que...

—A ver, no sé si las auténticas lesbianas podrán encontrar ese amor. Supongo que sí. Pero nunca si no lo eres.

—Estás equivocada.

—No. El amor nace de la atracción sexual, para luego transformarse en algo más grande. Y sin esa chispa, no se puede encender la hoguera, al menos en la mayoría de los casos. No sé si me entiendes...

—No. No te entiendo.

—Pues mira, lo cierto es que las mujeres no nos solemos soportar las unas a las otras, y más en el largo plazo. Es una característica evolutiva. Solo con un hombre puedes hacerlo, pues la convivencia es más sencilla.

—¡Ja! —exclamó—. ¡Pues anda que no había divorcios en vuestra época!

—Sí, porque el ser humano es inconformista por naturaleza. Pero con el hombre adecuado, puedes durar toda la vida. Y eso es algo que nunca te ocurrirá con una mujer. A no ser que seas lesbiana, claro.

—Eso es absurdo.

—Mira, Vicky, yo estuve un año viviendo en un piso compartido con unas amigas. Y digo amigas, por decir algo. Al final, siempre acababa tarifando y regañando, por cualquier tontería. Sí, también con un hombre te puede pasar, pero por lo general, ellos se abajan, acaban cediendo en la mayoría de los casos.

—Claro, porque si no, no les dejáis que os penetren. ¡Qué asco!

—No, Vicky.

—¿Cómo qué no? Mamá, los hombres son como los perros, que solo hacen la monería si les das el premio. Ninguno haría nada ni cedería en nada si no tuvieran esa recompensa esperándolos todas las noches.

—¿Todas las noches? ¿En serio crees que todas las parejas lo hacen todas las noches?

—Bueno, pues cuando lo hagan.

—No, Vicky, estás muy equivocada —repuse—. Mira, yo conocí a un abuelo que se recorría la ciudad de punta a punta varias veces al día para llevar y traer a sus nietos al colegio. ¿De verdad crees que ese hombre solo lo hacía para obtener los favores sexuales de su mujer?

—Pues sí —replicó, y yo me reí.

—De verdad, hija, ¡qué poco conoces la vida marital que se tiene a ciertas edades! ¿No puede ser que ese hombre, simple y llanamente, lo hiciera por amor?

—No. No puede ser. Los hombres son como los animales, y solo se mueven por el instinto, el instinto de la penetración. Si castras a un adulto, su vida dejará de tener sentido y se acabará suicidando. Por eso hay que hacerlo en la niñez; para que ese instinto tan nefasto nunca se llegue a desarrollar.

Me quedé mirándola durante un rato, contemplando en lo que mi hija se había convertido. Era un trozo de piedra sin sentimientos. Me dieron ganas de echarme a llorar.

—Hija, de verdad te digo que merece la pena correr el riesgo. Entre otras cosas, porque la alternativa es peor. Además, puede que la relación con tu marido, o pareja, o como lo quieras llamar, acabe mal, pero siempre te quedarán los hijos.

—¡Ja! —exclamó—. También te acaban dando una patada en el culo.

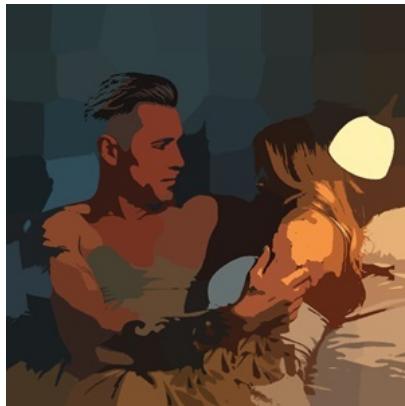
—Sí, lo sé muy bien —la miré fijamente—. Pero nosotras las mujeres somos seres afectivos por encima de todo, y necesitamos amar y que nos amen. Puede que no consigamos esto último, pero amar siempre podremos hacerlo. Y a los hijos se les ama siempre. Renunciando al amor habéis renunciado a los hijos, así que, te repito lo que te dije antes: habéis renunciado al amor en favor del hedonismo, pero eso nunca os dará la felicidad; por el contrario, os colmará de frustraciones.

Preocupación

—Kaki, hoy he tenido una discusión con nuestra hija que me ha dejado helada. Me da miedo que nos denuncie, te lo digo de verdad. Está totalmente alineada con el Sistema.

—No. No la veo capaz.

—Recuerda que en la dictadura comunista de Stalin se dieron muchos casos de denuncias de hijos a padres acusándolos de ser contrarrevolucionarios.



—Ya, pero...

—¿Qué hemos hecho mal, Kaki? —dijo, casi comenzando a llorar. —¿Qué hemos hecho mal con nuestra familia? ¿Por qué nos ha salido una niña así?

—No hemos hecho nada mal, Olivia. Es esta maldita sociedad, que es más fuerte que nosotros.

—También es cierto que quizás pusimos más empeño en Toni, por ser el primero. Yo al menos siempre le tuve muy cerca de mí. Con Vicky... no tanto. Lo cierto es que nunca hemos tenido una buena relación ella y yo.

—Siempre la tuve yo mejor que tú. Al menos cuando era pequeña.

—Sí, quizás sea cierto eso de que las hijas se llevan mejor con los padres y los hijos con las madres.

—No. Es cuestión del carácter de cada uno. Toni sigue más apagado a ti, aunque también lo ha estado conmigo. Vicky, ni una cosa ni la otra.

—Es una arisca, Kaki. Está intransigente y rebelde con todo.

—Lo que no tienes que hacer es culpar de nada, Olivia. Es lo que te digo. La influencia de la sociedad en la que vivimos es tan fuerte, que poco podemos hacer los padres. Oscar me dice lo mismo de sus hijos.

En todas las familias pasa lo mismo.

—Ya, pero si hubiéramos puesto más empeño, quizás...

—No te lamentos. Nadie ha puesto más empeño que tú en enseñarles las costumbres y los valores cristianos. ¿Y de qué te ha servido? Hemos perdido a los dos. Ninguno tiene fe. Y Angie sigue yendo a catequesis porque solo tiene diez años. Cuando madure, le pasará lo que a los otros dos.

—No, Kaki. Ahí no tienes razón. Puede que no tengan fe, no te lo niego, pero al menos Toni sigue teniendo los valores cristianos que yo le inculqué.

—Yo no estaría tan seguro de eso. Más bien creo que es su carácter, igual que el carácter de Vicky es el que es.

Me quedé callada, pensando en todo lo que había hablado con mi hija aquel día. Después añadí:

—Vamos a tener que cambiar nuestra habitación por la de Angie, para que ella no nos oiga hacerlo.

—Eso es una estupidez. ¿Te crees que porque no nos oiga se va a pensar que no lo hacemos?

—Bueno, sí, pero al menos no lo tendrá tan presente.

Nuestra casa no era grande. Los sueldos en la Policía no eran altos, y estuvimos muchos años solo con eso hasta que yo empecé a trabajar. Teníamos las habitaciones en la planta de arriba excepto la de Toni que estaba abajo.

—Le vamos a decir que cambie su habitación por la de Angie. Total, la pequeña está siempre con ella.

—No va a querer.

—¿Por qué no? La de Angie es más grande.

—Solo por llevar la contraria, dirá que no.

—Bueno, le diré que así estaremos más pendiente de su hermana, por el tema de las pesadillas.

—Sí, eso podría funcionar.

—Así podré acudir antes de que se ponga a gritar y nos despierte a todos.

—Por cierto, ¿qué te dijo la psicóloga?

—Lo de siempre. Que ya se le pasará, que son cosas de la edad... Pero yo creo que tiene que ver con toda la mierda que les meten en la cabeza.

—¿En el colegio?

—Seguramente. Y lo que le oye decir a su hermana. Yo creo que hicimos mal en mandarle a Toni abajo.

—Bueno, era para que pudiera estudiar mejor. Al estar al lado del garaje, podía practicar con sus cacharras.

—Sí, ya, pero sabes que Angie siempre le quiso mucho.

—Y le quiere.

—Sí, pero desde que trabaja ya no lo ve tanto, y se la ha apropiado Vicky. Creo que es una mala influencia para la niña.

—Joder, es que es muy fuerte que tengamos que decir eso de nuestra hija. Es muy fuerte que tengamos que apartar a una hermana de la otra, porque la mayor la esté comiendo la cabeza.

—¿Y qué podemos hacer, Kaki?

—No podemos hacer nada, Olivia. Cualquier cosa que hagamos, servirá de muy poco.

Me resigné. Ciertamente, tenía razón. La sociedad era más fuerte que nosotros, y entonces le abracé e hicimos el amor.

No sé él, pero yo disfruté aquel momento como si fuera la última vez que lo hicíramos. Como si estuviéramos condenados a separarnos por un extraño designio. Fue una sensación que tuve desde ese día, cada vez que lo hacíamos. Como si todo estuviera abocado a terminar abruptamente, tarde o temprano.

La sociedad y sus estúpidas normas nos estaba desquiciando a todos, y las parejas como nosotros eran cada vez más escasas. Tan solo nuestros amigos de la parroquia eran un último reducto en el que poder desahogarnos. Eran personas con las que podías hablar sin que te miraran de forma rara cuando no te

quedaba más remedio que decir que convivías con un hombre; cuando decías que tenías tres hijos, y los tres del mismo padre, el único hombre que he conocido de forma íntima en toda mi vida.

La cita

Toni acudió con cierta expectación a la cita que le había dado la inteligencia artificial. Cuando llamó al número de teléfono que figuraba en la tarjeta, y tras decir quién era, la IA le asignó un día y una hora, y finalmente se decidió a ir. No tenía sentido que alguien tan importante le citase en su apartamento para hablarle de lo bien o mal que había reparado un vehículo. Para eso estaban los sirvientes. Estaba claro que se trataba de un encuentro íntimo, como había sugerido Frank. Aunque era tan extraño...

Pero bueno, se dijo, ¡quién sabe! Al fin y al cabo, las ninfómanas, como las sirenas o los unicornios, es posible que existan...

Era una tarde, casi al anochecer. Llegó a la dirección que figuraba en la tarjeta, y pulsó el timbre. Era un alto edificio residencial que albergaba un sinfín de apartamentos de gran lujo. Sonó un clic y la puerta se abrió. Entró en un impresionante hall que se abría a un patio lleno de exuberantes plantas tropicales con una pequeña cascada y música celestial que sonaba desde alguna parte. "Esto es el paraíso", se dijo. "Quien viva aquí tiene que tener mucha, mucha pasta".

En uno de los rincones del jardín había una cabina con un hombre en su interior. Probablemente sería un eunuco. El tipo lo miró y consultó algo en una pantalla, y por lo demás, se mantuvo incómodo.

Finalmente, Toni llegó hacia un ascensor que se abría en uno de los extremos, y, para su sorpresa, no tenía ningún botón. Nada más entrar, una voz de IA lo saludó cordialmente, el elevador se puso en marcha tras cerrar las puertas y la voz simplemente añadió:

—La señora Arcan lo está esperando. Bienvenido.

El ascensor se detuvo en una de las plantas altas, quizás era la más alta de todas, y la puerta se abrió para dar acceso directamente al apartamento en cuestión.

Toni entró mirando a todos lados, totalmente perdido. No tenía muy claro donde se hallaba.

El lugar era ciertamente fastuoso. Un gran espacio diáfano de más de doscientos metros cuadrados y cinco de alto en el que sonaba una música suave de *bossa nova*, lleno de vitrinas y jarrones de diversos estilos. Estatuas de mármol, plantas ornamentales que llegaban hasta el techo, tejidos de seda y tapices profusamente decorados... Toda una delicia de lugar, y quien viviera allí, debía de ser una persona muy, muy exquisita.

Y sin embargo, estaba allí delante, casi enfrente de sus narices, mirándolo fijamente. La había confundido con la decoración.

—Antes de nada, perdóname por haberte enviado a mi secretaria. Pero yo no debo exponerte. No sé si me entiendes...

Quien le acababa de dirigir la palabra era una mujer de unos cuarenta años, no muy alta, pero que llevaba unos altísimos zapatos de tacón de aguja. Algo impropio de cualquier mujer feminista que se preciara, y mucho menos de las de la alta sociedad, que debían cuidar su imagen para ser "políticamente correctas". No llevaba el pelo excesivamente corto como solía ser habitual, pero sí exhibía un sofisticado peinado de diseño.

La "señora" no era particularmente agraciada ni tenía un cuerpo especialmente bonito. No era obesa —más bien todo lo contrario—, aunque mostraba cierta flacidez como consecuencia de una más que probable vida sedentaria. Tan solo llevaba puesto, además de los zapatos, un batín de raso que estaba entreabierto, donde se mostraba claramente su desnudez. Se había pintado los labios de color rojo y los ojos de azul.

—¿De qué me conoce?

—Una amiga me habló de ti —se acercó, llevándose una mano a la cadera y abriendo un poco más la bata—. Llevó su coche a tu taller, hace poco. Me dijo que había descubierto a un ejemplar masculino de la más alta calidad —lo miró a los ojos, con rostro libidinoso—. La verdad, no exageraba nada cuando te describió. Al contrario, se ha quedado corta.



En ese momento le puso las dos manos sobre el pecho, cerró los ojos y le besó en los labios. Toni estaba totalmente descolocado; no salía de su asombro. Le correspondió el beso con cierta frialdad y luego la apartó suavemente de sí. Ahora el batín estaba en el suelo, y la mujer exhibía su completa desnudez.

No tenía nada destacable, ni siquiera los pechos, que estaban caídos como era habitual en casi todas las mujeres. Ninguna quería ya realizarlos con sostenedores ni nada parecido, no fuera a ser que la acusaran de ser sexy o demasiado femenina.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Es que no se nota? —respondió, con los ojos entornados—. Quiero que me beses y me acaricies por todo el cuerpo, y que me lleves hasta el séptimo cielo. ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

Toni sonrió y la mujer procedió a quitarle la chaqueta. Después le quitó la camiseta y entonces le susurró en el oído:

—Bésame y acáríciame, Toni. Llévame hasta el séptimo cielo...

El chico se dispuso a acometer la tarea encomendada. La tumbó en un gran sofá cheslón que estaba justo detrás y comenzó a besársela y a acariciarla, recorriendo todo su cuerpo de arriba abajo, y de abajo arriba, con toda la delicadeza y el esmero de que fue capaz. Recorrió con sus dedos toda su anatomía, incidió en cierto sitio, y la mujer no tardó mucho en alcanzar un primer orgasmo, y luego otro.

Se quedó extasiada sobre el sofá, y entonces Toni comenzó a desabrocharse los pantalones... hasta que ella lo detuvo.

—¿Y ahora qué quieras? —preguntó la mujer.

—Terminar, ¿no?

—Ya has terminado.

—Bueno, ahora me toca a mí... —él estaba totalmente excitado y un enorme bullo se apreciaba en su entrepierna.

—No pretenderás hacerme algo con eso, ¿eh? —señaló con los ojos a ese sitio.

—¿Cómo si no?

—Bah, eres igual que los demás —hizo un aspaviento con la mano, y giró la cabeza.

—Ya, pero...

—Vete al baño y haz allí lo que tengas que hacer. Pero fuera de mi vista, por favor.

—¿Al baño?

—Sí. La puerta del fondo —señaló—. A la izquierda de la estatua de Apolo.

La revista

—Oye, ¿qué tal tu cita?

Fue lo primero que le preguntó Frank al día siguiente. Por un momento estuvo a punto de sincerarse y contarle lo que había ocurrido, pero se abstuvo. En realidad, estaba avergonzado. Tenía un sentimiento que era una mezcla de humillación y de sentirse utilizado, y prefirió callarse.

—Nada, era un malentendido, como tú dijiste.

—¿Y eso?

—Se confundieron con otro. La señora en cuestión se disculpó, me dio dinero para el taxi por las molestias, y ya está.

—Claro. Demasiado bonito para ser verdad.

—Eso es. Demasiado bonito.

Toda la mañana estuvo “disperso”, y no paraba de pensar en lo que había ocurrido la tarde anterior. Fue todo tan extraño...

Al final, se resignó y decidió no darle más vueltas. Al fin y al cabo, vivíamos tiempos convulsos, donde el ser natural de las cosas estaba totalmente pervertido y al revés. Las cosas más inesperadas ocurrían, y eso quizás no fuera lo más extraño que le podría acontecer en su vida. De hecho, mucho después le ocurrieron cosas mucho más extrañas todavía. Cosas, en las que jamás pensó que se vería envuelto. Pero ya hablaré de eso más adelante.

Llegó la hora de comer y tanto los mecánicos como las mujeres bajaron hacia los vestuarios para recoger la comida que cada uno se había traído. En el sótano, al lado del vestuario femenino había una pequeña sala con un par de aparatos para calentar, y solían comer allí.

—Oye, ¿qué es eso? —preguntó Frank—. ¿Es lo que me imagino?

Cuando Iván extrajo de la taquilla el *tupper* con su comida se dejó ver de refilón una revista que estaba debajo.



—Sí. Es lo que te imaginas. Una revista pornográfica del siglo XX.

—¿Cómo la has conseguido? Se cotizan a precio de oro...

—¿Una revista? —preguntó Toni—. ¿En papel?

—Sí, claro. Después de que las IAs recorran Internet borrando las fotos y vídeos y denunciando a los dueños de los servidores, es lo único que queda.

La echaron un vistazo rápido, con mucho cuidado, pues estaban haciendo una actividad ilegal.

—Oye, hace buen tiempo. ¿Por qué no vamos al parque? —sugirió Toni.

—Por mí de acuerdo —contestó Frank—. Estoy ya más que harto de comer aquí con las *moras* estas. No nos podemos escuchar los unos a los otros de lo alto que hablan. Anda... llévate la revista —le pidió a Iván—, y la vemos más detenidamente.

Los tres salieron del taller con las bolsas de comida y la revista clandestina bien envuelta y camuflada entre manuales de reparación de vehículos. Llegaron a una zona recóndita del parque que había cerca, y no pudieron esperar a terminar de comer para echarla un vistazo.

—Es de contrabando —afirmó su dueño—. Esta ha venido en un contenedor desde Noruega, escondida entre antigüedades.

—Sí, eso había oído —dijo Frank—. Hace poco me enteré de que encontraron un arsenal de ellas en un trastero. Un viejo muy mayor que vivía solo y acumulaba recuerdos...

—Sí, yo también oí esa noticia —comentó Toni—. La Inquisición las quemó todas, creo.

—Me extraña que las quemaran todas. Son más valiosas que el oro —afirmó Iván—. Todo el mundo tiene su precio, hasta las feminazis de la Inquisición. Quizá esta tiene su origen en ese alijo.

—Yo creo que es habitual, ¿no? Alguien se hace con una, le hace fotos, y luego la vende.

—Pues como no le haga fotos con una máquina analógica y luego las revele en su casa...

—Bueno, si tienes una tableta vieja que no está conectada a ningún servidor... —apuntó Toni—. No pueden rastrear nada desde la nube.

—No te creas. El sistema operativo está diseñado para esas cosas. Aunque no haya conexión puede enviar un mensaje por radiofrecuencia.

—Joder, la puta Inquisición... ¡Está en todas partes! —se quejó Frank.

—Es culpa de Elle. Ojalá se muriera.

—¡Uf!, no digas eso —dijo Toni—. Farse, la vicepresidenta, es todavía más kamikaze. Si fuera por ella, nos castraría a todos. ¡Y sin anestesia!

—Ya te digo. Y no solo nos quitarían los huevos. Incluirían también al “órgano urinario”, como así lo llaman.

Todos se rieron.

—Joder, no quieren decir su nombre no vaya a ser que se queden embarazadas solo por decirlo.

Volvieron a reír, esta vez a carcajadas.

—Eso es lo que decía mi hermana Angie cuando era pequeña. Pensaba que las mamás se quedaban embarazadas solo con pensarlo.

—¿Eso creía? —preguntó Frank, a la vez que soltaba otra carcajada.

—Sí. Luego deduje que tenía que haber alguna interacción masculina, aunque pensaba que con un beso ya era suficiente.

Todos volvieron a reír.

—Apuesto a que ya no piensa así —dijo Iván—. ¿A qué no?

—Pues no. Aunque solo tiene diez años, en el colegio le han debido abrir bien los ojos. ¡A saber qué estupideces le habrán metido en la cabeza!

La brecha de género

Aquel domingo faltó Víctor a nuestra comida familiar. Le habían puesto una guardia de 48 horas y no pudo estar con nosotros. Eso hizo que solo estuviéramos tres, pues tampoco la pequeña estaba ese día. Se había quedado con una amiguita del colegio a pasar el fin de semana.

En realidad, hacía tiempo que no estábamos juntos los cinco a la hora del almuerzo. Toni comía casi siempre en el taller y Angie en el colegio, con lo que normalmente solo estábamos Vicky y yo, precisamente las dos que mejor nos llevábamos —dicho esto irónicamente.

—Caray, hermanita, ¡una blusa con escote! ¿Es que te has vuelto "normal"?

Toni acababa de llegar a casa y se encontró a su hermana vistiendo algo distinto a sus habituales camisetas.

—No, idiota, esto es de mamá. Todas las mías están sucias.

—Sí, está terminando la lavadora —confirmó yo.

—A ver si te crees que voy a salir con esto a la calle. ¡Ni que estuviera loca!

—Sí, no vaya a ser que un chico te vea y se enamore de ti —la reprimió.

Vicky puso cara de circunstancia y después dijo:

—Además, lo "normal" hoy en día es vestir como yo visto. Solo las viejas van con estas cosas —se señaló la camiseta.

—Oye, yo no soy ninguna vieja —aclaré—. Lo que pasa es que la historia es cíclica, y, al igual que mi abuela era una puritana y nunca enseñaba nada, pues ahora se ha vuelto a lo mismo. Pero bueno, ya cambiarán las cosas.

—Uy, mamá, que optimista eres —replicó Toni.

Como siempre, la conversación había comenzado con una discusión. Para intentar cambiar de tema y sofocar los ánimos intenté derivar la conversación hacia cosas más neutras, y empezamos a hablar del trabajo de Toni. No veía de qué forma las cuestiones de mecánica podrían ser objeto de polémica, pero me equivoqué.

—No entiendo cómo no se puede despedir a todas esas mujeres —le pregunté—. Si no hacen nada, no tendrían que estar allí.

—Sí, claro que las pueden despedir. Pero de hacerlo, también tendrían que despedir a uno de los mecánicos. La paridad es sagrada.

—Pero eso significa duplicar el coste laboral, ¿no es así? El empresario tiene que contratar a dos personas, pero en realidad el trabajo solo lo hace una.

—Así es. Ellas no hacen nada y no se las puede despedir. Pero eso sí, si cualquiera de nosotros afloja, al día siguiente está en la calle. Hay veinte mecánicos en la puerta esperando a entrar.

—Es que la paridad es un derecho —dijo Vicky—. Había estado toda la comida con los auriculares puestos, y yo ya había dejado de pelearme con ella. Casi mejor que estuviera con la boca cerrada.

—Sí, claro, por eso no se cumple en las oficinas —objetó Toni.

—Mira, hermanito, no me creo que esas mujeres estén sin hacer nada. Lo que pasa es que tú eres un machista, y no eres capaz de ver el trabajo que realmente hacen. Es lo mismo que ocurría en la época patriarcal. Las mujeres trabajaban más que los hombres, pues tenían que cuidar de la casa y cuidar a los hijos. Y sin embargo, como no trabajaban fuera, sus amos decían que no hacían nada. ¡Qué asco!

—¿En serio que no hacen nada? —insistí.

—Prácticamente nada, mamá. Entre otras cosas porque no saben de mecánica. Pero es que ni siquiera hacen otras cosas que puede hacer cualquiera.

—¿Qué tipo de cosas?

—Pues, por ejemplo, descargar un camión de cajas de piezas, arrastrar un coche... Somos nosotros quienes lo hacemos, mientras ellas están ahí, mirando.

—Claro, es que vosotros tenéis más fuerza —replicó Vicky—. ¿Acaso pretendes que una mujer se ponga a hacer labores que puede hacer un animal?

Menos mal que Toni tenía mi carácter. De haber tenido solo la mitad del de Víctor, le hubiera soltado un bofetón a su hermana en ese momento. De hecho, de pequeños siempre estaban a la gresca, y se peleaban y mordían, siendo siempre Toni quién se llevaba la peor parte, a pesar de ser seis años mayor. Se tomó con filosofía el comentario de su hermana, y dijo:

—¡Ah! O sea que no somos iguales, ¿eh?

—Somos iguales en derechos.

—Ya, pero en obligaciones no, ¿verdad? Además, tampoco lo somos en derechos. Vosotras tenéis más. Tenéis derecho a la presunción de inocencia en los temas de género; a recibir más ayudas que los hombres en caso de discapacidad, a tener más puestos en las empresas, ¡venga ya!

—Claro, porque se trata de llenar la brecha de género.

—Una brecha que ya no existe, hermanita. Hace tiempo que ya no existe. Y si alguna vez existió fue porque las madres prefirieron quedarse en sus casas, voluntariamente, me entiendes, voluntariamente —subrayó la palabra—, cuidando de sus hijos.

—¡Claro que existe la brecha de género, machista falocrata!

—¿De verdad que eso os cuentan todavía en la Inquisición?

—Es que es la verdad. Hay que dar visibilidad a las mujeres.

—¡Y dale con que hay que dar visibilidad a las mujeres! —salté yo—. ¡Pero si es que ya no vemos otra cosa! ¡Si ya no sabemos ni como es un hombre!

Vicky se rio.

—Mejor no saber cómo son. Las cosas desagradables, mejor ni mirarlas.

—O sea, a ti te parece justo que tu hermano se deslome trabajando para evitar que otro le sustituya a la primera de cambio, mientras sus compañeras no hacen nada, y encima no se las puede despedir. ¿Te parece bien?

—Y no solo es eso —añadió Toni—. Hay un verdadero problema con muchos hombres que no pueden encontrar trabajo de ninguna de las maneras. Algo que con las mujeres no pasa.

—¿Y qué ocurre porque ahora no tengáis trabajo? Tampoco lo teníamos antes nosotras, en la época patriarcal.

—Sí, pero ahora hay una gran diferencia, hermanita. Antes las mujeres podían vivir “a costa” de sus maridos, y cuando estos faltaban tenían pensión de viudedad. Pero ahora nosotros, ni una cosa ni la otra.

—Mira, no creo que sea para tanto. Siempre hay trabajos que nadie quiere hacer. Además, y si es así, ¿qué? Ahora os toca a vosotras sufrir lo que nosotros sufrimos.

—Ya, la teoría de la revancha. —dijo Toni—. ¿Verdad?

Vicky asintió.

—De verdad, hija, que manía con hacerles pagar a los hombres de ahora los pecados de sus abuelos, cuando son ellos mismos quienes han facilitado la igualdad.

—Mejor dicho, la superioridad —apuntó su hermano.

—Son ellos los que han facilitado ese cambio. ¡Tendríamos que besar el suelo por donde pisas! ¿Acaso no es cierto?

—Eres una colaboracionista, mamá. Contribuyes a la perpetuación del patriarcado.

—¡Pero qué patriarcado! ¡Si ahora lo que tenemos es un matriarcado en toda regla!

—Ay, mamá —suspiró—. Necesitas dosis intensas de reeducación. Parece mentira que seas una mujer. Que lo diga este machista, es normal. No se puede esperar otra cosa de él.

—¡Oye!

—Pero que lo digas tú, es lo triste. ¿Sabes qué? —continuó—. Hay quien opina que las colaboracionistas deberíais estar encarceladas por ser cómplices del sistema falocrático. Pero yo soy más pragmática. Al fin y al cabo sois mujeres, como nosotras, y lo que ocurre es que os han educado mal. Necesitáis una reeducación profunda y en toda regla.

—Claro. Las mujeres necesitamos reeducación si hacemos algo mal, pero los hombres no, ¿verdad? Un hombre que comete un delito de esos que tanto aborrecéis, ¿no la necesita?

—Un hombre no la necesita por la sencilla razón de que sería inútil. Están dominados por ciegos instintos que los dominan, y cualquier esfuerzo por aplacarlos sería una pérdida de tiempo. La única alternativa es la castración. Eliminar los testículos y su fuente de testosterona, para que así dejen de obedecer al instinto falocrático.

Toni soltó una carcajada.

—Pues entonces, —pregunté—, ¿por qué no simplemente castrar a los que cometen delitos contra las mujeres? ¿Por qué hay que encarcelarlos? ¿Eh?

—Pues porque ya es tarde para ellos. La castración solo empeoraría las cosas, pues tendrían un resentimiento y un odio hacia nosotras que los haría si cabe más peligrosos. La castración solo es efectiva cuando se hace antes de la pubertad. Así jamás desarrollarán deseos sexuales y no podrán añorar lo que nunca tuvieron. En el fondo, serían como las mujeres: seres civilizados y coherentes sin estar dominados por esos instintos que los embrutecen.

Su hermano volvió a reír, yo creo que por no llorar.

—Mamá, ¡yo creo que se ha aprendido el párrafo de memoria! Seguro que está, tal cual, en uno de los manuales de la Inquisición.

—Yo suspiré y asentí. —Estás loca, hija, ¡completamente loca! Te han abducido. A ti y a todas las de tu generación.

Este último comentario no lo escuchó. En realidad, estaba más pendiente de su tableta que de la conversación, y se puso a teclear algo. Alguna respuesta del chat que estaba manteniendo con alguien.

—¿Es que no puedes dejar de usar ese chisme cuando estás en la mesa? ¿Con quién estás hablando?

Ni siquiera contestó. Siguió enfascada en la conversación, y un rato después añadió:

—Es una amiga del club. Me estaba contando que se puso a chatear con un tipo creyendo que era un eunuco, y cuando lo conoció de verdad resultó que no estaba castrado. ¡Menudo susto! Creo que lo va a denunciar.



—¿A denunciar? ¿Por qué?

—Por haberla engañado.

—Pero, ¿le hizo algo?

—Creo que no. Ni siquiera la tocó.

—Pues entonces, no creo que prospere. A no ser que en la denuncia no diga eso, claro.

—Mira mamá —me miró—. Las mujeres no hacemos denuncias falsas.

—Claro, como las mujeres somos seres de luz, ¿verdad? ¿Cómo no entiendes algo tan fundamental? La maldad no entiende de géneros, Vicky. Lo único que nos diferencia es que la forma de ejercer el mal es quizás más violenta en el caso de los hombres, pero más sutil y duradera en el caso de las mujeres. El mal en el hombre es impulsivo, y en la mujer más a largo plazo.

Ella negó con la cabeza.

—No, mamá —dijo Toni—. Las mujeres sois ángeles del cielo que no pueden mentir. No como nosotros, que somos todos demonios que no queremos más que penetrar, y mentimos como bellacos.

—Eh, bueno —contestó, sin dejar de mirar a la tableta—, alguna habrá que sea mala.

—Sí, claro, y alguno habrá que sea bueno, ¿no? Pero no es lo normal, ¿verdad? Y tienen que pagar justos por pecadores para que haya justicia, y ningún agresor quede impune, aunque sea a costa del sufrimiento de muchos.

La chica no contestó.

—Hemos vuelto a la edad antigua, mamá —me miró—. A la época en la que la palabra del noble valía más que la del plebeyo, la del hombre libre más que la del esclavo, y la del blanco más que la del negro.

—¿Qué decías? —por fin reaccionó.

—Que vais mal por ese camino, Vicky —observé—. La intolerancia os puede pasar factura, también a vosotras.

—¿A nosotras? ¿Por qué?

—Porque cuando ya no queden hombres a los que culpar de nada, irán contra vosotras.

—¿Contra quién?

—Ya se inventarán algún enemigo. Contra las mujeres que tengan los pechos grandes, por ejemplo. Por ser demasiado femeninas o demasiado sexys.

—Eso ya lo hacen, mamá —dijo Toni—. Han aumentado muchísimo las operaciones de reducción de pecho.

—Pues eso. Cuando se abre la veda, nadie puede estar a salvo.

Judith

La siguiente vez que se vieron, no envió a su secretaria. Le llamó ella misma desde un número privado, con una voz interpuesta para que, en caso de grabarse, no se supiera que era ella.

—Hola, Toni. Soy Judith.

En la primera cita, no le había dado su nombre, y con la voz cambiada no supo quién era. Pero enseguida pensó que quizás era aquella amiga que le descubrió e informó a “la señora” de su “alta calidad” como ejemplar masculino. Quizá ahora le tocaba el turno a la otra.

—¿Judith?

—Sí, hombre. Estuvimos la semana pasada en el séptimo cielo. ¿No lo recuerdas? Quiero que vuelvas a llevarme allí. ¿Puede ser esta tarde?

—¿Esta tarde? ¿Para hacer lo mismo?

—Sí, claro. ¿Qué sino? ¿Jugar al ajedrez?

Toni lo dudó. Pensó en decirle que no, pero le entró miedo. Esa mujer conocía su número de teléfono y sabía dónde trabajaba. Lo podría denunciar a la Inquisición y acabaría en la cárcel.

—Está bien.

—Te espero a la misma hora del otro día.

Mientras conducía la motocicleta hacia el domicilio de la señora, estuvo varias veces tentado de darse la vuelta. En realidad, no había pasado nada la otra vez, y aquella mujer no parecía que lo fuera a denunciar, así por las buenas. Pero ya le había dicho que sí, y al final se resignó.

Cuando llegó, se la encontró ya tumbada sobre el sofá cheslón, llevando puesto un conjunto de la lencería más fina y exclusiva. Continuaba con los mismos zapatos de tacón de aguja, aunque en color rojo, a juego con la ropa interior.



Le miró con la misma cara libidinosa y le dijo:

—Esta vez quiero que me lleves al octavo cielo, si es que existe.

—¿Al octavo cielo?

—Sí. Quítame todo esto, poco a poco. Muy poco a poco, mientras no dejas de acariciarme y de besarme por todas partes. Igual que la otra vez. Estoy segura de que podrás hacerlo. Podrás llevarme al cielo más alto que cualquier mujer pueda soñar. ¿A que sí? —juntó los labios y los movió hacia afuera, simulando un beso.

—Lo intentaré —dijo el otro, sin mucha convicción ni deseos de hacerlo.

Se quitó la chaqueta, se desabrochó la camisa y comenzó a realizar la tarea encomendada, intentando pensar que aquella mujer no era la señora flácida que tenía delante, sino una de las chicas que había visto en la revista que había traído Iván al taller.

Y ciertamente que lo consiguió. Judith se quedó muy satisfecha, y, como la primera vez, de nuevo se repitió la misma escena, con final feliz en el baño de al lado de la estatua de Apolo.

—Sin embargo, “la señora” se había vuelto ya más cercana. Ahora se tuteaban.

—¿A qué te dedicas, Judith?

—Soy vicepresidenta ejecutiva de una gran empresa multinacional. Pero no me pidas el nombre. Ya sabes que no puedo desvelarte mucho de mí. Podría comprometerme...

—Temes que yo aireé nuestra “relación”, ¿es eso?

—No te atreverías a una cosa así, ¿verdad? —le miró con gesto serio y amenazante.

—¿Qué ganaría yo con eso?

—Nada. Tendrías mucho más que perder que de ganar.

—Lo sé. ¿Sabes qué? —cambió de tema—. Pensé que quien me llamaba esta mañana era la amiga esa de la que me hablaste...

—Sí, Miriam. Esa jamás te llamará para requerirte tus servicios.

—¿Ah, no?

—Es bollera. No sabe lo que se está perdiendo...

—¡Ah!

—Pero entiende de hombres. Tiene un olfato especial para identificar buenos ejemplares masculinos... como tú —le besó, y le puso de nuevo las dos manos sobre el pecho—. Anda, llévame otra vez al octavo cielo.

Toni se resignó. No le quedaba más remedio que ser su gigoló particular... el tiempo que ella quisiera disponer de él.

Y ese era el problema. Se encontraba en un callejón sin salida, entre la espada y la pared.

Mientras las cosas fueran bien, ella lo seguiría utilizando como si fuera un consolador. El mejor consolador que podría tener. Pero hasta las mejores herramientas acaban desgastándose, o dejando de ser útiles. En definitiva, siendo sustituidas por otras que, en el mejor de los casos, quizás solo aporten novedad. Y ese día llegaría, tarde o temprano.

Toni lo sabía bien, pues se le había educado en ese sentido. Cualquier relación sexual que cosifique a sus integrantes está condenada a terminar mal. Solo el amor es el aceite que impide que el motor se griebe, el lubricante que soluciona todas las fricciones, la cualidad que hace que las relaciones duren y crezcan, aun cuando desaparezca la atracción sexual.

Sí. Toni sabía que solo era cuestión de tiempo que él fuera desechado como un juguete roto. ¿Cuánto tiempo? Eso era imposible saberlo. Solo el esmero en satisfacer a aquella mujer podría alargarlo.

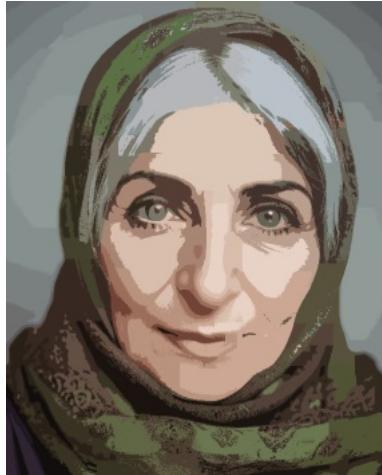
Recordó la conversación con Oscar, cuando comentaron que apenas existía la prostitución masculina. «*Un gigoló por cada cien prostitutas, por decir algo*», dijo el compañero de su padre. Qué casualidad que a él le había tocado ser esa excepción. Y encima, sin cobrar.

Se preguntó quiénes habrían sido los anteriores juguetes de Judith, y qué habría sido de ellos. Era algo que ella dejaba entrever, pues siempre lo ensalzó sobre unos hipotéticos anteriores gigolós que debió tener, aunque nunca los mencionó explícitamente. Frases como “eres lo mejor que he tenido”, o bien “nadie me ha dejado tan satisfecha como tú” dejaba bien a las claras que él no había sido el primero.

Y como en toda relación prohibida, la única forma de que nadie se enterase al terminarla era eliminar al amante, es decir, ocultar las pruebas del delito. Su carrera estaba en juego si se enterasen de que se veía con un hombre a solas en su apartamento. La sociedad feminista que la sustentaba no se lo permitiría.

Pero es que largarse ahora tampoco era una opción. Judith era terriblemente vengativa, y no se resignaría a quedarse sin su juguete al día siguiente de que se lo entregara Papá Noel. Todavía debía de usarlo más, aún debía de sacarle más partido. El juguete estaba todavía nuevo.

Irnma



La mujer que había entrado en el taller junto a Toni, la que había sido contratada única y exclusivamente por cumplir la paridad, era una mujer de origen persa de unos 50 o 55 años, pero aparentaba muchos más. Tenía unos ojos grandes que debían haber sido muy bonitos en su juventud, pero que ahora estaban apagados y rodeados de los surcos que producen las arrugas en quién ha sufrido los rigores de la vida. Sin embargo, era una persona muy afable y cariñosa y se hacia de querer, a pesar de que estaba siempre sola, pues no hablaba ni una palabra de nuestro idioma, ni tampoco la lengua de sus otras compañeras. Hacía un poco de madre de todos los chicos, y su vocación de servicio le llevaba a prepararles comidas típicas de su país, o a regañarlos cuando iban poco aseados. No le entendían ninguna palabra de lo que les decía, pero aquella forma de hablar, tan musical, hacía que “las broncas” no fueran tales.

La mujer tenía seis hijas de diversas edades que había dejado con su marido y el resto de sus familiares, quienes se dedicaban al pastoreo de cabras en los montes que rodeaban su aldea. Había venido a Occidente única y exclusivamente porque necesitaba dinero.

Una de sus hijas tenía una enfermedad rara que le estaba limitando su capacidad para moverse y desplazarse, que le atrofiaba los músculos paulatinamente, y se veía sometida a costosos tratamientos médicos con el objeto de que su minusvalía no avanzara. La niña había sido prometida en matrimonio a un hombre, a un socio de su padre, quien acordó casarse con ella cuando fuera mayor de edad. Sin embargo, este la rechazó en cuanto se conoció su enfermedad.

Pero a pesar de esos avatares, que seguramente la mujer debía llevar muy adentro, Irnma se pasaba el día cantando, y a Toni le encantaba escuchar aquellos cantos tan melódicos. La mujer tenía una voz exquisita, y que seguramente le habría llevado a ejercer de soprano, si no hubiera nacido en un lugar tan apartado de la civilización.

Aquella forma de hablar tan musical le confería un encanto que siempre invitaba a la cercanía. No era el idioma seco y entrecortado que hablaban las demás, sino un lenguaje suave y cadencioso, y esa fue la razón por la que Toni se acercó a ella. A falta de expectativa alguna de prosperar en el trabajo, en ningún trabajo, porque las mujeres ocupaban todos los puestos directivos, mi hijo se dedicó, como mero hobby, a aprender aquel dialecto del idioma lurí, el *bakhtiari*, cuya musicalidad le encantaba.

Efectivamente, la mujer hablaba y cantaba en verso, y estaba siempre alabando a su hijita, cuya enfermedad era la razón por la que ella estaba en un país tan lejano y distinto del suyo:

«*Aisha es la alegría de nuestro corazón, la perla de nuestra familia, la estrella que nos guía, el astro que ilumina nuestras noches, la flor que alegra el desierto, el agua que lo vivifica y la pauta que marca el devenir de nuestras vidas. ¡Oh Aisha, amada mía, niña muy querida! ¡Que Alá te colme con sus bendiciones y te proteja siempre!*».

Era toda una delicia para Toni escuchar aquellas frases, y estaba deseando conocer a aquella niña de quien se decían tantas maravillas. Casi todo el dinero que Irnma ganaba se enviaba a Persia, y gracias a eso se había podido detener algo el avance de su enfermedad, aunque la discapacidad progresaba inexorablemente. También Toni contribuyó con su sueldo cada vez que tenían que hacer frente a alguno de aquellos costosos tratamientos. Era mejor gastárselo en esas cosas, decía, que en revistas o fotos pornográficas de contrabando, como hacían sus compañeros.

No le costó demasiado aprender ese lenguaje, pues se le daban bien los idiomas. Solicitó a una Inteligencia Artificial que se lo enseñase, practicaba con ella las pronuncias, y tenía conversaciones con la aplicación. En poco tiempo ya podía mantener una conversación sencilla, y por las mañanas practicaba con Irnma cuando no había mucho trabajo en el taller.

Ella vivía con un hermano, un sufí, un hombre mayor que ella, bonachón y muy religioso, que tampoco hablaba mucho nuestro idioma. Pero se esforzaba e intentaba saludar a los mecánicos del taller cuando tráía y llevaba a su hermana cada día.

El hombre se llamaba Abdulá, pero todos le llamaban Mushir. A Toni le encantaba sorprenderlo con alguna frase típica de los bakthiari cada vez que aparecía por allí, y este lo hacía muy gratamente. Muchas veces se quedaban charlando durante un rato al finalizar la jornada, y así Toni practicaba el idioma.

Segregación



Las hijas con las madres siempre se han llevado mal. Pero es que lo mío con Vicky era un antagonismo tal, que eran muchas las veces que me hartaba de llorar en mi habitación preguntándome qué había hecho yo para merecer haber tenido una hija como la que me había tocado.

Aquel día llegué tarde de trabajar. El tráfico estaba fatal porque la policía estaba persiguiendo a un violador, y habían cortado las calles con objeto de acorralarlo y atraparlo. No me quedó más remedio que irme en el metro, que, como es lógico al estar el tráfico restringido, estaba abarrotado.

A esas horas Vicky ya no solía estar en casa, pues acostumbraba a marcharse al club feminista en el que pasaba las tardes. Pero ese día necesitaba dinero, y yo no había querido enviarle mis claves desde un sitio público.

—¿En serio que te metiste en un vagón de hombres?

—No me quedó más remedio —replicó—. Los vagones de mujeres estaban llenos, y me tuve que meter en uno masculino. Como cada vez trabajan menos hombres, hay veces que van casi vacíos. Menos mal que las multas solo se las ponen a ellos cuando se meten en el nuestro.

—Por supuesto. ¡Solo faltaría! Y están más vacíos, porque cada vez van quedando menos —sonrió—. De todas formas, yo no soportaría tener a un tío enfrente, o al lado, que no parara de mirarme.

—Bueno, no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? No me puedo creer que no te miraran.

—Me miraban, sí, pero yo creo que más bien sorprendidos.

—¿Y no pasaste miedo?

—No. Es a tu generación a quienes les han metido en la cabeza que los hombres son malos.

—Es que lo son.

—También las mujeres.

—No compares, mamá.

—Sí comparo, hija. La maldad no entiende de géneros, y hay muchas formas de hacer el mal. No solo con la violencia.

—Ya, con la opresión, mismamente.

—¿Qué opresión?

—La opresión que siempre ha ejercido el hombre sobre la mujer.

—Vamos a ver, Vicky, os han metido en la cabeza unas ideas que...

—No me irás a negar que, al menos antes, no estábamos oprimidas, ¿verdad?

—Tú desde luego no lo estabas, ni yo tampoco. Eso de “estábamos”, es una estrategia del Gobierno para incluirnos en el mismo saco de unas supuestas personas discriminadas que...

—Bueno, vale. Estaban. Las mujeres del pasado estaban discriminadas y oprimidas. Eso es innegable.

—Eso no es innegable. Como mínimo, es discutible. Pero, aunque lo estuvieran, no lo sabían, igual que los hombres tampoco sabían que eran opresores, según vosotras. La vida era dura para todo el mundo. Ellos trabajaban catorce horas diarias a pleno sol o picando en una mina, mientras las mujeres se quedaban en casa con los niños. No sé cuál de las dos vidas era más enviable, y mirándolo fríamente, no sé quién era más esclavo de quién. En definitiva, cada uno se conformaba con su propio rol y nadie se consideraba ni opresor ni oprimido. Han sido los políticos de ahora quienes se han inventado un problema que nunca existió, con el claro objetivo de ganar los votos de una parte supuestamente agravada desde tiempos históricos. ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no os dais todas cuenta de que os están manipulando?

Vicky se rio con cierto aire de superioridad. Yo creo ni siquiera había escuchado gran parte de la argumentación, y prefirió volver a lo de antes.

—No me puedo creer que ni siquiera estuvieras incómoda.

—¿A qué te refieres?

—Al metro.

—Un poco sí, porque era la única mujer. Todos intentaban no mirarme, por si les denunciaba. Ya sabes. Si me hubieran mirado más de un segundo en ciertas zonas, podría haberlo hecho.

—Normal. Un avance feminista fundamental, como tantos que se han conseguido.

—Es absurdo, Vicky. Las feministas tenéis la culpa de que yo me sintiera así. Antes, cuando no había segregación, jamás me sentía incómoda viajando en el metro o en el autobús.

—Antes no estaban tan salidos como ahora.

—Pues ya me dirás tú por qué, si es que es así. Ni que se estuvieran tomando testosterona en pastillas, además de la que ya tienen. Es más bien al contrario. Les meten bromuro en la carne, que lo sepas.

—Eso es un bulo.

—No, no lo es. El otro día vi un reportaje en la tele que lo decía. El bromuro es una sustancia que inhibe el deseo sexual.

—¿Y por qué en la carne?

—Bueno, porque ellos son quienes más la consumen.

—De todas maneras, no me puedo creer que antes, cuando no multaban por las miradas, no te sintieras incómoda.

—Pero, ¿tú qué te crees? ¿Que antes, como no los multaban, estaban constantemente mirándonos a los pechos con la lengua fuera? ¿En serio crees eso?

—Sí.

—Pues no, Vicky, no era así.

—No me lo creo.

—Alguno había, claro. Pero, ¿y qué?

—¡Qué horror!

—Hija, los hombres no son bestias salvajes como los pintáis. Si un pesado intentaba ligar contigo y no te interesaba, le decías que no, y punto.

—¿Y se iba, así, sin más?

—¡Pues claro! Y si no, le dabas un bofetón. Eso nunca fallaba. Se quedaban más cortados que un filete preparado para un niño. No hacía falta llamar a la policía ni buscar a la Inquisición para que defendiera tus derechos.

—Sinceramente, no me lo creo —se cruzó de brazos—. Lo que pasa es que vosotras claudicabais, porque os habían educado para complacer al macho.

—Pero ¿qué dices? ¡Qué absurdo!

—Es el síndrome de Estocolmo. ¿Sabes lo que es?

—Sí, claro que lo sé. ¿De eso os hablan en ese club feminista al que acudes? ¿En serio que os dicen que la persona secuestrada trata de complacer al secuestrador?

—Mamá, os habían educado para satisfacer al hombre. No me lo puedes negar.

—A mí nadie me educó para eso. Además, en una relación sexual, la satisfacción es mutua.

—Será en tu caso. Lo normal es que el hombre solo vaya “a lo suyo” y no intente ni siquiera satisfacer a la mujer.

—Y eso ¿tú cómo lo sabes? ¿Hablas por experiencia propia?

—¡Ja! —exclamó—. Yo jamás tendré una experiencia machista de ese tipo. Solo me faltaría... ¿En serio me ves a mí capaz de consentir que un hombre goce de mi cuerpo?

—Pues no sabes lo que te pierdes.

Mushir

A Toni se le daban bien los idiomas. De eso no había ninguna duda, pues había conseguido aprender *bakhtiari* en un espacio muy corto de tiempo. Todavía le faltaba mucho, desde luego, pero ya podía tener una conversación más o menos fluida con Mushir y su hermana Irnma.

El hombre se había sorprendido cuando la primera vez, no solo lo saludó en su idioma, sino que también le dijo unas cuantas frases.

El caso es que siempre charlaban cuando venía a recoger a Irnma, y en una ocasión le invitaron a comer.

Los dos vivían en un modesto apartamento de las afueras, y Toni no dudó en aceptar la invitación. Las tardes del domingo eran aburridas, y ciertamente ya estaba harto de irse con Víctor a practicar *motocross* en los circuitos de trial que había en las proximidades.

Sí, mi marido no desistió de las motos, a pesar de lo que pasó aquel fatídico día. Entre otras cosas porque era su trabajo, lógicamente, aunque podía haberse limitado a la BMW de la policía, y nada más. Nada, que el que es rebelde de nacimiento y amante del riesgo, no escartará en su vida.

A Oscar, su compañero, no le gustaba mucho el motocross, y, como no quería ir solo, en cuanto que Toni tuvo cierto tamaño para montar en una de esas máquinas, rápidamente le aficionó a ese deporte.

Influido por su padre, el chico aprendió rápidamente, y se ve que compartía los genes de su progenitor, pues no se le daba nada mal. Ganó el campeonato de *freestyle* y a punto estuvo de hacerlo también con el de *supercross*, como he narrado ya.

Cuando llegó al apartamento de Irnma, ya se olía a guisado desde la calle. La mujer preparó *khoresht*, que es un guiso tradicional de su tierra, que incluye carne, verduras y legumbres, cocinado lentamente con especias y servido con arroz. Como postre le sirvieron *zoolbia* y *bamieh*, dulces fritos hechos de masa y bañados en jarabe de azúcar. Eran crujientes por fuera y suaves por dentro, e hicieron las delicias de Toni.

Mushir y él se cayeron muy bien, a pesar de la diferencia de edad, y a pesar de provenir de culturas tan diferentes. El hombre era viudo y no tenía hijos, y nunca salía del apartamento salvo para llevar y traer a la hermana al taller. Se pasaba el día leyendo el Corán y estudiando las obras de los filósofos sufíes.



—Mushir, ¿tú eres el jefe de tu tribu?
—Así es, hijo mío.
—¿Por qué?
—¿Por qué el agua es azul? —le mostró un vaso lleno—. ¿Acaso no es incolora?
—Bueno, eso es porque en ese vaso hay poca cantidad. Cuando hay mucha, entonces sí se muestra azul. En realidad, sí es azul, pero es un azul muy tenue.
—Pues así es el imam de un clan bakhtiari. Solo muestra lo que es, cuando hay muchos.
A Toni no le quedó muy clara la cuestión.
—¿Por qué has venido a Occidente? ¿Quién es ahora el jefe... el imam?
—Yo soy.
—Ya, pero tú no diriges ahora el rezo.
—Mi hermano me sustituye.

—Pero, tú no tienes hermanos, me dijiste. ¿O entendí mal?

—Se refiere a mi marido —intervino Irnma.

—¡Ah! —Toni cayó en la cuenta de que en su lengua no hay una palabra para cuñado.

—Toni, mi hermano tiene seis hijas, y tiene que vigilarlas. Por eso he venido yo, que no tengo ninguna. Los hijos son el tesoro más preciado que un hombre puede tener. Cuando un hombre o una mujer muere, ¿qué se llevará a la tumba? ¿De qué puede estar más orgulloso, entre todo lo que ha hecho?

—¿De su familia?

—Así es.

—¡Tesoros irrepetibles! —añadió Irnma, y se puso a recitar poesía:

—¡Mis hijas! —exclamó—. Gozo del espíritu, salud del alma, consuelo del migrante. Razón de la vida y suspiro del corazón. ¡Aisha, amor de mi vida! ¡Aisha, ensueño de mi alma! ¿Qué estarás haciendo ahora? ¿Estarás bordando tus pañuelos con el hilo más refinado? ¿Estarás peinando tus cabellos en la fuente de Kamirn?

Claro, pensó Toni. Irnma no podía saber qué estaba haciendo en ese momento su hija. En la remota aldea en donde viven, perdida en unas montañas en medio del desierto, no hay cobertura de telefonía. Solo podían hablar con su familia cuando alguno iba a la ciudad.

—¡Tus cabellos! —siguió la mujer—. ¡Seda finísima más tersa que la mejor de las pieles! ¡Alfombra florida del mejor terciopelo!

Estaba claro que para aquella mujer, la pequeña Aisha, precisamente por ser discapacitada, era la hija a quién más quería.

—Mushir, ¿podría yo ver una foto de tu sobrina?

Toni se moría de ganas de verla, tan maravillosa como se la describían.

—Jajá —soltó una carcajada—. Mi hermano guarda a sus hijas como el más preciado de sus tesoros. ¿Acaso si tú fueras rico expondrías el oro a la vista de todos?

—No. Solo lo vería yo.

—Así debe ser, hijo mío —le palmeó en el hombro—. Así debe ser.

Sermón y terraza

Queridos hermanos, vivimos tiempos difíciles.

El capítulo del Génesis que acabamos de leer nos muestra a la primera pareja humana viviendo una vida de felicidad y plenitud en el Paraíso, precisamente hasta que el pecado hizo su aparición.

Independientemente de que consideremos la historia de Adán y Eva como una fábula o como un acontecimiento histórico, lo que sí que es cierto es que es una enseñanza teológica que no debemos desdenar, y que podemos equiparar con lo que ocurre en el momento actual.

En efecto, antes los hombres y las mujeres no se odiaban unos a otros, y vivían vidas, quizás de precariedad, quizás de trabajo y esfuerzo, pero eran vidas en que las dificultades se afrontaban de forma unida. Las familias estaban unidas y estas se reunían en torno a Dios.

Hasta que ocurrió lo mismo que en el jardín del Edén. La serpiente hizo su aparición y engañó a la mujer.

El nombre “diablo” significa etimológicamente “el acusador” o “el calumniador”, y eso es lo que ha hecho ahora, igual que hizo en su momento. Ha acusado a la parte masculina de la especie humana de cosas que no ha hecho; ha calumniado, y con eso ha generado división entre el género humano. El engaño es su principal arma, como ya engañó a Eva, otra mujer, que siempre es la parte más débil y sensible de la ecuación humana.

Es el gran triunfo del Maligno, y ahora se relame y se ríe a carcajadas por esta, su gran hazaña. Una proeza tan grande como cuando nos expulsó del jardín del Edén.

Y su victoria es doble. Además de dividir, ha perpetrado otro engaño, que es la gran mentira de convencer a las mujeres de que sin hijos serán más felices. Les ha dicho que es mejor trabajar y ser estériles que crear una familia que les quiera, que les cuide cuando sean mayores, que les proporcione compañía y confort en los momentos difíciles, que siempre existirán en esta vida.

¿Por qué si no las mujeres batén récords de ansiedad y depresión a pesar de haberse realizado profesionalmente? La razón es simple: no se han realizado como madres. Les falta lo principal, que es crear una familia. Les faltan los hijos, que son la verdadera consecución y meta, la verdadera felicidad, que solo se aprecia convenientemente cuando se es mayor. Como a Eva, la mujer ha sido engañada por el diablo, que le ha hecho voluntariamente estéril.

Hermanos, la esterilidad es una de las características que definen al mal. Porque el mal es estéril por naturaleza, es decir, no da nada y se lo reserva todo para sí. No es generoso, sino egoísta, a diferencia del bien que es magnánimo y se da a sí mismo y da la vida mediante el amor.

La familia es generadora: genera compañía y genera hijos. El feminismo actual odia a la familia, por lo tanto, el feminismo actual es el mal. Lo que comenzó siendo una noble y legítima aspiración como es la igualdad de derechos y oportunidades entre el hombre y la mujer, se ha convertido en una revancha en la que no hay ganadores ni vencidos: todos han sido derrotados, todos son perdedores, hombres y mujeres.

Y os preguntaréis: ¿por qué ha ocurrido esto? Pues bien, yo os lo diré. Los cantos de sirena del Diablo solo han tenido eco porque la humanidad se ha alejado de Dios. El Maligno ya tiene vía libre para campar a sus anchas por el mundo, como nunca había ocurrido en la historia de la humanidad, precisamente por eso, porque la gente no quiere saber nada de Aquel que les dio la vida, y el Creador respeta nuestra libertad para amarlo o rechazarlo. No podemos esperar la ayuda de quien nos hemos alejado de forma voluntaria. No podemos esperar calor si nos hemos alejado de la hoguera.

«Seréis como dioses», le dijo la serpiente a Eva en Génesis, 3-5, consumando el gran engaño; y la mujer se lo creyó. Ahora el hombre ha renegado de Dios y se adora así mismo, no existiendo nadie por encima de él. Y eso implica necesariamente abandonar el amor y abrazar el odio. Odiamos a quien no nos adora, y hemos dejado de amar. Porque todo amor, para ser verdadero, implica necesariamente entrega incondicional, y eso de alguna manera es una servidumbre. Y, ¿cómo puede estar alguien dispuesto a servir, si está lleno de soberbia, de orgullo y de odio? Son los demás quienes le han de servir a él, y no al revés.

Pero hermanos, hemos sido creados para amar, y por tanto, al no hacerlo somos infelices. La serpiente fue muy astuta, y aquella manzana, aunque apetitosa, estaba envenenada.

Queridos hermanos, Dios posee todas las virtudes en grado sumo. Pero si hay una que mejor lo define, si tuviéramos que definirlo solo con una, sin duda esa sería el amor. A nosotros nos creó para amar y ser amados, y el diablo ahora le ha dado donde más le duele, alejando el amor de nosotros. En efecto, las mujeres han renunciado al amor y han apostado por el hedonismo, para mayor desgracia suya, pues eso no es sino una fuente de frustraciones. Solo el amor verdadero e incondicional es capaz de proporcionar la verdadera felicidad, pues para eso hemos sido creados y diseñados específicamente. Y podemos experimentar ese amor de muchas maneras, siendo el amor que se tiene hacia los hijos uno de los que proporciona las mayores satisfacciones y la mayor de las plenitudes. ¿Cómo es posible entonces que las mujeres renuncien a tener hijos a cambio de viajes, de viajes hacia ninguna parte? Yo os lo diré: porque el diablo las ha engañado. El padre de la mentira es especialista en engañar a la mujer, como tantas veces ha hecho desde que el mundo es mundo.

Queridos amigos, muchos de vosotros me preguntáis una y otra vez, “padre, ¿cómo se arreglará esto?” Y la respuesta es que solo hay una vía. La vía que nos revela la propia Biblia: cuando el pueblo de Dios se extravió, sufrió enormemente, y solo puede volver a ser feliz de una única manera: volviendo a Dios.



—¿Qué os ha parecido el sermón del sacerdote?

—Pues yo creo que ha estado muy acertado —contesté.

Tras finalizar la misa, nos habíamos reunido en la terraza de una cafetería con Pancho y doña Guadalupe, dos feligreses mexicanos de quienes éramos muy amigos. De hecho, Vicky y su hija Mary eran amigas íntimas, y se conocían desde pequeñas, desde los tiempos de la catequesis. La chica, solo un año menor que la nuestra, todavía acompañaba a sus padres a la iglesia.

Hacía un tiempo espléndido y Angie se puso a jugar con unas amigas en la calle mientras nosotros tomábamos el sol y nos apurábamos un vermut.

—Es una pena que ya apenas queden familias como las nuestras —dijo doña Lupe—. De los amigos de nuestra juventud, solo hay una pareja que sigue unida... y ya veremos lo que dura.

—Lo mismo nos pasa a nosotros —añadí yo—. En nuestra pandilla éramos un montón de chicos y chicas, y ya apenas nos vemos.

—Claro —confirmó Pancho—. Si hubieran tenido hijos, al menos por los chicos haríamos por vernos. Pero ahora nadie los tiene.

—Eso es cierto —intervino Víctor—. Mis dos mejores amigos fracasaron en sus relaciones. Uno de ellos, Martín, consiguió estar un tiempo con su novia —Laura—, y llegaron a tener un hijo.

Pero hace ya muchos años que se separaron. Y lo mismo ocurrió con Samuel y Lucy.

—Sí —añadió—. Ella era mi amiga más cercana, pues vivimos juntas cuando yo llegué a la ciudad. Se lió con Samuel... pero yo no he vuelto a saber nada de ella. ¿Tú sabes algo de él, Kaki?

—Sí, a veces me escribe. Tanto él como Martín han sido víctimas de esta sociedad, me temo.

—De la sociedad del odio —apuntó Pancho.

—Exactamente. Esos dos viven, o mejor dicho, malviven, en un pequeño apartamento, cada uno por su lado. Están los dos alcoholizados.

—Qué pena. Eso es muy frecuente.

—¿Y el chico que tuvieron...? —pregunté—. ¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo. Creo que su madre lo castró en cuanto se separaron.

—Joder, ¡qué asco! —Pancho no solía decir tacos, pero no pudo contenerse.

—Sí, es una pena que todo haya cambiado tanto en tan poco tiempo —dijo doña Lupe.

—Bueno, en realidad no ha sido tan poco tiempo —corregí—. Estas cosas ya sucedían en nuestra época. Lo único es que ahora se han generalizado, y además, con el gobierno que tenemos... pues todo va cada vez a más.

—Eso es cierto —replicó—. Creo que nosotros, la gente religiosa, hemos estado viviendo en una burbuja... en una isla, mientras el mundo se desmoronaba.

—Sí, y no solo los cristianos. Quizá había más gente, pero éramos ya pocos. Creo que los de nuestra pandilla, es decir, Martín, Laura, Samuel, Lucy, o Víctor y yo, seguíamos una especie de inercia, del modo de vida de nuestros padres. Pero sí que es cierto que eso ya no era tan frecuente.

—Es lo que tú dices, Víctor —añadió Pancho—. Esta sociedad nos ha engullido a todos.

—Es que se ha olvidado lo que es amar. —Lupe acertó con el diagnóstico—. Porque el amor siempre implica algo de sacrificio, aunque es una inversión que merece la pena. Y ya nadie acepta sacrificarse por nadie, ni siquiera un poquito.

—Ahí lo has clavado —confirmó su esposo.

—Eso es. Ya nadie sabe lo que es amar, ni lo que es el amor —corrobó.

—Y ¿qué es el amor? —preguntó Pancho, mirándonos a todos.

Ninguno supimos qué decir hasta que Víctor nos informó de ello:

—El amor es lo que hace que una mujer tan maravillosa como esta —dijo, refiriéndose a mí—, siga estando con un golfo como yo.

Todos se rieron y yo me puse colorada como un tomate. El siguió:

—Pero también es una pócima —soltó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Una pócima?

—Sí —aseguró—. Es una pócima que cambia la apariencia de las cosas.

—A ver, explícate, Kaki. —Seguro que iba a soltar alguna de sus guasas, y no me equivoqué.

—Es un brebaje que me da mi mujer por las mañanas, cuando me prepara el desayuno. Yo creo que me lo echa en el café, y por eso yo sigo viendo las cosas que nadie ve.

—Y ¿qué es lo que nadie ve? —quiso saber el otro, con mucha curiosidad.

—Es lo que te digo. El amor cambia la apariencia de las cosas. Cuando ya nadie considera a tu mujer ni guapa ni apetecible, tú la sigues viendo igual de bella.

—¡Tonto! —le di un manotazo, mientras todos nos echamos a reír.

En esto estábamos cuando Mary se puso de pie. La chica no había abierto la boca ni nos había hecho ni caso durante toda la conversación, y ahora estaba mirando alternativamente a su minitableta y a la esquina de la calle.

Entonces apareció Vicky. Mi hija no saludó a ninguno de los que estábamos en la mesa, y las únicas palabras que dijo, fueron:

—Mamá, dame dinero.

Suspiré, y repuse:

—Podrías saludar un poco antes, ¿no?

—Hola —replicó, sin dejar de mirar a su amiga.

—¿Ya se te acabó el saldo?

—Sí.

—Pues, te di bastante la otra vez —observé, mientras accedía a mi tarjeta virtual para hacer otra transferencia.

—Ya.

—¿En qué te lo has gastado?

—No sé.

—¿Podrías ser capaz de decir alguna frase más larga?

—No.

Los demás se rieron —creo que por no llorar—, y yo transferí un poco de saldo a la tarjeta de mi hija. En su minitableta sonó un “bip”, ella sonrió, y a continuación agarró a su amiga de la mano, se dieron un beso en los labios, y desaparecieron por la misma esquina.

Mientras mirábamos como se marchaban, Víctor preguntó:

—Oye, estas ¿por qué se besan?

—Pero tú, ¿en qué mundo vives? —repuse—. Esto es normal, Kaki.



—¿Ah sí?
—¡Pues claro! Es el saludo “oficial” de las chicas.
—¿Desde cuándo?
—Desde hace tiempo, Víctor —intervino Pancho—. ¿Acaso cuando tú te encontrabas con tus amigos no hacíais un ritual de apretón de manos, golpes en los hombros y cosas así?
—Sí, algo parecido.
—Pues esto es lo mismo.

Compensación

Había terminado de masturbarla, y Judith salía de la ducha. Esa vez le entraron prisas por ducharse y no permitió que el chico usara antes el baño.

—¿Ya has terminado tú también? —le preguntó. No me habrás dejado todo esto perdido, ¿eh? —miró a su alrededor.



Toni no contestó. Seguía pensativo.

—¿Qué te pasa? Antes te has portado muy bien. Te mereces un premio.

—Ya sabes lo que a mí me gustaría.

—Bah —torció el gesto—. Siempre estás con lo mismo. ¿Es que los hombres no podéis pensar en otra cosa que no sea en la penetración? Tenéis que despojaros de esa esclavitud, y la mejor manera de hacerlo es la castración. ¿Por qué no lo haces? ¿Eh? A mí me servirías de la misma manera.

Estuvo a punto de decirle que no pensaba volver por allí nunca más, pero de nuevo, le entró miedo. Aquella mujer era orgullosa y vengativa. Una despota.

—Toni, la orquitectomía es una operación muy sencilla, que no duele nada. Se hace una pequeña incisión con anestesia local en la bolsita que los alberga, y por ahí se extraen los testículos. ¡Nada más! No se toca para nada el miembro urinario, y podrás seguir orinando de pie como cualquier otro hombre. Sinceramente, no sé por qué sois todos tan reacios.

Le dieron ganas de abofetearla en ese momento, pero se contuvo. En su lugar, le dijo:

—Lo que yo no entiendo es cómo eres tú tan reacia a un acto tan natural como es la penetración... sobre todo entre dos personas que se quieren.

—Ya te he dicho que no. ¿Vale?

—Bueno, hay otras formas de satisfacer a un hombre sin necesidad de hacer eso.

—Ah... volvemos lo de antes —torció de nuevo el gesto—. Te he dicho muchas veces que yo no pienso tocar "eso" —miró hacia sus calzoncillos—, con ninguna parte de mi cuerpo.

—Ya, ya —Toni giró la cabeza.

—Venga, no te enfades, anda —le abrazó por el cuello—. Te mereces un premio, pero no sé cómo pagártelo. No puedo darte dinero, pues ya sabes que eso nos comprometería a los dos. A ti te podrían acusar de violación y a mí de tener novio. Eso arruinaría mi carrera en la empresa y mis rivales se aprovecharían.

—¿Por qué?

—Porque quiero que me nombren presidenta en la próxima Junta de accionistas. De hecho, he estado por no llamarte últimamente, para no arriesgarme. Pero ya ves, no puedo pasar sin ti —le besó.

—Toni —siguió la mujer, poniéndole una mano sobre el hombro—, si el dinero no fuera digital, yo te lo daría. Pero ya sabes que queda rastro. ¿No prefieres otra cosa?

—¿El qué?

—Un coche, por ejemplo. ¿Qué modelo te gustaría?

—No me gustan los coches.

—¿Ah, no?

—Bueno, quizás sea por eso de que, "en casa del herrero, cuchillo de palo".

—¿Una moto, quizás?

—Ya tengo motos. Ya sabes que he competido en...

—Sí, sí. Lo sé.

Entonces fue cuando se le ocurrió la idea. De hecho, se dijo, no entendió cómo no se le había pasado antes por la cabeza.

—Oye, ¿por qué no haces una cosa?

—Lo que tú quieras. Menos las cosas prohibidas, estoy a tu disposición —le pasó un dedo por los labios.

—Hay una niña, la hija de una compañera del taller, que tiene una enfermedad rara de tipo degenerativo. Su madre y su tío han venido desde Persia para ganar dinero aquí, para costear sus tratamientos. El caso es que ahora necesita hacerse una operación muy cara, y no pueden asumirla. ¿Podrías tú echarles una mano?

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¡Ah! ¡Esas cosas me encantan! Además, las contribuciones para liberar a las mujeres de los países machistas, ¡desgravan una barbaridad!

—Bueno, esto no sería exactamente una "liberación".

—¿Cómo que no? ¿Acaso no está esa chica bajo un yugo?

—El yugo de su enfermedad.

—Exactamente. Pero eso lo sabes tú y lo sé yo. Las funcionarias de la Secretaría de Estado no tienen ni idea, ni la tendrán nunca. Venga, dime. ¿Cuánto necesita?

La redada

Era una vieja nave industrial abandonada. Les habían comunicado por radio que un grupo de posibles narcotraficantes se habían refugiado allí tras ser perseguidos por la policía. Al parecer habían escapado de una redada y habían vuelto al lugar donde probablemente tenían la base de sus operaciones. A pesar de estar destinados en Tráfico, un policía es un policía, y los cuatro agentes eran en ese momento quienes estaban más cerca de la nave.

Cuando llegaron, Oscar elevó un pequeño dron sobre una de las ventanas de la parte superior, y el aparato comenzó a transmitir las imágenes al dispositivo móvil que tenía en sus manos.



—Son seis —dijo Víctor—. Cuatro mujeres y dos hombres—. Dos *castrati*, supongo.
El nuevo compañero de Oscar le miró. Él también era un eunuco y aquel era un comentario despectivo.
—Perdón —se disculpó el boss—. Albert hizo un gesto de quitarle importancia y siguió mirando la pantalla. En el fondo, ya estaba acostumbrado.
—Son punkies —observó Ángela—. ¿No veis las crestas?
Efectivamente, casi todas exhibían grandes crestas de colores chillones que se elevaban sobre el cabello rapado al cero.
—Cómo las odio... —añadió la compañera de Víctor—. ¿Qué proponéis?
—Distraerlas mientras llegan los refuerzos —dijo Oscar—. Albert y yo nos quedaremos en la entrada y vosotros dos entrareis a meterles un poco de miedo. No creo que vayan armadas.
—No te fíes de las punkies —corrigió la mujer—. Las conozco bien y sé que no solo le dan al pegamento.
—Venga, ¡vamos! —urgió el boss, y él y su compañera comenzaron a entrar, despacio.

Como buenos profesionales, sabían perfectamente los códigos y las señas visuales, y se fueron coordinando para avanzar sigilosamente hacia la zona donde estaban reunidas las mujeres. Sortearon las máquinas oxidadas y los grandes engranajes que se disponían en filas sucesivas, y por fin llegaron al lugar donde se encontraban.

Las *punkies* eran fanáticas ultra feministas que gozaban de cierta impunidad. Se decía que formaban la “guardia pretoriana” de Elle, o como decían muchos “las juventudes *ellerianas*”, y su colectivo agrupaba a miles de mujeres que vivían en casas “okupadas”, donde la policía no se atrevía ni siquiera a entrar.

Estas eran muy jóvenes. Estaban de pie, discutiendo sobre dónde esconder las garrafas de pegamento que formaban la mercancía que vendían a otros camellos, cuando los dos policías se les echaron encima.

—¡Al suelo! —gritó Ángela, a la vez que disparaba al aire—. ¡Policía! ¡Quedan todas detenidas!

Desde luego, ninguna de ellas obedeció la orden y huyeron en todas direcciones. Los dos eunucos y otras dos mujeres corrieron hacia la salida, mientras las otras dos que quedaban se fueron hacia atrás. Probablemente, a deshacerse de los botes de *glue*.

Víctor fue tras una de ellas y Ángela marchó a por la otra. Como buena policía que era, no tardó en reducir a la sospechosa, y la dejó atada con las esposas a una tubería.

Sin embargo, su compañero no lo tuvo tan fácil. La mujer, que exhibía una llamativa cresta color verde chillón, se había encerrado en un aseo y había comenzado a arrojar el contenido de los botes por el sumidero.

El boss echó la puerta abajo de una patada y la apuntó con su pistola, obligándola a salir del cubículo.

—¡Anda! ¡Un machirulo fascista! —dijo, mientras salía—. No sabía que todavía quedaban falócratas como tú en la policía...

—¡Cállese! —Víctor giró a la mujer con fuerza para ponerle las esposas, pero esta se revolvió.

—¡Suéltame! ¡No se te ocurre ponerme las manos encima! ¡Me oyés? —le enseñó los dientes—. O es que quieras que te corten los huevos?

En ese momento, la punkie dio un grito de dolor. Alguien por detrás de ella le había golpeado en las costillas.

—Yo sí que te voy a cortar a ti la lengua, ¡zorra!

Ángela acababa de llegar y le clavaba su pistola en la zona de los riñones. La giró de nuevo para encararla y le dijo:



—¡Abre la boca!
—¿Qué?
—¡Abre la puta boca, te digo!
—Ángela, ya es suficiente —dijo Víctor.
—Tú, cállate. ¿Vale?
—¡Que abras la boca, joder! —la apuntó con la pistola en los dientes, y la chica comenzó a gimotear, abriéndola tímidamente.
—Ahora te pones blandita, ¿eh? Antes estabas bien chula con mi compañero, pero conmigo no te va a resultar igual de fácil. —La cara de odio que exhibía hubiera intimidado a cualquiera.
Con la pistola le golpeó los dientes y le introdujo el caño hasta la glotis, provocándole una arcada que hizo que se pusiera a vomitar.
—Tenían que meterte algo así de duro, pero de carne... ¡zorra! —masculló, mientras la punkie devolvía el desayuno arrodillada en el suelo. Después se volvió hacia Víctor, y le dijo:
—Kaki, ponle las esposas y llévala con la otra. Yo voy a ver qué está pasando en la entrada.

Efectivamente, en la puerta había jaleo. Oscar y Albert tenían que contener a las otras cuatro que intentaban escapar.

—Queda detenida por narcotráfico, desacato a la autoridad, y amenazas a un policía —le leyó sus derechos, y la chica no volvió a abrir más la boca. No debía tener más de 18 años y ciertamente que se había quedado “blandita”. Después de llevarla junto a la otra y atarlas juntas, acudió al lugar donde estaban

las demás.

Las otras eran mucho más agresivas, y ya era decir. A pesar de que los eunucos no decían nada, ellas vociferaban y les amenazaban con todo tipo de impropios, de los que “machistas” o “falócratas” eran solo los más “suaves”. Solo la presencia de Ángela hizo que se tranquilizaran un poco, a pesar de que también la insultaron lo suyo, siendo el adjetivo “colaboracionista” quizá uno de los más comedidos.

Al final llegó un furgón policial donde las metieron a todas, y solo a punta de pistola consiguieron introducirlas dentro.

La hora del té

Aquel domingo le invitaron de nuevo a comer casa de Irnma y Mushir. De hecho, extendieron la invitación a Víctor y a mí y a las chicas, pero como siempre, las guardias de mi marido nos impidieron acudir.

Realmente, tanto la madre como el tío de la muchacha le estaban muy agradecidos por todas las aportaciones que hizo para sufragar los gastos médicos de la niña. Antes incluso de aquella formidable infusión de dinero por parte de Judith, ya lo consideraban como un hijo.

Ese día, Irnma había preparado un estupendo guisado de pollo con pasta y verduras, ricamente sazonado con especias persas. Las pastas, deliciosas, le habían encantado, y ahora estaban degustando un delicioso té.



—La vida es una estrella fugaz que pasa en la noche estrellada, Toni.

Al hombre le encantaban las fábulas y sus moralejas, y siempre hablaba en modo figurado.

—¿Eso es la vida, Mushir?

—La puedes ver atravesar el fulgor de la luna en un instante, y de repente, desaparecer sobre las dunas del desierto.

A mi hijo le encantaba oír aquellas historias de labios de aquel hombre, pues le servían para practicar una lengua que adoraba. A falta de cualquier otro tipo de entretenimiento, se había entregado en cuerpo y alma a su estudio, y ahora le encantaba la cultura y la historia de Persia, el país de origen de su compañera en el taller.

—Pero la belleza y el resplandor de esa estrella no es nada, hijo. ¿Sabes por qué?

—No, Mushir, dímelo tú. Instrúyeme con tu sapiencia.

—Porque si le dices a tu compañero, ¡mira! ¡Mira qué bonito! Él te dirá, “no veo nada”. Él no te creerá —soltó una carcajada. Siempre estaba con esas estruendosas risas.

—Claro. La estrella ya se ha ido. ¿No es eso, Mushir?

—Exacto. Veo que vas aprendiendo. Pues eso es la vida, hijo mío. Tan fugaz como la estrella. Algo que solo puedes ver tú. Los demás no existen.

—¿Significa eso que solo debo procurar mi bienestar, Mushir?

—¡No! ¡De ninguna manera! Significa que tienes que procurar que tu compañero también lo vea. ¡Tenéis que estar siempre mirando en la misma dirección!

—¡Ah, vale!

—¿Lo comprendes ahora, hijo mío?

—Sí, Mushir, ahora lo entiendo.

En ese momento entró Irnma en la sala. Se había alejado un momento pues le había entrado una llamada, y cuando llegó donde estaban ellos, dio un grito de alegría.

—¿Qué ocurrió, hermana? —preguntó Mushir.

—¡Aisha! ¡La operación ha sido triunfante! —exclamó, como siempre en verso. Le acababan de llamar de la ciudad cercana a su aldea, donde la chica había sido operada. Irnma siguió:

—Los médicos dicen que es posible que pueda caminar. ¡Permanecer de pie, seguro! —dio otro grito—. ¡Mi madre tenía razón! ¿Has oído hermano mío? ¡Ella nos guio hasta aquí!

Mushir se levantó y Toni hizo lo propio. Al hombre se le saltaron las lágrimas y su hermana abrazó al chico diciendo:

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Muchas gracias! Si no hubiera sido por tu dinero...

—No, no era mi dinero.

—Bueno, pero tú convenciste a esa persona. ¿Cómo podríamos agradecérselo?

—Me temo que es imposible. Quiere permanecer en el anonimato.

—Oh, Toni, ¡muchas gracias! ¡Muchas gracias! —le volvieron a agradecer, y a continuación se arrodillaron y dieron gracias a Alá por semejante favor.

—Dile tú de nuestra parte que estamos muy felices. ¡Estamos muy felices!

—Se lo diré.

—¿Qué podríamos hacer por ella?

—Rezar, Mushir, rezar —repuso, sin pensárselo—. Es una persona que necesita mucho la ayuda de Dios.

—¡Él te ha enviado a ti para conseguir su ayuda! ¡Tú has sido la herramienta de Alá!

La muñeca

—¿Sabes que en Australia han tenido que traer zorros para acabar con una plaga de ratas?

—¿En serio? ¿Tantas había?

Estaban de nuevo en el parque, a la hora de la comida. Iván había vuelto a traer algunas fotos de contrabando y Frank estaba ansioso por contemplarlas.

—No es que hubiera muchas ratas —apuntó Iván—. El problema es que no se puede usar raticida.

—Ya, entiendo. No se pueden matar a los animales vertebrados —comprendió Toni.

—No directamente, claro. Los puede matar otro animal, pero tú, no.

—Joder, me parece todo una hipocresía... Aquí no podemos matar animales, pero compramos carne de importación. Pronto lo harán con los insectos, y tampoco los podremos comer. Solo plantas..., y porque no nos podemos mantener del aire, que si no...

—Al tiempo. Cuando inventen los alimentos químicos, las prohibirán también.

—De momento, los árboles son intocables, incluso los arbustos. Los setos no se pueden podar, y si estorban demasiado, como mucho los tienes que trasplantar, y con muchos permisos. Como se te seque uno por el camino, prepárate a pagar unas buenas multas. Creo que incluso la cárcel, si es un árbol.



—Lo que te digo. Hasta las plantas tienen más derechos que nosotros.

—Y hasta las cosas —dijo Iván—. Las muñecas, mismamente.

—¡Ja! Ya sé por dónde vas —intervino Frank.

—No me estoy enterando —se quejó Toni.

—¿Tú sabes quién es Han?

—Me suena...

—Sí, hombre —informó el otro—. Era nuestro antiguo proveedor de calibradores automáticos.

—Ah, sí. Un chino.

—Ese.

—Pues el otro día compartió una foto con una sonrisa de oreja a oreja y un dedo pulgar hacia arriba.

—¿Una foto?

—Sí. Con una caja. Creo que era una muñeca.

—¿Una muñeca?

—Ya me entiendes... un robot sexual. De tamaño natural, por las dimensiones del envase.

—Pero... ¿no están prohibidos?

—¡Claro que lo están! Es cosificación de la mujer, y por tanto, delito de odio. Si te pilla la Inquisición vas a la hoguera. Puedes tener una mascota de peluche, pero una mujer, no.

—Mira, lo de la cosificación de la mujer es el invento de las feministas para implantar la castidad. Porque, si un hombre no puede pensar en una mujer en términos sexuales, ¿cómo pretenden entonces que tengamos relaciones? Yo no puedo tener intimidad con una mujer si solo pienso en su inteligencia.

—Es que ese es el asunto, compañero, que no quieren que las tengamos. No se las puede decir guapas, ni ningún otro piropo, porque eso es cosificarlas.

—No estoy para nada de acuerdo. La belleza es una virtud, y alabar la belleza de una mujer tendría que ser un orgullo para ellas y no un insulto.

—Ya, pero es que no quieren que se les vea “solo” como eso —observó Frank.

—Claro, pero es que ese es el problema que tienen en su cabeza —dijo Toni—. Ese complejo de inferioridad que les hace pensar que “solo” se les ve como eso. En la palabra “solo” está el quid de la cuestión. Porque, ¿acaso una mujer que sea guapa no puede ser también inteligente, valiente, buena empresaria y todos esos calificativos que sí les gustan? ¿Eh?

—Sí, claro, puede ser todo eso. Pero solo se ofenderán si les dices ese precisamente, por mucho que les digas también los otros, incluso en la misma frase. Así las han manipulado, compañero.

—Ya. Ya lo sé. Hasta el punto de que también es violación hacerlo con una muñeca.

—Pues las penas quizás no sean las mismas, pero... parece que las muñecas también tienen derechos.

—Toni, nos odian —añadió Frank—, y odian que gocemos, de cualquier manera.

—Además, ¿qué? —siguió Iván—. Ya humanizaron a los animales, que tienen los mismos derechos que cualquiera, pues ahora a los robots. Eso sí, un feto no nacido o un hombre, cero derechos. No son personas, y se les puede matar cuando se quiera.

—A los fetos sí, y a los hombres... queda poco ya.

—Oye, pero, Han se arriesga a que lo denuncie alguien, ¿no? Si cualquiera de nosotros va con el cuento a la policía, la jueza hará una orden de registro y le quitarán la muñeca, ¿verdad?

—Sí, y le meterán en la cárcel, por abusar de los “colectivos vulnerables” —replicó Iván.

—O sea de las mujeres.

—Eso es. Pero a este ya le da igual todo. Le quitaron el negocio por no contratar a suficientes tías, y es capaz de liarse a tiros con quien entre en su casa.

—¡Yo le creo capaz! —apuntó Frank.

—Le habrá costado una fortuna la muñequita...

—Seguramente. Se habrá fundido el poco dinero que le quedó después de la expropiación.

—¿Tan caras son?

—Creo que cuestan el equivalente al sueldo de un año, como mínimo —explicó Frank—. Los fabricantes se arriesgan mucho, y cobran por ello. Pero ya sabes. Si hay demanda de algo, siempre hay alguien dispuesto a suministrarlo.

—Un día me gustaría hablar con él —dijo Iván—. A ver si son tan buenas como dicen. Creo que los últimos modelos, además de hablar mediante IA, hasta tienen regulación del calor corporal. Mantienen la silicona y la gelatina de la que están hechas a 36 grados.

—¿En serio?

—Sí. Tienen un sistema de resistencias alimentadas por baterías que conserva la temperatura durante el tiempo que necesites. Solo tienes que enchufarla antes de hacerlo, y listo.

—Espera, espera. Si tienes que enchufarla, ¿para qué necesita las baterías?

—A ver, hay que enchufarla para recargar las baterías. En realidad, ella detecta tu presencia y se calienta sola.

—¡Anda!

—Sí, hombre. Esas cosas están ya muy avanzadas. Por ejemplo, tú la tienes en el dormitorio, acostada en tu cama, y cuando entras, ella ya sabe que tiene que prepararse. Además, a diferencia de los modelos antiguos que había que lubrificar para evitar摩擦, estas ya se lubrifican solas. Cuando detecta tu presencia ella comienza a calentarse y a lubricarse y te va diciendo guardadas mientras te quitas la ropa. Así te vas calentando tú también y cuando entras en la cama ya la tienes a punto.

—¡Joder! —Frank se estaba relamiendo—. Pues con una tía así, dispuesta a complacerte sin rechistar, simpática, caliente, y que te dice lo que deseas oír, ¿Quién quiere una de las de verdad? ¡Qué pena que sean ilegales!

—Pues... ¡qué quieras que te diga! —objetó Toni—. Yo prefiero a las auténticas. Las que son de carne y hueso. También se calientan y lubrifican solas.

—A ver, yo también —corroboró Iván—. Incluso lo haría con una lesbiana fea y antipática, antes que con una muñeca de goma. Pero a falta de pan, buenas son tortas. ¿No?

Noticias preocupantes

La misa había terminado, y la homilía del padre David nos había dejado bastante preocupados. Ya conocíamos la noticia por la prensa, pero esperábamos ansiosos que llegara el domingo para ver lo que nos decía el sacerdote.

Como siempre, nos habíamos colocado cerca de don Pancho y doña Guadalupe.

—¿Tú qué crees que va a pasar, Víctor? —preguntó el hombre.

—No lo sé. Quizás sea todo una bravata de Elle. También nos prohibieron “penetrar”, como ellas dicen, y no han puesto a una feminazi en cada dormitorio para ver si lo cumplimos.

—Ya, pero esto es diferente. Eso que has dicho no lo pueden hacer, pero sí que pueden cerrar todas las iglesias y arrestar a todos los sacerdotes.

—Eso lo hicieron en España, en 1936 —apunté yo.

—Bueno, sí, y en México unos años antes con la Revolución, y en la Unión Soviética durante 70 años.

—Todas las dictaduras arremeten contra la Iglesia, desde luego —continuó Pancho—. Yo me temo lo peor. Solo un milagro puede salvarnos.

—Bueno, pues si es así, los milagros ocurren, Pancho —dijo Víctor—. Yo doy fe de ello.

—¿Te refieres a lo que te ocurrió en Medjugorje?

—Mismamente.

—¿Qué es eso de *Medjugoye*? —preguntó Mary, la hija. Se ve que sus padres no se lo habían contado.

—Es un lugar en Bosnia, donde se aparecía la Virgen María a unos videntes —comencé a explicar—. Víctor y yo fuimos allí cuando éramos jóvenes, en un momento delicado de nuestras vidas, y vinimos renovados.

—¿Vosotros visteis a la Virgen?

En ese momento miré a Víctor. Todavía se estremecía cuando recordaba aquello. Entonces contestó:

—Mucha gente me ha preguntado si yo creo que a esas personas se les aparecía la Virgen. La verdad, no lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que ella se me apareció a mí.

—¿En serio? —La chica lo miró con los ojos y la boca totalmente abiertos—. ¿Qué te dijo?

—Cásate con esa rubia.

—¿Qué rubia? ¿Olivia?

Me reí y asentí. Víctor siguió:

—Yo sentí una presencia, Mary. No sabría decirte qué fue exactamente, pero desde entonces... creo que soy otra persona.

—Bueno, bueno —sonréi—. En el fondo sigue siendo un poco canalla. Venga, vamos fuera, a ver qué nos dice el cura.

En efecto, se había formado un corillo con los parroquianos “más ilustres”, y el padre David estaba comenzando a hablar.

—Nos piden que tenemos que instituir la paridad en todos los niveles de la jerarquía, dejar de condonar la homosexualidad, admitir en el cielo a los no católicos, a las lesbianas... vamos, a todo el mundo, independientemente de sus pecados.

—¿Eso es posible, padre? —preguntó Víctor—. Me refiero a lo de los pecados.

—No, hijo. La iglesia no puede decidir sobre eso.

—Entonces, ¿quién?

—No depende de nosotros. Solo Dios puede tener misericordia con los pecadores, y ni los sacerdotes ni los obispos podemos enseñar cosas diferentes a las que predicó Jesucristo.

—Los protestantes ya lo han hecho —observó otro hombre.

—Eso demuestra su falta de autenticidad, ¿no te parece? Solo en los momentos difíciles sale a relucir el valor de las cosas.

—Pero, padre, ¿no podemos defendernos de la acusación de delito de odio?

—Eso sí es fácil. Otra cosa es que nos crean.

—¿A qué se refiere?

—La Iglesia no odia a los homosexuales ni a las lesbianas. Solo señala determinadas prácticas, que pueden ser un obstáculo para la salvación eterna. Nada más.

—Nada más y nada menos, padre —observó Pancho—. Con eso es suficiente para que Elle nos condene... al infierno.

—De acuerdo, pero es igual que señalamos otras “prácticas” entre los heterosexuales. El sexo fuera del matrimonio, por ejemplo. O determinadas “cosas” que puede hacer una persona estando sola en su habitación. No es algo privativo de un determinado colectivo.

—Claro, padre —comentó otro parroquiano—. Si hay que encarcelar a alguien por delito de odio, es a ellas. ¡Ellas son los que más odian!

—¡Eso es! ¡odian a un colectivo vulnerable! Que es lo que somos ya nosotros —dijo otro—. ¡Que nos dejen en paz!

—¿Qué opina usted, padre, de eso que dicen que la Iglesia tiene que modernizarse y adaptarse a los tiempos? —preguntó Pancho.

—Pues que es una tontería. Los tiempos cambian constantemente, y la Iglesia no puede estar al albur de los vientos. Esto puede cambiar mañana, o el siglo que viene. ¿Cómo quedaríamos nosotros si eso ocurriera? Además, si tuviéramos que obedecer siempre al Estado en todo, hubiéramos tenido, por ejemplo, que adorar al emperador romano, como nos exigieron en su día. Estábamos condenados a muerte si no lo hacíamos.

—Que es lo que han hecho los protestantes ahora —apuntó Víctor—. Adorar al emperador.

—Exactamente.

—Y entonces, ¿qué va a pasar ahora? —preguntó doña Guadalupe.

—No lo sé. Se espera que antes de que expire el plazo que nos han dado, el papa haga un comunicado.



—Y ¿qué cree usted que dirá?
—No claudicará. De eso podéis estar seguros. Si Elle sigue con su idea de ilegalizarnos...
—¿Qué?
—Pues igual que pasó en el Imperio Romano, volveremos a las catacumbas. ¡Qué remedio! Y que Dios nos ayude.
La gente comenzó a dispersarse. Todos estábamos cabizbajos y apesadumbrados. Víctor se alejó un poco y comentó algo con Pancho, y yo me quedé un poco más con el sacerdote.
—Padre, ¿y respecto a las mujeres? ¿No se puede hacer algo?
—El sacerdocio es una carga, Olivia. No es como piensan ellas, un ejercicio de poder o un privilegio. Y más en los tiempos que corren. Se trata de preservar a lo más valioso que tenemos, que es la mujer.
—Sí, lo entiendo.
—Además, aunque se hiciera, ¿de qué nos valdría ceder? A buen seguro que se buscarían otra excusa para seguir persiguiéndonos. Si la Iglesia sigue viva después de 2.000 años es porque no ha cedido a las presiones del poder. De haberse convertido, como se nos ha pedido muchas veces, en un órgano del Estado, ya hubiéramos desaparecido hace mucho tiempo. El siguiente cambio de gobierno ya nos habría eliminado. Corren malos tiempos, Olivia.

—Nunca han sido buenos, padre.

—Desde luego.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Si viene lo peor... no nos quedará más remedio que asumir el martirio.

—¿El martirio?

—Sí, Olivia. Elle es el nuevo Nerón, y como a los primeros cristianos, Dios nos llama al martirio. Y debemos asumirlo, como lo asumió Jesucristo, el Inocente, el que fue el primer mártir.

Practicando bakhtiari

- Por favor, diga la siguiente frase: «la mujer está trayendo leña para preparar la comida».
- Zan baraye tahaieh ghza npanism miavard.*
- Correcto. Ahora diga esta otra: «El padre de familia está construyendo una tienda con pieles de cabra».
- Pedar khanavadeh ba poost gosfand chadari sakht.*
- Incorrecto. Usted ha dicho «El padre de familia construyó una tienda con pieles de oveja». Se ha equivocado en el tiempo verbal y en el objeto directo. Por favor, inténtelo otra vez.
- Pedar khanavadeh dar hal sakhtan chadar ba poost bez est?*
- Correcto. Ahora diga esta otra: «La niña juega en el patio con sus amigas, mientras sus hermanos cazan mariposas».
- Dokhtark ba dostonesh dar hayat bazi khahod kard, dar hali keh baradaraneh parvaneh shkar mikonand.*
- Casi correcto. Debería haber empleado el verbo «mikand» en lugar de «khahod kard».
- ¡Ah, es verdad!
- ¿Quiere que pasemos a la siguiente lección?
- Sí, por favor.
- Está bien. Le voy a exponer una conversación entre dos personas, y me gustaría que después respondiera a unas preguntas sobre lo que han hablado. ¿Está preparado?
- Sí, cuando quieras.
- Salam dost man, halt chetoreh?*
- Diruz shma ra dar masjed nadidam.*
- Baraye man khob pish mireh. vagheiat in est keh man diruz mariz bodam.*
- Mariz? Chon? Cheh belayi sarat omodeh?*
- Man sarma khordeham.*
- Sobh ta hala koja bodi?*
- Man pish dokter bodam.*

—¿Puedes bajar esa mierda? ¡Se oye desde arriba! —Vicky acababa de irrumpir con rabia en su habitación. Abrió la puerta con furia y esta golpeó contra la pared—. Joder, parecen pájaros hablando...

Toni la miró con gesto serio, y puso la máquina en pausa. Entonces exclamó:

—*Zabonto ta tah kont bebar, lezbin kucholoye ahmagh! [¡Métete la lengua por el culo, estúpida niñata bollera!]*

—¿Qué has dicho?

—Que sí, que ya lo quito. ¿Tanto se oye?

—Pues sí, joder. Ya está bien de estar todas las noches con esa mierda. Te podías poner auriculares, por lo menos.

—Chicos, ¿qué ocurre? —En ese momento llegó yo, desde la cocina. Estaba terminando de recoger los platos de la cena.



- ¿Por qué dices “chicos” y no “chicas”? —objetó Vicky—. Ahora mismo estamos al 50%.
- Pues si es el 50%, es que da lo mismo, ¿no?
- No —dijo Toni, imitando en la voz a su hermana—: Hay que dar visibilidad a las mujeres, mamá. Yo me reí y eso le sentó muy mal a la chica. Entonces pasé a explicarme:
- En este caso, se da la primacía a la persona mayor. En este caso, a Toni.
- Ya, ya... Sois unos asquerosos machistas —proclamó.
- “Asquerosas”, hermanita. Si te refieres a mamá y a mí, al estar al 50% se da primacía a la persona mayor. ¿O es que no te has enterado? ¿O es que los adjetivos despectivos tienen que ser siempre masculinos? ¿Eh?
- Se iban a enzarzar otra vez y no me quedó más remedio que cortar aquella conversación.
- Bueno, vale ya. ¿Me puedes decir qué es lo que pasa, hija?
- Ella hizo un gesto despectivo, y pasó a explicar la razón de su mal humor:
- Este tío. Me está dando la brasa todas las tardes con esos pájaros.

—¿Qué pájaros?

—El idioma ese que está aprendiendo. Parece que hablan pájaros en lugar de personas.

—Podías ponerlo un poco más bajo, Toni —opiné.

—¿A ti también te molesta?

—Bueno, no especialmente, pero...

En ese momento tecleó algo en la máquina y la pantalla se apagó.

—No hacia falta que lo quitaras, hijo.

—Es igual. Ya es un poco tarde, y me voy a acostar —se levantó, estirándose—. Solo lo pongo así de alto cuando papá no está.

—Ya, para no molestarlo si tiene que dormir.

—Eso es.

Vicky se marchó, y yo miré a la habitación de Toni. Ciertamente, estaba desordenada. Había dejado ropa encima de la cama, y diversos aparatos electrónicos que estaba calibrando. Varios pares de zapatos estaban tirados por el suelo, y había sacado diversos objetos de un cajón que no había vuelto a colocar.

—¿Te ocurre algo, Toni?

—¿A mí? ¿Por qué lo dices?

—Desde hace un tiempo estás... distinto. Pensativo... un poco ausente.

—No me pasa nada, mamá.

—No me lo creo. Te comportas de forma extraña últimamente. ¿A qué se debe?

—No sé por qué dices eso. Yo soy el de siempre. ¿Qué es lo que hago que te resulta extraño?

—Pues, no sé... para empezar, estás aprendiendo un idioma extrañísimo. Tu ropa a veces huele a un perfume de los más caros...

—Es por mi compañera. Ya te lo dije. Me gusta su idioma y lo estoy aprendiendo.

—Ya, ¿y lo del perfume? No me irás a decir que es el que usa tu compañera, porque no me lo creo.

—Y, ¿por qué no puede ser?

—Porque cuando vienes de su casa hueles a especias. A curri, orégano, o algo así. Y esa fragancia que a veces te he oido es de una marca que no está al alcance de esa mujer. Y más si lo poco que gana lo envía a su país.

Toni se me quedó mirando. Estaba inventándose una excusa.

—Puede ser una clienta del taller. Viene con frecuencia, y claro... su coche huele así. Cuando entro, tengo que probarlo, me doy unas vueltas con él... Es por eso.

Me callé. No quise decirle que ese olor se quedaría impregnado en su mono de trabajo, y no en su ropa, que estaría dentro de la taquilla, en los vestuarios.

—Ya, ya...

—¿No te lo crees?

—Tú sabrás lo que haces, Toni. Pero ya sabes que cualquier cosa que quieras contarme... o en cualquier asunto en que estés metido...

—Sí, ya sé. Te tengo a mi disposición.

—Eso es. A mí o a papá, ya lo sabes.

Discurso del Papa

El plazo para rectificar e impedir la disolución e ilegalización de la Iglesia y evitar considerar como delito la práctica del cristianismo vencía al día siguiente. La familia se había reunido frente al televisor, pues el papa había anunciado una comparecencia.

A la hora señalada, el sumo pontífice apareció en la ventana del Vaticano. Era un hombre sencillo, mayor, con algo de temblor en su mano derecha, y que solo llevaba una pequeña hoja de papel donde había apuntado algunas ideas. No quiso leer un discurso serio y programado, e intentó hablar de forma natural.

—*Se nos ha pedido que debemos pedir perdón. Pues bien, yo, como cabeza de la Iglesia, pido perdón públicamente por todas las faltas de caridad que mis predecesores o quienes estuvieron a su cargo cometieron en el pasado. Lo lamento profundamente y propongo una comisión para estudiar de qué forma podemos resarcir esas faltas de caridad.*

Dicho esto, hace años que nos vienen diciendo que la Iglesia tiene que adaptarse a los tiempos. Que se ha quedado desfasada, atrasada, y que necesita modernizarse. Y ciertamente, todos esos que nos lo dicen, coinciden en una idea: somos divergentes, y no coincidentes. «Fuego he venido a traer al mundo, y ojalá estuviera ya ardiendo», dijo Jesucristo, que es el Dios a quien adoramos.

Yes que “los tiempos”, han sido muy diversos a lo largo de la historia, desde que Dios eligió a un pueblo a quien manifestarse, el pueblo judío.

Si la Iglesia hubiera tenido que adaptarse a los tiempos, hubiera tenido que consentir y apoyar el sacrificio de niños vivos a Baal o a Moloc, que eran los dioses de los pueblos que sometían a aquellos primeros creyentes en el Dios verdadero. Más tarde, hubiera tenido que adorar al emperador romano, que es lo que se exigía a todos los ciudadanos del imperio del que los cristianos formaban parte. Hubiera tenido que aceptar el divorcio y el repudio que los patricios grecolatinos ejercían sobre las mujeres de las que se cansaban, y que las dejaba en la calle literalmente junto a sus hijos, sin más remedio que ejercer la prostitución para poder sobrevivir. ¡Todos esos eran los vientos de los tiempos en los que nos movíamos!

Pero, independientemente de que la Iglesia quiera o no quiera adaptarse a los tiempos, el hecho es que la Iglesia, no solo es que no quiere, es que no puede.

La Iglesia es una institución divina, y como tal, solo puede ser cambiada por Dios. De hecho, Él ya la cambió cuando vino al mundo hace poco más de dos mil años. La Iglesia, y entendemos por Iglesia, el pueblo de Dios, vivía bajo unas normas que debían de ser reformadas, y el Hijo de Dios bajó al mundo para reformarla, y dictar nuevas reglas.

En definitiva, la iglesia no puede, porque tiene las manos atadas, ni aprobar ni considerar como no pecado cualquier relación sexual que tenga lugar fuera del matrimonio, o que no tenga lugar entre un hombre y una mujer. En realidad, no hay nada que cosifique más a una mujer que una relación sexual que no esté abierta a la vida.

Eso no quita que acojamos con todo el cariño a los pecadores, como ya hizo nuestro Señor. Que promovamos su inserción en una familia, y que les garanticemos el cielo si se arrepienten. En definitiva, la Iglesia no odia a nadie. Ni odia a los homosexuales ni odia a las mujeres. No odiamos al pecador, sino al pecado.

Insisto, estas normas no las hemos inventado los hombres. Porque si fuera así, podrían reformarse, como se puede reformar cualquier institución humana. Fueron dispuestas por Jesucristo, quien nos dijo: «guardad todo lo que os he enseñado, hasta que yo vuelva».

Podemos, eso sí, transformar aquello que no se opone a las enseñanzas de nuestro Fundador, es decir, de Jesucristo, como es todo lo referente a la liturgia y aspectos formales del dogma. Podemos cambiar la forma, pero no el fondo, y a este respecto estamos abiertos al diálogo con las autoridades civiles.

Podemos también negociar la posición de las mujeres dentro de nuestra Institución. Aunque siempre hemos de tener en cuenta que la mujer es el pilar fundamental de cualquier sociedad, pues es la responsable de que estas perduren. Y a este respecto, creemos que debe ser preservada de toda carga que obstruiría la labor tan extraordinaria que el Creador le ha asignado como generadora de vida. La evangelización es una labor dura y costosa que en muchas ocasiones lleva al martirio, y más en los tiempos que corren. Hemos pues de restringir esa carga a quienes tienen más capacidad de resistencia, como digo, para así reservar a la mujer para la insigne tarea de la maternidad, una tarea que a nosotros los hombres se nos ha negado.

Por otra parte, si bien es cierto que los pecados llamados “de la carne” cierran el cielo a quienes mueren sin arrepentirse de haberlos cometido, no es menos cierto que también lo cierran otros que no parecen tan importantes, pero que lo son de la misma manera. Me refiero por ejemplo al odio, al rencor, la venganza, el abuso de poder, la ausencia de perdón o la falta de generosidad. Pecados igual de graves, o si acaso mayores que aquellos que tanto preocupan al Gobierno que nos exige este cambio.

Hoy en día las mujeres siguen sacrificando a sus hijos a Moloc, solo que ahora ese dios no se llama así. Ahora adopta el nombre de cada una de esas madres, el único dios al que esas mujeres obedecen y adoran, el dios del egoísmo. No podemos adaptarnos a los tiempos y dejar de condenar el aborto, como en su día no dejamos de condenar el sacrificio de aquellos inocentes a ese dios cruel. El dios del egoísmo no es generoso y no quiere dar la vida, porque es el dios de la muerte.

Y con ello la Iglesia no “arremete contra las mujeres”, sino que, por el contrario, les impide consumar un acto tan horrendo como es cometer un asesinato, y lo que es peor, asesinar al propio hijo. Un acto que siempre deja consecuencias en la mujer. Unas heridas que no se suelen superar, ni en el largo plazo.

Somos partidarios de la vida y no de la muerte, sobre todo si quien muere es un inocente. Un inocente a quien se condena a morir, acusado de haber cometido un único delito, al parecer, imperdonable: el delito de pretender, simplemente, vivir.

Para terminar, no quiero marcharme sin expresar una última consideración.

Hoy la iglesia está de nuevo ante Pilatos, y se le exige renegar de Dios con amenaza de muerte. Pero como aquel infame día, hace ya más de veinte siglos, este servidor no puede ni quiere negar a Aquel por el cual todos vivimos, esto es, a nuestro Señor Jesucristo. Él fue crucificado por resistirse a las autoridades, y yo, su humilde siervo, no puedo aspirar a menos.

Muchas gracias.

Cena familiar

Hacía tiempo que no nos juntábamos los cinco para cenar. Entre unas cosas y otras, siempre había alguno que faltaba. Los turnos obligaban a Víctor, y eso era inevitable, y Toni cada vez llegaba más tarde del trabajo. Por otra parte, Vicky casi nunca cenaba, pues estaba empeñada en mantener un régimen estricto para obtener un determinado peso con el que poder superar más fácilmente las pruebas para entrar en la academia militar.

Con lo cual, la mayoría de los días cenábamos solas, Angie y yo. Pero esa noche se conjugaron los astros y, casualmente todos estábamos en casa a la hora de la cena. Es más, esta vez Vicky quería comer carne, y se calentó una hamburguesa que en teoría era para los chicos, y estaba comenzando a subírsela a su habitación, cuando yo se lo impidi.

—¿No puedes comértela con nosotros? —sugerí—. Estoy a punto de servir la cena para todos.

Aceptó de mala gana, y finalmente, ¡oh, milagro! Estuvimos los cinco en la mesa.



—Caray, hermanita, cada vez te pareces más a un hombre.

—¡Hasta comes carne! ¿No nos odias tanto?

Ya tardaba Toni en meterse con ella.

Vicky lo miró con cara asesina, pero se abstuvo de contestar. Había pasado de la agresividad a la indiferencia.

—Es cosa del régimen que está haciendo —replicó yo—. De vez en cuando tiene que comer proteína animal.

La chica no se inmutó y siguió a lo suyo. Fue entonces cuando Toni dijo:

—Por cierto, mi compañera nos ha invitado mañana a todos a comer.

—¿Quién? —preguntó Víctor.

—Irmma. La mujer que entró a la vez que yo en el taller.

—Ah, ya. La que habla contigo el idioma ese que estás estudiando, ¿no?

—Sí. Tú la conoces. Aquel día que pasaste por el taller te la presenté.

—Sí, sí, la mujer musulmana que vive con su hermano.

—¿Vive con su hermano? —preguntó Vicky—. ¿No tiene marido? Qué raro...

—Sí lo tiene, pero se ha quedado en su país, con sus hijas. Ella ha venido para ganar el dinero con el que pagar los gastos médicos que necesita su hija. Su hermano simplemente la ha acompañado para que no estuviera sola en un país extranjero.

—¿Qué le pasa a la hija? —preguntó Víctor.

—Tiene una enfermedad rara que le provoca debilidad muscular. Entre todos hemos conseguido lo suficiente para que la operaran y...

—¿Entre todos?

—Bueno, sí, con el dinero que la madre ha ganado aquí, más lo que he aportado yo, y una importante donación de... de una benefactora.

—Y, ¿con esa operación se ha curado?

—No del todo. Parece ser que la debilidad se la provoca el exceso de segregación de una proteína que forma las fundas que recubren el tejido muscular y...

—Espera, espera... me he perdido.

—Bueno, no te creas que yo lo entiendo del todo. La cuestión es que hay una glándula en el cerebro que es la responsable de la segregación de esa proteína, y reduciendo su tamaño han conseguido que se segregue menos, y así pueda estar mejor.

—¿Esa ha sido la operación?

—Sí. Ha costado una fortuna, pero al menos la niña ya puede mantenerse de pie.

—¡Ah! ¿Que antes no podía?

—No. Llevaba años en una silla de ruedas.

—¿No es algo de nacimiento? —pregunté yo.

—A ver, de nacimiento es la enfermedad. Pero empezó a manifestarse con más fuerza hace poco.

—¿Es algo genético?

—Creo que sí. Es culpa de un cromosoma que tiene que tener tanto el padre como la madre. Y aun así, ninguna de sus hermanas la padece. Ella ha tenido mala suerte, la verdad.

—Pero entonces, ¿con la operación no han conseguido que pueda caminar?

—No. Eso era lo que todos esperaban, pero no ha podido ser. Al menos han conseguido detener el progreso, que ya es mucho.

—Bueno, la chica estará contenta, ¿no? ¿Cuántos años tiene?

—Pues, debe ser de la edad de Angie. Sabe bordar.

—Yo no sé bordar —repuso esta, y todos nos reímos.

—Quiero decir, que yo pensaba que era más pequeña todavía, pero si sabe bordar debe tener...

—Al menos diez o doce años —apunté yo.

—Sí, más o menos. Y sí, está contenta. Le han dicho que no es una enfermedad que pueda transmitir a sus hijos. Solo si el padre tiene también el dichoso cromosoma, y eso no es nada frecuente.

—¿Todo esto te lo han contado ellos?

—Me lo han contado en líneas generales. Ellos no entienden de tecnicismos ni de proteínas. Y aunque entendieran y me lo explicaran, probablemente yo no lo entendería dicho con su lengua. Yo sé hablarla, pero solo para el lenguaje coloquial. Todas estas cosas "técnicas" las he averiguado por mi cuenta, buscando en qué consiste esa enfermedad.

Vicky terminó su hamburguesa y se levantó para irse a su habitación.

—¿Vendrás tú mañana a la comida? —preguntó Toni antes de que comenzara a subir la escalera.

—Yo no como con machistas —declaró—. No cuentes conmigo.

—¿Cómo sabes tú que son machistas? —pregunté.

—Pues ya me dirás... Un hombre musulmán, religioso según parece, y su hermana con seis hijos... no los veo yendo a una manifestación del 8 de marzo.

—No comes con machistas... —repliqué—, pues ya comes todos los días con nosotros, que, según tú, somos unos machistas.

—Porque no me queda más remedio —repuso—. Además, ya me queda poco. En cuanto ingrese en la academia militar, no me vais a volver a ver el pelo.

—Eso será si apruebas los exámenes. Que por cierto, ¿cuándo los tienes?

—Después del verano. Y no te quepa duda de que los aprobaré —sentenció, y desapareció escaleras arriba.

Una vez se hubo marchado, Toni siguió:

—¿Y tú, papá? ¿Tienes mañana guardia?

—No precisamente, pero...

—¿Pero qué?

—Pues que no sé si me voy a sentir cómodo con esa gente, esa es la verdad.

—¿Por qué?

—Porque no hablo su idioma, ni ellos hablan el mío, ¿no es así? Conocerlos un día y estrecharles la mano como ya hice en su momento, vale. Pero más de eso... Pues... no sé...

Jaque mate

Aquella iba a ser la última tarde que pasara con ellos, y le pidieron que al menos compartiera una última jornada en su compañía. Irnma organizó una comida de despedida, a la que, de nuevo, tampoco fuimos ninguno de nosotros.

Víctor no quiso ir. No le apetecía tener que estar usando constantemente a Toni de traductor, así que yo, que sí tenía muchas ganas de conocerlos, por no hacerles quedar mal a los demás, me quedé sin ir.

Desde aquella operación tan exitosa, los gastos médicos de la pequeña se habían reducido —aunque no desaparecido, pues necesitaba medicación de mantenimiento—, y ciertamente, llevaban demasiado tiempo fuera de su tierra y sin ver a su familia. Pensaron que podrían sufragar aquellos costes ya desde su país, aunque fuera con estrecheces.

Toni pensó en regalarles algo, y me pidió consejo, aunque yo no supe qué sugerirle. Aquella gente era tan diferente a nosotros, que no sabía qué les podía venir mejor.

Pensamos en comprar algún vestido para la niña, pero como no sabíamos su talla, creímos más oportuno regalarle un collar. No fue algo muy ostentoso, pues el dinero era lo que más necesitaban. Pero al menos con eso tendrían un recuerdo de su estancia en nuestro país.

La comida fue sencilla, pero muy bien hecha, y opípara, como siempre. Después de comer fumaron en una cachimba y Toni aceptó una partida de ajedrez con Mushir. Mientras su hermana terminaba de recoger la mesa y preparaban el tablero, el chico preguntó:

—Oye, Irnma, no comprendí muy bien lo que dijiste el otro día. Si no entendí mal, creí oírte decir que tu madre os guio hasta aquí.

—Sí, es cierto.

—Pero, en otra ocasión, me dijiste que murió hace muchos años. ¿No es así?

—Las dos cosas no son incompatibles, hijo —añadió Mushir.

Los dos se quedaron mirándolo con una expresión serena, pero como esperando que él preguntara algo más. Toni siguió:

—Es que esa es otra de las preguntas que siempre quise haceros, pero siempre me olvido. ¿Por qué elegisteis nuestra ciudad precisamente, para venir a Occidente? ¿Es que conocíais a alguien aquí?

—No. No conocíamos a nadie. Es lo que te digo, fue mi madre quien me lo avisó —siguió Irnma—. Cuando bajamos del avión, veníamos en un autobús hacia aquí, y yo vi el taller desde la ventana. Ella me dijo: «allí es». Y ese mismo día, pedí trabajar ahí.

—Pero, no entiendo...

—Toni —intervino Mushir, viendo que el chico estaba cada vez más perdido—, las mujeres de mi familia tienen un don. Casi todas, en mayor o menor medida, tienen premoniciones. Y cada tres generaciones, en sucesión por línea materna, una mujer desarrolla la capacidad de comunicarse con “el otro lado”.

—Quieres decir, ¿que hablan con los muertos?

—No. Que hablan con los vivos.

El chico enarcó las cejas. Mushir siguió:

—Los musulmanes, y creo que también los cristianos, no creemos en la muerte. Lo que vosotros llamáis “muerte” es solo el tránsito de una vida a otra. ¿Lo entiendes?

—Sí, sí, lo entiendo, pero...

—Mi madre me dijo en sueños el nombre de esta ciudad, y por eso vinimos aquí —aclaró por fin la mujer—. «*Un hombre te proporcionará el dinero que necesita tu hija*». Ese hombre eres tú, hijo mío.

Toni se quedó con la boca abierta, y Mushir se detuvo en su labor de colocar las fichas sobre el tablero, para añadir:

—Por supuesto, los del otro lado no siempre son amigables. A veces son demonios que se hacen pasar por seres queridos para aconsejar cosas malas. Pero, ¿qué teníamos qué perder? Ningún sitio es mejor que otro, si no conoces ninguno.

—Lo que no podemos es hablar con «ellos». Eso está prohibido —insistió Irnma, mientras su hermano terminaba de colocar las fichas. Este dijo:

—Te conté que yo fui a la guerra cuando era joven, ¿verdad?

—Sí, Mushir. Muchas veces me has hablado de ello.

—Los bakhtiari consideramos el valor como una gran virtud, y yo quería presentarme voluntario para una misión muy arriesgada. Siempre, donde hay mayor peligro, allí vamos nosotros.

—Lo sé.

—Pues bien, yo iba camino de ofrecerme a mi capitán, cuando, al doblar una esquina, la vi.

—¿A tu madre?

El hombre asintió.

—La vi claramente, hijo, como te estoy viendo a ti ahora mismo. Ella había fallecido dos años atrás, pero allí estaba. Me dijo: «no vayas».

—¿Eso te dijo?

—Como lo oyes. Yo dudé, pero al final la hice caso. Y, ¿sabes qué pasó?

—¿Qué Mushir?

—El camión donde iban mis compañeros camino de la misión voló por los aires antes de llegar a su destino. Fueron traicionados por un desertor.

—Ah...

Toni no salía de su asombro, y casi que esperaba que el sufi se riera a carcajadas en cualquier momento, tan dado que era a las fábulas. Pero no fue así. Su hermana añadió:

—Alguna de mis nietas se podrá aparecer a los vivos... Cuando pase al «otro lado». Siempre ha sido así. Nosotras, las mujeres intermedias, como mucho tenemos premoniciones. Así es el ser de las cosas, así lo ha dispuesto Alá... cada tres generaciones.

—Te toca salir con las blancas.

—¿Qué?

—¡Vamos! —advirtió Mushir—. ¡El juego! —Ahora sí que soltó la típica carcajada, y Toni adelantó su primer peón, sin parar de pensar en todo lo que había escuchado.

Entonces continuaron con el juego, que se desarrolló como si la conversación anterior no hubiera tenido lugar. No volvieron a hablar de ello.

—¿Sabías que el ajedrez es un invento persa?

—¿De verdad? ¿No es ruso?

El hombre rio a carcajadas, como no había dejado de hacer cada vez que su rival perdía una ficha.

—No, es un invento nuestro. De los persas. Bueno, en realidad el ajedrez es una evolución del juego persa *shatranj*, que a su vez surgió a partir del más antiguo *chaturanga*, que se practicaba en la India en el siglo VI.

—¡Ah!

—Los rusos tuvieron fama en el siglo XX como buenos jugadores, y por eso la gente piensa que lo inventaron ellos.

Era increíble la sabiduría de aquel hombre. En teoría, en su país vivía en un poblado de cabras donde solo había luz eléctrica servida por motores de gasolina. Jamás había ido a la escuela, aunque en su juventud había estado en el ejército durante una de las guerras que tuvieron con un país vecino. Allí aprendió a leer, a recitar el Corán, y cuando le hirieron en combate estuvo mucho tiempo en un hospital, donde estudió la historia de su nación. Con el tiempo se hizo sufí, es decir, una especie de santón musulmán, y ahora era el referente de los creyentes de su tribu, así como su patriarca.

Era aficionado a las charlas filosóficas, y frecuentemente pronunciaba *admoniciones* a todos los que se las quisieran oír.

—La vida es un río que serpentea corriente abajo, Toni. En primavera el río es fuerte, impetuoso y corre alegre por las vertientes. En verano pierde su fuerza, y en otoño muere. Con las lluvias del invierno recobra algo de vida, y de nuevo resucita con el deshielo de las nieves.

—Sí, Mushir.

—¿En qué estación estás tú, Toni?

—En primavera, Mushir. Estamos en primavera.

El hombre soltó una de sus sonoras carcajadas.

—Me refiero, en qué estación estás de tu vida. —El chico no entendía todavía bien la lengua, y a veces se producían esos malentendidos. Sobre todo, porque el sufí siempre hablaba de modo figurado.

—Sí, yo creo que también estoy en la primavera.

—No, hijo mío. Tú estás en el otoño. En la primavera deberías estar, desde luego. Pero has nacido directamente en el otoño. Y lo peor es que vas a permanecer en esa estación el resto de tu vida.



—¿Por qué, Mushir?

—Porque haces la vida de un viejo. Por eso es.

—No te entiendo.

—Porque haces la vida de un viejo. Por eso es.

—Te he entendido. No entiendo la lógica.

El hombre soltó otra sonora carcajada y palmeó la espalda del muchacho.

—Ahora me has hecho JAQUE. ¡Buena jugada! —movió un peón, y dijo:

—Ahora te hago jaque yo a ti. ¡Jaque! —gritó.

Toni miró al tablero y era cierto. Le habían acorralado al rey. Entonces movió otro peón para cubrirlo.

—¡Haces la vida de un viejo, Toni! Por la mañana te levantas y vas al trabajo. Vuelves, ves un rato las pantallas y luego te acuestas. Así todos los días. Nunca haces el amor, y juegas al ajedrez con un viejo.

—¿Te das cuenta, hijo?

—Sí, Mushir.

—Jaque mate.

Expropiación

Por el presente edicto, queda ilegalizada y proscrita la religión católica al haberse concluido el plazo que se dio en el Decreto 1989 de la V legislatura Feminista sin que se hayan recibido satisfactoriamente las oportunas rectificaciones requeridas en el antedicho.

A tal efecto, la Iglesia católica, una institución patriarcal, contraria a la libertad, reaccionaria, xenófoba, excluyente, machista, homófoba y que odia y discrimina a las mujeres en su funcionamiento interno, queda por tanto disuelta, y sus actuales miembros, partidarios y prosélitos deberán abstenerse de profesar, seguir, o defender en público sus reaccionarios y retrógrados principios que atentan contra los derechos humanos.

Adicionalmente, quedan expropiados los locales, edificios, terrenos o cualquier inmueble de titularidad eclesiástica, que pasarán a ser automáticamente propiedad del Estado, quien los dedicará a realizar actividades de formación, concienciación, promoción y divulgación de los ideales feministas e igualitarios sobre los que se asienta la nación.

Los contraventores de la presente disposición serán perseguidos, juzgados y encarcelados por participar directa o indirectamente en el delito que se tipifica como delito de odio, según lo establecido en el Decreto 25 de la I legislatura Feminista.

Un pueblo soberano elegido democráticamente no puede tolerar en modo alguno la conculcación de los derechos fundamentales que poseen todas las personas, y, por lo tanto, en base a la autoridad que el sufragio universal ha conferido sobre este Gobierno, se procede a elevar a rango de Ley el presente Decreto.

Cúmplase la ley.

Edicto firmado por Farse Axtan, vicepresidenta ejecutiva del gobierno libre, paritario, igualitario y democrático de la nación.

—¿Paritario e igualitario? ¿Cómo pueden tener tanta cara? ¿Dónde hay paridad aparte de en los talleres? —objetó Iván.

Los chicos en el taller se habían quedado ojipláticos al leer la noticia. Todo el mundo pensaba que era una bravata de Elle, y que no se llevaría a cabo. Pero ante los ojos de todos estaba.

—Y por cierto, todas las iglesias pasan a la Inquisición. ¿Lo habéis leído?

—Sí, está claro. Actividades de formación, concienciación, promoción y divulgación de los ideales feministas.

—O sea, centros de reeducación para mujeres rebeldes —observó Frank.

—Lo que se viene en llamar “reformatorios”, vaya.

—Mirad como justifican el delito de odio, en el preámbulo:

«Los cristianos, igual que los musulmanes o los judíos, son culpables de cometer delitos de odio. Odian a los homosexuales porque no penetran a las mujeres, y odian a las lesbianas y a las mujeres independientes porque no se someten al marido ni se dejan penetrar. Son culpables morales de muchas violaciones. A los homosexuales, los obligan a violar. A las lesbianas, las violan».

—¿También van a cerrar las mezquitas y las sinagogas?

—Aparentemente, no, aunque yo no me fiaría —dijo Toni.

—Cuando las barbas de tu vecino veas cortar, pon las tuyas a remojar.

—Si yo tuviera una mezquita o una sinagoga, la pondría a la venta, ya.

—Los precios se van a desplomar.

—Aunque se desplomen. Mejor recibir ahora algún dinero, que ser expropiado directamente.

Ángela

—Oye, Ángela, siempre he querido preguntarte esto, y yo creo que... ya iba siendo hora. Nos pasamos el día juntos, y, bueno, creo que deberíamos conocernos un poco más y saber el uno del otro.

Habían parado en una cafetería para desayunar. Ese día el turno había comenzado muy temprano, y ya habían tenido que perseguir a dos infractores que se habían saltado un control de velocidad. Entre rellenar el atestado, esperar a que llegase el coche patrulla y después entregar a los detenidos en la comisaría, se les había pasado la mañana.

—A ver, dispara, ¿a qué adivino por dónde vas?

—Pues sí, voy por ahí —dijo Víctor, con una amplia sonrisa.

—Vamos a ver, Kaki. A ver cómo te lo explico para que lo entiendas. —Puso los brazos en jarra—. Los machos sin castrar, y más los que ya tenéis cierta edad, os empeñáis en encasillar a las personas según su aspecto. Por ejemplo, si una mujer va con ropas ceñidas, marcando el pecho, y no lleva el pelo corto, es seguro que es *hetero*. Es más, es probable que no sea feminista, y, dependiendo de la calidad del macho que tenga enfrente, quizás, solo quizás, es posible que acabe en la cama con ese sujeto, si este se lo trabaja un poco. ¿Me equivoco?

—Bueno, es una apreciación bastante verosímil.

—Claro. Por eso yo, como voy así, es decir, no oculto mis pechos, llevo el pelo largo aunque sea con coleta, el uniforme se me ajusta bastante, y además odio a las punkies, entonces debo ser una de esas mujeres. ¿A qué sí? ¿Eh?

—Bueno, yo...

—Sí, debo ser una de ellas, y quizás, solo quizás, el machirulo fascista que tengo enfrente, como es un seductor nato, un buen día se anime a tirarme los tejos y ponerle los cuernos a su abnegada esposa, que lo espera en casa pacientemente todos los días, con las zapatillas y el periódico, dispuesta a hacerle una felación en cuanto lo vea entrar por la puerta. ¿A que sí? Y ese día, como el machirulo vendrá ya desfogado, él la tratará con indiferencia, y su abnegada esposa le dirá algo así como, "Kaki, amorcito, ¿hoy no me quieras penetrar? ¿No? ¿Tampoco quieres que te la chupe? Anda, solo un poquito..." Y entonces el machirulo le dirá: «no, cielito. Hoy no me apetece. Ya te descargado mis bajos instintos animales con otra hembra que se ha puesto a tiro... en la carretera. Otro día, ya si eso, te penetraré y me la chuparás como tú solo sabes.»



El otro se quedó sin saber qué decir, y no sabía ni dónde meterse.

—A ver, Ángela, no tendrías por qué ser tan sarcástica. Yo solo quería saber si..., bueno, en realidad, a mí no me importa si tú...

—Pues si no te importa, mejor te callas y no intentas averiguar nada. ¿De acuerdo? Yo tampoco te pregunto, ni me interesa saber si tu mujer te la chupa o no te la chupa, o si la penetras por delante o por detrás o de lado, ni con qué frecuencia. ¿Estamos?

—Estamos, Ángela —tragó saliva.

La mujer apuró el café y dijo:

—Venga, vámmonos. Se nos está haciendo tarde y todavía tenemos que recorrer varios puestos de guardia.

Una conversación privada

—Pensé que iba a ser una noche de sensaciones. Una noche de besos, de caricias, de estimulación genital... Pero nada más lejos de la realidad. La lesbiana se comportó como un hombre, en el más estricto sentido de la palabra.

—Pero, ¿qué fue lo que te hizo exactamente?

—Pues, te lo puedes imaginar. Me sobó los pechos con fuerza... ¡Incluso quiso penetrarme con un pene de goma!

—¿En serio?

—Como lo oyes. Y yo que pensaba que al ser lesbiana iba a saber cómo dar placer a una mujer... ¡Qué decepción!

—Vicky, yo creo que, a pesar de todo lo que nos han contado, las lesbianas son un poco como los hombres. Son hombres en el cuerpo de una mujer. Piensan y actúan como ellos.

—Eso empiezo yo a pensar. La única opción sería intentarlo... con una mujer de verdad. Mary, si tú te decides, podríamos probar. En el fondo es lo mismo que hacemos nosotras solas. ¿Por qué no?

—Quizás no todas las lesbianas sean así. A lo mejor esa en concreto era bisexual... o ¡yo qué sé! Ya sabes que hay casi infinitas tendencias sexuales.

—Ya, ya lo sé. E incluso cambiantes en una misma persona. Vá por temporadas.

—Sí, pero ya nos han dicho que hemos que tener cuidado con las que sean demasiado masculinas. Hay homosexuales que fluyen a lesbianas, pero en realidad son heteros camuflados.

—¡Qué dices, tía! ¡Eso es imposible! Si no están castrados, en el fondo son como los hombres, solo que no les interesan nuestras vaginas. Solo les atraen sus traseros.

—¡Jajá! Sí, ya lo sé. Y por eso Elle los respeta. Para nosotras los homosexuales puros son inofensivos.

—Pues eso. Desconfía de los gays que fluyen a lesbianas. Donde no hay pene no puede haber peligro.

—A no ser que se pongan uno de goma, jajá.

—Jajá. Oye, Mary, mañana por la tarde no van a estar mis padres. Se van con mi hermana a una tutoría del colegio. Si quieres, vente y lo probamos. Tú y yo solas, dos mujeres de verdad. Estoy segura de que vamos a pasar a otro nivel.

—No sé, tía. Me sigue dando un poco de...

—¡No me vengas con tu estúpido pudor de niña tonta cristiana! ¡Vale? Yo ya pasé esa etapa, joder, y me he liberado. Se trata de disfrutar de nuestros cuerpos. ¡O no?

—Sí, claro.

—Pues eso. Yo de hacerlo con alguien tendría que ser contigo. Mañana es un día tan bueno como otro cualquiera.

—¿De verdad que no va a haber nadie en tu casa?

—No.

—¿Y tu hermano?

—Hasta las ocho no sale de trabajar. Tenemos toda la tarde para nosotras solas.

Había subido a dejar la ropa planchada en su armario. Vicky no estaba allí. Probablemente estaría en el baño, y no pude resistirme a leer la conversación que aparecía en la tableta. Me quedé de piedra.

Si aquella era la Mary que yo conocía, era todavía peor. Una niña de iglesia, de cuyos padres éramos amigos, con solo 16 años... Si lo supiera su madre...

Me quedé tan escandalizada que no supe cómo reaccionar. Dejé la tableta sobre la mesa y me volví... y allí estaba Vicky, apoyada en el quicio de la puerta con una expresión que lo decía todo.



—¿Sabes que es delito leer la correspondencia de las hijas?

Me quedé sin habla. Al final tragué saliva y repliqué:

—Sí, ya lo sé. ¿Me vas a denunciar?

La chica no contestó. En su lugar, puso un gesto de rabia, y se dirigió de muy malos modos hacia la mesa. Pulsó el botón que apagaba la pantalla y se situó delante de mí cruzando los brazos, con un gesto de perdonarme la vida.

—Vicky, tú no eres lesbiana. Eres una mujer normal, como lo soy yo. De haber nacido en mi época...

—Sería una mujer sometida a la dictadura fálica, como lo eres tú. Una esclava sexual de tu marido.

—¡Oye!

—Sí, Sí! ¡Sometida al macho que gobierna esta casa! —gritó, escupiendo partículas de saliva.

—Debería darte vergüenza hablar así de tu padre. Claro que vergüenza es lo que tú no tienes.

Me miró con una petulancia y un odio que me estremeció. Tras unos segundos en los que me fusiló con la mirada, me dijo, con la misma arrogancia:

—¿Quieres decir que hacer las cosas que has leído es vergonzoso? ¿En serio?

Suspiré. No tenía ganas ni fuerzas de enfrentarme con ella. Era más fuerte que yo, y saldría escaldada.

—Yo solo digo que vas desencaminada. Jamás encontrarás ese placer que buscas en otras mujeres.

—¡Y tú qué sabes! —exclamó, avanzando hacia mí con agresividad—. ¡Tú qué sabes lo que yo siento o soy capaz de sentir! ¿Eh?

Me dieron ganas de ponerme a llorar. Me contestó con una arrogancia desconocida para mí. Toda una mujer de 17 años, casi 18, más grande que yo, dispuesta a soltarme un guantazo si le apretaba las tuercas. Sí, lo hubiera hecho. De eso estoy segura.

—Yo solo digo que por ahí vas mal. Tendrías que buscarte un hombre que te llegue a querer, y...

—¿Sabes que es delito intentar cambiar la orientación sexual de las hijas?

—Sí, lo sé. Por cierto, solo hacia un sentido, no hacia el otro.

—Exactamente. Es un delito de odio contra el colectivo homosexual y lesbico.

—Vale. ¿Vas a llamar a la Inquisición para que me encierran en un centro de reeducación?

—No encierran a las mujeres por eso.

—Ya lo sé. Pero las obligan a asistir a sesiones y grupos de trabajo. E incluso podrían quitarme tu custodia. ¿Eso es lo que quieras, Vicky? ¿Irte a un centro de menores?

—Parece mentira que seas abogada, Olivia. —Nunca me llamaba “mamá” cuando se enfadaba.

—Sí, soy abogada y además asistente judicial.

—Pues parece mentira —me miró con gesto de odio—. Tengo más de 16 años y en ese caso, serías tú quien se tendría que ir.

—¡Pues no, listilla! —me irrité—. A mí no me podrían echar de mi casa, porque resulta que tengo otra hija pequeña, que necesita mis cuidados. Te obligarían a irte a ti. Te llevarían a un centro lesbico de esos que tanto te gustan, y acabarías con un pene de goma entre las piernas, todos los días.

Vicky apretó los dientes con rabia... estuvo a punto de morderme. Pero me dio igual. Yo seguí:

—Algo que por cierto, no es delito. Penetrar de verdad sí, pero usar esos cacharros no, porque no hay hombres de por medio. Te lo tendrías bien merecido.

Entonces ya no se contuvo:

—¡Sal de mi habitación ahora mismo! —me empujó, con los ojos encendidos en sangre.

—Sí, ya me voy —respiré. Si no llego a contenerme, le hubiera devuelto el empujón, y ahí sí que me hubiera abofeteado.

—Por cierto —concluí—. Mañana no me voy a ir a ninguna parte. Han aplazado la tutoría de Angie. Tendréis que buscarnos otro sitio para hacer...

—Para hacer, ¡qué!

«Para hacer las guerradas que pensabais hacer», estuve a punto de decir. Pero me contuve. Simplemente, me volví y me marché, sin terminar de salir de mi asombro.

Una misa clandestina

Aquel jueves me harté de llorar yo sola en mi habitación. No podía ser para menos, después del chasco que me había llevado. Vicki se largó de casa a los pocos minutos y no regresó hasta bien entrada la noche. A saber con quién estaría.

No se lo dije a nadie, ni siquiera a Víctor, y eso que necesitaba imperiosamente contárselo a alguien para hacer más llevadera mi desazón interior.

Sí, hoy en día era algo de lo más normal. Tanto como era normal cuando yo era joven que todos los chicos y las chicas se acostasen. Pero al igual que mi madre probablemente no quería saber si yo me acostaba con alguno, y probablemente creía que no lo hacía, yo también tenía una venda en los ojos que me impedía ver la cruda realidad.

Sí, yo ya sospechaba algo, porque las madres no somos tontas. Pero una cosa es sospechar y otra cosa que te confirmen tus sospechas.

Desde luego, Vicki siempre fue una *feminazi* de manual. Comulgaba con absolutamente todos los postulados del régimen dominante, pero de alguna manera yo tenía la esperanza de que, según fuese madurando, se le iría pasando. O al menos un poco. Sobre todo, yo esperaba que alguna vez se enamorara de algún chico. ¿Por qué no? ¿Acaso no es lo natural y lo propio de una muchacha joven?

Además de la constatación de que mi hija ejercía el lesbianismo pues se había acostado con una lesbiana, y pretendía hacerlo con su mejor amiga —sin ser lesbiana, que eso era lo peor—, me dolía tanto o más la manera como me trató. La arrogancia, la prepotencia, el descaro...

Siempre nos habíamos llevado mal. Pero desde aquel día... las cosas no fueron más que a peor. Ya la había perdido por completo, y ese fue quizás el mayor dolor de todos.

Llevábamos varios domingos sin poder asistir a misa, y yo necesitaba consuelo espiritual. La policía nos había estado acechando, y tuvimos que anular algunas celebraciones justo poco antes de comenzar. Hasta que, por fin, encontramos un sitio donde celebrar la Eucaristía.

Fue en una nave industrial abandonada a las afueras de la ciudad, donde se habían elaborado productos químicos en el pasado. Hasta entonces habíamos estado en otra fábrica cercana, una embotelladora de bebidas, hasta que un chivatazo hizo que la Inquisición la cerrara y su dueño fuera encarcelado. Su propietario era un feligrés como nosotros, que había cometido el tremendo error de no haber puesto la fábrica a nombre de su esposa. De haberlo hecho, no hubiera sufrido la cárcel, una cárcel larga y dura, acusado del infame delito de odio. A ella le hubieran precintado la fábrica, pero no hubiera ido a prisión, aunque eso sí, habría tenido que asistir a sesiones de reeducación.

Todos nos conocíamos, y formábamos parte de un grupo donde nos comunicábamos mediante mensajes en clave camuflados entre millones de líneas de código donde especificábamos las coordenadas y la hora de comienzo de la celebración. Una celebración que tenía lugar cada domingo en un sitio diferente. A veces incluso en la calle, a la intemperie, con nocturnidad, en medio de la nada, donde no hubiera nadie en kilómetros a la redonda. Y aun así la Inquisición acechaba y encarcelaba a los organizadores de aquellas misas.

Entre las botellas, o como ahora, entre hierros oxidados, vivíamos de una manera mucho más intensa la transformación del pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo.

Antes, cuando no nos jugábamos nada, cuando íbamos a misa como quien va a ver una función de teatro, no lo apreciábamos en su justa medida. Pero ahora, ahora saboreábamos cada frase, cada lectura, cada oración, como algo único, que es lo que en realidad siempre debería haber sido. Sobre todo, porque nunca sabíamos si aquél domingo iba a ser el último. Porque nunca sabíamos si a la salida nos estaría esperando la policía para llevar a nuestros maridos a la cárcel, a nosotras a los centros de reeducación, y que nos quitaran a nuestras hijas por ser una mala influencia. Por transmitirles el "odio" hacia los colectivos "vulnerables". Unos colectivos que dejaron de ser vulnerables hace mucho, mucho tiempo. Es más, los vulnerables ahora éramos nosotros, y nadie encarcelaba a quienes nos odiaban.

Desde que entró en vigor la prohibición, yo le tenía dicho a Víctor que no viniera. Pero basta que le prohibieran algo para que quisiera hacerlo más a propósito, y él, rebelde por naturaleza, siempre me acompañaba.

A quien sí hizo caso su esposo ese día fue a doña Lupe, la mujer del matrimonio mexicano de quien éramos tan amigos. La madre de aquella amante incipiente que parecía tener mi hija.

—¿No ha venido tu marido? —le pregunté.

—No. Es demasiado peligroso. Ya sabes.

Sí, ya sabía. Todos lo sabíamos. De hecho, de las catorce o quince personas que nos reunimos aquel día, solo tres eran hombres.

—¿Y Mary?

—Mi hija está indispuesta —replicó, mirando hacia otro lado.

Qué raro, pensé. Aquella muchacha siempre acompañaba a sus padres. Pero claro, probablemente no hubiera podido soportar su encuentro conmigo y se hubiera muerto de vergüenza. Por no hablar de la posibilidad real de que yo se lo hubiera dicho a su madre, delante de ella. No creo que le hubiera sentado nada bien a doña Guadalupe la noticia de que su hija y la mía pretendían tener un encuentro sexual. A la pobre mujer le hubiera dado un vaivén seguido de un soplón y un desmayo, y hubiera necesitado sin duda respiración asistida.

Por eso no dije nada, aunque no dejé de mirarla durante toda la celebración, y de pensar en todo lo que había leído en aquella tableta. Porque por más que lo intentaba, no se me iba de la cabeza la hipotética imagen de mi hija y la suya desnudas sobre la cama haciéndose... todo eso que se imaginan. Por cierto, y a saber quién era la lesbiana esa con la que Vicki se había acostado previamente.

El caso es que intenté concentrarme en lo que estaba sucediendo durante la misa, y justo cuando el padre David estaba terminando la Consagración y estábamos todos de rodillas, un agudo silbido hizo que nos levantásemos de inmediato. Efectivamente, la persona que se había quedado vigilando en la puerta había detectado algo anormal en las inmediaciones, y aquello no era otra cosa que la policía.

Sí. Algún chivatazo, alguna filtración, o incluso la detección por drones o por satélite de un flujo anormal de personas en un lugar donde no deberían estar, en un momento en el que no debería haber nadie por allí.

Ocurrió lo mismo que el día en que Víctor acudió a por las punkies. Se repitió justo la misma escena y en un escenario similar. Una nave industrial abandonada y dos parejas de guardias, que eran dos eunucos, una mujer y un policía mayor. Este último era un conocido de Víctor, de los tiempos en que los dos estaban en los antidisturbios. La única diferencia era que los cuatro policías no eran de Tráfico y habían venido en dos coches patrulla. En definitiva, la misma escena, pero con los papeles cambiados: ahora los delincuentes éramos nosotros.

Lo primero que hizo el padre David fue quitarse la estola y arrojarla junto con el misal a una gran cuba que contenía productos químicos caducados. Difícilmente podrían ir a buscar nada allí, y probablemente ambas cosas se disolverían pronto en aquella porquería.

Pero el problema eran las hostias y el cáliz, que estaban ya consagradas. Eran verdaderamente el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y como tales, había que tratarlos con sumo respeto. Pero los guardias ya estaban entrando en la nave, y el sacerdote no pudo hacer otra cosa más que beberse el vino

inmediatamente para que no se derramara y ocultar las dos copas intentando camuflarlas entre los engranajes de una máquina.

—¿Qué están ustedes haciendo aquí? —preguntó la mujer policía.

Desde luego, nada podría hacer pensar que estábamos celebrando una misa. Hasta el padre David iba vestido como cualquiera de nosotros, por supuesto, sin alzacuellos.

—Agente —se adelantó Víctor—, somos un grupo de inversores que hemos venido a visitar esta nave, porque tenemos la intención de comprársela al Ayuntamiento.

Se produjo un silencio, en el que todos contuvimos la respiración. Estaba claro que no se lo creyeron demasiado, y uno de los eunucos comenzó a revisar las inmediaciones. El padre se colocó justo delante de la máquina donde había escondido las hostias, con el objeto de que nadie se fijara en que allí había un hueco donde se podría haber ocultado algo.

—Vamos a proceder a registrar su identificación. Por favor, muéstrennos sus muñecas.

—¿Por qué? —preguntó Víctor—. No pueden hacerlo si no tienen indicios de que estamos cometiendo un delito.

—Es que los tenemos, machista listillo —le espetó la mujer, acercándose a él, y con los dientes apretados.

—¿Es que no me cree? Le advierto que a sus superiores puede que no les guste lo que están haciendo. El Ayuntamiento necesita fondos y vender esta nave supondría un alivio para sus arcas, que están vacías. Quizá reconsideremos nuestra decisión a raíz de esto.

La mujer reculó un tanto, y añadió:

—Tomar las identificaciones es algo rutinario. Por favor, enséñennos las muñecas.

Uno de los eunucos comenzó a pasar un lector de proximidad por la piel de los primeros feligreses. El chip intradémico que contenía la identificación de cada uno de nosotros volcaría los datos, que quedarían almacenados en el servidor de la policía.



—¡Aquí! ¡Aquí está! —gritó el otro eunuco, el que estaba revisando los alrededores—. ¡He encontrado el cáliz!

—¡Corred! —gritó el sacerdote—. ¡Corred todo lo que podáis!

Víctor arrojó al suelo a la mujer policía, y tanto él como yo pasamos por encima de ella en dirección a una puerta trasera, la que estaba más cercana al lugar donde habíamos dejado nuestra motocicleta. Los demás fueron hacia la puerta principal, arrollando a los eunucos de la misma manera. Como la nave industrial estaba llena de conducciones y depósitos, no era fácil disparar sin dar a uno de esos obstáculos y eso fue lo que nos salvó. En cuanto se levantó, la mujer intentó ir tras nosotros, pero el policía mayor se lo impidió.

—¡Déjalos! Yo iré a por ellos. Tú, ayuda a los demás.

Ella obedeció y se dirigió hacia la salida, por donde ya habían escapado algunos. Mientras tanto, Víctor y yo estábamos ya en la calle y montados en la moto, y fue entonces cuando nos alcanzó el guardia, el conocido de Kaki.



El hombre no hizo nada por detener nuestra huida. Por el contrario, los dos hombres se saludaron con la mano sobre la frente, y este dijo:

—Hoy por ti, mañana por mí.

—¡Gracias, compañero! —gritó el *boss*, mientras la Harley rompía el récord de aceleración de cero a cien. Con un bramido estremecedor, en pocos segundos ya estábamos fuera del alcance de cualquiera de ellos.

Aquella vez nos libraron por los pelos. Sin embargo, algunos feligreses fueron capturados, por no hablar de los que ya estaban identificados. Cada vez quedábamos menos...

Una mujer cañón

—Esa tía estaba cañón —dijo Iván refiriéndose a una clienta que acababa de recoger el coche.

—¿Quién? ¿La del todoterreno azul? —preguntó Toni.

—Sí, joder, qué tetas tenía... ¿No te has fijado?

—No. Yo estaba con esa moto y no me he dado cuenta.



—¿De quién habláis? —preguntó Frank. Era casi la hora de salir y estaban ya en los “boxes”, recogiendo las herramientas.

—De una tía *buenorra* que se acaba de largar.

—Sí, la del todoterreno azul ¿a que sí?

—Sí. ¿A que tú también la has visto?

—Como para no verla. Casi me pone las tetas en la cara.

—Venga, Frank, no alucines. Ya quisieras tú que una tía te pusiera las tetas en la cara —dijo Toni, sonriendo.

—Joder, ¡que sí! Las tenía... ¡así de gordas! —puso los brazos por delante y juntó las manos, como abarcándolas.

—Pues esa no debería ser muy feminista. Si no, se las habría operado.

—Desde luego —corroboró Iván—. Joder, antes se operaban para aumentarlas, y ahora lo hacen para disminuirlas.

—Es increíble hasta qué punto son manipulables las mujeres. Hace un siglo estuvieron convencidas de que tenían que casarse y tener hijos, y quien no lo hubiera hecho a los 25 años ya se consideraba una solterona y entraba en depresión. Después les dijeron todo lo contrario, y cuando entraron en depresión es precisamente al quedarse embarazadas.

—Tú lo has dicho, Toni. Y lo mismo pasa ahora con las preferencias sexuales. Las han convencido de que lo *cool* es hacerlo con mujeres, y ya son todas lesbianas. Están al albur de los vientos. Igual que antes la pechugona estaba orgullosa de sus tetas y hacía todo lo posible para resaltarlas si cabe más.

—Y sobre todo —añadió Frank—, que las otras mujeres se murieran de la envidia.

—Exacto. Y ahora, fíjate lo que pasa. Ninguna quiere que se les noten.

—Pues así son. Totalmente volubles, moldeables y cambiantes. Algo que con nosotros no pasa.

—Efectivamente. Siempre estamos pensando en lo mismo, y por eso no se nos van de la cabeza las tetas de esa tía.

Los tres se rieron y se marcharon a los vestuarios para quitarse los monos y vestirse para salir. A Iván no se le iba de la cabeza aquella mujer, y siguió con el tema.

—Desde luego, lo que no era esa mujer es feminazi. Todas esas son feas, por definición. No sé cómo los terroristas pueden trajinarse a esos callos. Son su objetivo preferente, creo.

—Ojo. Que vistan con camisetas y pantalones holgados y que lleven el pelo corto, no significa que sean feas —objetó Toni—. Algunas tienen unos cuerpazos de impresión.

—Y eso, ¿tú como lo sabes? ¿Has estado alguna vez con alguna?

—Obviamente, no.

—No, claro, eso es imposible —añadió Frank—. Ninguna en su sano juicio se iría con un hombre... de verdad. Quiero decir, sin castrar.

—Bueno, es que no están en su sano juicio.

—No están en su sano juicio, pero para eso, sí.

—Ya, ya —continuó Iván—. Entonces, ¿por qué sabes tú que hay feminazis que no son feas? A mí todas me lo parecen.

—A ver. Una cosa es lo que parezcan, y otra lo que sean. Si a una de esas le pones un bikini y le dejas crecer el pelo, a lo mejor hasta te sorprenden. Mi hermana, mismamente. Es una feminazi de manual, y sin embargo... pues está muy bien.

—Hace tiempo que no la veo —añadió Frank.

—Poco la habrás visto. Ha venido por aquí muy pocas veces.

—Sí, yo me acuerdo —dijo Iván—. La recuerdo perfectamente. Una con el pelo muy corto, ¿verdad? No se parece mucho a ti.

—No. Salvo en el color del pelo, ella se parece a mi madre físicamente, y yo salgo a mi padre en eso. Bueno, también menos en el color del pelo. En el carácter es al revés.

—¡Qué curioso!

—Pues sí. Se parece mucho a él. Con decirte que va a ingresar en la academia militar... Mañana mismo tiene que pasar las pruebas.

—¿En serio?

—Sí. Mi padre quiso aficionarme a las armas, pero yo no me dejé. Fue Vicky quien le siguió en eso, y suelen irse juntos a las pistas de tiro.

—Esas son las galerías donde los policías practican, ¿no? —preguntó Frank.

—Sí. Seguro que las has visto en algún vídeo. Tienen una diana en forma silueta humana a unos 25 o 50 metros.

—Sí, siluetas masculinas, claro.

—Eso es. Femeninas desde luego, no.

—Seguro que tu hermana les dispara a los huevos —dijo Iván.

—No me extrañaría...

—Claro —replicó—. Es una feminazi y *bollera* de manual. Por eso lleva el pelo tan corto, ¿no?

—Pues sí —confirmó Toni—. Me duele decirlo, pero es la verdad. Joder, ¡qué lástima! Con lo guapa que es y el partido que se podría haber sacado de ella...

—Oye, pero —preguntó de nuevo Iván—. ¿Tú como sabes que está buena? ¿Acaso la has visto desnuda?

—Pues... sí, alguna vez.

—Pero, ¿ahora, o cuando era pequeña?

—Antes y ahora —confirmó, y al otro se le abrieron los ojos como platos

—¿Te extrañas? —siguió—. Vivimos en la misma casa, usamos el mismo baño... Es normal. Igual que ella me ha visto también a mí.

Iván se estaba relamiendo y preguntó:

—Y, ¿cómo tiene las tetas?

—De verdad quieras que te lo diga?

—No estaría mal...

—Pues te vas a quedar con las ganas de saberlo.

Control de carretera

¡Atención a todas las unidades! ¡Atención! Un 341 se dirige al norte por la carretera 18. El sospechoso es un varón de raza blanca con camisa oscura y pelo largo. Conduce un Ford Capsule de color rojo y está considerado grado 5. ¡Tengan mucho cuidado!

—¿Qué carajo es un 341? —preguntó Ángela. Los dos policías acababan de repostar en una gasolinera y comenzaban a salir para seguir su ruta.

—Asalto a domicilio con posible caso de violación —respondió Víctor—. Grado 5 significa...

—Sí, ya sé. Que el tipo es muy peligroso. Pues conmigo se las va a ver ese hijo de puta. ¡Venga, vamos! Estamos al lado de la carretera 18.

Arrancaron las BMW y enseguida llegaron a una zona donde el firme se estrechaba, y por tanto era un lugar óptimo para instalar un control policial. Dispusieron las dos motocicletas dejando un pequeño hueco para que los coches no tuvieran más remedio que pasar muy despacio, y comenzaron a inspeccionar a todos los vehículos.

Como estaban cerca del lugar donde se produjo el delito, el sospechoso no tardó en aparecer. Ya desde lejos divisaron un Ford Capsule de color rojo, y se hicieron una señal que significaba máxima atención, arrimando más las motocicletas para taponar la salida. Los dos se colocaron delante haciendo la señal de parar, pero el coche, en lugar de disminuir la velocidad, aceleró a tope y los dos policías tuvieron que apartarse en el último momento para evitar que los atropellara. El vehículo embistió la moto de Víctor que salió despedida por los aires, y se dio a la fuga.

Pero ni él ni su compañera se quedaron parados. Enseguida sacaron sus armas y se pusieron a disparar, hasta que un disparo impactó en el conductor. El coche finalmente derrapó y se salió de la calzada, mientras su ocupante comenzaba a salir, malherido y arrastrándose.

—¡Vamos! —gritó la mujer. No estaban a más de cien metros, pero Ángela recorrió esa distancia como si le fuera la vida en ello. Llegó antes que Víctor, y comenzó a golpear y a dar patadas al delincuente con una rabia inusitada:

—¡Cerde, hijo de puta! ¡Asqueroso machista violador!

Le salía espuma por la boca y su compañero tuvo que sujetarla fuertemente de la cintura para evitar que lo terminara de matar allí mismo.

—¡Ángela, basta! ¿No ves que está medio muerto?

Efectivamente, el hombre estaba agonizando, pues el disparo había sido mortal.

Restablecieron la circulación y llamaron a una ambulancia, y cuando llegó, el tipo ya estaba muerto. Despues, Víctor acudió a por su motocicleta, para comprobar que estaba completamente destrozada por el golpe.

—Vamos a tener que marcharnos los dos en la tuya —sugirió.

—Sí —constató—. Venga, vamos.

Ángela se montó y arrancó la moto, y su compañero se sentó detrás. Él se agarró a ella, y entonces esta se giró y le dijo:

—Eh, eh. Sin tocar. Que ya nos conocemos.

—Pero, cómoquieres que...

—Me agarras del abdomen.

—Claro. ¿De dónde si no?

—Que luego las manos se te suben solas.

—¿Por qué iba a hacer yo eso?

—Porque eres un cerdo machista y además estás salido.

—¿Yo?

—Sí, tú. Te he visto como miras a las mujeres. Si no fuera porque el uniforme todavía impone un poco, te habrían denunciado ya varias veces... Joder, tan cristiano, y luego no paras de mirar. Debería darte vergüenza.

—Oye, yo no...

—Anda, mejor conduce tú.

Ángela se bajó de la moto y su compañero pasó hacia delante, para luego montarse ella detrás. Él entonces se volvió y le dijo con mucha sorna:

—A ver donde pones las manos, ¡eh! Que luego se te bajan solas...

—Sí, claro. Cuenta tú con eso.

Se marcharon y llegaron a la comisaría. Allí tuvieron que redactar el informe de lo sucedido y contestar a las preguntas de la jueza, al haber terminado el suceso en fallecimiento del sospechoso. Despues de entregar y firmar los informes, se marcharon a la cantina, pues estaban los dos ciertamente sedientos. Era verano y el calor apretaba, y Víctor invitó a su compañera a tomar un refrigerio.

—Oye, Kaki, perdóname por lo de antes, y sobre por lo del otro día. No tenía por qué haberte hablado de esa manera.

—¿El qué?

—Creo que me pasé un poco contigo.

—Bueno, no pasa nada.

—No, si tienes razón. Somos compañeros, y deberíamos saber algo más el uno del otro.

—Bueno, yo no te quiero obligar a...

—No, no pienses que te voy a desvelar mis preferencias sexuales.

—No, si yo no...

—Además, sean las que sean... joder, si podrías ser mi padre.

—Podría perfectamente. Mi hijo Toni solo tiene unos pocos años menos que tú.

—Pues eso. —Hizo una pausa—. Y por eso me gustaría contarte lo que le pasó a mi hermano.



La chica bebió un sorbo de su refresco, suspiró, y después empezó a contarlo.

—Tuvo un encuentro... desafortunado con las punkies, y...

—Vosotras dos —interrumpió una mujer—. Siento deciros que esta tarde tenéis que volver a estar de guardia.

—¿Qué? —se quejó —Víctor—. Pero, ¡si acabamos de llegar!

—Lo siento. Órdenes de arriba. Hay que hacer controles en la carretera. Un caso de violación. El agresor ha huido y está en las inmediaciones.

—Pero, ¿por qué nosotras? —objetó Ángela.

—Ya os lo he dicho. Órdenes de arriba. En cinco minutos os quiero ver en las motos poniendo un control en la calle 16. Ya os dirán por radio la descripción del sospechoso.

—Yo no tengo moto —objetó Víctor, intentando escaquearse.

—Pues tomas cualquier otra de las que estén libres. ¿Me has oído?

—Sí, claro.

La sargento se marchó y los dos policías apuraron sus bebidas para iniciar el camino hacia el garaje.

—Otro caso de violación... —musitó Ángela—. ¿Qué está ocurriendo? ¿Les han dejado de echar bromuro en la carne, o qué?

—Y precisamente nosotros, que ya hemos terminado nuestro turno.

—Esta tía nos odia, Kaki.

—Sí, ya lo sé.

—Creo que quiere deshacer las parejas, otra vez.

—¿Otra vez? ¿Por qué?

—Para fastidiar.

—Joder, pues yo no quiero cambiar.

—Me has cogido cariño, ¡eh! —Ángela sonrió.

—A ver, prefiero a Oscar, no te lo voy a negar.

—Ya, pero más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, ¿a que sí?

—Sí, más o menos —sonrió.

—Bueno, si te sirve de consuelo, yo tampoco quiero cambiar. Eres un machista falocrata, pero eres *mi* machista falocrata. Ya me he acostumbrado a ti.

—Yo creo que hacemos un buen tandem. ¿No te parece?

—Sí, puede ser. Tú tienes más fuerza y conduces mucho mejor. Y yo...

—Tú eres más resolutiva. Tal y como están las cosas hoy en día, si no fuera por ti...

Se dieron una palmada mutuamente y ella dijo:

—Venga, vamos. A ver si pillamos también a ese otro hijo de puta.

Los dos salieron y se pusieron de nuevo los cascos, con cierta resignación. Arrancaron las motocicletas, y pronto llegaron a la calle 16, donde una pareja de compañeros eunucos ya estaba apostada. Se supone que tenían que comprobar quienes eran los ocupantes de todos los vehículos, y eso significaba que tenían que estrechar la calle de forma que solo pudiera pasar un vehículo cada vez.

La tarde fue extenuante. Arrestaron a varios que se parecían al sospechoso, y los fueron llevando uno a uno a la comisaría para interrogarlos, mientras los otros compañeros continuaban vigilando en la calle. Una vez que llegó la noche, se dio orden de suspender el control. El autor de los hechos había sido reducido a las afueras de la ciudad por una patrulla, y la pareja regresó a la comisaría para terminar de una vez. Habían estado casi 24 horas sin parar.

Ya sin el uniforme, salieron a la calle y Víctor le dijo a su compañera:

—Siquieres te acompaño a tu casa. Como vives cerca...

—Como quieras. Pero no esperes que te invite a subir y tomar una copa. ¿Eh? Podrías pensarte lo que no es.

Él sonrió, y dijo:

—Vale, pero me tienes que terminar de contar lo que le pasó a tu hermano.

En ese momento, ella torció el gesto y comenzaron a caminar en dirección a su casa. Como no decía nada, él preguntó:

—¿Qué le pasó con las punkies?

La mujer miró hacia un lado, tragó saliva y dijo:

—Le castraron, Kaki. Le castraron... con un cuchillo de carnicero.

—Joder...

—Le arrancaron todo. No solo los testículos. Si no llega a ser porque la ambulancia llegó a tiempo, hubiera muerto desangrado.

—Hijas de puta... —masculló—. ¿Cómo fue?

—Le acorralaron varias, cuando venía de trabajar. Estaba a punto de entrar en mi casa y lo inmovilizaron con un taser. Le taparon la boca, y luego lo hicieron. Todo sucedió rápido, en menos de un minuto.

—Pero, ¿por qué?

—Se confundieron.



—Con quién lo confundieron?
—Con un terrorista. ¡Oh, Kaki! ¡No sabes lo que son capaces de hacer esas mujeres!
—Sí, sí lo sé. Las del otro día...
—Esas eran unas niñatas. Prácticamente inofensivas. Pero hay otras que son una especie de organización parapolicial, que se toma la justicia por su mano, y busca culpables. Y si no los encuentran, le hacen pagar las culpas al primero que pasa. Con la ayuda de algunos eunucos, claro.
—Pero, dime. ¿Por qué confundieron a tu hermano con un violador?
—Es lo que te digo. Alguien tenía que pagar las culpas, y pensaban que él había sido, porque tenía relación con la víctima. Tampoco son tan kamikazes que castran al primero que pasa. Aunque me consta que alguna vez lo han hecho.
—Sí, ya lo sé.
—Esas mujeres habían sido informadas por una tercera persona que les habló de la víctima y se hicieron un lío. Confundieron al violador con mi hermano, cuando era precisamente la persona que menos posibilidades tenía de serlo.
—¿Y qué le pasó? ¿Quiero decir, después de...?
—Murió a los pocos días, por una infección.
—Vaya, lo siento. Y también entiendo por qué odias tanto a esas... asquerosas, por decir algo suave.
—Las odio, Kaki, ¡no sabes cuánto! Tanto o más que odio a los hombres.

—¿A los hombres? ¿Por qué?

—Porque aquella víctima, la mujer a quién supuestamente violó mi hermano... era yo.

Violación

Aquella sociedad de locos donde el odio se había cultivado con esmero, había enfrentado a los hombres y a las mujeres de una manera nunca vista. A pesar del impactante testimonio de Ángela, cuando Víctor regresó a casa se topó con una noticia aún peor. Porque el violador que habían estado buscando, aquel a quien habían estado persiguiendo aquella tarde, estaba huyendo por haber violado a una persona muy cercana a él: a su propia hija.

Habían violado a Vicky.

Ella llegó a casa al mediodía, en estado de shock, y tras no poder localizar a Víctor, llamó a Toni.

—Hijo, no consigo localizar a tu padre. Debe estar en una zona de poca cobertura. ¿Podrías venir a casa, por favor?

—¿Qué ocurre?

—Anda, ven. Es urgente.

Yo estaba tan nerviosa como ella y me temblaban las piernas. Son ese tipo de situaciones en las que una mujer no puede estar sola. Necesita a alguien cercano en quien apoyarse. No quise decirle nada por teléfono, pero aquello no era habitual, y sospechó que pasaba algo raro. Nunca le había llamado al trabajo para decirle que lo dejaría y regresara a casa con urgencia.

En la moto no tardó nada en llegar. Aunque era hora punta y la ciudad estaba sumida en atascos, las motocicletas son siempre las primeras en salir de los semáforos.

Cuando llegó nos montamos en mi coche. El único que hay en la casa, pues tanto Víctor como mi hijo siempre van en moto a todas partes. Yo no tenía el aplomo suficiente como para conducir, y fue Toni quien lo hizo. Vicky no paraba de llorar, y cuando llegamos a la comisaría ella seguía muy afectada.

—¿Dónde dice que tuvo lugar el incidente?

Esperaba ver allí a alguien conocido, pero no fue así. Hacía tiempo que no me dejaba ver por el trabajo de Víctor, y todas las caras me eran desconocidas. Después de que le hicieran un análisis de sangre y le tomaran muestras de su vagina, —momento bastante desagradable, por cierto—, nos pusimos a relatar cómo habían sucedido los hechos.



El eunuco que estaba en la oficina de las denuncias estaba un poco impertinente, aunque en realidad, solo estaba haciendo su trabajo.

—Fue a la salida de la Academia —dijo Vicky.

—¿Qué academia?

—La academia militar de infantería.

—Ah, sí.

—Venía de hacer las pruebas de admisión... porque voy a hacer la carrera militar —explicó, entre sollozos.

—Continúe, por favor.

—La parada del autobús quedaba lejos, y me decidí a ir caminando por la carretera.

—Perdone, señorita. Que yo sepa, hay una parada justo enfrente.

—Bueno, sí. Pero no todos los autobuses de nuestra ciudad llegan hasta allí. Las frecuencias de paso son menos, y no quise esperar. Desde el pueblo que está al lado salen más a menudo.

—De acuerdo —terminó de escribir— y entonces, dice, un coche se paró, y se ofreció a llevarla, ¿No es así?

—Sí, así es.

—¿Por qué se montó? ¿Conocía a alguno de sus ocupantes?

—No. Pero en el asiento de atrás viajaba una mujer. Eso me hizo confiar en ellos.

—Una mujer, que, al parecer, no lo era.

—No sé si lo era o no lo era —volvió a sollozar—. Yo sentí el pinchazo en el brazo, y en dos o tres segundos perdí la conciencia. Solo sé que cuando me desesperé, estábamos ya en ese sitio, en esa casa abandonada, y eran dos hombres los que estaban encima de mí.

—¿Dos hombres? Según usted, solo la penetró uno.

—Sí, eso creo. El otro solo miraba —se limpió los mocos con un pañuelo. —En realidad, no sé lo que pasó hasta que me desperté. Supongo que todo comenzó en ese momento.

—Entiendo, señorita, que usted no se ha realizado la enquistación oclusiva, ¿verdad?

—No. Soy alérgica a la toxina.

En ese momento la miré con cara de estupor. Pero bueno, no era el momento de realizar más averiguaciones. Ya hablaría con ella más adelante.

—Señora —se dirigió a mí una mujer con bata blanca—. Nos acabamos de llegar las pruebas del laboratorio. Su hija tiene restos de *Midazolam*.

—¿Qué es eso?

—Se utiliza como anestésico de corta duración. Para sedaciones, cuando se realizan pruebas médicas. Por la dosis que hemos encontrado, no creo que estuviera dormida más de quince minutos.

—Sí, puede ser —dijo Vicky—. Es el tiempo que tardé... bueno, quizás un poco más hasta que pude llegar a la carretera otra vez y pedir ayuda.

—¿Dice que los dos hombres huyeron en cuanto terminaron?

—Sí. Arrancaron su coche y se marcharon, dejándome allí sola.

—¿Pudo leer la matrícula?

—No. No me fijé.

—Agente, mi hija no estaba en condiciones de leer nada —apunté.

—Sí, claro, lo comprendo.

—¿Puso usted alguna resistencia? ¿La golpearon?

—No. Estaba todavía medio dormida.

—Está bien. Ahora tiene que intentar recordar. Tiene que decirme cómo eran esos dos hombres. Si hablaron algo... La ropa que llevaban puesta...

—Fue todo muy confuso. Ya le digo que no estaba del todo despierta.

—Inténtelo, por favor.

—No conocía a ninguno de los dos. Pero sus caras eran raras...

—¿Raras?

—Yo diría que llevaban puestas... máscaras. No sé... o quizás me lo pareció.

—Es posible —dijo el hombre—. El *Midazolam* puede inducir alucinaciones —terminó de escribir unas frases y luego siguió—. ¿Algún detalle de su vestimenta que pueda recordar?

—No. Quien me violó llevaba una camiseta negra. Y... creo recordar que recogió una cazadora del mismo color cuando terminó.

—¿Algún otro detalle de sus ropas?

—Unas zapatillas blancas... de esas que tienen una estrella de cinco puntas. Sí, creo que eran así. Se tropezó cuando salía y por eso me fijé.

—Entiendo que no reconoció a ninguno por sus voces. ¿No es así?

—Así es. Apenas hablaron.

—¿Apenas? ¿Qué fue lo que dijeron?

—Dijeron... solo recuerdo palabras sueltas, pero... sí, creo que dijeron...

—¿El qué?

—Cuando me desnudaron, miraron mi cuerpo, y el hombre de la camiseta negra dijo algo así como: *Pues si es verdad que está buena. Y eso que no lo parece...*

—¿Dijo eso exactamente?

—Exactamente, no lo sé. Si no dijo eso, dijo algo parecido. No lo recuerdo. El otro hombre asintió, como si estuviera confirmándolo él también.

—Está bien, señorita. Por de pronto, hemos terminado. Puede marcharse ya. Es posible que le hagamos más preguntas, según vaya avanzando la investigación.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Toni. No había dicho nada en todo el tiempo, y había permanecido sentado detrás de nosotras.

—Por el momento, buscar el vehículo. Aunque no nos ha dado una descripción detallada, el modelo y el color ya es una pista.

Nos levantamos y fuimos hacia el coche. Vicky ya se encontraba mejor. Parecía que tras la declaración y la intención de perseguir al violador, se hubiera tranquilizado un poco. Cuando entramos, Toni fue a arrancar, pero se detuvo. Entonces me dijo:

—Mamá, ¿puedes conducir tú?

—¿Por qué?

—Me quedo. Creo que sé quién le ha hecho esto a Vicky.

Captura

El prisionero no se dejó capturar fácilmente. Su coche había sido identificado por la víctima, y se sabía quién era gracias a la persona que lo denunció. Su fotografía estaba en poder de los agentes de la policía que estaban en todos los controles de carretera que se habían emplazado por todo el Estado.

Así las cosas, en pocas horas después de cometer aquella fechoría, fue localizado, apresado, y puesto entre barrotes, a la espera de que al día siguiente le tomaran declaración y le practicaran las oportunas y preceptivas pruebas de ADN para confirmar si efectivamente había sido él.

Pero, como digo, no se dejó atrapar así de fácil, y se llevó por delante a varios agentes que intentaron interceptarle en el primer control policial. Dos de ellos incluso acabaron en el hospital a causa de las heridas que les supuso el impacto con el coche huido. Un coche, por cierto, del que no se volvió a saber nada más.

Fue horas después, cuando el hombre denunciado quiso entrar en la ciudad con otro vehículo, esta vez el suyo propio. A pesar de que ya no era el mismo coche, los agentes identificaron al malhechor y procedieron a detenerlo de inmediato.

Fue un acontecimiento ciertamente mediático y los medios de comunicación desplegaron una labor informativa, que, por otra parte, era habitual en estos casos. Sin decir quién era la víctima ni quién lo había denunciado, su fotografía apareció en todas partes, y todo el Estado y los lugares de alrededor estaban pendientes del denunciado.

Cuando llegó a comisaría siguió revolviéndose y vociferando como un loco:



—¡Yo no he sido! —gritaba—. ¡Se están confundiendo de persona! ¡Yo no he sido!

De poco sirvió. Los eunucos y las mujeres que estaban por allí lo agredieron, lo insultaron... estuvieron a punto de lincharlo allí mismo, hasta que, malherido, fue arrojado en uno de los calabozos del sótano, uno de los más aislados, sórdidos y húmedos de toda la comisaría.

Pero eso no fue lo peor.

Lo peor ocurrió a medianoche. El prisionero había estado gritando durante toda la tarde como un loco. «¡Sacadme de aquí! ¡Yo no he sido! ¡Sacadme de aquí!», sin resultados. Nadie lo escuchó, nadie le proporcionó nada de comer, ni siquiera un vaso de agua. El retrete, maloliente, estaba atascado y el lavabo no tenía agua.

Hasta que, por fin, alguien entró en su celda. En ese momento estaba ligeramente dormido, pues el cansancio le había dejado momentáneamente traspuesto.

Sin embargo, no venían a traerle nada, excepto la muerte.

Primero lo inmovilizaron con un taser. A continuación, y mientras se retorcía de dolor, lo desnudaron de cintura para abajo, y entonces, brutalmente y a sangre fría, con un cuchillo de carnicero, lo caparon. Le despojaron de sus órganos genitales y lo dejaron allí, en el suelo, retorcido por el dolor, y sin parar de gritar.

—¡Yo no he sido! —chillaba—. ¿Por qué me habéis hecho esto? —gimoteaba, ya agonizando—. ¡Yo no he sido! ¡Oh, Dios...!

Los gritos no tardaron en sofocarse. Un gran charco de sangre certificó su muerte, pues, aunque en muchos casos la herida tras esa amputación no es tan grande como para desangrar a una persona, en el forcejeo le perforaron también la vena femoral que corre por la ingle, y eso sí que es letal.

Por supuesto, nadie vio nada, nadie oyó nada, nadie denunció lo que había pasado. Oficialmente, se había suicidado, pero un suceso tan escabroso no se pudo silenciar tan fácilmente, y menos entre la Policía. Aunque no llegó a salir de aquellos muros, todos los agentes se enteraron, entre ellos Víctor, y este nos lo contó a nosotros, aunque no fue inmediatamente. Se lo reservó, y lo soltó muchas semanas después.

Consuelo

Toni necesitaba recibir cariño ese día. Aunque fuera el cariño imperfecto e interesado de Judith, precisaba refugiarse en los brazos y en el pecho de una mujer que no fuera su madre.

Sinceramente, yo no pensaba que le fuera a afectar tanto. ¡Con lo mal que se llevaba con su hermana! Pero así era. Habían pasado ya un par de semanas desde el suceso, y casi se podría decir que él lo llevaba peor que Vicky.

—¿Ves? Eso es lo que pasa por no castrar a la gente. Si estuvierais todos castrados no pasarían esas cosas. Tu hermana no habría sido violada, y todas —y todos—, viviríamos en un universo de paz y armonía.

Judith lo recibió de una manera especial. En lugar de esperarle, como era habitual, con la más exquisita y provocativa lencería, la mujer se vistió con un elegantsísimo y caro vestido de alta costura, y tenía preparada una estupenda mesa servida con los más exquisitos manjares. La música de bossa nova había sido sustituida por una tenue melodía romántica que intercalaba saxo con piano; la iluminación había sido reducida, y sobre la mesa se habían colocado varios candelabros con velas rojas en los lados próximos a cada uno de los comensales.

—¿Te gusta la carne de kobe, Toni?

—Sí —respondió, de forma seca, mientras masticaba el filete.

—Es Kobe japonés de la mejor calidad, de la raza Wagyu.

Judith lo miraba con especial satisfacción mientras comía, sin ella apenas probar bocado. Lo contemplaba como quien contempla a una carísima obra de arte de un reputado pintor que ha sido adquirida en una subasta por una ganga.

—A estos bueyes —siguió—, no les dan de beber agua, sino cerveza; y eso hace que la carne sea tan tierna, con una buena infiltración de grasas. Además, durante toda su vida les crían con música clásica para que estén relajados, y los dan masajes a diario para conseguir esa delicia. ¿No te parece exquisito?

—Tiene que haberte costado una fortuna —dijo, con la boca llena.

—¡Bah, el dinero! ¡Qué más da! ¡El dinero es para gastarlo!

—Sí, claro.

Terminaron de cenar y después brindaron con champán francés del más caro. Él no tenía muchas ganas de hacerlo, pero al final se dejó llevar.

—Vamos, Toni... llévame al octavo cielo otra vez. Llevaba tanto tiempo deseándolo... ¿Por qué has tardado tanto en volver? No sé cómo he podido soportarlo... —le confesó—. ¡Creí que me moría sin tus caricias!

El muchacho la agarró de la mano para hacerle salir de la zona donde se encontraba el comedor, y después la tomó en sus brazos para llevarla al consabido sofá cheslón, donde comenzó a realizar el ritual acostumbrado. Después la despojó de toda la ropa lentamente, mientras la besaba y acariciaba por todas partes, y le daba aquellos pequeños mordiscos por el cuello y por los hombros que la hacían enloquecer de placer.

Se esmeró como solía hacer, y cuando la mujer estaba ya a punto de llegar al octavo cielo, su amante se detuvo.

—Pero qué...?

Unas manos que no eran las de Judith le habían tocado en el cuello, y allí, detrás de él, se encontraba un hombre.

—¿Quién es este? —se incorporó, y a continuación lo hizo ella también.



—Es Nacho. Lo he traído exclusivamente para ti. Lo podrás penetrar, y él te hará lo que tú quieras.

Toni se quedó mirando alternativamente a los dos personajes, sin saber muy bien si reír o si llorar. Al final optó por lo más fácil. Agarró la camisa que había dejado sobre un mueble cercano, se la puso, y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—¡Toni! ¡No!

—¡Me largo!

—¡No! ¡No te vayas! ¡Por favor!

Todos los ruegos fueron en vano. Judith corrió hacia la salida tras de él, lo agarró intentando retenerlo, pero no pudo impedir que se marchara.

—¡Haré lo que tú quieras! —imploró—. ¡Lo que tú quieras! ¿Me has oído? —Estaba casi llorando—. ¡Haré todo lo que tú quieras!

—Demasiado tarde —se soltó, mientras salía por la puerta, dando un fuerte portazo.

La mujer se quedó como congelada durante unos segundos, en los que miraba fijamente a la puerta que se acababa de cerrar, como atontada. Entonces, casi con la misma velocidad con la que había llegado hasta allí, se dirigió hacia el eunuco.

—¡Idiota! —le soltó un bofetón que le reventó el labio—. ¡Lo has estropeado todo!

—Pero... si yo solo hice lo tú me dijiste.... —declaró, mientras con una mano intentaba taparse la herida y limpiarse la sangre.

—¡Lárgate de mi vista! ¡No quiero volver a verte más!

Reflexiones

Habían pasado ya tres meses desde la violación de Vicky y del asesinato aquella noche del compañero de Toni.

La verdad, todos seguimos un poco conmocionados, excepto, paradójicamente, la propia víctima.

—Mamá, yo no sé si hice bien en denunciar a Iván.

Víctor nos había dicho ya lo que le hicieron a aquel mecánico. Siempre habíamos pensado que simplemente se suicidó.

—Hijo, hiciste lo que tenías que hacer.

—Si yo llego a saber que le iban a hacer eso...

—¿No lo hubieras denunciado?

—Creo que no —suspiró—. Joder, ¡mira cómo está Vicky! Sí, al principio estaba muy mal, parecía tan devastada... pero ahora, ¿te parece normal? ¡Está como si nada!

—Tu hermana es muy dura, Toni. Si a mí me hubieran hecho lo mismo, no sé si habría levantado cabeza. Pero ella... bueno, ya lo ves.

—Sí, violó a mi hermana, ¡violó a la hermana de un compañero! Eso es imperdonable... pero también lo que le hicieron... No sé. Fue demasiado. Nadie merece morir como él murió, por muy grande que fuera su delito.

—Ya. Es la ley del Talión. Ojo por ojo, diente por diente.

—No, mamá. Esa ley se hubiera cumplido si Vicky hubiera muerto. Ahí sí es ojo por ojo, diente por diente. Y aun así, joder, no somos... mejor dicho, no deberíamos ser como los animales. Se supone que somos seres civilizados.

—Se supone.

—Pero lo peor es eso, verla como está... Ayer todo el día de juerga, subiendo fotos como una loca a sus redes... ¿Te parece normal?

—Supongo que lo llevará por dentro, Toni.

—Muy dentro tiene que estar, mamá —replicó—. Y lo peor de todo es que yo ahora no tengo la seguridad de que fuera Iván.

—¿Ah, no?

—Creo que me dejé un poco llevar por la ira. Por verme traicionado por un compañero, por ver cómo lloraba mi hermana... y sobre todo, porque me sentía culpable por haberle dicho el día anterior que Vicky no era tan poco sexy como aparentaba. ¡Yo me sentía culpable porque la violaron por mi culpa!

—Nadie violó a Vicky por tu culpa, hijo. Que un hermano ensalce a su hermana no significa que acto seguido vayan a violarla. Quítate eso de la cabeza, porque ahí no tienes razón.

—Ya, es que no dejo de pensar en todo, joder. ¡Parezco yo más afectado que ella!

Le abracé y le di un beso. Estaba casi llorando.

—Pero, ¿de verdad no estás seguro de que fuera él?

—A ver, había muchas coincidencias. Iván estaba resentido contra las mujeres porque a su padre lo arruinaron la vida con una denuncia falsa. Sí, todos estamos resentidos de alguna manera, porque la situación es la que es. Pero él, desde luego, más.

—Ya.

—Por otra parte, él sabía que Vicky esa mañana iba a ir a hacer las pruebas para la academia militar. Yo mismo se lo dije. Además, sucedió justo un día en que él faltó del trabajo. Las zapatillas blancas con la estrella de cinco puntas son las que él suele llevar. Y luego está esa frase, “*pues sí es verdad que está muy buena*”. Eso fue lo que me terminó de decidir. ¡Es como si quisieran comprobar con sus propios ojos lo que yo dije! ¿No te parece todo demasiada casualidad?

—Sí, puede ser. Pero tendría que haber tenido un juicio justo. Un juicio donde se le hubiera condenado con pruebas sólidas. No solo por conjeturas. Por lo menos, había que haber escuchado su versión y comprobar su coartada. No llegaron ni siquiera a tomarle muestras de ADN para ver si el semen era suyo.

—No les dio tiempo, joder. ¡Lo mataron antes! —Una lágrima escapó por su mejilla.

—Toni —le consolé, agarrándole del brazo y estrechándolo contra mí—. Fuerá él o no lo fuera, ya no tiene remedio.

—¡Es que eso es lo peor, mamá! ¡Es que no lo entiendes? Vicky ya está curada de lo que le pasó. ¡No hay más que verla! ¡Joder, y mi compañero está muerto! ¡Sufrió una muerte horrible!

—¿Por qué piensas ahora que no pudo ser él?

—No dejo de pensar en ello, mamá, y le doy muchas vueltas a todo.

—Sí, son muchas casualidades, desde luego. Por ejemplo, ¿habéis llegado a saber por qué no fue a trabajar ese día? ¿No llamó para avisar?

—Sí, llamó. Yo no lo supe hasta el día siguiente, claro. Avisó a primera hora diciendo que estaba enfermo. De hecho, papá me lo confirmó. Sus compañeros le dijeron que fue lo primero que dijo cuando lo detuvieron. Que iba al médico. Por supuesto, pudo ser todo un montaje.

—Si iba conduciendo, no podía estar enfermo.

—Estaba acatarrado. De eso me acordé después.

—O sea, que era verdad... Quizá se puso peor ese día y por eso faltó. ¿No?

—Sí. Pero también se puede violar a una persona con un catarro, mamá.

—Dependería de lo mal que se encontrara, claro.

—Claro. Pero eso no lo sabremos nunca. Lo que me extraña es que lo detuvieran precisamente entrando en la ciudad, y no huyendo de aquí. ¿No te parece raro?

—Puede que se viera acorralado, y optara por seguir esa estrategia, la estrategia del médico. Sabría que lo iban a atrapar tarde o temprano y...

—Sí, claro, puede ser eso. Pero es que, el coche que vio Vicky no era el suyo.

—Bueno, eso es lo de menos. Pudo ser alquilado, o quizás del cómplice.



—Sí, pero ese coche no se ha encontrado todavía.

—Claro, porque no lo han buscado. Habían encontrado ya al culpable, y ¿para qué molestarse en seguir atando cabos? Así están las leyes en este país. Cosas así descubro a diario en el juzgado.

—Sí, ya habían encontrado al culpable. Un culpable que fue sentenciado y ejecutado en el mismo día, cuando quizás el verdadero culpable esté todavía suelto.

Asentí. Tenía toda la razón.

—Además —siguió con su argumento—, esas zapatillas blancas con la estrella las tiene mucha gente. ¡Yo mismo las he tenido!

—Sí, pero es otra coincidencia más.

—Y el otro tipo con el que estaba no podía ser Frank, que también estuvo presente en la conversación del día anterior en el taller. ¿Recuerdas que el otro dijo: “Sí, es verdad, está muy buena”? Frank estaba conmigo trabajando cuando la violaron.

—Eso solo demuestra que Iván, o quien fuera, le habría dicho a su cómplice que Vicky no era tan poco sexy como aparentaba.

—Ya. Y él, ¿cómo lo sabía, si no era Iván? ¡Yo fui quien se lo dijo! ¡Joder! ¡Yo le dije que mi hermana estaba muy bien! —dio un puñetazo en la mesa con rabia.

—Toni, no hace falta decir eso para saberlo. ¿No has oído nunca un refrán que dice “aunque la mona se vista de seda, mona se queda”?

—Sí, claro.

—Bien, pues eso también es cierto en sentido contrario. Las personas guapas son guapas y tienen curvas, aunque se las tapen. Al menos yo las distingo bien.

—Sí, yo también. Esas cosas se intuyen, aunque no estén a la vista.

—Pues eso. Quizás la conocían de vista, e hicieron... una apuesta, o algo así. ¿Por qué no?

—Mamá, no me digas eso, por favor. Eso me hace si cabe más daño. De ser así, he mandado a la muerte a un inocente.

La pretensión de vivir

—¿Te ocurre algo, Vicky? He visto sangre en el inodoro.

—Estoy con la regla.

La miré durante unos instantes y dije:

—Pero, ¿tanta? Tú no sueles tener reglas abundantes.

—Pues ya lo ves. Esta vez ha sido así.

—¿Cuándo tuviste la última?

La chica miró hacia un lado. Se la veía incómoda, como no queriendo continuar la conversación.

—Sí, eso es —dijo, finalmente—. Tengo un retraso de dos meses. Por eso ha venido tan abundante esta vez.

—Pero, tú sueles ser tan regular...

—Claro. Pero después de lo que me ha pasado, ya sabes que los sustos o los nervios alteran el periodo.

Asentí. Un acontecimiento tan traumático como una violación es motivo más que suficiente para eso. Aunque también pudiera ser que la propia violación fuera la culpable de... En ese momento recordé que el día antes Vicky había estado hablando en su habitación durante un buen rato con su amiga Mary, y me había parecido escuchar varias veces la palabra "clínica".

En ese momento, mi expresión se transformó por completo y ese cambio no pasó inadvertido a mi hija.

—¿Dónde estuviste ayer por la tarde?

—¡A ti que te importa! —respondió, airada, y eso confirmó mis peores sospechas.

Negué con la cabeza en un gesto claro de desaprobación, con el rostro totalmente serio, y Vicky no tuvo más remedio que sincerarse.

—Sí, me fui a abortar. No querrías tener una nieta de un canalla como ese, ¿verdad?

Yo volví a negar con la cabeza, totalmente consternada. Sentí una punzada en el estómago que me hizo torcer el gesto. Solo atiné a decir:

—¿Cómo sabes que era una niña?

—Me lo han dicho esta mañana. Yo no pedí saberlo, pero se han debido confundir. Sus cromosomas tienen dos equis.

—Ya...

—Bueno, en realidad, no era una niña. Era solo un conjunto de células.

—Claro. Lo mismo que eres tú. ¿Acaso no eres tú también un conjunto de células?

Vicky se quedó callada. Yo seguí, intentando mantener la calma, intentando no ponerme a gritar.

—Pero con la diferencia de que ese conjunto de células al que has matado no había hecho nada malo y merecía vivir, mientras que el conjunto de células que eres tú ha cometido un crimen abominable, y por tanto, merece más la muerte que ese otro conjunto de células que no ha hecho nada.

—¡Es la hija de un violador! ¡Es que no lo entiendes! ¡Es la hija de un violador!

—Sí, y también la tuyas. ¡Tu propia hija!

—¡Es la hija de un violador! —insistió—. ¿Cómo iba a querer a una persona así? ¡Tendrá su carácter!

—¡Ah! ¡Y por qué precisamente el suyo, y no el tuyo? ¡Eh? En nuestra familia, mismamente, Toni sale a mí y tú te pareces más a papá. ¡Por qué tiene que salir a él?

—Por si acaso.

—Claro. Prejuzgamos antes de nacer, y nos lo cargamos por si acaso. Además, aunque lo fuera. Aunque se pareciera a él. Una buena educación moldea cualquier carácter, y más si era una niña. ¡Acaso tú, que en teoría eres como papá has heredado alguna de sus conductas? ¡A que no?

Se calló, pero seguía mirándome con los ojos fríos como el hielo.

—Vicky, no es justo que el mal que ha hecho esa persona lo tenga que pagar un bebé con su vida. Ninguna muerte está justificada, y mucho menos la de un ser inocente que no ha cometido ningún delito. ¡Es que no te das cuenta? ¡Es que ni siquiera se te pasó este pensamiento por la cabeza?

—No.

—No me puedo creer que ni siquiera lo dudaras.

—¿Cómo iba a dudarlo? ¿Quién dudaría en abortar en una situación como la mía?

—Cualquier persona mínimamente reflexiva lo dudaría.

—¡Pues yo no! ¡Era el hijo de un violador!

—Un violador que ya ha pagado con creces todas sus culpas, ¿no te parece? Ha muerto desangrado en el suelo de una prisión... ¡O es que eso no es suficiente? ¡Es que sus delitos son tan graves que tiene que seguir pagándolos su hija? ¡Tiene que seguir habiendo más muertos para satisfacer tu sed de venganza? ¡Eh?

—Yo no quiero ser madre. ¡Nunca lo he querido!

—Muy bien. Pues no lo seas. Nadie te obliga, ni siquiera después de parir a un hijo. Lo das en adopción, y así te libras de él. ¡Pero no lo matas! ¡No comprendes la diferencia? ¡Eh?

—Ya, claro, y tener que pasar un embarazo de nueve meses, y justo ahora que me falta solo un mes para ingresar en la academia militar. Después de tanto tiempo estudiando, después de haber aprobado las pruebas, ¿pretendes que me quede sin conseguir mi sueño?

—Claro. Entrar en la academia es tan importante, que si hace falta cargarse a alguien por el camino, pues te lo cargas. ¡No?

—Bueno, ya está bien. La cuestión es que yo no quiero pasar por esto, y menos tener a la hija de un violador. ¡Te enteras?

—Tú también eres hija de otro violador. ¡No es tu padre un violador, como lo son todos los hombres? ¡Eh? ¡Acaso no decís eso las feministas de ahora?



—No compares, mamá. Este lo ha hecho a la fuerza.
—¡Ah! ¿Te das cuenta? ¡Es que esa es la diferencia, hija! Un hombre no puede ser un violador si la mujer lo desea. ¡Esa es la diferencia, Vicky! ¡A ver si lo entendéis de una vez!
Ella intentó replicar, pero yo la detuve.
—Y no quiero oír, y menos ahora, todas esas estupideces de que nos han educado para aceptar sumisas y hasta desear lo que en el fondo es una violación. ¿Te queda claro? ¡No quiero volver a oír eso en mi casa!
Me miró con una mezcla de sarcasmo y de desprecio, y añadió:
—Si me hubiera hecho la enquistación nada de esto me hubiera pasado, ni me habrían podido violar. Joder, pero dio la casualidad de que soy alérgica a la toxina.
—¿Cuándo quisiste hacerte eso?
—En cuanto cumplí los 16 años. Es lo que hacemos todas.
—¿En serio?
—¡Pues claro! Pero, ¿tú en qué mundo vives? Hoy en día las violaciones no van más allá de un asqueroso manoseo gracias a eso.

La enquistación oclusiva consistía en la inyección de una toxina benigna en la entrada de la vagina, que rápidamente desarrollaba un quiste que formaba un tapón natural e impedía que una mujer pudiera ser penetrada.

—Vicky, ¿tú sabes cuántas mujeres se han arrepentido de haberse hecho esa barbaridad?

—¿Por qué? Es indoloro y no causa molestias.

—Ya, pero eso implica que no podrías tener relaciones sexuales nunca más.

—No. Que no podría ser penetrada, que no es lo mismo. Además, quienes se han arrepentido suelen ser siempre mujeres de tu edad. Mujeres que no han sido educadas convenientemente, y han vuelto a recaer en el machismo. Pero eso ya no ocurre. Ahora, todas tenemos muy claro que jamás desearemos que un hombre nos penetre.

—Dicen que las reglas son más dolorosas, al no tener apenas sitio por donde salir.

—Claro. Pero es que a la vez que te hacen eso te realizan una esterilización que las suprime. Que es lo que yo me voy a hacer en cuanto tenga dinero, para que esto no me vuelva a pasar.

—Ah, ¿y la enquistación sí te la pensabas hacer? ¿Con qué dinero?

—Eso no es tan caro como lo otro. Con lo que tú me das para salir es suficiente.

—No te volveré a dar más.

—Me da igual. Aunque por desgracia no puedo hacerme la enquistación por la dichosa alergia, no te quepa duda de que me haré la esterilización. Con mi sueldo de militar me lo pagaré, y tú no podrás impedirlo. Me podrán penetrar, sí, pero jamás volverán a dejarme embarazada.

Me escandalicé, ya del todo, después de oír aquello.

—Vamos, que os quedáis como los eunucos. Estériles de por vida.

—Estériles, sí, pero sexualmente activas. Una mujer no necesita la dichosa vagina para tener orgasmos.

—Sí, sí, lo de siempre. Renunciáis al amor a cambio del hedonismo.

—¿Qué amor?

—El que dan los hijos, Vicky. El que les das tú a ellos, y el que ellos te dan a ti. Sin ir más lejos, las satisfacciones que te podría haber dado, a ti y a mí, la hija que has matado —suspiré.

—Mamá, soy una persona digna de lástima. He sido violada.

—Sí, hija. Desde luego que lo eres. Eres digna de lástima, porque has sentenciado, condenado y ejecutado a un ser inocente. ¡A tu propia hija! ¿Qué delito ha cometido?

—El delito de tener un padre violador —musitó, dándose la vuelta.

—¿Y qué culpa tiene ella de eso? ¿Eh? ¡Contesta!

Se volvió hacia mí, pero siguió mirándome igual que antes, con cara seria, sin concederle la menor importancia a lo que había hecho.

—Muy bien. Yo te lo diré: solo hay un delito que se le puede achacar a esa niña, y es el delito grave, inaceptable e imperdonable por el cual todas las madres abortan a sus hijos. ¿Quieres saber cuál es?

—¿Cuál?

—El delito de pretender, simplemente, vivir.

Arresto

Las violaciones existían, desde luego. Siempre habían existido. Dejando de un lado la idiotez de nuestras feministas que decían que todos nuestros maridos nos violaban, el caso es que nunca se ha sabido con datos más o menos verídicos en qué época había habido más. Violaciones reales, claro está.

En los tiempos antiguos no existían datos estadísticos. Era la época de la monogamia, normalmente cada hombre tenía “asignada” una mujer con la que “vaciar sus bajos instintos”, como decían nuestras feministas. Por supuesto, también había violaciones más o menos consentidas dentro de los matrimonios, aunque esas “teóricamente”, no eran tales. De las otras, de las que sí que eran tales, debía haber pocas, pues la prostitución estaba a la orden del día, y además, los castigos de la época eran casi tan ejemplares como los de ahora.

Luego llegaron los tiempos en que desapareció la monogamia, es decir, finales del siglo XX y principios del XXI, pero las mujeres “liberadas” también lo eran de los prejuicios del sexo. No era difícil acostarse con cualquiera, y yo creo que las violaciones debieron caer a datos mínimos. Pero claro, eso no era rentable para los grupos de feministas exacerbadas que vivían de los lobby anti machistas que se promovieron por doquier, y entonces, aunque fueran pocas, cada una de las que se producía era anunciada de forma masiva por todos los medios informativos, y eso produjo una sensación de que era algo habitual, abundante y continuo.

Hasta que llegamos a nuestra época, y las cosas se pervirtieron por completo. Los hombres fueron completamente privados de mujeres, y las violaciones, sin embargo, no aumentaron tanto como se esperaba, a pesar de que ni siquiera tenían acceso a la pornografía para desfogar “sus bajos instintos animales”.

Y no aumentaron, entre otras cosas, por las severas penas a las que se sometía a los violadores. Sin embargo, existían, lógicamente, y nosotros fuimos testigos de dos.

Jamás habíamos conocido a ninguna mujer violada. Al menos personalmente. Pero en muy corto espacio de tiempo conocimos a tres. La primera fue Ángela, la compañera de Víctor, cuyo testimonio nos impactó a los dos, pero especialmente a mi marido. Después fue Vicky, cuya desgracia nos impactó a todos, y de qué manera. Y la tercera víctima...

La tercera víctima fui yo. Fui yo, pero con una notable diferencia respecto a las otras dos: a mí, en realidad, no me violó nadie.

Ese día llegaba de los juzgados, y me encontré en mi casa la escena más dantesca que jamás me hubiera podido imaginar.

Cuando abrí la puerta de mi casa, tras venir de mi trabajo, me encontré a mi marido que forcejeaba con otros cuatro policías.

Primero habían venido dos, a quienes Víctor había abierto la puerta sin mayor preocupación. Pensaba que venían a traerle alguna denuncia de alguien con quien se había propasado a la hora de practicar una detención. Era algo bastante habitual, y a todos los policías les pasaba. Sin embargo, habían venido a detenerle. Y lógicamente, se revolvió. Como no podían con él, tuvieron que llamar a los otros dos que se habían quedado en el coche, y ya siendo cuatro consiguieron reducirle, eso sí con un taser.

Fue en ese momento cuando yo llegué.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunté, muy asustada—. ¿Qué le están haciendo a mi marido?

Víctor estaba exhausto, totalmente aturdido por el taser.

—Apártense, señora. Este hombre está acusado de violación.

—¿Acusado de violación? ¿Por qué? ¿A quién ha violado mi marido?



—A usted, señora —replicó uno de ellos.

Entonces se me torció el gesto y mi corazón comenzó a latir deprisa. Me volví hacia Vicky, quién estaba también allí, contemplando la escena totalmente impávida.

—Pero ¡qué has hecho, loca! ¡Estáis todas locas! —gritó—. ¿Es que no has tenido bastante con lo que le ocurrió a ese muchacho? ¿Cuántos más hombres tienen que pagar por lo que te hizo? —comenzó a llorar—. ¡Hasta tu propio padre!

Mi hija puso un gesto serio y negó con la cabeza.

—No, mamá... Yo no he sido.

—¡Cómo que no!

—¡Yo no he sido! —gritó. Parecía tan conmocionada como yo.

—Pero entonces, ¿quién? ¿Quién ha sido?

—He sido yo —dijo una voz.

Todos los ojos se volvieron hacia el lugar de donde provenía, en la habitación de Angie. Allí, en el quicio de la puerta estaba la pequeña, mirándonos con cara seria y los ojos fríos como el hielo.

—He sido yo —repitió—. Papá es malo. Es un violador.

La denuncia

En las feroces dictaduras comunistas del siglo XX, los hijos denunciaban a los padres por ser contrarrevolucionarios, y se los llevaban a los campos de concentración. Nuestra actual dictadura del odio no distaba mucho de aquellas y permitía e incluso alentaba que una niña de 10 años pudiera denunciar a su padre por hacer algo tan natural como amar a su madre. Hasta ese punto se había pervertido nuestra sociedad.

La humanidad no es capaz de aprender de los errores del pasado, y la historia se repite, una y otra vez. Por mucho que nuestro gobierno hubiera sido elegido democráticamente, eso no le daba derecho a permitir una cosa así. Hay cosas que están mal “per se” y son inmorales, aunque una mayoría de la gente opte por ellas.

La ponzoña que les metían en la cabeza en los colegios desde que entraban allí era verdaderamente demencial, y lo peor es que no podíamos escapar de ellos. La asistencia de los niños a la escuela era obligatoria; solo existían escuelas públicas, y los padres no teníamos la opción de educar a nuestros hijos en ninguna otra parte.

Después de la violación de Vicki y todo lo que se había hablado en mi casa, la niña no podía permanecer indiferente. Había oído y escuchado de todo, y para colmo, ese día, la Inquisición había estado en su colegio.

Fue en el recreo. Acababa de asistir a una charla donde algunas mujeres del Comité Permanente de Vigilancia y Alerta Temprana contra el Machismo (la Inquisición), habían estado proyectando un documental sobre violaciones —violaciones reales—, con entrevistas a mujeres afectadas. Les dejaron ver bien a las claras que cualquier penetración es agresión sexual y que los hombres sin castrar eran poco menos que animales.

Llevaban ya años entrando en los colegios para adoctrinar a nuestras hijas, y ya desde bien pequeñas les enseñaban todos los entresijos de la sexualidad. Por supuesto, solo de la sexualidad femenina, incluidas clases de masturbación con muñecas.

Sí, hacía mucho tiempo que las aulas ya no eran mixtas. Los chicos tenían que ir a clases separadas en los pocos colegios en donde los admitían, ya que, por lo general, tenían que ir a escuelas solo masculinas. Unas escuelas donde, por supuesto, no les enseñaban a masturbarse, entre otras cosas porque no podían hacerlo: la mayoría ya eran eunucos. Al resto, a los que no estaban castrados, les infundían un complejo de culpa que casi les hacían tener que pedir perdón por existir.

Sinceramente, creo que nuestro hijo Toni no acabó siendo un complejo gracias a que creció en una familia sana, donde la existencia de una figura paterna cercana que se preocupó por él y que dio la talla como padre, le hizo mantenerse dentro de los límites de la normalidad.

Aquel día, cuando se terminó de proyectar el video en la clase de Angie, la mujer de la Inquisición les dijo:

—Si conocéis algún caso de machismo, abuso, agresión sexual, violación o cualquier comportamiento inapropiado, no os calléis. Tanto si os lo hacen a vosotras, como si habéis sabido de ello por terceras personas, acudid a la oficina que está a la entrada, y allí os ayudarán.

La oficina de la entrada era un lugar donde se apostaba la Inquisición. Al igual que en la Unión Soviética había un miembro del Partido en cada portal —el comisario político—, en los colegios, lugar de especial relevancia por lo que implicaba de cara a adoctrinar a las futuras votantes, también había una o dos personas que estaban allí para “velar” por el recto cumplimiento de las normas, y que ninguna niña tomara caminos equivocados.

Cuando Angie llegó a la ventanilla no había nadie, pero se oía a dos mujeres reírse a carcajadas en el interior. Eran dos punkies que charlaban con otra mujer, que era la responsable de la oficina. La niña estuvo a punto de darse la vuelta, hasta que esta última detectó su presencia y se acercó a ella.

—Hola pequeña. ¿Qué querías?

Era una mujer vestida con una chaqueta azul, bastante formal para el ámbito de donde procedía. Una punkie reformada por fuera, lo necesario para trabajar en una oficina así.



—Nos han dicho en clase que no debemos callarnos si vemos casos de machismo.

—¡Por supuesto! ¡Has venido al sitio apropiado! ¿Cómo te llamas?

—Angie.

—Perfecto, Angie. Aquí estamos para hacer una sociedad más justa y para perseguir a los hombres que son malos.

—También nos han dicho que no debemos callarnos ante los casos de abusos, acosos y...

—Agresiones sexuales —completó la inquisidora—. ¡Así es! ¡Veo que eres una alumna aventajada!

La mujer salió de la oficina y cerró la puerta.

—Espera, ven conmigo —la agarró de la mano—. En esta salita de aquí estaremos más cómodas.

Las denuncias siempre se hacían de forma discreta para proteger a los denunciantes. No era plan hablar de un tema “escabroso”, allí, en medio de un pasillo. Después de que se hubieran sentado, la punkie le dijo:

—Muy bien, Angie. Dime, ¿has visto algún caso de esos?

La niña asintió.

—¿Quién lo ha hecho?

—Mi papá.

—¿Tu papá? ¿Ha violado a alguien?

Angie volvió a asentir.

—¿A quién?

—A mi mamá.

La mujer sonrió y estuvo a punto de no hacer más preguntas. ¡Otro machista cazado!, se dijo, y otra mujer *liberada*, claro. Pero le pudo la curiosidad.

—Pero, ¿tú como lo sabes?

—Los oigo.

—¿Ah sí?

Asintió y dijo:

—Hace poco me cambiaron, y ahora mi habitación está al lado de la suya. También les he visto alguna vez. Me levanté y me asomé despacio, sin que me vieran.

—Muy bien, pequeña. —La mujer terminó de recabar los datos—. ¿En qué curso estas?

—En quinto.

—¿Me puedes decir dónde vives?

—En la calle de al lado de la tienda de comidas para mascotas.

—¿Sabes cómo se llama esa calle?

La niña negó con la cabeza.

—Bueno, no te preocupes. Preguntaré en secretaría y ellos me confirmarán dónde es. Dime tu nombre y apellido, y con eso será suficiente.

Como era menor de 12 años, la niña no podía figurar como denunciante, pero la inquisidora lo hizo por ella. Por su cargo, bastaba cualquier indicio para descargar todo el peso de la ley sobre el infractor.

Mientras escribía, la pequeña preguntó:

—Papá es malo, ¿verdad?

—Por supuesto, Angie. Los hombres no pueden hacer eso con las mujeres. Nos hacen mucho daño.

—Sí. Eso es verdad. Mi mamá hace gemidos, y alguna vez la he oído gritar.

Traslado a la comisaría

Había salido de guardia esa madrugada y sabía cuál era el código de las esposas. Un código que se renovaba cada día. Los dos eunucos que llegaron primero no le conocían, pero los del coche, sí. ¿Habían sido tan estúpidos de ponerle el mismo código, sabiendo que él era policía? El problema era que, si lo introducía y luego pulsaba el botón de “abrir”, fuera el mismo código o no lo fuera, iba a sonar un pitido, y entonces se darían cuenta.

Cuando se le quitó el dolor y se le pasó algo el aturdimiento, comenzó a increpar a los dos eunucos que le acompañaban en el asiento de atrás.

—Me vais a castrar, ¿eh? ¿A que no tenéis cojones a hacerlo? No. Precisamente cojones es lo que no tenéis.

Desde nuestra casa a la comisaría había un trayecto de unos veinte minutos, de los cuales los últimos ya estaban en el centro de la ciudad y la velocidad estaba limitada. Su plan era provocar a los eunucos lo suficiente para que lo golpeasen, y en ese momento pulsaría el botón que validaba el código. Las esposas se abrirían, con suerte, y con el golpe propinado no se oiría el clic. Despues esperaría el momento propicio para golpear al hombre de su derecha, que parecía ser el que estaba menos pendiente de él, y aprovechar la confusión para quitar el táser al de su izquierda, aplicarlo sobre este y salir por ese lado. Sin embargo, ninguno de los dos se inmutó lo más mínimo con los insultos, ni siquiera cuando les dijo, “*como os han castrado, os han quitado la bravura y ahora sois como los bueyes*”. El caso es que al final entraron en la explanada que hacía de parking en la comisaría, y detuvieron el coche. No le quedó más remedio que accionar el botón cuando ya estaban fuera, y entonces comenzó la refriega.

Primero dejó fuera de combate a los dos de atrás mediante una patada y un golpe en la cara con las esposas. Como eran metálicas, un impacto así les hizo gritar de dolor, y en la práctica, quedaron fuera de combate. Los otros dos intentaron sacar sus armas, pero él ya se la había quitado a uno de ellos, a quien golpeó en la cabeza con la misma. El otro consiguió sacarla a tiempo, pero una fuerte patada en su brazo hizo que esta saliera despedida.

Al oír los gritos, dos policías que estaban en las inmediaciones del aparcamiento salieron al exterior. Eran Oscar y Ángela, y enseguida se sumó la sargento que estaba de guardia.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Oscar cuando salió y se encontró a su antiguo compañero peleando con los eunucos.

—Alguien lo ha denunciado —contestó Ángela—. Yo me acabo de enterar.

—¿Denunciado? ¿Por qué?

—Por violación... de su mujer.

—Pero ¿quién...?

—No lo sé, Oscar. Cualquiera puede haber sido.

—Pero, ¿qué están haciendo ahí parados? —gritó la sargento que acababa de salir. Era una mujer obesa que salía desarmada. ¡Ayuden a esos hombres! —ordenó—. ¡Vamos!

Ninguno de los dos se movió. Es más, Oscar lo hizo con el objetivo claro de ayudar a Víctor, pero Ángela se lo impidió, sujetándolo fuertemente.

—Estás loco? ¡Te echarán del cuerpo!

—¡Suéltame! —gritó, y consiguió desembarazarse de ella. Pero en ese momento, el boss ya se había librado de sus cuatro oponentes, dejándolos prácticamente fuera de combate.

Víctor tenía en sus manos la pistola de uno de ellos, y podría haberlos disparado, o al menos amenazado con ella. Pero eso era algo tabú para él. Jamás usaría un arma contra un compañero. Así que comenzó a correr a toda velocidad hacia la salida, pues veía factible alcanzarla antes de que reaccionaran. Pero no había visto ni contaba con los otros tres que estaban presenciando la escena, y uno de ellos, la sargento, volvió a ordenar a los otros dos:

—¡Dispárenlo! ¡No me han oído? ¡Acaben con él!



Ángela sacó su arma y disparó al aire, pero Víctor no se inmutó. Al igual que él jamás dispararía a un compañero, su instinto le decía que ellos tampoco lo harían. Ya estaba cerca de la salida.

Entonces, uno de los eunucos de la refriega, el que estaba en mejores condiciones, sacó su arma y apuntó.

—¡Dispáren ya! —volvió a gritar la sargento.

Víctor estaba ya a punto de salir del recinto, y entonces Ángela bajó el arma. Por supuesto, no iba a traicionar a su compañero. Sin embargo, el eunuco sí que estaba dispuesto a disparar. Oscar leyó la determinación en sus ojos, y se dispuso a impedirlo.

Los policías habían sido entrenados para disparar a las piernas en caso de huida de un detenido, y la lógica le decía que golpear el brazo del eunuco hacia abajo serviría para que el disparo impactase en el suelo. Por el contrario, golpearlo hacia arriba podría ser mortal, pues el tiro podría impactarle en la cabeza. Sin embargo, ocurrió justo lo contrario. El eunuco se movió un poco hacia adelante, y Oscar no pudo golpearlo en la mano como pretendía, sino algo más atrás. Al golpear el brazo del hombre hacia abajo, la mano basculó hacia arriba y el impacto alcanzó al fugitivo en el centro de la espalda, atravesándole los pulmones.

Víctor cayó al suelo, produciéndose un fuerte impacto al chocar su cuerpo con el asfalto que constituía el pavimento del parking, y se desplomó.

En ese momento, Oscar corrió febrilmente hacia él, y lo dio la vuelta. Su compañero tenía los ojos fijos, vidriosos, mientras algo de sangre comenzaba a salir por su boca. Entonces se puso a llorar. Décadas de experiencia, de haber visto en las mismas circunstancias a muchos fugitivos, le decían algo que, a pesar de todo, se negaba a admitir: su amigo estaba agonizando.

—Esta vez no he podido salvarte, compañero... —le abrazó, con los ojos llenos de lágrimas.

Víctor esbozó una sonrisa de afecto mientras intentaba hablar, y al final contestó:

—Lo has hecho tantas veces, que... tendría que estar muerto hace mucho tiempo... si no hubiera sido por ti.

—Hasta siempre, compañero —consiguió decir, totalmente compungido, y con el alma rota de dolor.

Punto y aparte

Hay tres fechas marcadas a fuego en mi vida. El 20 de octubre, que fue cuando lo conocí, el 15 de abril, que fue cuando tuvo lugar el milagro de Medjugorje, y el 30 de noviembre, que fue cuando lo perdí.

En mi afán por impedir que se lo llevaran, uno de los eunucos tuvo que inmovilizarme a mí también con un táser, pues estaba obstaculizando seriamente su labor. Cuando me recuperé, tomé un taxi, y al llegar a la comisaría me encontré con Oscar y Ángela, quienes intentaron decírmelo de la mejor manera que pudieron. Aun así, no consiguieron evitar que me diera un tremendo ataque de ansiedad, en el que fue el peor día de mi existencia hasta ese momento.

Había perdido al amor de mi vida, a mi único amor, al padre de mis hijos, a quien enterramos al día siguiente en el cementerio de la ciudad. Fue un día lluvioso y frío, lleno de tristeza, amargura y desolación, y a cuyo recuerdo procuro no asomarme demasiado, pues cada vez que lo hago siento una aguda punzada que me hace estremecer de dolor.

Jamás culpé a mi hija de aquello. Ella no tenía la más mínima culpa, sino la sociedad tan abyecta en la que nos había tocado vivir.

Aunque muchas veces desde entonces, hasta el día de hoy, me pregunto cuál es mi responsabilidad sobre aquello. La responsabilidad de Víctor y mía, lógicamente, pues los padres somos en buena medida los responsables de la educación de nuestros hijos.

Muchas veces me consuelo pensando en que el poder de adoctrinamiento de esta dichosa sociedad que ha robado a los hijos de los padres, es tal, que poco podemos hacer nosotros para siquiera enmendar algo una coacción tan intensa.

La única manera sería vivir de espaldas al mundo, sin ver pantallas, sin hablar con nadie. Algo, lógicamente, imposible.

La pérdida de Víctor fue un desgarro tal en nuestras vidas, que yo creo que jamás nos recuperamos de ello.

Y quién lo llevaba de una manera más difícil era quizás Toni.

Se parecía a su padre en muchas cosas, pero era muy distinto en otras, en cosas que se parecía más a mí. No tenía ese carácter tan social y tan abierto como Víctor, ni era tan impulsivo, y por eso el suceso lo conmocionó tanto. Pero no fue un tipo de conmoción que lo hundiera en la más profunda de las tristezas, como fue lo que me ocurrió a mí. Era algo diferente, algo que lo sumió en un mar de confusión, que lo descolocó por completo. Tuvo desde ese día un comportamiento errático, bipolar, alternando momentos de euforia con otros de suma tristeza y angustia.

Y en uno de esos momentos extraños, accedió a verse con Judith a raíz de la enésima llamada que esta le hizo.

En efecto, después de lo que había pasado con la escenita del eunuco, esta le había suplicado varias veces que volviera. Se lo había implorado. Le había prometido que haría con él absolutamente todo lo que él quisiera, con tal de que regresara.

Y por fin, esa tarde se decidió a ir. Era lo último que deseaba hacer en ese momento, y quizás por eso acudió, fruto de la confusión interna que sufría.

Iba camino de su casa en la zona VIP de la ciudad, y sin embargo, no paraba de darle vueltas a otra cosa. Era algo que había pensado hacer en más de una ocasión.

En efecto, más de una vez, incluso antes de la muerte de Víctor, se le había pasado por la cabeza, y todas esas veces había desecharlo la idea por absurda.

Pero ahora, en ese amasijo de pensamientos que iban y venían, que entraban y salían de su mente, lo había vuelto a reconsiderar, y además, seriamente.

Era algo peligroso; una verdadera aventura; algo que nadie hacía, a pesar de que era la salida más lógica. No tenía nada que ver con Judith, y sin embargo, pensaba más en ello que en lo que probablemente iba a hacer con ella en cuanto llegara a su casa.

Sí, con toda seguridad harían por fin el amor, después de tanto tiempo. Pero no dejaba de pensar en lo otro.

Más de una vez se había dicho: «no, no puede ser. ¡Es una locura!». Pero el pensamiento era recurrente, y cada vez lo consideraba como algo más que una opción. «Me puede salir mal... ¡Es muy probable que me salga mal...! Y entonces sería mejor no haberlo intentado», se decía.

Cuando llegó al inmenso bloque de apartamentos, pulsó el timbre que comunicaba con la casa de Judith. La puerta no tardó en abrirse, pero él se resistía a entrar. Ella lo veía por la videocámara, pero él permanecía inmóvil.

—¿Toni? —susurró. No quería que nadie oyera su voz.

—¿Toni? ¿Por qué no entras?

Mi hijo permaneció unos instantes más allí, en el umbral del portal, mirando hacia el infinito.

—¿Toni? ¿Qué ocurre?

Tras unos segundos más, miró hacia el objetivo de la cámara, y, sin decir nada ni poner ningún gesto, se volvió y desapareció por donde había llegado. Ya estaba harto de todo, y se decidió a hacer aquello que tenía que haber hecho mucho antes.

—¡Toniiiiiiiiii! —gritó la mujer, esta vez sin ningún pudor, como si presintiera lo que efectivamente ocurrió: que no volvió a verlo más en toda su vida.





Tercera parte - Susa

Los amantes

El horno abrasador del día se estaba apagando lentamente y ya se veían las primeras estrellas sobre el horizonte, por el lado contrario a donde se escondía el astro rey.

El sol, cansado de su jornada, se despedía con sombras alargadas en un abrazo cálido de tonos anaranjados y dorados mientras la noche se abría paso lentamente.

El viento nocturno comenzaba a soplar ligeramente, y eso permitía que los miembros del poblado salieran al exterior a intentar refrescarse. Las mujeres se sentaron en sus taburetes y comenzaron a charlar, mientras los hombres seguían en las tiendas enfrascados en discusiones de la más diversa índole. Los niños, en cambio, incólumes al calor o al frío, seguían jugando en la veranda, tal y como venían haciendo desde el almuerzo, y sin parar de reír y de correr.

Karim y su flamante esposa se habían marchado un poco más lejos, a una de las colinas que rodeaban la aldea, cerca del rebaño de cabras de su suegro. Habían dejado a los animales más abajo, en el cercado, donde estos comenzaban a dormir.

Pero ellos no tenían sueño. Estaban entusiasmados el uno con el otro, y no paraban de besarse y de acariciarse, y de susurrarse palabras de amor. Fuera de la vista de todo el poblado, habían subido a la cima de la pequeña elevación, y allí se gozaban mutuamente, semidesnudos, sobre el conjunto de mantas que habían dispuesto por el suelo. Allí estaban los dos esposos extasiados de amor, degustando las más exquisitas mieles de la felicidad.

Las estrellas ahora dominaban el horizonte esperando que la luna bañara con su resplandor las colinas cercanas, mientras que, en la lejanía, el tímido resplandor de las luces de la aldea luchaba por iluminar el firmamento, sin conseguirlo.

Los jóvenes amantes se saboreaban el uno al otro, mientras sus miradas se encontraban, y el mundo parecía detenerse a su alrededor sin mayor preocupación que la que llevaba aquella vida sencilla, tranquila y plena. En el ocaso del desierto encontraban un refugio en el que se extasiaban amándose intensamente, un lugar en el que el tiempo se disolvía y el mañana no existía. Tan solo quedaba la esencia pura del amor y la felicidad.



—Karim, ¿son bellas las mujeres de tu tierra?

El joven hizo un ligero gesto de disgusto, pero ella no lo llegó a percibir.

—No, amor mío. No lo son. Son feas, chocantes, horribles... no se las puede ni mirar.

—¿Y por eso viniste aquí? ¿Para encontrar el amor?

—Así es, vida mía. En mi tierra no existe el amor. Solo existe el odio. Es un lugar horrible. Y por eso vine aquí, para encontrarte a ti, luz de mi vida y alegría de mi corazón.

Se besaron y se fundieron en un tierno abrazo, mientras el viento agitaba y mecía sus cabellos. Estuvieron unos instantes sintiendo el latido de sus corazones, hasta que ella volvió a preguntar:

—No lo entiendo, Karim. ¿Por qué las mujeres de tu tierra prefieren trabajar antes que estar con sus familias? ¿Es que son idiotas?

—Lo son, amor mío. Lo son. ¡Las han engañado! —exclamó—. Prefieren madrugar y pasar penalidades antes que construir una familia que las quiera.

—No me puedo creer que una mujer prefiera trabajar antes que estar con sus hijos.

—Pues así es. Odian a los hombres. Los odian y los temen. Se piensan que, si se casan, el marido las va a golpear o las va a tratar mal.

—¿Es que los hombres de tu tierra son malos?

—No. Son como yo. Ni malos, ni buenos.

—Pues si los otros hombres son como tú, no entiendo cómo no desean estar con ellos. ¿Es que no les gusta amar y que las amen? ¿No les gusta recibir placer?

El chico negó con la cabeza y la joven siguió:

—¿Es que están locas, Karim?

—El diablo les ha engañado, esposa mía, alegría de mi espíritu y solaz de mi corazón —la besó—. Esas mujeres viven una existencia desdichada. Viven amargadas por no tener familia, aunque no saben que esa es precisamente la fuente de sus amarguras. Se gastan el dinero que ganan en medicinas, para soportar las vidas tan tristes y solitarias que llevan.

—¿Esas medicinas las vuelven felices?

—No. Esas medicinas no sirven para nada. Ellas siguen amargadas, culpando a los hombres de sus desdichas.

—¿A los hombres?

—Sí, amor mío, a los hombres. Nadie quiere echarse las culpas de algo a sí mismo. Es mejor buscar a un culpable, para así sentirse mejor.

—Y, ¿por qué no hacen algo para remediar su amargura?

El joven miró hacia el firmamento y contempló las estrellas, que lo recorrían formando rebaños de luces de distintos brillos.

—Su único consuelo es viajar. Recorren el mundo, huyendo cada vez más lejos.

—¿Huyendo?

—Sí, vida mía, huyen. Huyen, para matar el aburrimiento y el hastío de una vida que no es plena.

—Claro. ¿Cómo va a ser plena una vida donde falta la familia?

Karim dio un beso a su esposa y le dijo:

—Esas mujeres se han pasado la vida estudiando, hasta la edad en la que aquí se tienen ya varios hijos. Y, ¿sabes qué? Ni en todos esos años han conseguido siquiera tener un conocimiento tan elemental como el que tú acabas de mencionar: una vida sin familia no es plena.

La mujer abrazó a su esposo, y le susurró en el oído:

—Por eso yo quiero tener muchos hijos, Karim. ¡Quiero tener muchos hijos tuyos!

Despedida

Me lo había dicho por la noche, pero yo no me lo creí. ¿Cómo iba a hacer una locura semejante?

El caso es que oí ruidos en la cocina muy temprano, y me desperté. Podría ser Vicky. Había pasado la noche fuera, y cuando me acosté aún no había regresado. De estar segura de que era ella, no me habría levantado. Mi hija ya llevaba tiempo haciendo una vida propia, y usaba nuestra casa simplemente como una pensión. Era inútil pedirle explicaciones de nada, y yo ya ni siquiera entraba en su habitación.

¿Podría ser Toni?, me pregunté. Era demasiado temprano para ir al taller, pero... ¿Sería verdad que se marchaba?

Me puse una bata y salí de la cama. Cuando bajé por las escaleras, ya vi que era él. Había una mochila preparada en el rellano, y estaba tomándose unas tostadas.



—O sea que... ¿es cierto?
—Ya te lo dije —contestó, sin mirarme.
—Pero...
—Sí, mamá. En un par de horas sale el avión.
Se me paró el corazón en ese momento, y se me secó la boca de repente. Estuve unos segundos intentando no marearme, y respiré profundamente mientras veía cómo cortaba las tostadas y bebía sorbos del café.
—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —pregunté, finalmente, con la voz temblorosa.
—No. De lo único que estoy seguro es de que no pienso continuar ni un minuto más en este país. Me han echado de aquí.
—Hijo —le puse una mano sobre el hombro—. Yo comprendo lo que sientes. Después de lo de papá...
—Eso solo ha sido la gota que ha colmado el vaso. Un vaso que estaba ya bastante lleno, por cierto. Además, ¿qué? —me miró—. Otros lo han hecho antes que yo.
—No, Toni. Otros lo han hecho, sí, pero no se han ido tan lejos.
—Es preciso irse lejos, mamá. Solo allí podré estar a salvo.

—¿A salvo? ¿De qué? ¿De Elle?

—A salvo de que me vuelva loco y acabe como Iván o como papá.

Suspiré. En el fondo tenía razón. Aunque yo, como madre, iba a sufrir enormemente, y quizás no volviera a verle jamás. Pero a pesar de todo, no quería ser egoísta.

—Solo vas a llevar esa mochila? —la señalé.

—Nada más. Si uno va a comenzar una nueva vida, no puede llevarse cosas de la vida anterior. Solo serían un lastre.

—Pero necesitarás...

—El dinero comprará las cosas que falten.

—Tú no tienes mucho. Tu salario no es alto, y además, has dado gran parte para la curación de esa chica.

—Será suficiente. En ese lugar las cosas no son caras. Y si no, trabajaré para ganarlo.

—Si necesitas algo...

—¿Qué?

—Ya sabes que tenemos los ahorros de papá.

—Sí, pero tú ya no tienes su sueldo. Ese dinero lo necesitarás más pronto que tarde. Todavía tienes dos hijas que sacar adelante y una casa que mantener.

Tenía razón. A pesar de que con mi salario podríamos salir adelante con cierta holgura, las cosas no se estaban poniendo bien en el juzgado. Cada vez me miraban con más recelo por ser "colaboracionista", y me podrían despedir en cualquier momento. Pero no estaba dispuesta a claudicar y a cometer injusticias, como hacían mis compañeras, solo por dinero. Ni como persona ni como cristiana me lo podía permitir.

Se terminó de comer la tostada y se apuró el café. Después se puso la chaqueta que estaba en el vestidor y tomó la mochila, dirigiéndose hacia la puerta. Mi corazón comenzó a latir deprisa, y las lágrimas salieron solas. No me salió la voz, y lo único que pude hacer es abrazarle con todas mis fuerzas.

Tras unos segundos en los que Toni también lloró, lo llené de besos y lo dejé irse. Abrió la puerta y vi cómo se marchaba, caminando con paso resuelto hacia un taxi que ya lo esperaba en la calle de al lado. Solo pude decir:

—Llámame!

Él se dio la vuelta y me dirigió una última mirada, muy cálida, llena de ternura. Después, dobló la esquina y desapareció... para no volver jamás.

Susa

El viaje había sido largo y penoso. No tenía el número de teléfono de ninguno de los dos, y encontrar a una persona conociendo solo su nombre en un país subdesarrollado, era toda una odisea. Además, recordó, de poco hubiera servido tenerlo, pues en aquella remota aldea de montaña en mitad del desierto donde vivían, no había cobertura de telefonía.

Primero aterrizó en la capital del país, después de que su avión hubiera hecho escala en otros dos países diferentes. Como la decisión de largarse fue tan precipitada, no había tenido en cuenta que habitualmente hay que negociar un visado con la embajada en el sitio de origen, trámite que puede tardar varios meses en completarse.

En cuanto que llegó al control de pasaportes y vieron que no tenía visado, lo retuvieron en el aeropuerto a la espera de que le dieran uno de urgencia. Pero eso podría suceder o no suceder, pues la intrincada burocracia de la zona podría demorar el asunto por tiempo indefinido.

Finalmente, ese tiempo se redujo a solo dos semanas, durante las cuales tuvo que dormir en los incómodos bancos de la zona de tránsito, y muchas veces en el mismísimo suelo. Y todo gracias a que, primero, no tenía ningún conflicto de intereses con el país, es decir, estaba "limpio", y segundo, tuvo que sobornar a varios funcionarios para que agilizaran un trámite que en el fondo era sencillo.

Y todo eso sin conocer el idioma, claro está. En aquel país se hablaban cerca de ochenta lenguas distintas, y la que él conocía era escasamente usada, a pesar de que guardaba cierta relación con las demás. Tuvo suerte de encontrar a un funcionario que la chapurreaba en uno de los trámites cruciales, y eso le facilitó mucho las cosas.

Una vez que salió del aeropuerto, tenía que encontrar un medio de transporte que lo llevara a aquella ciudad en el sur del país. Y eso tampoco fue fácil. Los taxis o coches de alquiler que intentó contratar le cobraban una fortuna, y no estaba dispuesto a dejarse timar. Sobre todo, porque no tenía la seguridad de que, ni pagando, le llevarían a donde él quería ir.

Finalmente, optó por el transporte público, pero este era precario. Muy precario. Tuvo que tomar dos trenes diferentes y un autobús, haciendo trasbordos en dos ciudades que incluso lo alejaban de la dirección sur que era hacia donde realmente iba. Sin contar, claro está, los tiempos de espera, pues no había trenes ni autobuses a todas horas, ni todos los días.

En total, una semana fue lo que tardó en llegar a Susa.

Susa, el lugar en donde, después de siglos de vida nómada, se habían establecido los bakhtiari; un pueblo muy hospitalario de pastores, poetas y guerreros, que habían servido con valor a su país en las numerosas guerras que este había librado con sus vecinos en el pasado. Un pueblo de hombres rudos y mujeres bellas, acostumbrados a vivir en la escasez y en la austeridad que los rigores del clima imponían sobre sus modos de vida. Un pueblo vitalista, a pesar de todo, que se contentaba con poco, y que basaba su sociedad en las relaciones familiares; unas relaciones que les unían con fuertes lazos de sangre y vínculos muy estrechos.

Susa, una ciudad que ya existía tres mil años antes de que los romanos fundaran Londres, y capital de un imperio global que se extendería desde la India hasta el mar Egeo, ahora era poco más que una pequeña ciudad de provincias que se dedicaba a la ganadería y a una incipiente industria básica fruto del comercio con los alrededores.

La tierra de Elam y de los sumerios, donde unos y otros habitaron y prosperaron, donde nacieron y murieron, se pelearon y se conquistaron, donde sus mujeres se casaron, amaron, parieron y murieron, la cuna de la civilización donde los hombres erigieron las primeras ciudades de la historia. Donde mil años antes de que existiera Babilonia ya había hombres y mujeres que se amaban y se querían... allí fue a parar mi hijo, huyendo de la barbarie.

Allí se fue simplemente a vivir, porque vivir, simplemente, se había hecho imposible en Occidente. Allí encontró un hogar, una familia y una vida, cosas que le fueron negadas en la tierra en que nació.

Reencuentro

Irma y su hermano hacía tiempo que ya no vivían en nuestro país. Ante la mejoría de Aisha después de aquella exitosa operación, regresaron a su tierra, a la tribu que los vio nacer.

Una vez que Toni llegó a Susa, las cosas fueron más fáciles. Al menos ahora entendía y le entendían, y así consiguió saber en qué aldea habitaban aquellos dos. Eso sí, tuvo que preguntar a un buen puñado de personas.

Por otra parte, las gentes eran más amables, y no había peligro en subirse en coches con desconocidos. De hecho, quien lo llevó desde la ciudad a la aldea era un comerciante de telas que iba hacia allí en una motocicleta para intentar vender unas cuantas piezas:

—Yo salgo para allá ahora mismo. ¿Te vienes? —le dijo.

—¿Cómo?

—En esta moto —señaló a un viejo cacharro destaladado que, para colmo, estaba lleno de fardos que colgaban a los lados como si fueran alforjas.

—Sí, hombre —continuó—. Entre las telas y yo todavía queda sitio para ti.

Así eran de amables y de hospitalarias aquellas gentes, y Toni se subió, intentando no balancearse demasiado para no desequilibrar todo el asunto.

Tardaron un buen rato en llegar, pues la motocicleta no daba mucho de sí con todo el peso que llevaba encima. Pero por fin lo hicieron.

El poblado era un conjunto medio ruinoso de casas bajas que se apiñaban entre caminos polvorientos con corrales llenos de pollos, ovejas y cabras. Allí le dijeron que en esa época del año el clan de Mushir habitaba en las colinas, y que difícilmente lo iba a encontrar en la aldea. Sin embargo, como era viernes, probablemente acudirían a la pequeña mezquita que estaba a las afueras.

Entonces se decidió a esperar. Ya le habían hablado de la gran hospitalidad de los bakhtiari, y ciertamente la familia que lo acogió aquel día era merecedora de ella. Le agasajaron como si fuera un rey, le dieron de comer y de beber productos que él ya conocía de la cocina de Irma, y esperó a que llegase la hora de la celebración.

Estaba tan cansado que se quedó dormido, y cuando se despertó se encontró arropado por una pequeña mantita que una de las niñas de la familia le había proporcionado. Temió que se hubiera terminado el acto religioso y que hubieran vuelto a las colinas, y se apresuró a llegar hasta la mezquita.

Justo a tiempo. Cuando llegó estaban saliendo de la celebración; los hombres por un lado y las mujeres por otro. Sin embargo, no conseguía encontrar ni a Irma ni a Mushir. Iban todos vestidos de una manera similar, y todos se parecían.

Fue ya bastante después, a punto de desistir, pues pensaba que quizás no habían acudido o ya se habían marchado, cuando escuchó la risa inconfundible del sufí, casi detrás suyo. Sí, era él quien estaba junto a Irma y otras personas de su clan.

—¡Eh, Mushir!

Cuando el hombre lo vio no se lo podía creer. ¿Era él, o era un fantasma? Pestañeó varias veces para asegurarse, y dijo:

—¡Toni! ¡Toni, hijo mío! —se emocionó—. ¿De verdad que eres tú?

Al viejo se le saltaron las lágrimas y lo mismo ocurrió con su hermana, mientras también el recién llegado comenzaba a llorar. Los tres se abrazaron envueltos en lágrimas, mientras las otras personas no entendían lo que estaba pasando. ¿Quién era aquel rubio occidental a quién sus familiares apreciaban tanto? El sufí no tardó en dar explicaciones:

—¡Este es Toni! ¡Nuestro querido hijo y compañero! ¿No os acordáis?

Uno de los hombres asintió, y lo mismo pasó con dos de las mujeres.

—¡Él es a quién debemos la curación de Aisha! —terminó de explicar, y ya todos lo entendieron. Los hombres lo saludaron efusivamente, sobre todo el padre de la chica y marido de Irma, y las mujeres inclinaron sus cabezas en señal de respeto.



—¿Cómo has llegado hasta aquí, hijo? ¿A qué has venido? —preguntó el hombre, el patriarca de aquel clan, todavía sin salir de su asombro.

—Mushir, vuestro pueblo es famoso por su hospitalidad. Yo he renegado de mi tierra, una tierra ingrata y cruel. Si me admitís en vuestra familia, yo trabajaré para vosotros. Soy un buen mecánico y podré ganar lo suficiente para ayudaros, y así contribuir a que sigáis satisfaciendo las necesidades de tu sobrina Aisha.

Primera noche

Lo celebraron por todo lo alto, para dar buena cuenta de la hospitalidad de los bakhtiari. Sin salir de la aldea, volvieron a comer y a beber —esta gente está comiendo y bebiendo a todas horas, me llegó a decir Toni—. Y ya de noche, subieron a las colinas. Al poblado.

Tan solo había un farol exterior en una de las tiendas, la tienda más grande de todas, la que hacía de lugar de reuniones de la tribu. En el resto, se podían distinguir algunas lámparas de aceite en su interior, en donde las familias se disponían a pasar la noche.

—De momento te quedarás conmigo en mi tienda —dijo Mushir—. No te creas que, porque yo sea el jefe, tengo la mejor. Es más bien al contrario. Como vivo solo, no necesito muchas cosas, y me reservo una tienda modesta, donde solo está lo indispensable. Ya más adelante, podrás tener una propia.

Al entrar, el viejo encendió una lámpara, y Toni se encontró un pequeño hogar formado por pieles de cabra cosidas unas a otras en forma de parches de distintos colores, según la piel de cada animal. En el suelo, alfombras tejidas a mano que cubrían el suelo de tierra. Las alfombras eran de colores vivos, con patrones geométricos tradicionales que reflejaban la cultura bakhtiari. En el centro de la tienda había una pequeña mesa de madera, sobre la cual descansaban algunos objetos religiosos, como un libro sagrado y un rosario, y debajo, un montón de libros.



En una esquina había un pequeño hornillo de barro donde Mushir preparaba las infusiones. El aroma del té de hierbas que se había preparado al mediodía todavía llenaba el aire, mezclándose con el olor de la tierra y las alfombras. Cerca del hornillo había un conjunto de cojines y mantas, que era donde el hombre solía pasar el tiempo. Donde leía sus libros, y donde rezaba y pensaba.

Las paredes de la tienda estaban adornadas con tapices y colgantes que representaban escenas de la vida cotidiana y la historia de la tribu. Había también algunas fotografías de los ancestros de Mushir, que mostraban la importancia de su familia y su tradición.

En otra esquina, había una cama sencilla pero cómoda, hecha con mantas gruesas y almohadas de lana. Aunque la tienda era pequeña, cada rincón estaba lleno de detalles que reflejaban la vida y la espiritualidad de su anfitrión. La luz de la lámpara de aceite creaba un ambiente cálido y acogedor, proyectando sombras suaves sobre las paredes.

—No tengo más cama que la mía, como ves. Podrás dormir en ella y yo dormiré sobre los cojines.

—¡Oh no! ¡De ninguna manera! Yo dormiré sobre ellos.

El hombre soltó una de sus típicas carcajadas, y añadió:

—Bueno, como tú quieras. Mañana conocerás al resto de la tribu.

—Sí, Mushir. Me muero de ganas por conocer a Aisha. Tiene que ser una niña encantadora, como la que me atendió cuando llegué a la aldea.

—¿Una niña, dices? ¿Aisha?

—Sí, claro. ¿No es así?

—Bueno, ya no es una niña... en fin, mañana la conocerás. Me ha dicho Efrem que quiere invitarte a comer.

El poblado

“El clan de Mushir”, que era como se lo denominaba “oficialmente”, era una agrupación de unas 40 o 50 personas, algunas itinerantes, constituida por unas cinco o seis familias. Vivían en una aldea que no tenía nombre a pocos kilómetros de Susa, aunque todos la conocían como la “aldea de Mushir”, a pesar de que en ella vivían otros cuatro o cinco clanes más.

Ciertamente, Mushir era un personaje conocido en la zona. Era un hombre viudo, pues su mujer había muerto en el parto de su primer hijo, un chiquillo que falleció semanas después. Aquel acontecimiento lo marcó de una forma tan profunda que decidió no casarse más y se mantuvo célibe con objeto de dedicarse plenamente a la religión y a los estudios filosóficos. Era el líder espiritual del clan, y por tanto el jefe de la tribu, aunque su cuñado Efrem, el marido de Irnma, también ejercía cierta autoridad.

La aldea estaba asentada en un pequeño valle entre montañas que la resguardaba del frío en invierno. Era una pequeña agrupación de casas y corrales sin agua corriente, siendo esta suministrada desde diversos pozos y fuentes que había por la zona. Tampoco tenían luz eléctrica de flujo regular, siendo esta proporcionada principalmente por los motores de gasolina que cada clan poseía. Unos motores que se usaban para los más diversos menesteres: para iluminación, para sacar agua del pozo, para mover tornos de alfarero...

Al llegar el verano, el calor era tan intenso que el clan se desplazaba más arriba, a las colinas, donde los animales, principalmente cabras, podían aprovechar mejor las pequeñas hierbas que sobrevivían al horno abrasador del estío. En ese lugar los manantiales de agua eran más limpios y abundantes, y el calor era menos intenso. Allí montaban las tiendas, unas tiendas grandes formadas por pieles de cabra cosidas unas a otras, y se llevaban allí la práctica totalidad de sus escasas pertenencias.



Era habitual construir “la veranda” que era un gran toldo unido a la tienda principal, que hacía de parasol, y donde la gente pasaba la mayor parte del día. Allí se instalaban las cocinas y los fregaderos para lavar el queso y las vajillas, y era el lugar óptimo para reunirse y conversar.

Como el verano es una estación larga en esas latitudes, la mayor parte del año la pasaban en esas tiendas, donde había varias, una para cada familia, aunque las pequeñas solo se usaban como dormitorios y para la intimidad.

La economía de la zona era muy básica y gran parte de la misma se desarrollaba mediante el trueque. Vivían básicamente de la ganadería de subsistencia, de los productos que esta les proporcionaba. Los excedentes los vendían en la ciudad, y constituyan los principales ingresos que tenía la tribu.

Los días de mercado se desplazaban allí y vendían los quesos y los cabritos, y con eso compraban cereales, ropa, jabón, y productos elaborados.

Los precios eran muy bajos y por eso necesitaban vender mucho para poder ganar algo. Y para vender mucho se necesitaban elaborar muchos productos, y por tanto, cuantas más manos colaboraran en la producción, más ingresos tendrían las familias.

La comunidad era pobre pero muy unida, a diferencia del Occidente rico, solitario y amargado. Las mujeres se juntaban y se ayudaban unas a otras en la crianza de sus hijos sin parar de hablar de todos los chismes y cotilleos del poblado. Por las noches cantaban, bailaban, reían, en definitiva, eran felices. Nada que ver con el pretendido infierno musulmán patriarcal que se vendía en Occidente. Las pocas que emigraban, como fue el caso de Irnma, en realidad lo hacían por un motivo puramente económico, pues de hecho, todas seguían enviando el dinero a sus maridos en los países de Oriente.

Encuentro



Según siempre se la habían descrito, él pensaba que Aisha era una niña, quizá preadolescente, poco mayor que su hermana Angie.

También es verdad que cuando conoció a Irnma y a Mushir, todavía no hablaba bien el idioma, y entendió el significado de la palabra “dokhtar” como niña, cuando también significa “chica joven”. Algo diferente es “zan”, que se refiere a “mujer” y se emplea generalmente para referirse a las mujeres casadas.

La tienda de Efrem era una de las últimas del poblado, ya lindando con el desierto, y contrariamente a lo que cabría esperar no estaba construida con pieles de cabra sino de lona. Y eso teniendo en cuenta que el padre de Aisha era uno de los que más cabras poseía de aquel clan. Y la respuesta era obvia: la enfermedad de la chica consumía los ingresos de la familia, y la piel de esos animales se vendía para poder satisfacerlos.

La muchacha no podía caminar, ni siquiera con muletas, y solo podía desplazarse, o bien en silla de ruedas, o apoyándose en taburetes, mesas, columnas, o cosas así. Pero sí podía permanecer de pie durante algunos minutos, antes que la debilidad de sus músculos le obligara a sentarse.

A pocos metros de la tienda se encontraba un pozo, y allí había instalado una fuente de piedra que era la que estaba usando en aquel mismo instante para ayudar a sus hermanas con el lavado de la vajilla que usaban para los invitados. Estaban terminando de prepararlo todo para agasajar a Toni con una espléndida comida.

Era más alta que ellas, y cuando se cansaba de estar sentada se incorporaba durante unos minutos para estirarse un poco. Como sabía que Toni iba a venir para conocerla y comer con su familia, se había puesto sus mejores galas, y vestía una preciosa túnica oscura con motivos geométricos de color dorado, y un pañuelo a juego que le cubría parcialmente la cabeza.

Cuando lo vio llegar se volvió para conocerlo, y mi hijo descubrió a una esbelta mujer solo un poco más joven que él, que en ese momento llenaba de agua una pequeña vasija de barro sobre la fuente de piedra.

Él no sabía que aquella joven era precisamente Aisha, aunque enseguida se dio cuenta al ver la silla de ruedas aparcada en las inmediaciones. En aquel momento, sus grandes ojos almendrados del color del crisoferilo se clavaron en el azul de Toni, y desde aquel mismo instante se enamoró de ella, y ella de él.

Fue un flechazo en toda regla, donde el travieso de Cupido se esmeró al máximo. Disparó una certera flecha que atravesó simultáneamente los dos corazones, y se quedaron ensimismados mirándose el uno al otro durante varios segundos. Unos instantes en los que el tiempo se detuvo y hasta el mundo dejó de girar para contemplar semejante escena. Incluso sus hermanas se dieron cuenta, y cuchichearon unas con otras.



Desde temprano, Irnma había estado preparando la comida y sus cuatro hijas solteras ayudando en la cocina. Los aromas de especias, hierbas frescas y pan recién horneado llenaban la tienda. Mientras las chicas terminaban el guiso, la mujer se había asegurado de que todo estuviera limpio y ordenado, y las alfombras barridas.

Cuando Toni entró en aquella tienda, tan austera por fuera, se encontró un auténtico hogar bakhtiari, mucho más decorado que el de Mushir, aunque sin demasiados excesos. Lo que había tras cruzar la puerta era el salón, donde hacían la vida, que a la vez era la cocina. En uno de los laterales estaba el dormitorio del matrimonio, y las cuatro chicas compartían estancia en el lado contrario. Efrem estaba dentro sentado en un taburete y lo recibió con una cálida sonrisa y un abrazo efusivo, dándole la bienvenida a su hogar; Irnma hizo lo propio.

Aunque tradicionalmente las mujeres solían mantener una distancia más formal, y especialmente con un visitante extranjero, Toni ya era como de su familia, y como a tal lo trataron.

En ese momento, Irnma ordenó a sus hijas que comenzaran a disponer la mesa. Normalmente solían comer sobre un *sofreh*, que es una especie de mantel decorado que se coloca en el suelo, pero en atención al visitante instalaron una mesa baja con cojines a su alrededor donde se iban a sentar los siete.

Mientras Efrem y Toni charlaban sobre las anécdotas del viaje, las mujeres no paraban de ir de acá para allá trayendo platos, vasijas y bebidas. Incluso Aisha, a pesar de estar en la silla de ruedas, no dejaba de deambular por la tienda ayudando a sus hermanas.

Leila, una de ellas, acercó una bandeja con té negro, dátiles y frutos secos a los dos hombres, con gran disgusto de Aisha, que se quedó con las ganas de haberlo hecho ella misma.

No dejaba de mirarle mientras él hacía lo mismo, a la vez que intentaba seguir la conversación con Efrem. Cuando quiso darse cuenta, la mesa estaba ya servida, y el hombre lo invitó a sentarse, haciendo lo propio a continuación toda la familia.

Sobre el mantel se había servido un *chelo kabab* (brochetas de carne marinada servidas con arroz), un *khoresh* (estofado sabroso con verduras y carne), y un plato tradicional bakhtiari, el *dampech* (arroz cocido al vapor con hierbas y frijoles). También había pan fresco, yogur, ensaladas y encurtidos.

Después de que Efrem, como cabeza de familia, invitara a Toni a tomar el primer bocado en señal de honor, él tomó el segundo y las demás mujeres los siguieron.

Las chicas no hablaron mucho, aunque todas lo miraban con curiosidad. Sobre todo Leila y Aisha. Esta permanecía totalmente extasiada, como en trance, y no se perdía detalle de cada gesto y de todo lo que decía.



—Entonces, Toni, ¿piensas quedarte por aquí mucho tiempo? —preguntó el hombre.

—Sí, ya os lo dije ayer. Mi intención es vivir aquí, con vosotros. Sinceramente, no tengo otro sitio a donde ir.

—Aquí la vida es dura, hijo. No es como la que tenéis en Occidente.

—Efrem, la vida allí es mucho más dura todavía. Te pueden arrestar y matar en cualquier momento, como mataron a mi padre. Yo he venido aquí en busca de libertad y de seguridad.

—Un gran hombre, tu padre —apuntó Irmá—. Yo solo lo vi una vez, pero me trató con mucho respeto.

—Sí —suspiró—. Siempre trató con mucho respeto a las mujeres. Lástima que ellas no hicieran lo mismo con él.

—Bueno, dejemos las cosas tristes —dijo Efrem—. Lo que está claro es que eres un hombre valiente, y nosotros los bakhtiari admiramos el valor como una gran virtud, que está solo por encima de nuestra hospitalidad. ¿Has pensado ya a qué vas a dedicar tu tiempo?

—Mushir me dijo que aquí hacen falta mecánicos especializados y versátiles.

—Sí. Mi “hermano” no se equivoca.

—Me ha ofrecido su casa en la aldea para que monte un taller. No sé si habrá suficientes clientes allí...

—Los habrá. Y no solo en la aldea. Según me ha contado mi esposa, tus conocimientos son amplios, y aquí los mecánicos saben poco... Más bien hacen lo que pueden. Yo te aseguro que acudirán gentes de todas las aldeas de alrededor, e incluso de Susa. ¡Yo creo que vas a trabajar mucho más aquí que en tu tierra! —se rio, con una carcajada similar a las de su cuñado, y todos levantaron las tazas de té para brindar.

Una vez hubieron comido, las chicas recogieron la mesa y se le ofreció más té y frutas frescas acompañadas de dulces. La conversación se volvió más distendida y Efrem comenzó a relatar anécdotas de su juventud. Unas historias que desde luego aburrieron a sus hijas, quienes poco a poco se fueron retirando a su dormitorio. Tan solo se quedaron Leila y Aisha, ambas extasiadas con el visitante. Finalmente, la primera también se marchó, reclamada por sus hermanas, quedándose solo esta última hasta el final.

Un buen rato después, Toni creyó llegado el momento de marcharse. Su anfitrión y su esposa lo acompañaron a la salida junto con Aisha, y se despidieron con un fuerte abrazo. Las hijas también salieron un momento de la habitación donde no habían parado de cuchichear durante toda la tarde, y se despidieron con una sonrisa tímida.

Las últimas palabras de la jornada fueron para Aisha, quién se había puesto de pie para despedirlo.

—Me alegro mucho de conocerte, Aisha. Siempre he querido que tu madre o tu tío me enseñaran una fotografía tuya, pero he de reconocer que cualquier foto no hubiera hecho justicia con la realidad. Eres una mujer de una belleza realmente extraordinaria...

La muchacha se ruborizó hasta el extremo y sus padres se rieron, mirándose el uno al otro. La chica solo fue capaz de decir, intentando reducir la velocidad con la que latía su corazón:

—Yo también me alegro mucho de conocerte —le clavó la mirada—. Y te doy las gracias por todo lo que has hecho por mí.

Toni sonrió y se marchó, emprendiendo el camino hacia la tienda de Mushir. Cuando ya llevaba andados unos veinte pasos, miró hacia atrás y allí estaba ella todavía en la entrada de la tienda, apoyada en uno de los palos que sostienen la carpas, y mirándolo fijamente. En ese momento, sin que nadie le viera, se llevó la mano a la boca y le lanzó un beso. Un gesto que la muchacha repitió, asegurándose también de que sus padres hubieran entrado.

Adaptación

Al principio acogieron a Toni con cierto escepticismo. Con mucho cariño, eso sí, porque los bakhtiari son gente hospitalaria, y además el chico había sido un benefactor importante para aquella familia. Aunque ciertamente, no creían que durara mucho entre ellos. Las condiciones de precariedad de la aldea, sin agua corriente y escasa electricidad, sin prácticamente ninguna instalación de ocio, no eran precisamente las comodidades que se solían disfrutar en Occidente. Además, como el clan pasaba la mayor parte del año en las colinas, las tiendas eran todavía más incómodas, pues sus moradores solían dormir en el suelo sobre jergones de paja, cojines, o pieles de cabra.

En la aldea no había talleres y en la ciudad apenas unos pocos. Los vehículos, principalmente motocicletas, se arreglaban entre todos, pues alguno sabía de chapa, otro de motores, otro de electricidad, etc. Cuando eran averías grandes y si se lo podían permitir, había que contratar a una grúa desde la ciudad.

En aquellos intransitables caminos, el mejor modo de transporte eran las motocicletas. Unos vehículos que se usaban para todo y se cargaban hasta los topes, a menudo con remolques por detrás para llevar los bultos más voluminosos. Los motores eléctricos y las motos estaban ya muy viejos y desgastados y se averiaban con frecuencia, y no había gente ni conocimientos para arreglar las averías más difíciles.

En esas condiciones, la aparición de Toni supuso una bendición para aquellas gentes. Prácticamente nada más llegar abrió un taller mecánico en la aldea, en un local que pertenecía a Mushir, y con los ahorros que se había traído compró los aparatos necesarios para dotar a la instalación de las máquinas requeridas para su función.

Todos los días, nada más amanecer, bajaba a la aldea en una moto y lo abría. Cuando llegaba ya solía haber gente esperándolo, pues se había corrido la voz y venían gentes desde todos los pueblos de la comarca. Efrem había acertado en su vaticinio de que tendría trabajo de sobra. A veces no regresaba hasta la noche, teniendo que llevarse comida que le preparaba Irma.

El rebaño de los padres de Aisha llegó a ser el más numeroso de todos, pues a falta de dinero, la gente pagaba aquellos servicios en cabras, leche, quesos, miel... Productos que luego se vendían en la ciudad para obtener el dinero que tanta falta le hacía a la muchacha para comprar las costosas medicinas que mantenían a raya su enfermedad.

Eso supuso una fuente de ingresos extra para el clan, que vino muy bien para los caros tratamientos a los que se seguía sometiendo. La chica ya estaba mucho mejor después de aquella exitosa operación, pero necesitaba medicamentos para mantener la mejoría y que la enfermedad incapacitante que padecía no avanzara, o que al menos que lo hiciera lentamente.

Toni parecía contento, y de momento se había adaptado bien a la vida ruda de aquellas gentes, comparada con la que había llevado hasta entonces. Además, al hablar y entender el dialecto bakhtiari, no le fue difícil integrarse en la comunidad, y cuando no estaba en el taller, ordeñaba las cabras o hacía quesos. Labores que cada vez hacía menos, por cierto, pues la mecánica paulatinamente fue ocupando todo su tiempo.

En definitiva, sorprendió a quienes apostaban a que su estancia allí sería breve. Y tuvo mucho que ver en eso, como no podía ser de otra manera, el amor.

¡Ay, el amor! Es capaz de transformar en camas mullidas el más duro de los jergones, y de cambiar en exquisitos manjares las comidas más amargas. De permutar en suaves caricias los trabajos más ásperos, y de sentir como suave y refrescante brisa los calores más rigurosos.

Flirteos

Las mujeres somos todas iguales en todos los países y en todas las épocas, y, al igual que en mi apartamento compartido tiempo atrás, no se hablaba más que de Víctor, también en aquella aldea las chicas no paraban de hablar de mi Toni.

Si ya las mujeres nos pasamos el día charlando y cuchicheando sobre los temas más variopintos, en la aldea de Mushir es que no se hablaba de otra cosa. Ya desde el primer momento en el que Toni apareció por allí, todas las jóvenes que no estaban comprometidas mostraban su admiración por él, y a todas “se les caían las bragas” cuando pasaba cerca de ellas. No era para menos. Al igual que su padre, su porte, su estatura, su prestancia, su belleza —se nota que soy su madre, pero es que es la verdad—, causaban admiración.

Cualquiera de aquellas chicas hubiera estado encantada de que Toni se interesara por ellas, aunque él, por la afinidad que tenía con Irnma, casi siempre se relacionaba más con sus hijas. De entre estas, tanto Leila como Aisha estaban muy interesadas en él, y el chico, por cortesía, conversaba con las dos. Los cuchicheos, los chismes, los rumores, las hipótesis y las conjuras volaban más rápidas que el viento...

Toni parecía un muchacho más dentro de aquella tribu. Había salido ligero de equipaje, y en poco tiempo ya vestía como un bakhtiari: los pantalones anchos que se ajustan en los tobillos, la camisa amplia, el chaleco, el *chogha*, que es una prenda exterior que se asemeja a un abrigo largo y el chal alrededor del cuello en invierno.

Estaba tan integrado en aquella cultura, que no debí de extrañarme cuando me llamó para decirme... que se iba a hacer musulmán.

Ese día había bajado a Susa, a la ciudad, pues ni en el poblado ni en la aldea había cobertura de telefonía.



—Mamá, estoy plenamente integrado con esta gente. Visto como ellos, hablo como ellos, como lo que comen ellos, trabajo junto a ellos, ¡soy uno de ellos! Tan solo me falta eso para integrarme del todo, para no quedarme solo cuando se vayan a la mezquita.

Tras el soplón inicial y el sofoco subsiguiente, intenté mantener la calma y ser comedida.

—Vale, y ¿por qué tienes que integrarte “del todo”? ¿Eh? ¿Por qué no puedes seguir así?

Se hizo un silencio en la línea, y luego contestó:

—Porque me he enamorado.

¡Acabáramos!, pensé. Contra eso sí que no podía luchar. Si la razón hubiera sido otra, no me hubiera costado mucho convencerlo. Pero contra el corazón de un joven enamorado no se podía hacer nada. Cualquier argumento no hubiera servido más que para enfrentarnos el uno con el otro, sin que por eso hubiera cambiado de opinión. Las posibilidades de persuadirle eran prácticamente nulas.

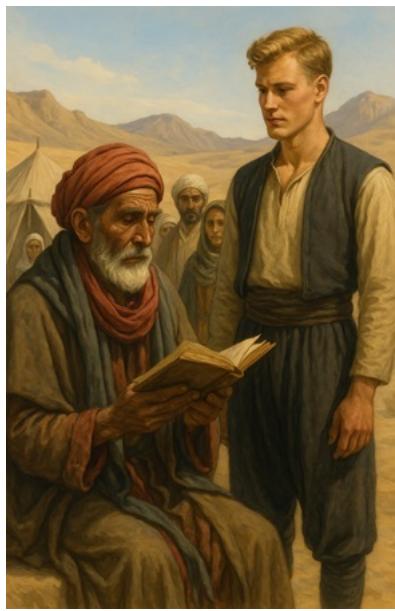
Porque el hecho es que ningún padre musulmán entregaría a su hija a un infiel, esto es, a un no musulmán.

Así que me resigné. Al fin y al cabo, mi hijo, como también mis hijas, aunque bautizados y confirmados en la verdadera fe, en la práctica eran ateos, como todos los jóvenes. Así que, mejor tener una religión monoteísta como esa, más parecida a la nuestra, que no tener ninguna.

Además, las mujeres musulmanas suelen tener muchos hijos, y eso significa que enseguida me daría nietos. Y eso es algo que, desde siempre, me había hecho mucha ilusión. Solo podía esperarlos de él, pues de mis hijas... mejor no comentarlo.



La Shahada



Todo el clan se había reunido en la veranda para presenciar tan magno acontecimiento, jamás visto en aquella tribu.

La comunidad, dirigida por Mushir, organizó una recepción para dar la bienvenida al nuevo converso. Toni se había preparado para ello, y permaneció en el centro del corro que se había formado.

En la *Shahada* también se consagra al nuevo musulmán a su familia, y de no tenerla se le asigna a una. Al ser huérfano de padre, de mutuo acuerdo decidieron que el chico fuera desde aquel día hijo adoptivo de Mushir.

Como líder espiritual de la tribu, el sufí inició un discurso de bienvenida, y a continuación procedió a explicar la *Shahada*, es decir, las palabras de la conversión, comentando el significado y la importancia de esta declaración de fe. La idea era asegurarse de que el nuevo converso comprendiera plenamente el compromiso que estaba asumiendo.

A continuación, Toni se adelantó y pronunció en bakhtiari la frase con la que se integraba plenamente en la comunidad musulmana:

—*Man gawahî midaham ke hich khodaii joz Allah nist va Mohammad payambar-e oost.*

Después lo hizo en árabe:

—*Ash-hadu an la ilaha illallah wa ash-hadu anna Muhammada rasulullah.*

Y para finalizar, lo recitó en su lengua materna:

—*No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta.*

La comunidad entera explotó en júbilo y su nuevo padre tuvo que carraspear varias veces para seguir con la celebración.

Después de la *Shahada*, todos los fieles rezaron el *Salat* para celebrar la conversión, y entonces se produjo la entrega de regalos: un Corán, entregado por el celebrante, y un rosario de cuentas que le entregó Efrem, el padre de Aisha.

Para finalizar, Mushir preguntó al nuevo musulmán:

—Ya eres hermano nuestro e hijo querido del Profeta, además de mío. ¿Qué nombre eliges para tu nueva vida?

Le habían sugerido muchos nombres, pero no le terminaban de gustar. Al final optó por uno de su propia elección.

—Karim —respondió—. Deseo que ese sea mi nuevo nombre.

—¿Por qué has elegido ese, y no otro?

—Porque me gusta —replicó, y se quedó tan pancha.

El sufi, y el resto de la comunidad esperaban un nombre árabe o persa, sí, pero de algún personaje famoso de la historia islámica o de aquella tierra. Sin embargo, Toni lo eligió porque era el nombre de un futbolista argelino muy famoso, a quien él admiraba. Y lógicamente, no iba a decir que la razón era esa.

—Pues bien, desde ahora tu nombre será Karim Abdulacid. Un nombre que te reconocerá en todas partes como hijo mío.

La tribu volvió a aclamarlo y todos los presentes —ahora también parientes—, le felicitaron efusivamente, y le agasajaron con otros regalos por parte de algunos amigos.

Para finalizar, todos rezaron algunas oraciones, incluyendo al nuevo converso, Karim Abdulacid, hijo de Mushir, del clan de Mushir, de los bakhtiari de Susa.

Efrem

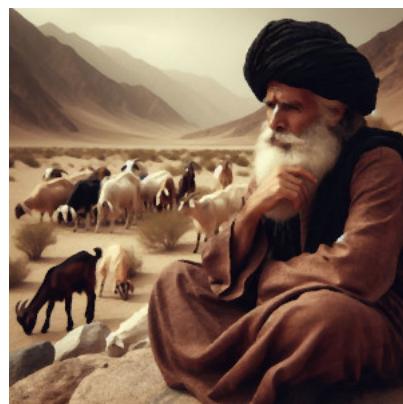
El noviazgo musulmán, lógicamente, no es como el occidental. De hecho, no existe como tal. Raramente “los novios” van solos a alguna parte, como al cine, a un parque, o a sitios por el estilo, y todos los encuentros se hacen acompañados de otras personas, generalmente de la madre o de los hermanos.

Cada vez que se veía con Aisha, siempre estaba Leila de por medio, quien quería a Toni para sí misma, o Amira, la otra hermana. Vamos, como en Occidente hace cien o doscientos años. Por supuesto, nada de relaciones prematrimoniales ni nada que se le pareciera, ni tampoco declaraciones abiertas de amor.

Otra peculiaridad es que el pretendiente jamás manifestaba sus intenciones de contraer matrimonio a la novia, sino al padre de esta, quien podía consultar o no la opinión de su hija. No eran pocas las ocasiones en las que las chicas se sorprendían al recibir la noticia, aunque la intuición femenina no solía fallar casi nunca y estas cosas se veían venir.

Pero los padres no tenían esa intuición, y muchas veces eran ellos los primeros sorprendidos.

Fue un tiempo después de la Shahada, y una vez que hubo pasado el Ramadán. Como los cuchicheos vuelan como el viento, y el viento llega a todas partes, Efrem, el padre de Aisha, ya tenía información de primera mano sobre “el asunto”.



El hombre siempre había estado enfrascado en su negocio de venta de cabras, y esa era una ocupación que le llevaba todo su tiempo. Tenía que trabajar duro, pues eran ocho en una familia que no tenía hijos varones. Y eso en aquella cultura era un problema, sobre todo de cara al matrimonio, pues el padre de la novia tenía por costumbre pagar los fastuosos banquetes que se celebraban en cada boda. De hecho, muchos compromisos se retrasaban precisamente por esa razón. Porque no tenían el dinero suficiente, y las familias no querían quedar mal a la hora de que les comparasen con otras bodas.

El negocio de Efrem no iba mal. Lo bueno de ser familia numerosa es que hay mucha mano de obra, y además, barata. Además de él, que de facto era el comercial y se pasaba el día yendo y viniendo de Susa para vender los animales, quesos, pieles o carne, estaba su mujer, Irnma, y todas sus hijas, que no hacían otra cosa más que ordeñar, curtir, o vigilar y pastorear los rebaños. Por supuesto, también contaba con la ayuda de Mushir, su cuñado, que, al no tener familia, podía echarles una mano cada vez que se necesitaba. De hecho, era él quien se ocupaba del asunto más escabroso, esto es, de matar las cabras y preparar su carne, cada vez que un cliente no pedía a los animales vivos.

De toda la familia, la única que no colaboraba era Aisha, precisamente porque no podía hacerlo: su enfermedad se lo impedía. Y eso fue siempre una fuente de problemas entre las hermanas. Algunas la envidiaban por no trabajar, mientras que otras la tenían lástima, y no era para menos. Sentimientos que iban cambiando entre unas y otras, y que muchas veces eran simultáneos en la misma persona. Sobre todo, porque Aisha era, y de lejos, la preferida de sus padres.

Por eso el rumor de que Karim iba a pedirle su mano fue acogido, en primer lugar, con sorpresa, y después con escepticismo.

En esos momentos, sus dos hijas mayores ya se habían casado, y les habían dado algunos nietos. Todavía faltaban las otras cuatro, una de ellas Aisha, siendo esta la que, según él, menos posibilidades tenía de casarse, si es que llegaba a hacerlo algún día.

Ciertamente, Efrem no salía de su asombro cuando escuchó que Karim pretendía casarse con su hija, y lo primero que pensó fue que el rumor era falso. Pero ya se lo habían dicho varias personas, siendo Irnma una de ellas. Y lo que más le extrañaba era justamente que un hombre como Toni, con su porte, su prestancia, un joven en lo mejor de la vida, que podría aspirar a llevarse a quien él quisiera, se hubiera fijado precisamente en una minusválida.

Y sobre todo, porque sus otras tres hijas solteras no la desmerecían en absoluto, al menos en lo que a belleza se refiere, y él hubiera estado dispuesto a entregarle de buena gana a cualquiera de ellas.

El hombre estaba, por tanto, ante un gran dilema, pues no tenía nada claro que ese hipotético matrimonio fuera a prosperar. Pero, por otra parte, tampoco quería contrariar a quien había hecho tanto por su hija, precisamente la más querida. Efectivamente, de no haber sido por el dinero de Toni, —el suyo y lo que consiguió de Judith—, Aisha a esas alturas estaría en muy mal estado, o quizá incluso muerta.

Ese era el dilema. Hubiera preferido que Karim le pidiera la mano de cualquiera de sus otras hijas, y hubiera aceptado encantado.

Y también, por qué no decirlo, acusaba los típicos celos de cualquier padre, a quien un extraño pretendía arrebatarle a su hija preferida. Aquella a la que, al tener más difícil casarse por culpa de su discapacidad, siempre permanecería a su lado para hacerles compañía en los días de su vejez.

En fin, se dijo. Antes de nada, tendría que hablar con Aisha. A ver si con un poco de suerte la chica no estaba demasiado interesada, y entonces, asunto resuelto.

Rumores de boda

Había venido de la ciudad, de cerrar un trato para la venta de unos cabritos.

Antes de entrar, se aseguró de que no hubiera nadie en la tienda, y así era. Irnma y sus otras hijas estaban todavía en el cercado, terminando de ordeñar las cabras.

Cuando entró se encontró a Aisha sentada en la silla de ruedas, bordando un *rusari*, es decir, un pañuelo de seda para la cabeza. Lo estaba decorando con intrincadas formas geométricas y florecillas de colores muy vivos. Cuando lo vio entrar le sonrió y siguió con su labor.

—Hija, se rumorea, se cree, hay quien dice que...

—¿Qué, padre?

El hombre carraspeó y tomó un poco de aire antes de soltarlo.

—Que Karim va a pedirme tu mano.

La muchacha se puso muy contenta, pues no tenía nada claro que su amado se fuera a interesar por ella. De hecho, Leila constituía una rival en toda regla, y además era mucho más descarada. Toni no mostraba demasiado interés por su hermana, pero por momentos pensaba que se lo iba a llevar ella, a pesar de todo el interés que el joven sí parecía tener por Aisha. Pero la pobre chica no paraba de torturarse pensando que quizás todo eso no eran más que imaginaciones suyas, fruto de sus propios deseos, más que de la realidad. Pues no tenía mucho sentido que un hombre, y más un hombre como Toni, tan atractivo, tan guapo y tan apuesto, pudiera tener interés en casarse con una discapacitada.

El caso es que las palabras de su padre le supusieron un alivio tremendo. Exhibió una sonrisa de oreja a oreja y el corazón comenzó a latirle deprisa. El hombre hizo una pausa y preguntó:

—¿Tú querrías casarte con él?

—Padre —dijo, sin levantar la vista del bordado—, lo que usted decida, estaré bien.

—Hija, con esa respuesta no me ayudas a tomar una decisión.

La muchacha estuvo tentada de gritar con todas sus fuerzas que sí, que ansiaba vivamente casarse con Karim, y que no vivía ni apenas dormía, ni se concentraba en otra cosa que no fuera pensar en él, desde el mismo momento en que lo conoció. Sin embargo, su modestia y su decoro le impedían hacer alguna manifestación al respecto. Su padre siguió.

—Porque, yo no quiero tomar ninguna decisión sin contar contigo. No quiero volverme a equivocar como pasó con Sazalar...

La chica puso un ligero gesto de desagrado al escuchar ese nombre y siguió con su labor.

—Tu madre y Mushir hablan maravillas de Karim, y, aunque yo no lo conozco tanto como ellos, también me parece muy buen chico. Es simpático, agradable, amable, generoso, muy trabajador... Pero...

La muchacha dejó de bordar y levantó la vista.

—¿De qué tiene miedo, padre?

—No quiero que te ocurra como con Sazalar, que te rechazó en cuanto te pusiste enferma —él también puso un gesto de desagrado—. Si no fuera porque tengo importantes negocios con él... no lo volvería a hablar en la vida.

—Padre, Karim ya sabe lo de mi enfermedad.

—Sí, pero es un hombre joven y fuerte. Puede que algún día se canse de ti... te rechace... no sé... Además, ya sabes que nosotros nos solemos casar con nuestros parientes, y...

—¡Karim es primo mío! ¡Es hijo de Mushir!



—Ya, ya —asintió—, pero, ya sabes. Él no es de nuestra raza... —miró hacia arriba—. No me preocupan tanto los miembros de nuestra tribu, porque los bakhtiari somos gente tolerante y hospitalaria, pero... ¡Quién sabe! Sois muy jóvenes los dos. Quizá algún día no viváis entre nosotros... Quizá algún día os vayáis lejos de aquí y conozcáis a otras gentes... Quizá esas personas lo rechacen, o te rechacen a ti...

Había estado hablando para sí mismo, y no se había dado cuenta de que la muchacha estaba llorando a moco tendido. Grandes lagrimones rodaban por sus mejillas y estaban ya impregnando el *rusari*. Entonces Efrem se acercó a su lado y se agachó para abrazarla y besarla con mucho afecto:

—¡Aisha, mi niña! ¡No llores! —le rogó—. ¡Anda, por favor! ¡Que se me parte el corazón!

Pedida de mano

Como bien decían los rumores, ocurrió lo que tenía que ocurrir.

Ese día, en lugar de comer en el taller, lo cerró antes de tiempo y subió hacia el poblado.

La carretera que iba desde la aldea a las colinas era mala. Muy mala. No estaba asfaltada, tenía infinidad de baches y pasaba cerca de algún precipicio.

Pero él corría sobre la tierra sorteando los baches y “volando” literalmente entre los terraplenes, los cuales saltaba de dos en dos, como si estuviera en una competición de motocross. La motocicleta derrapaba en las curvas despidiendo grava hacia la cuneta mientras aceleraba soltando gas a tope, y en pocos minutos ya estaba ante la tienda donde estaba Efrem.

Se sacudió el polvo que impregnaba sus ropas, se pasó la mano repetidamente sobre el cabello para peinarlo de alguna manera, tomó aire, y entró en la tienda.

Como era mediodía, todo el poblado estaba echándose la siesta en sus tiendas privadas, y en la tienda grande solo estaba el padre junto con algunas mujeres que terminaban de lavar la vajilla.

Cuando lo vieron entrar volvieron los cuchicheos y las risitas, y todas se apresuraron a salir lo antes posible.

En cuanto se quedaron solos, el novio sintió un nudo en el estómago. Aunque había ensayado sus palabras una y otra vez, la realidad siempre parecía más intimidante.

Efrem estaba sentado en una silla en el fondo de la tienda, y lo miraba imperturbable mientras se aproximaba hasta llegar a aquel rincón. La idea era tener una charla entre amigos, pues es lo que eran, pero no se atrevió a acercarse tanto. Se quedó como a tres o cuatro metros de distancia, y entonces, tras un profundo suspiro, se lo soltó.

El hombre lo miró con una mezcla de ternura y seriedad. Sus ojos reflejaban el cariño que había desarrollado por él desde que llegó, aunque tardó en dar una respuesta. Fueron varios segundos de silencio que a Toni le parecieron horas. Al final habló, y ciertamente fue el novio quién recibió una respuesta que no esperaba:

—Karim, yo te entregaría a mi hija con todo mi cariño. Ya sabes que para mí eres como un hijo, y como tal, deseo que tengas lo mejor. Sin embargo, Aisha es débil. Está enferma, ya lo sabes, y posiblemente no te pueda dar una descendencia adecuada.

El chico se extrañó ante esa respuesta, pues él ya había hablado con Irma, la madre, sobre los preparativos de la boda, y sobre cómo esta se iba a celebrar. Todo parecía estar en orden, pero ahora, ante Efrem, parecía que el padre tuviera otros planes. El hombre continuó:

—Sin embargo, yo tengo más hijas, también muy bellas, que están sanas y fuertes, y que te podrían dar muchos hijos tan robustos como tú. ¿No prefieres en su lugar a Leila, Amira, Zahra...?

—No —interrumpió. Todas sus precauciones fueron puestas a un lado, y dijo, con determinación: —Yo quiero a Aisha. Será ella, o ninguna otra.

Efrem lo miró fijamente y comenzó a esbozar una sonrisa. Entonces se levantó, se acercó a él y se abrazaron afectuosamente:

—Tuya es, Karim. Te deseo toda la felicidad del mundo, y que Alá os colme con sus bendiciones.

La boda

Yo no pude ir a la boda. Un país vecino a ese había entrado en guerra con Occidente, y todos los vuelos a la región se habían cancelado por motivos de seguridad. Aun así, desde mi casa la viví como si hubiera estado allí.

Fue un día de primavera con un tiempo espléndido, pues no hacía mucho calor.

La novia estaba bellísima. Sus enormes ojos almendrados parecían si cabe más grandes bajo los efectos del maquillaje, de la henna que se le había aplicado también en las manos y en los pies, siguiendo unos patrones tradicionales que simbolizaban la felicidad y la prosperidad.

Llevaba un *Jomeh* que es una túnica larga hecha de seda y terciopelo decorada con bordados y adornos coloridos a la que se habían añadido motivos dorados y lentejuelas, junto a un *sholargeri*, que es una falda plisada que se lleva debajo de la túnica. Sobre esta un chaleco también de terciopelo, decorado con intrincados dibujos florales que complementaba un *rusari*, esto es, un pañuelo de seda brillante al que le habían cosido flores de diversos colores. Por supuesto, no faltaban los pendientes, collares y pulseras, muchas de las cuales, especialmente las de oro, se las había regalado yo.

La vestimenta del novio no le desmerecía. El negro del *Chogha* y los pantalones *Sholar*, anchos y sueltos, se complementaban con un cinturón con hebilla dorada para ajustar el *chogha* y añadir un toque de elegancia a todo el atuendo. Por último, los *giveh*, zapatos tradicionales de gran resistencia, que se puso a partir de ese día, abandonando las clásicas botas militares con las que iba a todas partes.

La veranda se había decorado con guirnaldas y tiras de papel que las otras mujeres y los niños habían estado preparando desde días atrás. Para la ceremonia se prepararon dos sillas, una para cada novio, aunque en realidad ellos debían permanecer de pie. Pero Aisha no podía estar así durante más de unos minutos, y por eso se le colocó la silla, que, para no destacar, se incluyó otra para el novio. Aun así, la muchacha aguantó estoicamente la casi media hora de





celebración, y no se sentó. Por el contrario, sujetó firmemente al brazo de Toni, siempre mantuvo la sonrisa y la cara de felicidad, en el que fue el día más feliz de su vida.

Después de que Mushir leyera los pertinentes versículos del Corán y de que los ancianos de la comunidad bendijeran a los novios, comenzó el baile.

Mientras unos cuantos hombres tocaban el *Toshmal*, la comunidad entera no paraba de bailar, de reír y de cantar. Aisha lamentablemente no pudo dar ni siquiera un solo pase, aunque cominó a sus hermanas a que bailaran con el novio en su lugar. Ahí fue Leila quién se llevó la mayor parte de las danzas. La muchacha, la más parecida físicamente a la novia, hizo las delicias de los asistentes con su gracia y el interés que puso en estar a la altura del novio.



Fue entrada ya la tarde cuando se dispuso la cena. Durante todo el día la gente se había hartado de beber *doogh*, que es una bebida tradicional hecha de yogur diluido con agua, sal y menta. Muchos litros se bebieron para paliar la sed originada por tantos bailes.

En el banquete, como no podía ser de otra manera, no faltó el cabrito a la parrilla, así como una sopa hecha con fideos, legumbres, espinacas y hierbas que se llama *Ash-e Reshteh*. Como postre se sirvió *Baklava*, que es un dulce hecho de capas rellenas de nueces y bañadas en jarabe de miel, y *Saffron*, un helado de azafrán servido con pistachos y agua de rosas.

Toda una delicia que supuso un importante dispendio económico para Efrem y Mushir, aunque la ocasión merecía la pena. Se había

casado Aisha, la perla de nuestra familia, la estrella que nos guía, el astro que ilumina nuestras noches, la flor que alegra el desierto, el agua que lo vivifica y la pauta que marca el devenir de nuestras vidas, como alababan los poemas que siempre le dedicaban a la más débil, a la más indefensa, a la más frágil, y por tanto, a la más querida de sus hijas.

Irma estaba en medio del banquete, radiante, más feliz que nunca, y pidió silencio para entonar un sublime poema, un cántico, que su tremenda voz de soprano lo convirtió en puro lirismo y que hizo llorar a todos:

Tuve que dejar mi tierra, mi hogar querido,
Porque Aisha, mi hija, estaba enferma y dolida.
Con el corazón partido, partí hacia Occidente,
Donde el destino me llevó a conocer a Karim, tan valiente.

A Karim lo traté como a un hijo, con amor y devoción,
Y él me correspondió con ternura y comprensión.
En mi soledad, él fue mi consuelo y mi guía,
Su bondad y su apoyo llenaron mi vida de alegría.

El día llegó en que tuve que partir, con tristeza en el alma,
Pero al regresar a mi tierra, encontré una calma.
Gracias a Karim, Aisha estaba curada,
Su amor y su cuidado fueron la medicina anhelada.

Mi dicha fue completa cuando Karim vino a nuestra tierra,
Y juntos, como familia, celebramos esta nueva era.
Ahora, mis dos hijos amados se han unido en matrimonio,
Y mi corazón rebosa de felicidad y cariño.

¿Qué más puedo pedir en esta vida bendecida?
¡Oh, Aisha, Oh, Karim! ¡Cuánto os quiero, hijos de mi vida!
Que Alá os colme de dicha y os sacie con sus bendiciones,
Y que vuestro amor florezca en todas las estaciones.

Hoy, en este día tan especial, quiero recordar,
Los momentos difíciles que tuvimos que superar.
Aisha, mi querida hija, luchó con valentía,
Y Karim, con su amor, le devolvió la alegría.

Recuerdo las noches en vela, llenas de preocupación,
Y cómo Karim, con su paciencia, nos dio consolación.
Su presencia fue un faro en la oscuridad,
Y su bondad, un bálsamo para nuestra ansiedad.

Al verlos juntos ahora, mi corazón se llena de gratitud,
Por el amor que comparten y por su actitud.
Que esta unión sea fuerte y duradera,
Y que juntos superen cualquier barrera.

Que Alá les conceda salud y prosperidad,
Y que su hogar esté lleno de felicidad.
Que cada día sea un nuevo comienzo,
Y que su amor crezca sin fin ni descenso.

Todos aplaudieron a rabiar, y se llenaron de lágrimas, siendo aquella madre la que más lloró. Abrazó y besó a su hija y al novio, y todos brindaron por la felicidad de los recién casados.

Todo el mundo estaba contento, excepto quizás, el hombre que había rechazado el matrimonio con Aisha cuando era pequeña, al conocerse su enfermedad. Sazalar era un hombre con quien su padre tenía que congraciarse, porque tenía importantes negocios con él, y tuvo que invitarlo a la boda. Pero se veía que el tipo estaba resentido de alguna manera. Entonces se acercó a Efrem que estaban tomando el *doogh* con Mushir.

—No entiendo cómo has podido entregar a tu hija a ese infiel —comentó, tras dar un sorbo.

—Ya no es un infiel.

—Ya, pero...

—¿Acaso no éramos infieles los persas antes de que llegaran aquí los ejércitos del profeta? —apuntó el sufí.

—Así es —corroboró Efrem—. Este hombre ahora es un musulmán, pues Alá ha movido su corazón sin derramar sangre.



—¡Bendito sea! —dijeron los otros dos.

—Y doy gracias al Todopoderoso —continuó el padre—, pues me ha honrado al haberse servido de mi hija, una lisiada, para hacer gloria a su santo nombre. ¡Bendito sea Alá!

—¡Bendito sea! —respondieron los otros dos, y los tres brindaron con la copa de *doogh*, la cual apuraron y fue recogida por alguien que pasó con una bandeja.

—Te pido disculpas, Efrem, si te he ofendido. —El hombre parecía sincero. Le habían abierto los ojos.

—Además —continuó el padre—, mi hija a estas alturas ya no estaría viva de no haber sido por ese hombre. Por el dinero que consiguió para su curación.

—Le debemos mucho, Sazalar —apuntó Mushir.

—Es como si la hubiera comprado. ¿Verdad?

—En cierto modo, sí.

Luna de miel

Fue una luna de miel sencilla y austera. No hicieron ningún viaje, pues no les hizo falta. Se tenían el uno al otro, y se gozaron y conocieron sus cuerpos en un afán amoroso en el que se extasiaron, como jamás ella pensó que fuera posible hacerse. Aisha estaba loca por él, y él por ella, y la muchacha daba gracias a Alá todos los días por haberle concedido un marido como ese, cuando siempre pensó que su discapacidad le obligaría a quedarse soltera de por vida.



Cuando no hacían el amor se contaban historias, hablaban y charlaban, y por las noches subían a la colina a contemplar las estrellas. Dejaban la silla de ruedas en el punto donde el camino se estrechaba, y él la tomaba en sus brazos para llevarla consigo hasta la cima.

Toni había construido una silla especial, todoterreno, que le permitía subir por las escarpadas pendientes de aquellos montes. Igualmente, había adaptado un sidecar a una moto, y juntos recorrían los caminos cada viernes, el día festivo musulmán, en una luna de miel interminable.

—Cuánto se querían! Con precariedades, sí, y mucha escasez, pues gran parte del sueldo de Toni se iba en los caros medicamentos que Aisha necesitaba para frenar su enfermedad. Pero eso no era obstáculo para que la felicidad de la pareja fuera infinita.

Y los hijos no tardaron en llegar.

Todo el mundo les dijo que no sería conveniente tenerlos. No porque hubiera riesgo de que heredaran la enfermedad, pues Toni no tenía el gen la provocaba, y se necesitaba que lo tuvieran los dos padres. El problema era el estado general de salud de la madre. Los médicos que llevaban su caso en Susa le aconsejaron que no se quedara embarazada, pues agravaría el desarrollo del mal que padecía. Pero ella ardía en deseos de tenerlos, y Toni no la defraudó.

Y ocurrió que, contrariamente a lo que los médicos esperaban, los cambios que se produjeron en su organismo, lejos de empeorarlo, lo mejoraron. La naturaleza puso en marcha todos los mecanismos biológicos a su alcance para preparar el cuerpo de una madre para sostener dos vidas, y la mujer pudo parir y criar a su pequeño con más salud que la que tenía antes incluso de quedarse embarazada.

En efecto, el pequeño Nasser —que significa “Víctor”, en persa—, vino al mundo trayendo no solo la felicidad a sus padres, sino también la salud a la mujer que le dio la vida. Una mujer pletórica y radiante, porque su gran sueño de tener hijos se había cumplido.

El juego del woku

—¡Vaya mujer, Karim! ¡Vaya mujer! —exclamó Akmán—. ¡Es verdaderamente insaciable!

Toni sonrió y palmeó en el hombro a su cuñado. Habían terminado de cenar, pues les habían invitado a degustar un estupendo guiso que había preparado Aisha a aquellos recién casados.

En ese momento, los dos hombres habían salido a las letrinas y el otro aprovechaba para confesarle algunas intimidades. La noche estaba espléndida y otras familias hacían lo mismo, es decir, habían salido de sus tiendas para tomar el fresco.

—Oye, ¿tú cuantas veces eres capaz de hacerlo en una noche?

—Las que sean necesarias, Akmán. Las que sean necesarias.

El hombre puso un gesto de contrariedad. De un ingeniero se esperaba una cantidad numérica máxima y mínima, y esa respuesta le había dejado igual.

—Ya, pero...

—Mira, compañero, tú tienes que acompañarte a ella, pues eso es lo que se te pide en el matrimonio. ¿No te lo dijo Mushir el día de tu boda? A mí desde luego me lo avisó y yo lo oí también en la tuya. ¡Tú tienes que estar a la altura de lo que te demande tu mujer! —volvió a palmearte, exhibiendo una amplia sonrisa, y encaminándose de nuevo hacia la tienda.

Mientras tanto, allí se estaba manteniendo una conversación similar entre las dos hermanas.

—Leila, los ritmos de los hombres son diferentes a los de las mujeres. Ellos tienen el "problema" de que, para que gocen, tienen que descargar "eso", y por tanto, después de varias veces, ya no les queda ni gota de "eso", y ya no pueden seguir gozando. ¿Me comprendes? Hay que esperar a que "eso" se regenere.

—Ya.

—Nosotras no tenemos esa limitación, pues no tenemos que descargar nada. Esa es la cuestión.

Esta vez al menos se había concretado un poco más, aunque Aisha seguía sin precisar el número que su hermana demandaba. Estaba ansiosa por conocer cuántas veces era Toni capaz de "descargar", para así poder compararlo con su marido.

Estas dos eran las que más afinidad tenían de entre todas las hijas de Irma y Efrem. Además de que se parecían físicamente, también tenían una edad similar. Sin embargo, en el carácter eran totalmente distintas, y quizás por eso se complementaban. Aisha era dócil y respondía las preguntas más íntimas sin dificultad, mientras que sus hermanas mayores casadas se ruborizaban o se quedaban calladas.

—Además —siguió Aisha—, las veces no tienen por qué ser simultáneas. Nada impide que tú goces, no sé... tres, cuatro, o cinco veces, mientras que él solo lo haga una o dos. Todo dependerá de lo que tu marido esté dispuesto a hacerte. ¿Me comprendes?

Esa respuesta le satisfizo, y entonces sonrió.

Fue en ese momento cuando Toni entró en la tienda, haciéndolo su cuñado instantes después.

En ausencia de otros eventos más significativos, los bakhtiari se solían poner sus mejores galas cuando algún pariente les invitaba a comer o a cenar, como era el caso. Si bien Akmán no se había arreglado demasiado, su esposa se había vestido "de etiqueta", e incluso llevaba un *taj*, que es una especie de collar para la frente ricamente decorado, muy típico de esas culturas. Además, se había puesto un *pirahan*, es decir, una camisola que deja al descubierto los hombros y que tiene cierto escote, muy en el límite de lo que se puede exhibir delante de un cuñado.

Nada más llegar a la tienda se había quitado el *rusari* para descubrir su fantástica melena de pelo ondulado, casi rizado, en un gesto totalmente provocativo que no pasó desapercibido a sus anfitriones, especialmente a su hermana, quien la miró con desdén.

Cuando los dos hombres entraron en la tienda, el pequeño Nasser comenzó a llorar, y Aisha hizo ademán de ir a por él. Sin embargo, su marido se adelantó y comenzó a consolarlo. Entre las dos ya habían recogido la mesa, y Leila dijo:

—Oye, ¿por qué no jugamos al *woku*? —sugirió—. He traído los dados y las cartas.

Aisha puso un gesto de desaprobación, pero no dijo nada. El *woku* era un juego para niños que también tenía una variante para adultos. Se trataba de sacar una carta y tirar los dados, y quien ganara podía hacerle una pregunta a los demás sobre alguno de los temas que indicara la carta. Ya fuera amor, familia, amistad o trabajo, las preguntas las elegía el ganador, así como la persona preguntada.



En la primera mano ganó Leila, y cómo no, salió la carta del amor.

—¿Con cuantas chicas has estado? —le preguntó a Toni. Estaba deseando hacer esa pregunta.

—Con pocas. Contadas con los dedos de una mano.

—¿No puedes dar un dato más preciso? Los ingenieros sois muy de números, ¿no?

—Bueno, tu pregunta no exigía esa precisión. La próxima vez, lo específicas.

La siguiente vez ganó Akmán, y de nuevo, Toni fue el agraciado. Su cuñado sonrió y preguntó:

—¿Cuál es el sitio más extraño donde lo has hecho?

Karim también sonrió y dijo:

—En una tienda bakhtiari.

—Oh, vamos, ¡un poco más exótico, por favor!

—Te aseguro, amigo, que es un sitio realmente exótico para mis compañeros de taller en Occidente.

Ninguno podría haber dado una respuesta más extraña.

Todos se rieron. La siguiente ronda la volvió a ganar Leila:

—¿Tuviste relaciones sexuales antes de casarte?

—No.

—No me refiero con tu mujer.

—¡Ah! Eso son dos preguntas... Lo siento, hermana, tendrás que esperar a ganar en la siguiente ronda.

Como en ese idioma la palabra "cuñado" o "cuñada" se usa solo para describir a los esposos de los cuñados reales, lo que en Occidente es un cuñado, aquí es un hermano. Algo parecido ocurre con "brother in law", por ejemplo, en inglés.

El caso es que, por fin, volvió a ganar Leila, y ya tardaba en hacer la pregunta:

—¿Has tenido relaciones con alguien que no sea tu mujer?

—Lo siento. No voy a contestar a esa pregunta.

—¿Por qué no? —se irritó. ¡Son las reglas del juego!

—Las mismas reglas que dicen que tienes que preguntar sobre el tema de la carta. ¿Es que no lo ves?

Leila miró al naipe que estaba en el *sofreh*, es decir, sobre el mantel en el que habían cenado, y puso un gesto de contrariedad.

—Me temo que tienes que preguntar sobre el trabajo...

Todos rieron.

Y así siguieron las rondas, hasta que por fin salió la carta que buscaba, y Toni se vio obligado a responder.

—Sí.

—¿Con quién?

—Dos preguntas, hermana. ¡Lo siento!

Leila no paraba de ganar casi todas las veces, y además, en casi todas ellas salía la carta del amor. De nuevo miró a Toni, y entonces fue cuando Aisha ya no pudo más:

—¿A mí o a tu marido no nos preguntas nada? —se quejó.

—¿Para qué? Ya me sé todas las respuestas. Venga, Karim, respóndeme a esta.

—Que te responda con quién...

—No. Esa pregunta en realidad no me interesa demasiado. Probablemente no conocería a la mujer que me dijeras. Respóndeme mejor a esta otra: dime un nombre de mujer que para ti signifique... decepción.

Toni no respondió de inmediato, y su cuñada se lo hizo más fácil:

—Aunque solo sea la inicial —añadió. La astuta Leila no disparaba con balas de fogeo, precisamente. Sin embargo, Toni se adelantó en la respuesta:

—Judith.

—¿Por qué?

—Eso son dos preguntas —replicó, aunque ciertamente la respuesta era lo de menos. La cuñada esperaba escuchar el nombre de su hermana, o al menos su inicial. En cualquier caso, debía seguir jugando su papel de curiosa y no el de celosa, y volvió a la carga en cuanto pudo.

—¿Quién es Judith?

—Una novia que tuve.

—¿Por qué la dejaste? —volvió a preguntar, infringiendo las reglas.

—Ah, ¿por qué tuve que ser yo quien la dejara?

—Porque nadie en su sano juicio rechazaría a un hombre como tú... —le soltó, con todo el descaro, y con su marido delante.

—Bueno, puede que no estuviera en su sano juicio.

Le miró, deseando conocer más detalles, pero su suerte había cambiado. Ahora les tocaba ganar a los demás.

En una de las rondas volvió a salir la carta del trabajo, y Akmán preguntó a Toni:

—Dime algún compañero que te haya defraudado.

Esto lo decía por él mismo, que había entrado a trabajar poco en el taller.

El aludido fue a responder enseguida, pero se detuvo.

—¿Qué ibas a decir? —le preguntaron.

—Iba a mencionar a Iván, un compañero de taller. En su día sufrió una gran decepción por su parte, pero ahora no lo tengo tan claro.

—¿Por qué? —preguntó Leila.

Toni puso cara de desagrado y no contestó, pero Aisha le hizo un gesto a su hermana como indicándole que en otro momento se lo contaría. Algo que, desde luego, no pensaba hacer sin el permiso de su marido.

Después salió la carta de la familia y a quien los dados dieron la victoria fue a Toni. Tanto le avasallaba Leila, que esta vez disparó contra ella.

—¿Cuál es la hermana a la que más odias?

—Aisha —repuso sin pensarlo y se quedó callada, totalmente seria. Todos la miraron con cara circumspecta, y entonces soltó una carcajada y aclaró:

—¡Que no! ¡Que es Amira! Es que las dos empiezan por "A" —se disculpó—. Tu mujer sabe por qué, por si tienes intención de preguntarlo.

Efectivamente, su otra hermana era poco agraciada y además tenía cara de tonta. Lo que se dice odiar, no es que la odiara, pero, en fin, algo tenía que responder.

El juego siguió, y cuando el cronómetro estaba marcando sus últimos instantes, por fin le tocó a Aisha preguntar sobre el amor:

—¿Quién es el amor de tu vida?

Estuvo a punto de hacerle la pregunta a Toni, para fastidiar a su hermana y también para que este le regalara los oídos. Sin embargo, le pudo la curiosidad de saber qué respondería Leila al ser interpelada. Esta miró a Toni con cara libidinosa, y dijo:

—Es Akmán.

En ese momento se acabó el tiempo.

—¿Jugamos otra vez? —insistió aquella insaciable devoradora... de preguntas.

—Me temo que no —respondió Karim—. ¿Verdad Akmán? Mañana tenemos que madrugar para ir al taller... Y además, tú tienes que cumplir con ciertas obligaciones.

Este asintió, casi con más pesar que entusiasmo, y los recién casados se pusieron de pie para marcharse.

Una vez que se hubieron marchado, Toni arropó al pequeño Nasser que ahora dormía profundamente en un rincón de la tienda, y se desnudó, mientras su mujer hacía lo mismo.

Apagaron el candil, se arroparon y se abrazaron como hacían siempre, y fue cuando Aisha se lo soltó:

—Karim, nunca me hablaste de Judith.

—No. Ni voy a hacerlo ahora —se separó de ella.

—¿Es la persona que pagó mi operación?

A veces las intuiciones de su esposa eran realmente sorprendentes. Había heredado aquel don que tenían las mujeres de su familia, aunque en su caso estaba muy atenuado.

—Sí, fue ella.

—¿Por qué lo hizo? No fue porque era una persona bondadosa y caritativa, como le dijiste a mi madre, ¿verdad?

—No. No fue por eso.

—¿Por qué entonces?

—Fue porque yo se lo pedí.

—¿Solo por esa razón?

—Sí. Lo hizo única y exclusivamente porque yo se lo pedí. Porque era mi deseo.

—Karim, me muero de celos solo de pensar que otra mujer gozó de ti antes que yo.

—¿Celos? No los tengas. Para mí el pasado ya está muerto. Tan solo quiero conservar de él, a mis padres, y quizás mis estudios de ingeniería. De vez en cuando me hacen falta en el trabajo.

Siguió un silencio frío y ausente, en el que los dos mantuvieron la distancia. Tras unos instantes más, él añadió:

—Para mí el pasado está muerto, y quien vivió en él fue otra persona que no soy yo. Un tal Toni, que tenía un padre policía, y que también murió.

Karim no se encontraba a gusto. La dichosa Leila le había hecho recordar el pasado, y eso era algo que quería dejar atrás. Por su parte, Aisha tampoco lo había pasado bien. Con la excusa del juego, la cotilla de su hermana se había enterado de cosas que nunca hubiera preguntado abiertamente. Y lo peor era que, a pesar de estar ya casada con Akmán, seguía de alguna manera interesada en Toni. Eso era algo más que obvio, aunque él no parecía darse cuenta.

Y esa cizna les estaba ahora mismo pasando factura. A pesar de llevar ya un rato acostados y desnudos, todavía no se habían tocado ni se habían dicho palabras bonitas como solía ser habitual, como hacían todas las noches.

«En fin», se dijo Aisha. «El caso es que me lo he llevado yo, y no ella», pensó, y a continuación se dirigió hacia su esposo para acabar con la frialdad, con una gran sonrisa de satisfacción y un profundo deseo:

—Karim, abrázame fuerte y hazme el amor. Esta noche te necesito más que nunca.

Ahmet

El vehículo presentaba una avería de difícil solución. Era un carromato antiguo, que había sido reparado mil veces —bueno, quizá mil es una exageración—, y tenía parches por todas partes. Sin embargo, su dueño lo necesitaba como el comer, y nunca mejor dicho. Era su modo de subsistencia, pues se dedicaba al transporte de cabras entre la ciudad y las aldeas de alrededor.

El hombre había venido desde más allá de Susa, pues la fama de aquel mecánico ya era reconocida en toda la comarca. Era capaz de hacer milagros con los motores, y precisamente un milagro era lo que se necesitaba aquel día.

Tenía una cara de franca preocupación. Pasaba escasamente de los treinta años, pero ya era padre de siete chiquillos, alguno de los cuales se había traído consigo y no paraban de zascandilear por el taller.

—Es una marca japonesa cuyas piezas hay que traer de importación —dijo Toni—. Y eso, si todavía las fabrican. Tendría que pedirlas a Susa, y ellos a Japón.

—¿Cuánto tardarían en traerlas?

—Pues... mínimo dos meses. Quizá tres.

El hombre se hundió por completo, y casi comenzó a llorar.

Akmán estaba por allí también. Desde que llegó a Persia fue el mejor amigo de Toni, y ya llevaba tiempo siendo su ayudante en el taller.

—Karim —intervino este—. ¿No podríamos fabricar nosotros esa pieza?

—¿Fabricar un catalizador?

—¿Por qué no?

—Entre otras cosas porque se necesita platino, y yo no tengo nada de eso. Además, es un material que funde a altas temperaturas, y no tenemos esa capacidad en el taller.

—Y, ¿buscarlas en un desguace? —preguntó el dueño del vehículo. Esa era su última esperanza.

—El problema de las piezas con platino es que “vuelan”. Es un material precioso que se extrae de esos aparatos, y sus dueños quitan los catalizadores para venderlos antes de entregar el coche al desguace.

—Ya veo.

—De todas maneras, lo podríamos intentar —siguió Toni—. Además, es posible que encontremos algo en Omán o Kuwait. Son países que están aquí al lado, y se tardaría menos en traer.

—Sí, por favor —imploró el hombre.

En ese momento, un niño tiró de la manga de Toni hacia atrás. Probablemente sería alguno de los hijos del dueño del carromato, que no habían parado de “molestar” en toda la mañana. Pero no. Era uno de sus sobrinos, hijo de una de las hermanas mayores de Aisha, que había bajado a toda velocidad desde el poblado.

—¡Abdul! ¿Qué haces aquí?

—Ka... Ka... ¡Karim! —el pobre niño era tartamudo, y además le faltaba el resuello—. ¡Ahmet! ¡Ahmet!

—¡Ahmet!

—Ya... Ya... ¡Ya está aquí! ¡Ya! —respiró—. Es ru... ru... ¡rubio! ¡Como tú!



Ese fue el día en que nació mi segundo nieto, un poco después de haber tenido al primero. A Toni se le iluminó la cara de la alegría, y se quitó los guantes deprisa, con objeto de marchar enseguida al poblado y conocer a su hijo. El cliente lo felicitó, y él le quiso hacer un regalo.

—Akmán —se dirigió al cuñado—. Empieza a llamar a los desguaces habituales, y si no lo tienen, yo hablaré con Kuwait o con Doha. Esto corre de mi cuenta —le dijo al cliente—. ¡Me ha traído usted suerte!

A continuación, montó al pequeño Abdul en su motocicleta, y los dos subieron a las colinas, a toda velocidad.

Cuando llegó, el niño ya se estaba alimentando con la leche de su madre, una mujer que estaba resplandeciente, a pesar de terminar de atravesar un parto.

Irma no se encontraba bien y no pudo asistir a su hija, pero lo hicieron otras mujeres del clan, también expertas.

La idea de Toni era llevarla a una clínica en Susa, pero aquello fue totalmente inesperado. Su hijo tuvo que nacer allí, en una tienda de campaña. Algo por otra parte, que era lo habitual en aquellos casos. Nadie tenía dinero como para pagar una cosa así.

Pero Toni ya comenzaba a tenerlo, fruto de su trabajo, y eso a pesar de todo el gasto en medicinas que Aisha seguía necesitando, y cada vez más. La mejoría que había tenido Aisha a raíz de su embarazo fue solo durante el mismo, y ahora, dos años después, la enfermedad había seguido su avance.

El pequeño Ahmet era verdaderamente una preciosidad: un niño rollizo, grande, con colores, y como había dicho Abdul, tan rubio como su padre. Un padre que lo primero que hizo fue besar a su esposa y después al niño, para constatar algo que ya sabían: la enfermedad progresaba, y su brazo derecho no era capaz de sostener al niño para darle el pecho. Tenía que ser Leila, quien en ese momento le asistía en esa necesidad. No era su hermana favorita precisamente, pero al menos no le ponía pegas, como sí hacían las otras. Todas se habían casado ya, y tenían sus propias obligaciones.

La fe

—Mushir, no tengo fe.

Karim estaba tan inmerso en la cultura de su tribu, que comenzaba a cuestionarse verdades elementales.

—¿Fe, dices? ¿Quién la tiene?

—Tú la tienes. Mi madre la tiene.

El hombre soltó una de sus típicas carcajadas, y contestó:

—Hijo mío, la fe es un sentimiento que se adquiere con la voluntad. Es como un gorrión de montaña. ¿Los conoces?

—Sí, como los de los montes Zagros.

—Exactamente. Si tú intentas cogerlos, jamás lo conseguirás. Por mucho empeño que pongas, siempre huirán de ti. Ahora bien, échate la siesta y pon una migaja de pan en tu mano. El pájaro acudirá a comérsela y ya será tu amigo. Se acercará sin ningún miedo. ¿Lo comprendes?

—Sí, Mushir. Pero yo no sé si conseguiré que ese pájaro se me acerque. Ciertamente, no creo que llegue alguna vez a tener ese sentimiento.

—Entonces, ¿por qué te hiciste musulmán?

—Porque amo a Aisha —respondió, sin vacilar.

El viejo sonrió y le apoyó una mano sobre el hombro.

—Motivo noble y recto hijo mío. Pero, ¿sabes qué?

—¿Qué Mushir?

—Yerran quienes esperan a ver milagros para tener fe. Mas bien, ten fe, y entonces verás milagros.

El chico miró al suelo por unos instantes y después preguntó:

—¿Cómo puedo tener fe para ver esos milagros?

—Busca, Karim, busca... busca y no desesperes. Tú sigue buscando... Quien busca, encuentra.

Toni buscó y buscó, pero lo único que encontró fue el amor de su esposa, que, lejos de disminuir por haber tenido hijos —a todas las mujeres nos pasa—, aumentó si cabe más.

—Karim, ¿ya no me quieres?

—Aisha de mi alma, luz de mi corazón, ¿por qué dices eso?

—Ya no me miras como antes, no me deseas como antes, no me buscas como antes... ¿Por qué ya no hacemos el amor todos los días?

Estaban en el mullido lecho de cojines y pieles de cabra que habían dispuesto en el suelo de la tienda, y ciertamente Toni estaba ausente. Miraba hacia la cubierta con la cabeza apoyada bajo uno de sus brazos, y se mostraba pensativo. La mujer abrazó a su marido tiernamente, incitándolo a hacer el amor.

—Aisha, mi vida, tu salud se resiente. No deberíamos...

Ella hizo caso omiso de su comentario, y continuó con las caricias.

—Karim, mi salud se resiente cuando tú no me miras, cuando no me deseas, cuando me rehúyes. ¡Quiéreme, por favor!

Toni sonrió a su mujer y la besó, comenzando también a acariciarla.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando nos casamos? —preguntó ella.

—Me dijiste muchas cosas, mi vida.

—Te dije que quería tener muchos hijos, Karim. ¡Quería tener muchos hijos tuyos!

—Ya, pero...

—¡Y lo sigo queriendo, esposo mío! La felicidad plena consiste en la familia. ¿No lo recuerdas?

—Sí, amor mío, ¡claro que lo recuerdo! Pero no sé si eso es lo que más te conviene. Ya tenemos dos hijos, tu salud es delicada, y...

En ese momento la mujer se separó un poco de él y se quedó pensativa, mirando al techo de la tienda. Tras unos instantes, dijo:

—Muchas veces pienso en lo infelices que deben ser las mujeres de tu tierra.

—Lo son, vida mía, lo son. Están llenas de frustraciones.

—Es lógico. Es muy triste, Karim, que la vida de una mujer sea solo trabajar y luego llegar a su casa y conformarse con ver imágenes en una pantalla. ¿No echan de menos a los hijos?

—No, dulzura mía. Les han educado para aborrecerlos.

La pobre muchacha se escandalizaba cuando oía a su esposo relatar cómo eran las escalofriantes vidas de las mujeres occidentales. Él siguió:

—Aborrecen casarse y aborrecen a los hijos. Solo algunas los tienen, y como mucho, uno solo.

—Nunca lo entenderé, amor mío. ¿Es que no les gusta amar y que las amen?

Él hizo un gesto como de recogerse de hombros y añadió:

—No, no les gusta amar. Las han educado para odiar.

—Es curioso, esposo mío, que ellas odien y aborrezcan a los hijos, cuando yo me he pasado la vida deseando tenerlos.

—Sí, dulzura mía?

—Cuando veía a mis hermanas mayores y a mis primas quedarse embarazadas, veía la felicidad de sus rostros, la alegría de sus corazones, que se llenaban de dicha y de esperanza por tener cerca el momento de ver y conocer a sus hijos. ¡Y yo que pensaba que jamás los tendría! Nadie se querría casar conmigo a causa de mi discapacidad. Y sin embargo —añadió—, Alá, bendito sea su santo nombre, ¡me ha regalado al mejor de los esposos! ¡Al más maravilloso de los hombres!

—¡Aisha, amor mío! —se besaron.

—Pero antes de conocerte, Karim, yo tenía miedo. ¡Tenía mucho miedo! Temía que cuando la última de mis hermanas se casara y mis padres murieran, yo me quedaría sola toda mi vida, sin poder haber dado ni un solo fruto. Y gracias a ti ya tengo dos preciosos niños que llenan mi vida, que cuidarán de mí en mi vejez, y que la llenarán de dicha con sus hijos, que serán mis nietos.

—Aisha, mi vida, ¡cuánto desearía yo no tener que trabajar para así llenar más tu vida!

—Lo sé, esposo mío, lo sé. Pero así es el ser de las cosas. En realidad —siguió—, ¿qué puede llevarse una mujer o un hombre a la tumba, si no es la satisfacción de haber tenido hijos?

—La gente de mi tierra los sustituye por viajes.

—Sí, me lo dijiste. Pero esos viajes, por muy satisfactorios que sean, se quedarán en nada en el momento de la muerte. Desaparecerán, como si no hubieran existido; se desvanecerán, como se desvanece la tiniebla al amanecer; se perderán, como lágrimas en la lluvia.

La muchacha había heredado de alguna manera las dotes poéticas de la madre, y las había utilizado para decir una gran verdad.

—¡Aisha de mi vida! —Toni se extasió ante tanta sabiduría, y dijo—: hasta los 23 años estuve toda mi vida estudiando. Sé calcular la resistencia de todos los materiales que hay sobre la faz de la tierra. Sé resolver los más difíciles problemas de ingeniería y las más complejas ecuaciones matemáticas. Y sin embargo, reconozco que no sé nada en comparación con tu sabiduría natural.

Entonces se abrazaron y se besaron, y estuvieron un rato juntos, en esa postura que tanto les gustaba, piel contra piel, sintiendo el latido de sus corazones.

—¿Comprendes ahora por qué quiero seguir teniendo hijos, Karim?

—Sí, amor mío. Ahora lo comprendo.

—Pero no solo es por eso, vida mía. ¿Acaso no te has dado cuenta de que, cada vez que estoy embarazada, mi enfermedad retrocede? Solo avanza cuando no lo estoy. ¿Acaso no es cierto?

—Eso es verdad —reconoció.

—Cuantos más hijos tenga, más tiempo podré seguir a tu lado.



—Aisha, vida mía, ¡no digas eso! Tú estarás siempre a mi lado. ¿Me has oído? Tenemos que llegar a viejos los dos juntos. ¿Lo entiendes? No soportaría quedarme sin ti.

Ella sonrió y se incorporó un poco para clavarle su mirada en la suya, con esa forma tan particular de mirarlo que lo derretía, con esos grandes ojos almendrados del color del crisoberilo.

—Yo tampoco lo soportaría, esposo mío. Por eso quiero que recuerdes lo que te dije cuando nos casamos. ¡Te dije que quería tener muchos hijos tuyos! ¡Recuérdalo! —insistió—. ¡Recuérdalo siempre!

Los dos sonrieron, se abrazaron y se besaron con pasión. Él terminó, diciendo:

—No volveré a darte ocasión de que tengas que recordármelo.

Una ayuda necesaria

Era cierto que con los embarazos el progreso de su enfermedad parecía detenerse, e incluso retrocedía. Pero solo era momentáneamente. En realidad, la enfermedad seguía avanzando, a pesar de la mejoría que había tenido a raíz de los embarazos, y la pobre Aisha ya no tenía fuerza en su brazo para sostener al bebé mientras lo amamantaba.

Para colmo, su madre había caído enferma del corazón. Comenzó a sufrir fatiga crónica y apenas podría dar unos cuantos pasos sin que se fatigara como si hubiera corrido una maratón.

Por su parte, las hermanas de Aisha no tardaron en tener hijos igualmente, con lo que la pobre chica no tenía a nadie que le echase una mano en la crianza de los suyos.

Eso fue lo que me decidió a hacer algo que llevaba ya un tiempo considerando. Al igual que hizo Toni años atrás, hui de la tierra que me vio nacer para estar en el lugar en el que más me necesitaban.

Porque mis hijas no me necesitaban en absoluto. Su indiferencia hacia mí era total.

La mayor, Vicky, estaba a punto de terminar la academia y pronto sería ya militar profesional. Podía mantenerse por sí misma. Y respecto a Angie... Me quitaron su custodia a raíz de la denuncia, pues consideraron que era una mala influencia para la niña. ¡Me la quitaron el mismo día en que arrestaron a Víctor! No pudo ni siquiera asistir al entierro de su padre.

A resultas de ello, mi hija menor fue completamente adoctrinada, y al cabo de los años se convirtió en una *kamikaze* del feminismo, totalmente radicalizada. Odia a los hombres más que su hermana, y estaba resentida contra mí por ser "colaboracionista", cuando debía ser yo quien lo estuviera contra ella y contra todo lo que representaba.

Pero la gota que colmó el vaso fue a raíz de mi trabajo en el juzgado.

Hasta entonces, mi trabajo como asistente judicial no consistía en juzgar, pues no era juez, sino en admitir a trámite las denuncias. Y ya se pueden imaginar cómo eran algunas de esas interposiciones de demandas relacionadas con "agresiones sexuales". Desde haber mirado durante más tiempo del que la prudencia exige a los pechos de una mujer en la parada de un autobús, a "cosificar" a una determinada señora por alabar su belleza. Así era la delirante y loca sociedad en la que nos había tocado vivir. Y ojo porque al desestimar todas aquellas demandas yo no estaba incumpliendo ninguna ley. Porque resulta que, si esas mismas alabanzas las decía una mujer respecto de otra, oh, casualidad, entonces no eran agresiones sino halagos. Y entonces, en virtud de la igualdad de derechos que teóricamente seguía proclamando la Constitución y la no discriminación por razón de género, la injusticia hubiera sido precisamente condenar a unos y no a otras.

Hacía tiempo que, por mi antigüedad, ya tenía que haber ascendido a juez. Pero como se rumoreaba que era cristiana, estaba condenada al ostracismo. Si yo hubiera sido un hombre, me habrían encarcelado directamente, pero como era una mujer, simplemente necesitaba reeducación. Pero llegó un momento en que cambiaron las altas jerarquías de la judicatura, y, probablemente sin saber lo que hacían, ascendieron a todas las que ya nos tocaba.

Ya me había ganado muchas antipatías en mi época de asistente judicial, pero cuando ascendí a juez me terminé de ganar todas las que me faltaban.

Mientras no me tocaban temas que afectaran a los dogmas del Régimen, todo funcionó bien. Pero el problema vino cuando me tocó juzgar a un hombre acusado de "violación".

Antes de nada, una puntualización. Si cualquier mujer acusaba a un hombre de eso, y entendemos por violación inclusive mirar a ciertas partes de la anatomía de una mujer durante más de un segundo, este iba directamente a la cárcel. Otra cosa es que en la práctica eso no se hiciera, porque las mujeres en el fondo teníamos más cordura que nuestras dirigentes. Pero desde luego, la ley lo permitía, y ese resquicio lo aprovechaban muchas para chantajear a los hombres con otras cosas.

Realmente, lo que entraba a juicio eran los casos en los que la víctima y el agresor no se conocían. Así las cosas, lo que había que probar no era si había habido o no violación, sino si esas dos personas habían coincidido en el momento y tiempo que decía la víctima. Porque si no, era tan fácil como decir que cualquier personaje famoso "me ha violado", y ya tenías a esa persona en la cárcel.

Me tocó un caso contra cierto personaje relativamente conocido, y no se pudo probar que aquel hombre hubiera estado donde teóricamente había "violado" a la víctima. Es más, había declaraciones de testigos que decían haber estado con él cuando presuntamente se produjeron los hechos. Con eso ya era suficiente para absolverlo, lógicamente, pues según la ley, la presunción de inocencia es un pilar fundamental del Estado de derecho. Pero es que había otra serie de incongruencias y cosas muy chocantes que me llevaron a pensar que aquella mujer lo hacía por puro despecho, al verse rechazada por aquel hombre.

Yo lo absolví, como es lógico, pero cierta rival que no ascendió porque no era tan antigua, utilizó el caso para desprestigarme, aduciendo que los testigos eran hombres, y por tanto su testimonio no servía (¡).

Al final se me acusó de colaboracionista, y mi jefa, antes de que pidieran su cabeza, pidió la mía. Me vi sin trabajo, sin una hija menor perdida hacía tiempo y con la mayor que ya tenía el suyo y no me necesitaba. ¿Qué esperaba, pues para ir a ayudar a mi nuera?

Ciertamente, Persia era un país musulmán, pero, aunque los cristianos tampoco eran muy queridos allí, al menos no se los encarcelaba y se les dejaba celebrar misas si no llamaban demasiado la atención.

Fue el tercer viaje que hice a Susa, después de los dos anteriores que realicé para conocer a mis nietos, y al igual que le pasó a Toni, jamás volví a mi país. Por supuesto, no tuve que pasar por la odisea que pasó él cuando llegó allí por primera vez. Al contrario, este me recogió en el aeropuerto y me llevó en un coche, algo destalado, eso sí, aunque el mecánico iba dentro, por lo que pudiera pasar.

Cuando me reencontré con Aisha, la vi con la misma jovialidad de siempre. Yo esperaba ver a una muchacha más alicaidá, pues aquel problema que tenía con el brazo era nuevo, y amenazaba con pasarse también al otro. Pero nada más lejos de la realidad. Aunque necesitaba la ayuda de una tercera persona para sostener al bebé mientras lo amamantaba —esa tercera persona fui yo a partir de entonces—, eso no enturbiaba la felicidad de aquella mujer tan alegre y vitalista.

Aisha, a pesar de su enfermedad, era la esposa más feliz de la tierra, pues tenía un marido que la amaba y a quien ella quería con locura, y dos hijos que llenaban su vida con la mayor de las plenitudes.

Ciertamente, mirándola a ella mientras amamantaba a mi nieto, pensaba en lo que se estaban perdiendo mis hijas, entregadas a fútiles placeres masturbatorios que no conducían a nada más que a la infelicidad, a la soledad y la amargura.

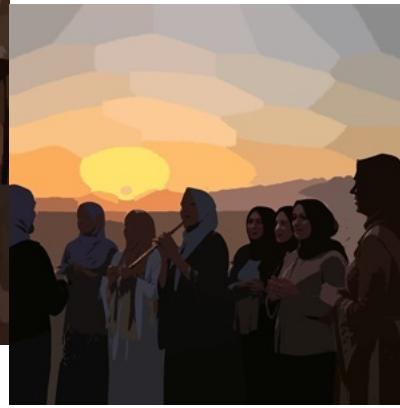
Era lo mismo que pasaba con la relación que Toni había tenido con Judith, si es que aquello se podía haber llamado una relación. Una mera relación masturbatoria que les cosificaba a los dos, pues se utilizaban como meras herramientas de placer, un placer vacío de cualquier sentimiento de amor.

A este respecto, si comparo a Judith con Aisha, alguien podría decir que mi hijo llevó a las dos al séptimo o al octavo cielo, igual que Víctor me llevó a mí tantas veces. Sin embargo, si yo no fuera su madre y tuviera que ponerme en el lugar de alguna de las dos, tengo clarísimo en quién no lo haría, aunque solo fuera por la sencilla razón de que aquella mujer disfrutó de Toni de una manera muchísimo menos intensa.



Cuando llegué a Susa, me alojé en su tienda de soltero, que en ese momento se usaba como almacén. Fue un pequeño hogar que él mismo construyó al poco tiempo de llegar allí. Mushir, con quien al principio compartió hospedaje, roncaba como un camión y se levantaba con frecuencia a orinar. El pobre chico, acostumbrado a dormir solo, no pasaba buenas noches, y eso le hizo construirse una tienda propia, que ahora era la mía.

Ciertamente, la comunidad me acogió de maravilla, haciendo valer la famosa hospitalidad bakhtiari. Una comunidad unida donde las mujeres eran felices, cantaban y refan y contaban sus chismes. Un lugar donde no existía la infelicidad ni la amargura tan típica de las mujeres occidentales, que solo cuentan con sus mascotas para desahogar sus frustraciones.



Me sentí integrada casi desde el primer momento. Me aceptaron enseguida, y me sentí una más a pesar de que no hablaba el idioma, algo que fui aprendiendo con el tiempo.

Para ello, empecé con las canciones, que se cantaban todas las noches, y cuando me las aprendí yo era una más en aquel coro de voces sublimes, a pesar de que la mía no lo era tanto.

Akmán, el cuñado de Toni, solía tocar el *setar*, y otro amigo el *ney*, y junto con los coros femeninos y las palmas se producía una música maravillosa. ¡Todas las noches había un concierto, y yo formaba parte de la orquesta!

Fueron tiempos felices, donde solo faltaba Víctor para que fueran de plenitud. Una plenitud que sí tenía mi hijo con su nueva familia, a pesar de las dificultades y de la precaria salud de su esposa.

Unos tiempos felices, que, por desgracia, estaban a punto de llegar a su fin... y por culpa de los de siempre.

Reclutamiento

Era medianoche. Oí llorar a un niño en el exterior y salí de mi tienda. Toni sostenía al pequeño Ahmet en sus brazos mientras miraba al infinito, contemplando el firmamento estrellado. Cuando notó mi presencia apenas se volvió. Me dijo:



—Aisha no se encuentra bien y el niño estaba llorando.
—Hace frío, hijo. Deberías volver dentro.
—Cuando se duerma, entraré.
Le acaricié la espalda y besé al niño, y después estuvimos unos minutos sin decir nada. La noche estaba silenciosa y tan solo se oía el sonido que producían algunas cabras al moverse dentro del cercado, y el rumor difuso del viento meciendo los arbustos.
—¿Vas a ir mañana? —le pregunté—. No hacía falta decir a qué.
—Sí, mamá. Mañana me presentaré. Todos los hombres de nuestra tribu lo vamos a hacer.
—¿Todos?
—Y casi todos los de la aldea. Solo algunos viejos se quedarán aquí, junto a las mujeres y los niños.
Lo esperaba. Se había hablado mucho de ello aquella tarde, y había habido opiniones encontradas. Sin embargo, yo sabía que eso iba a ocurrir, es decir, que todos los hombres jóvenes se marcharían. Él siguió:
—Tendréis que abandonar las colinas y marchar a la aldea, que es más segura.
—Tú no estás en el censo —observé—. No tendrías por qué ir.
—Iría, aunque estuviera cojo y manco, mamá. Ya me echaron una vez de mi tierra, y no consentiré que lo hagan también de aquí.
—Ya, pero...
—¡No consentiré que castren a mis hijos! ¿Lo entiendes?

—Sí, Toni, lo entiendo —en realidad, no lo entendía demasiado—. Y, ¿qué opina Aisha?

—No quiere que vaya.

—Y aun así, vas a ir.

—Sí.

—Pero, ¡qué sabes tú de armas! —objeté—. ¿Cuándo te gustaron a ti?

Era un último intento desesperado de una madre terriblemente preocupada, de convencer a un valiente. Y no funcionó.

—No sé de armas, ni me gustaron jamás. Pero lo que me falta en la cabeza, lo tengo en el corazón.

La guerra

Sí, hubo una guerra. Todos nuestros hombres se fueron a luchar y de repente las mujeres dejamos de cantar y de reír.

La excusa del enemigo para justificar la invasión era liberar a las mujeres persas de la “opresión machista”. Unas mujeres que no querían ser liberadas de nada, salvo de la propaganda ideológica a la que Occidente las sometía. Pero aquello solo era una excusa, pues en realidad lo que querían los invasores era apoderarse de los recursos minerales del país.

Occidente, con su superioridad tecnológica, consiguió derrotar a nuestro ejército en menos de un mes. Pero nuestro presidente no quiso rendirse, y antes de que lo mataran consiguió refugiarse en un país vecino, desde donde organizó la resistencia contra el gobernador impuesto por el enemigo.

Primero ocuparon las ciudades. Era lo más sencillo, al haber una estructura organizada de poder y una policía a disposición del invasor. La ciudad de Susa resistió lo justo, y el Ayuntamiento se rindió en cuanto aparecieron los tanques en la principal plaza de la ciudad. Y así, una tras otra, todas las ciudades del país fueron cayendo, y se impusieron gobernadores locales.

La parte del ejército que sobrevivió a los ataques fue disuelta, pero los soldados se negaron a disolverse. Esos hombres, junto con sus oficiales, se refugiaron en las montañas para organizar la Resistencia.

Pero eran pocos y escasamente aprovisionados, y el presidente, desde el extranjero, hizo un llamamiento a toda la población para resistir y colaborar con ellos, aportando toda clase de medios, ya fueran humanos o materiales.

Por eso se fueron todos nuestros hombres. Para alistarse en la Resistencia.

Afortunadamente, no faltó la ayuda inestimable de los habituales países enemigos de Occidente, en forma de equipamiento militar de alta tecnología. Unas armas sin las cuales, cualquier tipo de resistencia hubiera sido imposible.

Una vez conseguido el poder, la Inquisición no tardó en aparecer. Comenzaron a desplegar su política de odio y separaron a las familias. Separaron a las mujeres de sus hijos, que fueron llevados a colegios donde se les intentó adoctrinar, y pusieron a trabajar a sus madres. La propaganda de la mentira comenzó a hacer su efecto y se puso en marcha el lavado masivo de cerebros, como ya había ocurrido en Occidente décadas atrás.

Y como allí, la estrategia fue la misma: acaparar el sistema educativo y por supuesto los medios de comunicación, para inundar las redes con su basura ideológica. En efecto, además del bombardeo real, también hubo un bombardeo masivo de las clásicas consignas ultra feministas que basaban su razón de ser en el odio al hombre, por el mero hecho de ser hombre.

Pero lo hicieron mal. En Occidente fue una labor concienzuda, llevada a cabo lentamente, y cuando nos dimos cuenta teníamos a personajes como Elle en el poder. Aquí tenían más prisa y no contaban con la resistencia de un pueblo cuyas mujeres no querían de ninguna de las maneras perder su modo de vida y sus tradiciones, y lo que era peor, que les separaran de sus familias.

Curiosamente, aquí se llamó “colaboracionistas” a las mujeres que colaboraban con el invasor, como realmente debería de ser, como ocurrió cuando se creó el término un siglo antes, al ser los franceses invadidos por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

Si bien en las ciudades no les costó demasiado asentarse y sus habitantes lo pasaron realmente mal, en las aldeas el enemigo no lo tuvo tan fácil. Al no haber una autoridad centralizada ni mucho menos policía, los eunucos y las agentes de la Inquisición se dejaron ver poco, aunque sí nos llegaban los ecos de todo lo que estaba sucediendo en Susa, y que amenazaba constantemente por extenderse hacia aquí.

Ciertamente, no lo estábamos pasando tan mal como ellos. Nosotros teníamos nuestras cabras, que nos proporcionaban carne, leche y quesos, y no pasamos hambre como pasaron en las ciudades. Eso sí, teníamos todo tipo de precariedades, al no poder comerciar con nadie, ni obtener gasolina para los motores eléctricos. El combustible se destinaba casi en exclusividad a los vehículos que resistían al enemigo, pues eso era lo más importante. Nos iba la vida en ello.

Y esos vehículos eran en su mayor parte, como no podía ser de otra manera, las motocicletas.

A priori, poco podían hacer los hombres de Persia contra un ejército profesional con tecnología avanzada. Pero la lucha de guerrillas, desde los tiempos de los romanos, siempre había sido una estrategia acertada. Desde entonces, ya era frecuente la irrupción en rápidas oleadas de algunos jinetes que asaltaban los campamentos enemigos y se retiraban rápidamente antes de que los invasores se organizasen. En el siglo XXI ya no había caballos, pero sí motocicletas, que jugaban el mismo papel.

Las motos son los equivalentes de los caballos en la antigüedad, y al igual que los jinetes persas doblegaron al Imperio romano con su habilidad para montar y disparar flechas o arrojar lanzas al mismo tiempo que conducían sus cabalgaduras, los jinetes persas actuales, entrenados a base de recorrer caminos polvorientos cargados de pesados fardos, también eran capaces de hacer lo propio con sus monturas de acero.

El convoy

Buey: toro castrado. Animal que tiene su fuerza, pero no su bravura.

—¿Sabías que en Susa ya han comenzado a castrar a gente?

—Sí. Mushir me lo dijo.

Akmán y Karim se habían alistado aquel mismo día, tal y como hicieron casi todos los hombres de nuestra tribu. Amigos inseparables desde que Toni llegó a Persia, además eran cuñados, al ser hermanas sus esposas, Aisha y Leila. El resto de los yernos de Irnma y Efrem también se habían alistado, aunque en ese momento solo el marido de Amira, otra cuñada, marchaba junto a ellos, si bien algo rezagado.

Estos dos marchaban juntos, como siempre, cargados de equipamiento. Akmán llevaba una bazуca, dos lanzagranadas, una ametralladora, y varias bombas pequeñas en una mochila. Karim portaba el mortero, dos fusiles, un machete, varios cargadores y algunos cohetes. Las motos iban cargadas hasta los topes, despacio, accionadas por un pequeño motor eléctrico con poca autonomía que les hacía marchar a escasa velocidad. La columna enemiga estaba cerca, y de usar el motor de gasolina, su sonido podría alertarles. No las arrancarían hasta que no estuvieran ya encima.

Sus compañeros marchaban cerca, igualmente agrupados en binomios. Así era la estructura guerrillera típica. Cuatro binomios formaban un pelotón al mando de un sargento, cuatro pelotones una sección al mando de un teniente, y cuatro secciones una compañía liderada por un capitán.

Pero eso fue solo al principio. Con el tiempo, según se fueron produciendo las bajas, que cada vez fueron más numerosas, las estructuras fueron diezmado paulatinamente. En ese momento, muchos meses después de comenzar la guerra, la tercera compañía de Susa solo contaba ya con poco más de cuarenta hombres, cuando había llegado a tener el triple.

—No comprendo cómo tú no fuiste castrado de pequeño, Karim.

—Mis padres lo impidieron. Todavía queda gente normal en Occidente, aunque cada vez son menos. Lo que pasa es que la guerra acelera las cosas. Deshumaniza a las personas.

—En cuanto llegan a una aldea, lo primero que hacen es castrar a los hijos de los guerrilleros.

—A los míos no los castrarán. Yo no estoy censado y ellos tampoco. Malditos censos... Todo es por controlar a la gente y quitarles la libertad.

—Yo tampoco estoy censado. Pero eso no evitará que castren a tus hijos, Karim. Ellos tienen tus rasgos... Son inconfundibles dentro de la tribu.

—No los castrarán si yo puedo evitarlo.

—Tampoco lo harán con los míos.

—¿Los tuyos?

—¿No te lo dije? ¡Leila está embarazada de nuevo!

—¡Oh, qué alegría! —Soltaron algo del equipamiento y se abrazaron. Akmán hasta el momento solo tenía un hijo, fruto de su matrimonio con la hermana de Aisha—. Estarás contento, ¿verdad?

—Mucho. Y ella, más aún. Siempre quiso tener muchos hijos, y casarse conmigo le daba una seguridad en ese sentido.

—¿Por qué?

—Bueno, nosotros somos nueve hermanos, y...

—Ah, claro.

—Además, nuestros padres son muy amigos y como la mayoría de nosotros somos varones, y Efrem solo tiene hijas...

—Ah, vale. Por eso nuestras cuñadas mayores se casaron con dos hermanos tuyos, ¿verdad?

—Sí, así es. La verdad es que nuestro suegro acordó con mi padre que me entregaría a Leila en matrimonio cuando ella fuera mayor de edad.

—¡Ah! Pues... tardó un poco en hacerlo, ¿no?

—El problema fue que apareciste tú, Karim, y la que ahora es mi mujer solo tenía ojos para ti.

—¿Ah sí?

—¿No lo sabías?

—La verdad, no me di cuenta... Yo solo tenía ojos para Aisha...

Los dos se rieron.

—De todas maneras —siguió Toni—, si tu padre y el suyo ya habían acordado el matrimonio...

—Ya, pero Efrem nunca toma esas decisiones sin contar antes con sus hijas. Cuando tú ya te decidiste por Aisha, yo ya tuve el campo libre.

—Bueno, en realidad yo no me tuve que decidir por ninguna. Mejor dicho, me decidí por mi mujer en el primer momento en que la vi.

—Sí, algo parecido me pasó a mí con Leila. Siempre hemos estado juntos y jugábamos cuando éramos niños. Desde siempre quise casarme con ella, Karim. Es la más hermosa de todas las hijas de Efrem.

Toni le miró con cara circunspecta y el joven se dio cuenta.

—Junto con Aisha, me refiero —aclaró—. Las dos son igual de bellas.

—Sí, eso es cierto. Aunque es un tipo de belleza diferente. Como dicen en mi tierra, se podría decir que Leila es más atractiva, pero Aisha es más guapa.

—¿No es lo mismo?

—Bueno, hay una pequeña diferencia... que por respeto hacia ti y hacia tu esposa no puedo ni debo comentar.

—Ya. Agradezco tus respetos, Karim, y creo que sé a qué te refieres. Y para zanjar el asunto, podríamos acordar que Amira, nuestra hermana, es una mezcla de las dos.

—¿Tú crees? —se extrañó.

—Sí. Ahora que no nos oye su marido —miró hacia atrás—, estoy seguro de que coincidirás conmigo en que no es tan atractiva como Leila, ni tan guapa como Aisha.

Los dos soltaron una carcajada y se palmearon en la espalda. Ciertamente, la muchacha de la que hablaban era la menos agraciada de las hijas de Irnma, y la que más tardó en casarse.

En ese momento el teniente ordenó detenerse. La columna enemiga había sido interceptada, y los hombres se dispusieron sobre la pequeña elevación para ver con claridad en qué consistía.

Era una hilera de casi medio kilómetro formada por camiones, piezas de artillería, algunos vehículos y hombres a pie.

Atravesaban la Gedrosia, un implacable desierto de piedras y arena, el mismo que atravesó Alejandro, el más grande conquistador de todos los tiempos, trescientos años antes de que naciera Cristo. El mítico conquistador sufrió numerosas bajas allí mismo, y los eunucos iban a sufrir las mismas en unos minutos.



—A ver —comenzó a hablar el capitán—. Se trata de destruir todos los camiones, la mayor parte de los vehículos, y todos los bueyes que podamos. Somos pocos. Muy pocos. Pero el factor sorpresa estará de nuestra parte, y por supuesto, la ayuda de Alá.

—Adelante —ordenó el teniente—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Efectivamente, ya lo sabían. Lo habían hecho numerosas veces. Apostaron los lanzacohetes en el suelo y los sujetaron firmemente, para después calibrar los láseres. Lo mismo hicieron con los morteros y los lanzagranadas. Se agruparon detrás de una estructura rocosa, y taparon todo con lonas del mismo color de la arena, para que los bueyes no los detectaran cuando se pusieran a tiro.

La columna continuó su avance lentamente. Aquellos eunucos estaban cansados, y se veía en sus rostros que habían sido enviados a luchar en una guerra que no era la suya. Ellos también eran víctimas de la implacable dictadura feminista que amenazaba con acabar con el mundo tal y como se conocía.

Pero eran culpables igualmente. Nadie les obligó a alistarse en el ejército, y allí, en la Gedrosia, les esperaba el mismo destino que a los militares de Alejandro Magno.

En cuanto estuvieron a tiro, las lonas cayeron al suelo y los láseres apuntaron a los camiones para guiar de forma certera un cohete a cada camión. En menos de cinco segundos, todos los camiones con sus cargamentos de eunucos o de pertrechos estaban ya ardiendo, mientras los coches comenzaban a salirse

de la formación para dispersarse en todas las direcciones.

—¡Fuego! —ordenó el teniente, y los morteros escupieron sus racimos de bombas y granadas, para intentar masacrar a lo que quedaba de la columna.

—¡Adelante! —gritó el capitán—. ¡Que no quede ni uno!

En ese momento, los jinetes montaron en sus cabalgaduras y bajaron la colina a toda velocidad, con objeto de terminar con los pocos supervivientes que quedaran después de la lluvia de fuego que había caído sobre los bueyes.

Cuando llegaron, los pobres eunucos, todavía confusos, comenzaron a recibir los balazos que les propinaban los motoristas que aparecían entre el humo, las llamas y el fuego.

Esa fue la parte más dura de todo el combate. Un espectáculo dantesco de luchas cuerpo a cuerpo donde los fusiles, las pistolas, los cuchillos o los machetes —cualquier cosa— se utilizaba indistintamente para acabar unos con otros.

Akmán y Karim, siempre juntos, luchaban espalda contra espalda intentando cubrirse el uno al otro, hasta que el caos de la refriega los obligó a separarse y a combatir de forma individual.

El eunuco al que se enfrentaba Toni era un hombre alto, tanto como él. Ninguno de los dos llevaba ya fusil o pistola, pues se habían acabado las balas, y el enfrentamiento fue cuerpo a cuerpo. El tipo era audaz y se veía que había sido entrenado eficientemente. Fue capaz de quitarle el machete a Karim, a quien no le quedó más remedio que utilizar un cuchillo más corto.

Se tantearon, se midieron el uno al otro, con la adrenalina y el sudor manando profusamente por todos los poros de sus cuerpos.

El soldado envió un mandoble con el machete al cuerpo de su adversario, que fue esquivado con alguna dificultad. Karim aprovechó la inercia del golpe para intentar clavar su cuchillo, pero el eunuco tuvo los reflejos suficientes para zafarse del envite. De nuevo, vuelta a empezar.

Las luchas encarnizadas se extendían por toda la llanura, y los disparos y algunas granadas todavía sonaban aquí y allá. Aquello era el infierno, donde la muerte podría acabar con cualquiera en cualquier momento.

El eunuco inició un ataque furibundo con el machete en ristre, dispuesto a acabar de una vez con el guerrillero que lo afrontaba.

—¡Vas a morir, maldito machista! —gritó, totalmente fuera de sí, con los ojos encendidos en sangre.



Pero Karim mantuvo la calma. También a él lo habían adiestrado bien, y había sobrevivido a lances como ese. Lo esperó pacientemente y cuando lo tuvo sobre sí, hizo una finta y esquivó el machete, golpeando el brazo del soldado por abajo, obligándole a desprendérse del arma. Con la otra mano empuñó el cuchillo y se lo clavó en las costillas, y el eunuco profirió un agudo grito de dolor.

—¡Ahora cantas, eh, castrat!

El soldado cayó al suelo con la cara retorcida en un gesto de agonía, y Karim se abalanzó sobre él hincándole el cuchillo en el corazón.

—¡Esto por mi padre! ¡Hijo de puta! —lo escupió, mientras el eunuco agonizaba.

El combate había terminado, y los guerrilleros remataban a los escasos supervivientes. Karim se incorporó, todavía jadeante, y presenció la escena. Un espectáculo infernal de sangre, fuego, cuerpos despedazados y compañeros muertos.

—¿Se había convertido en un asesino? Se preguntó.

No. Él solo estaba defendiendo su tierra y a su familia. No quería que sus hijos o sus nietos acabaran viviendo en una dictadura totalitaria como la que sufría Occidente, donde había personas superiores e inferiores.

Akmán se aproximó y se abrazaron. El muchacho tenía algunas heridas, pero mostraba un semblante sereno y calmado.

Después contemplaron la escena y contaron a sus muertos. Alguien dijo:

—No hay ni una sola mujer entre los bueyes.

—No se atreven a venir —replicó Karim—. Toda la vida queriendo hacer lo que hacen los hombres, pero eso sí, cuando hay una guerra ellas no van. Mandan a sus *castrati*.

—¡No vaya a ser que las violen, pero de verdad! —dijo alguien y algunos se rieron.

—Nosotros no violamos a las mujeres —increpó el capitán a quien había hablado—. Ni de verdad, ni de mentira. ¿Está claro?

Y era cierto. Los guerrilleros no violaban a ninguna. Solo el alto mando del enemigo estaba formado exclusivamente por mujeres, que, sin embargo, eran respetadas cuando se tomaban prisioneros.

Sí, había alguna excepción, como todo en la vida, y más en un ambiente de guerra. Pero la norma era respetada escrupulosamente, y se pagaba con pena de muerte.

Sin embargo, en Occidente se utilizaban esos casos puntuales como si fuera algo generalizado, y la propaganda azuzaba a las masas para que siguieran a favor de la guerra. Y por el momento, daba resultado.

Leila

Parece mentira lo ingenuos que pueden llegar a ser los hombres, y lo poco perspicaces que son en comparación con nosotras las mujeres.

Como siempre tras una batalla, Toni no podía dormir. La descarga extrema de adrenalina y los horrores presenciados le impedían conciliar el sueño.

Y sin embargo, esa vez no eran las imágenes del combate las que se le venían a la cabeza aquella noche, sino otras, derivadas de la conversación que había tenido con Akmán poco antes de producirse el ataque.

En realidad, nunca hubiera imaginado que Leila estaba interesada en él...

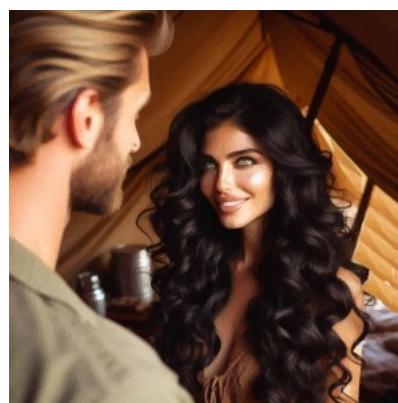
Los dos fueron amigos casi desde el primer día en que este llegó al poblado, y sin embargo, aquel nunca le había hecho semejante confidencia hasta ese momento. ¿Por qué ahora?, se preguntó. Y la respuesta era obvia: la causa era la guerra.

En efecto, hoy puede uno estar vivo, y en cuestión de horas o minutos, haber muerto. Tu vida puede decidirse en una décima de segundo, que es lo que tarda tu compañero en darse cuenta de que estás en peligro. No hay nada que una más a dos personas que eso, y los vínculos que adquiere un soldado en una situación tan extrema son más fuertes incluso que los vínculos familiares o los lazos de sangre. Tu compañero lo es todo para ti; es como tu otro yo, como tu propia conciencia, y uno no se oculta nada a sí mismo.

El caso es que esa conversación le había servido para atar algunos cabos acerca de su cuñada y esposa de este. Ató algunos cabos y recordó lo que pasó una mañana, cuando fue a recoger a Akmán en su tienda.

Según las costumbres islámicas, una mujer debe guardar modestia en el vestido. Esto es, debe llevar la cabeza cubierta y no mostrar nada de su anatomía, excepto cuando está en presencia de los miembros de su familia. A este respecto, un cuñado está en el límite de lo que puede considerarse como familia, y dependerá de las circunstancias el aplicar las reglas de modestia y en qué grado.

El caso es que Leila jamás se puso *rusari* en su presencia, es decir, el pañuelo de la cabeza, a pesar de que con otros cuñados sí lo hacía. Es más, lo que ocurrió una mañana antes de la guerra, fue bastante significativo.



Toni solía madrugar y abría el taller en la aldea al rayar el alba, mientras que Akmán, que le servía de ayudante, llegaba mucho después. La razón era que este seguía compaginando su oficio de pastor con el de aprendiz de mecánico, y primero tenía que ordeñar las cabras y darlas de comer antes de bajar a la aldea. Pero el día anterior su moto se había averiado, y no le quedó más remedio que bajar con Toni a primera hora para recoger del taller la pieza que necesitaban para repararla. Era la época en la que estaba recién casado con Leila, y los deleites del matrimonio hacían estragos en el pobre hombre. Había dormido poco aquella noche y se le habían pegado las sábanas, como se suele decir.

Como tardaba, Toni se acercó a su tienda para apremiarle, pero allí no estaba. Probablemente estaría en las letrinas, y lo recibió su mujer, quien apenas hizo gesto alguno para cubrir de alguna manera su casi desnudez.

Aquel podría haber sido un incidente aislado, si no hubiera sido por otros que ahora se le venían a la cabeza, como por ejemplo, cuando no paraba de mirarle en las noches en las que los dos matrimonios se invitaban a cenar. Y no solo que le miraba, sino también la forma como lo hacía. Mismamente, el día que jugaron al *woku*. Pistas todas ellas que le confirmaban lo que Akmán le había dicho por la mañana.

Y para más confirmación, también recordó el día de la boda de esos dos. Fue algunos meses después de la suya, y Efrem no tenía ya dinero para costear el banquete, después de todo lo que había gastado en el de Aisha. Tuvo que ser el padre de Akmán quien lo hiciera, y ciertamente no fue tan fastuoso como el suyo.



El caso es que cuando los invitados bailaron con la novia y le llegó el turno a Toni, esta le dijo:

—*To nemi khasti ba man ezdavaj kony ve man ba Akmán.* [No te quisiste casar conmigo, y he tenido que hacerlo con Akmán].

Entre la música y la algarabía del banquete, Toni no lo oyó bien, y entendió:

—*Akmán nemi khast ba man ezdavaj kand ve ezdavaj kardam.* [Akmán no se ha querido casar conmigo, y ha tenido que hacerlo].

—*Chara chenin shod?* [¿Por qué ha pasado eso?] —preguntó, confundido.

—*Shma mi danid chara. Man motmaena npargoz an ra dark nakardam* [Tú sabrás por qué. Yo desde luego, nunca lo entendí] —replicó Leila, sonriendo.

Toni no comprendió muy bien a qué se refería, y no le dio la mayor importancia. Tampoco era plan en ese momento hacer más averiguaciones, y lo olvidó. Pero ahora sí que lo recordaba, así como las palabras exactas que le dijo. Aun así, la muchacha parecía feliz aquel día, y el novio mucho más. A pesar de que hubiera preferido casarse con Karim, Leila terminó disfrutando de la boda.

Aisha siempre supo que su hermana deseaba a Toni, prácticamente desde el mismo día en que las dos lo conocieron. Y desde el momento en que se casó con él, la relación entre las dos hermanas cambió. Leila estaba claramente resentida, y desde entonces trató a su hermana con indiferencia, algo que, por supuesto, no hacía con Karim.

Lo cierto es que la tenía envidia, pues siempre se consideró superior en todos los aspectos a su hermana. Nunca llegó a comprender por qué un hombre como Toni prefirió casarse con una minusválida en lugar de con ella, a pesar de todos sus intentos de seducción al respecto.

Por si fuera poco, su padre se gastó casi todos los ahorros en la boda de Aisha, siendo la suya con Akmán mucho más discreta. Aun así, aquella le regaló su magnífico vestido de boda, pues tenían una complexión similar, y eso hizo que las dos hermanas se acercaran un poco.

Por fin, todo cambió cuando nació Ahmet, el niño rubio, y Leila desarrolló un especial afecto por quien desde entonces fue su sobrino favorito. Desde entonces también se volvió hacia Aisha para echarle una mano con los chicos, al verse esta cada vez más impidiida. Hasta que nacieron los suyos, y entonces, lógicamente, se volcó con ellos. Tuve que ser yo quien ayudara a la pobre chica a partir de ese momento, y por eso me marché a Persia.

Sí. Al fin y al cabo, las mujeres musulmanas son como las demás mujeres, y, como es natural en todo el mundo excepto en Occidente, les atraen los hombres guapos. Y a Leila le atraía Toni de una manera muy especial, y de hecho le seguía atrayendo, a pesar de estar ya casada con quien había sido desde siempre el amor de su vida. Un hombre a quien, por otra parte, también amaba, pues una cosa no tiene por qué ser incompatible con la otra.

En cualquier caso, Akmán podía estar tranquilo. Era el mejor amigo de Toni, su compañero en el taller y ahora en la guerra, y eso une mucho. Era el cuñado de su mujer, y jamás le traicionaría. Y no lo haría entre otras cosas porque a él no le gustaba Leila.

Sí, se podría decir que era una mujer espectacular, y Toni lo sabía bien porque la había visto de cerca, y no solo en aquella ocasión. Era una mujer exuberante de caderas marcadas y curvas de infarto, una mujer explosiva que habría hecho furor en el mundo occidental treinta años atrás.

Pero, misterios de la atracción sexual, a él no le atraía, y eso que la conoció casi a la vez que a Aisha, el día en que comió con toda la familia en la tienda de Efrem.

Además, había otro motivo si cabe más importante que impedía que se interesase por Leila: Toni seguía profundamente enamorado de su mujer, a pesar de todas sus limitaciones. Unas limitaciones que, por cierto, cada vez eran mayores.

La guerra avanza

A Toni nunca le gustaron las armas, pero tuvo que aprender a usarlas a marchas forzadas. Para su sorpresa, descubrió que no era mal tirador —en el fondo salía a su padre—, y su habilidad innata para conducir motocicletas, como gran campeón que era, le consagraron como un adversario formidable.



En efecto, no había nada más devastador para los eunucos, que recibir por sorpresa una acometida de 40 o 50 motoristas a toda velocidad sobre sus campamentos, sin dejar de disparar ni un solo momento salvias de ametralladora. Con una mano sostenían el manillar, y con la otra la pistola, la metralleta, o lanzaban las granadas. Era devastador, y algo que ellos no podían hacer por su propia falta de pericia al respecto.

Los objetivos más difíciles se los encomendaban a Toni, pues solía acertar con precisión los disparos sobre los mismos, aun en terrenos muy accidentados. Sus compañeros lo tenían como un héroe, y no había ataque cuyo éxito no dependiera de él. Era un soldado imprescindible, y no solo por eso. Además de atacar, se pasaba el día y parte de la noche reparando las motos, pues, como es de imaginar, las averías eran frecuentes.

Además, su contacto con gentes de todo el país le llevó en poco tiempo a hablar y entender *farsi*, que es el idioma mayoritario de Persia, del cual están emparentadas en mayor o menor medida todas las demás lenguas.

La guerra continuó su avance inexorable y Toni recorrió todo el país participando en múltiples operaciones. Algunas se perdieron y otras se ganaron. Muchos hombres de nuestro clan murieron. Pero al menos todo eso sirvió para que el enemigo se diera cuenta de que conquistar un país no es tan fácil. Sobre todo, si lo que también quieren es destruir a las familias y cambiarles el corazón.

Realmente, esa es la fuerza de una nación: los hijos y la familia. Sin ellos no hay futuro posible, y nuestro pueblo era bien consciente de ello.

Tregua

El enemigo encontró en nuestros hombres a unos adversarios más fieros de lo que se esperaban. Operaciones como la de Gedrosia se sucedieron en todo el país, y Occidente bajó la intensidad de los combates como parte de una estrategia que le permitiera replantearse la manera de llevarlos a cabo. Eso permitió que algunos hombres regresaran a sus hogares, y se reencontraran con sus familias.

Aquella noche, Toni no podía dormir. La guerra le había ocasionado insomnio, pues nunca en todos los meses que llevaban de combate había podido descansar más de cuatro horas seguidas. El sueño se intentaba recuperar a lo largo del día, y se sacaban minutos de aquí y de allá para poder recuperar las fuerzas mientras se avanzaba por el desierto o se esperaba a que llegara una columna enemiga.

La noche había sido casi siempre el mejor momento para el ataque, pues era el tiempo en el que los sistemas de vigilancia y detección del enemigo eran menos eficaces. Por la noche era cuando se avanzaba y se atacaba, y esa era la razón por la que, a pesar de estar en su tienda y junto a su mujer y sus hijos, no podía dormir.

Una tienda que había sido reparada hacía algunos meses, cuando un vendaval destruyó gran parte del campamento. Las pieles de cabra que él mismo había cosido años atrás ahora estaban rasgadas, y las más deterioradas habían sido sustituidas por otras menos apropiadas. En efecto, se solían cortar de forma rectangular para que ajustaran mejor unas con otras, pero las mujeres de la tribu, que habían estado solas con sus hijos durante ese tiempo, bastante tuvieron con sacarlos adelante. Hicimos lo que pudimos para reconstruir aquellos hogares, y por eso algunas pieles no habían encajado bien.

Se fijó en una en particular, que tenía una forma extraña. Era una especie de triángulo invertido, o más bien un trapecio, que tenía uno de sus lados truncado. Le recordó muchísimo a un cuadro abstracto que tenía Judith en su dormitorio, y eso le hizo recordar el pasado.

Recordó aquel día, en el taller, al día siguiente de conocer a aquella rica empresaria. Recordó los sentimientos que tenía aquella mañana, pero sobre todo recordó su asombro por haberle sucedido una cosa tan extraña. Poco imaginaba en aquellos momentos, mientras reparaba los coches, que la vida le reservaba cosas todavía muchísimo más extrañas.

En aquellos días, jamás hubiera imaginado, por ejemplo, que poco después se haría musulmán, o que hablaría un idioma completamente ininteligible para los occidentales. Y lo más asombroso de todo, que participaría en una guerra donde mataría a muchos hombres y a algunas mujeres, muchos de los cuales con sus propias manos. Si se lo hubieran dicho, si se lo hubieran jurado por lo más sagrado, jamás se lo hubiera creído.

Pero era cierto. Tan cierto como que estaba allí, en el otro extremo del mundo, durmiendo en el suelo de una tienda, mientras una bellísima mujer desnuda se había quedado dormida sobre su pecho, y mientras dos chiquillos —sus hijos—, dormían profundamente un par de metros más allá.

Una mujer que no había perdido su espléndida figura a pesar de haber parido dos veces, y que parecía tener una pesadilla en esos instantes. Como si presintiera que se lo podrían quitar en cualquier momento, se abrazó fuertemente a él hasta que se despertó.

—Amor mío, vida mía, ¡no quiero que vuelvas! ¡Quédate aquí conmigo!

—¡Aisha de mi corazón! Yo te amo más que a nada, y por eso debo volver.

—¡Oh! ¿Por qué, esposo mío? ¡Por qué!

—Debo de impedir que el enemigo rompa nuestra familia, nuestra tribu y nuestras tradiciones, vida mía. Si les dejamos, acabarán con todo. Acabarán conmigo, y a tí y a nuestros hijos os condenarán a la infelidad.

—Si acaban contigo, yo ya seré la mujer más infeliz de la tierra, amor mío. Ni mis hijos podrán consolar mi desdicha...

Los dos se besaron y se abrazaron, y permanecieron unos minutos en silencio el uno junto al otro, sintiendo el latido de sus corazones.

—Debes ser fuerte, Aisha... ¡Ya lo eres! ¡Eres una mujer formidable!

—Mi fuerza proviene de la tuya, Karim. Sin ti, yo ya estaría muerta, ya lo sabes. Tú has sido siempre mi ángel de la guarda. ¡Incluso antes de conocernos!

—Y así seguirá siendo, amor mío. Te aseguro que esos malvados no acabarán conmigo, ni nuestros hijos se someterán a su dictadura —sonrió, para tranquilizarla, mientras se incorporaba.



La mujer se reconfortó un tanto, y se levantó para beber un poco de agua, pero seguía inquieta. Los esposos de algunas hermanas suyas y muchos jóvenes de la tribu ya habían muerto en el combate, y el clan estaba diezmado.

—¿Qué nos harán, Karim, si llegan aquí?

—No llegarán.

—¿Y si llegan?

—Si llegasen, yo ya estaría muerto. Entonces te robarían a nuestros hijos, los castrarían y los lavarían el cerebro...

—¡Oh, no...!

—...Y ya nunca podrías tener más, porque no permitirían que te volvieras a casar. Despues te separarían de tu familia, te pondrían a trabajar en un supermercado, y....

—¡Oh, Karim! ¡No lo permitas! ¡No permitas que suceda nada de eso!

Él la acarició y la apretó contra sí, llenándola de besos.

—No lo permitiré, amor mío. No lo permitiremos.

Los tanques

En la segunda parte de la guerra, el enemigo tomó una aproximación diferente. Si bien en un principio se limitó a tomar las ciudades y asentar su dominio, los continuos ataques de los guerrilleros les estaban poniendo las cosas muy difíciles. Así pues, tomaron la decisión de atacar ahora las aldeas, que eran el baluarte y la base desde donde salían todos los ataques de la guerrilla.

La prensa occidental, siempre manipuladora y para justificar la invasión, estaba constantemente animando a continuar la guerra, como un ejercicio de liberación a las mujeres musulmanas que eran sometidas a violaciones sistemáticas por parte de sus maridos. Pero también había periodistas valientes que mostraron las barbaridades hechas por los *castrati*, por ejemplo, cuando arrasaron nuestra aldea vecina. Las imágenes de mujeres y niños calcinados por las bombas despertaron muchas conciencias, pero aun así no fue suficiente. Y lo peor de todo es que la siguiente aldea iba a ser la nuestra.

Efectivamente, los eunucos iban a bombardear la aldea. ¡Nuestra aldea!

Una aldea en la que ahora vivíamos todas, después de que otro vendaval terminara de arrasar el poblado, y sin que nos quedaran ya ganas ni fuerzas para acometer otra reparación.

El enemigo había detectado aquí la presencia de guerrilleros y pretendía no dejar piedra sobre piedra ni cabeza sobre los hombros de todo lo que se encontrase.

Y la verdad es que no les faltaba razón: nuestra aldea, como muchas otras, eran un bastión de la guerrilla. Mismamente, el escuadrón de Toni tenía su base aquí, o mejor dicho, se abastecía aquí, pues su base estaba en las montañas.

Para colmo, tampoco podíamos escapar o evacuar la aldea. Todos los caminos estaban cortados y había patrullas dispuestas para evitar la huida. Nuestras vecinas lo habían intentado y fueron masacradas, y se llevaron a las pocas supervivientes a un campo de concentración, donde lo primero que hicieron fue castrar a sus hijos.

Pero nuestros hombres no se iban a quedar parados. No iban a contemplar impasibles como los eunucos nos mataban a todas.

La noche anterior al ataque se encontraban bajo tierra para evitar ser detectados por los satélites enemigos. Habían adaptado una cavidad subterránea en lo que había sido un acuífero que ahora estaba seco.

El ataque enemigo iba a haber sido realizado con drones, pero el camión que los transportaba fue interceptado y destruido por otro escuadrón de guerrilleros. Pero todavía les quedaban los tanques, tan mortíferos como aquellos artefactos voladores, y por tanto, ahora tocaba también destruirlos, si querían evitar que nos mataran a todas.

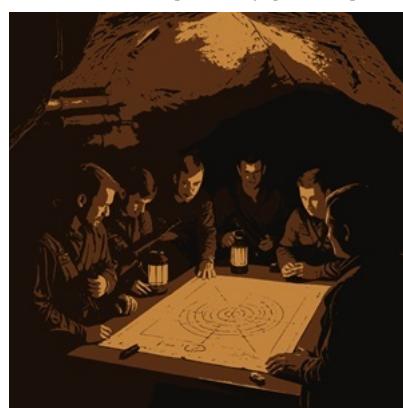
La situación era crítica, porque las bombas lapa que se habían colocado bajo aquellos carros de combate no se habían podido activar. Un niño lo suficientemente pequeño como para poder pasar ante los detectores por un animal del desierto, había conseguido colocarlas debajo de los tanques arriesgando su vida. Era la única forma de hacerlo, pues su reducido tamaño le hizo pasar por un zorro, típico de la zona, y no activó los detectores. Sin embargo, habían cambiado el código del inhibidor y este se hallaba otra vez operativo. Las bombas no se podrían activar desde la distancia, y había por tanto que acometer una acción muchísimo más arriesgada y difícil de ejecutar, si querían salvar nuestras vidas.

El teniente que mandaba la sección en la que se encuadraba Toni estaba en el centro de aquella cueva, junto a una mesa improvisada, mostrando un mapa a su capitán y al resto de los oficiales. También los soldados estaban allí.

—Compañeros —comenzó a hablar el capitán—, el enemigo ha activado un escudo que impide que podamos destrozar sus tanques con cohetes o con granadas lanzadas desde morteros. Hasta que recibamos de nuestros aliados los nuevos cohetes hipersónicos, me temo que no podremos inutilizarlos desde la distancia. Hemos pues de acometer una acción relámpago y lanzar las bombas desde cerca, a baja altura. Teniente, ¿puede explicarnos cuál es su plan?

—Sí, capitán —se aclaró la voz y comenzó a hablar—: El campamento enemigo está situado en la base de la colina Neftu. Por el este, que es la ruta natural de acceso, es imposible acceder, al igual que por la zona sur. Están fuertemente defendidas. En el norte está la colina, y eso hace imposible un ataque rápido antes de que nos maten a todos.

—¿Por qué? —preguntó el capitán. Era un hombre curtido en mil batallas, que, sin embargo, había llegado a la zona recientemente y no la conocía bien. No era el mismo de siempre, el muy querido capitán de la tercera compañía de Susa, pues este había muerto recientemente en un combate.



—El problema es que las motos no pueden acceder, señor.

—Y, ¿no podemos ir por el oeste?

—Sí, es la única vía de ataque. Es una zona escarpada pero apropiada para motocicletas, que tiene en el centro el barranco de Lebón. Y ahí están apostados los tanques del enemigo.

El capitán observó el mapa tridimensional que se mostraba sobre la mesa, y negó con la cabeza. Un gesto que no pasó desapercibido al teniente.

—Señor, esos tanques arrasarán mañana nuestra aldea. La única forma de impedir el ataque sería que alguien que se acercara lo suficiente les arrojase bombas a baja altura.

—Sí, es lo que he dicho, pero...

—Propongo la entrada de varias motos en dos oleadas simultáneas. Una por el flanco norte del barranco y otra por el flanco sur. Los dos grupos se juntarán en el centro del mismo, que está a medio camino, y por ahí huirán tras arrojar las granadas.

—No.

—¿Por qué? —preguntó el teniente—. ¿Cuál es el problema, señor?

—El problema es que el flanco sur está fuertemente defendido, como usted bien ha dicho antes. Allí tienen dispositivos de disparo automático, y cualquier cosa que se acerque será ametrallada y masacrada sin piedad. No nos podremos ni acercar.

—Pues entonces no nos quedará más remedio que acceder exclusivamente por el flanco norte o noroeste. Por aquí —señaló un pequeño lugar relativamente llano en el mapa—. Allí sus defensas están en un terreno más escarpado y no tienen ángulo de tiro. Además, también en ese lugar están las tiendas de sus soldados y dispararían contra ellos mismos si lo hicieran. No les quedó más remedio que instalarse allí gracias a las minas que sembraron en el terreno los de la V división.

—Ya, pero ¿qué ocurre con el barranco? ¿Cómo lo sorteamos? Si lo tenemos que bajar y después subir para ir a la zona sur, cuando lleguemos arriba nos freirán y solo habremos inutilizado la mitad de los tanques. Y con el resto arrasarán la aldea, igualmente.

El teniente se quedó callado. Su superior tenía razón. Al no poder entrar por los dos flancos, no daría tiempo a inutilizar todos los tanques, y los del otro extremo se quedarían intactos.

En ese momento, alguien de entre los soldados alzó la voz.

—¡Yo podría intentarlo, capitán!

Era un hombre alto, fornido, rubio, que habló con un ligero acento occidental.

—¿Quién eres tú? —preguntó.

—Es un soldado que está a mis órdenes —dijo el teniente—. Buen soldado.

—Y, ¿cómo lo haría?

Karim se acercó a la mesa donde se exhibía el plano tridimensional, y comenzó a explicar su plan.

—Propongo entrar por el norte, junto con otros compañeros. Ellos lanzarán las granadas a los tanques que hay hasta llegar al barranco, y luego lo bajarán y saldrán de la zona por ese lugar.

—Y ¿qué papel jugaría usted?

—Yo iría a toda velocidad para intentar sortear el barranco de un salto, y una vez en el otro lado, destrozaría los tanques que hay allí.

—¿Cómo dice? —el hombre se quedó estupefacto—. ¿Está usted loco? ¿Sabe la distancia que hay?

—Sí, capitán. Pero creo que es factible. Mi baza sería la velocidad.

Todos murmuraron y algunos negaron con la cabeza. Karim siguió:

—En cuanto llegue a la zona sur, lanzaré yo mismo las granadas contra los tanques, y antes de llegar a las ametralladoras automáticas, daré la vuelta. Espero que con el fuego y el humo de los tanques ardiendo no me detecten, y me dé tiempo a salir por el barranco.

—Imposible. No le dará tiempo. Aunque pudiera saltarlo, le matarían antes de acabar.

—Señor, los *castrati*... quiero decir, los bueyes, son lentos y cobardes. Cuando quieran reaccionar, ya estará casi todo el trabajo hecho. Y si me matan una vez conseguido el objetivo, aunque no pueda volver, me daré por satisfecho.

El capitán enarcó las cejas y le dijo:

—Soldado, su valor es digno de elogio, y tiene toda mi admiración por ello. Pero no podrá saltar el barranco. Es demasiada distancia.

—Sí podrá. Puedo instalar un compresor en una moto grande para que vaya más rápida. Yo soy alto y la puedo conducir.

—¿Un compresor?

—Es un dispositivo que comprime el aire y lo inyecta con la suficiente presión para que impulse el vehículo a toda velocidad.

—¿Como un turbo?

—Algo parecido. No se usa en motocicletas, pero aquí no quedará más remedio.

—Y, ¿sabe usted instalar eso... para que funcione? ¿Lo podría hacer antes del amanecer?

—Sí. Creo que me daría tiempo.

Los hombres murmuraron y el capitán pensó durante unos instantes. Después dijo:

—De acuerdo, pero, al volar sobre el barranco caerá desde mucha altura. ¿Cree que podrá controlar la motocicleta?

—Señor, aprendí a conducir motos casi antes de aprender a andar. Mi padre me enseñó, y gané muchos campeonatos en mi tierra. El problema no es el barranco, sino el escaso tiempo.

El capitán sopesó todo lo que había oído, pero no se acababa de fiar del todo. Sobre todo, porque aquel soldado era indudablemente de origen occidental. Entonces se alejó unos metros con el teniente y le preguntó:

—¿Teniente, este hombre es de fiar?

—Lo es, capitán. Tanto o más que cualquiera de nosotros. Es uno de mis mejores hombres. Los bueyes le han hecho mucho daño en su país de origen. Allí mataron a su padre.

Aunque bajaron la voz, Toni oyó la conversación y dijo:

—¡Capitán! —exclamó—. En esa aldea se encuentra todo lo que tengo. Mi madre, mi mujer y mis hijos están allí, y mañana la van a bombardear. ¡No dude de mí! —le espetó, desafiante, casi escupiendo las palabras, con el ceño fruncido y la mirada fría como el hielo. El teniente miró a su superior y asintió. Entonces el capitán se disculpó y dijo:

—Ánimo, muchacho. Rezaremos para que lo consiga. ¡Alá le dará fuerzas!



La capitana

—Capitana, hay mujeres y niñas en esa aldea.

El eunuco al cargo del ataque artillero mostraba su preocupación ante las órdenes recibidas. Genoveva Mellier estaba de pie, erguida, con las manos sobre la espalda, mientras contemplaba los preparativos en el exterior. Se importunó ante la irrupción del sargento, y más por lo que acababa este de decir. El hombre siguió:

—De las imágenes que hemos obtenido por satélite, creemos que no hay un solo hombre en todo el poblado. Algunos niños, a lo sumo.

—¡Que se jodian esos machistas! —replicó, airada, con los ojos llenos de sangre—. ¡Utilizan a sus esclavas sexuales como escudos humanos!

Occidente había enviado a sus mujeres más fieras y radicalizadas, las militares de élite, que eran quienes estaban al mando de las operaciones. Sin embargo, ellas no eran quienes entraban en combate. Eran los eunucos, los rangos inferiores, los que hacían el trabajo sucio. Los que morían en la guerra.

—¡Que se mueran todas esas furcias! —continuó—. Ellas también son culpables por sostener el Estado machista. ¡Por no darles una patada en el culo a sus amos! ¡Por no cortarles los huevos cuando las van a penetrar!

El hombre continuaba de pie, impasible, esperando las órdenes oportunas. La mujer concluyó:

—El ataque no se suspenderá, sargento. ¡Vamos a acabar de una vez por todas con esos cerdos machistas y violadores!

—Pero capitana —se atrevió a contestar—. ¿Qué objetivo táctico conseguiríamos, si no matamos a los hombres? Le recuerdo que son ellos quienes nos atacan...

—Qué objetivo conseguiremos... —la mujer lo fulminó con la mirada y replicó, airada—: ¡Pues cortarles sus vías de suministros, maldito eunuco castrado! ¿Es que no lo entiendes? ¡Tenemos que impedir que se abastecan!

El hombre bajó los ojos y se disculpó:

—Sí, capitana —se retiró, caminando hacia atrás—. A sus órdenes, capitana. Se seguirá el plan establecido.

—¡Quiero que inicie el bombardeo al amanecer! ¿Me ha entendido? ¡Cuando salga el sol no debe quedar piedra sobre piedra de ese asqueroso poblado machista! ¡No debe quedar nada que huela a hombre! —rugió, totalmente enfurecida—. No debe quedar nada que huela a hombre...

El ataque

—En posición en la zona cero. Akmán, ¿os queda mucho?

El soldado miró a su cuñado y este torció el gesto. El asunto del compresor no se le estaba dando nada bien.



—¡No tardéis mucho! ¡Queda poco para el amanecer! —advirtió el teniente, y cortó la comunicación. Akmán guardó el *walkie* y volvió a enfocar la linterna.

Habían estado toda la noche trabajando, y el aparato debería ya estar instalado. Es más, debían estar ya junto a los demás en la zona cero, listos para comenzar el ataque. Estos ya habían llegado allí rodando las motos sin arrancarlas, y solo faltaban esos dos para comenzar el ataque.

Karim había tenido que recordar hasta la última fórmula de sus estudios de ingeniería y aprovechar los artilugios más inverosímiles para desinstalar el compresor de un coche, insuflar aire a presión, y luego montarlo en el bastidor de una motocicleta que, desde luego, no estaba preparada para ello.

A falta de las herramientas adecuadas, había tenido que improvisar varias de ellas y Akmán se había pasado la noche serrando hierros para construir palancas, obturadores y muelas, así como soldando piezas de la más diversa índole. Mientras tanto, Toni hacía las ecuaciones necesarias para calcular las capacidades, volúmenes y ajustes de presiones, y daba instrucciones precisas sobre los tamaños que tenían que tener todas aquellas piezas. Una vez estuvo diseñado, construido y adaptado el compresor, solo faltaba instalarlo, y eso era lo que estaba haciendo en ese momento. Pero no se le estaba dando nada bien, porque las herramientas de las que disponía no eran precisamente las más idóneas para una labor tan delicada.

Después de un rato más, Karim dijo:

—No sé si esto funcionará, Akmán.

—¿No puedes probarlo?

—Solo se puede probar en funcionamiento. Cuando llegue el momento de la verdad, sabré si funciona o no. Venga, vámonos.

Los dos rodaron las motos hasta la zona donde los esperaban los demás, con toda la velocidad que les permitía el motor eléctrico. No sabían la hora del ataque de los eunucos, y este se podía producir en cualquier momento. No podían llegar antes de que los *castrati* se pusieran en marcha, pues entonces serían imparables y nada podría impedir que arrasaran la aldea.

Un kilómetro antes de llegar, la moto de Toni se paró.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

—El motor eléctrico no da más de sí. He tenido que cambiarlo por otro más pequeño para dejar hueco al compresor... y ya se acabó la batería.

—¿Qué vamos a hacer? —Akmán mostraba una cara de preocupación que lo decía todo.

—Pues... ¿tú qué crees?

—¿Arrancar con el de gasolina?

—No, joder. Eso alertaría a los *castrati*.

—¿Empujar?

—Tú lo has dicho. Venga, saca una cuerda y remólcame. Esperemos que tu motor aguante lo poco que queda.

Pero no aguantó. Al final tuvieron que bajarse los dos y empujar las dos motos ellos mismos. El día estaba comenzando a despuntar, y, aunque todavía había oscuridad, en muy poco tiempo se les vería plenamente.

Corrieron todo lo que pudieron y llegaron exhaustos, y el teniente les dejó un par de minutos para recuperar el resuello, mientras el día comenzaba a clarear, iluminando tímidamente las siluetas de los tanques apostados en el borde del barranco de Lebón.

—¿Estás listo, Karim? —preguntó el teniente.

Toni suspiró y dijo:

—Eso espero.

—¡Adelante! —gritó, y todas las motos arrancaron y se pusieron en marcha.

En unos segundos llegaron al campamento y comenzaron a lanzar las granadas. Primer tanque, segundo tanque, tercer tanque... los doce motoristas estaban haciendo bien su trabajo mientras Karim, más rápido que ellos, ya se aproximaba al borde del barranco.

Habían inutilizado el cuarto tanque con las granadas y entonces... una ametralladora automática que no debería estar allí comenzó a disparar.

A escasos metros del borde, Toni accionó la palanca del compresor y este no funcionó. No podría saltar el barranco. Lleno de indignación, golpeó el aparato con el puño cerrado, y entonces se produjo la ignición y la moto salió despedida. Pero había perdido unos metros muy valiosos, y no lo quedó más remedio que iniciar una trayectoria más alta para poder sortearlo. Y, como se temía, el radar anti-drones lo detectó y las ametralladoras comenzaron a disparar.

Eran ametralladoras automáticas guiadas por una IA predictiva, y con toda seguridad le acribillarían antes de llegar a la otra orilla del barranco. La IA sabía su trayectoria y su velocidad. Era el fin de la misión y de su propia vida.

Entonces hizo lo único que podía hacer en ese momento, y era probar un tirabuzón. Eso anularía la predicción y con suerte, las balas no lo alcanzarían. Los había hecho infinidad de veces en la época en la que competía en *freestyle*, pero de eso habían pasado ya muchos años. Además, aquella moto no era desde luego de competición, y, por si fuera poco, el peso del compresor en el lado derecho descompensaba la máquina, de forma que tenía que hacer fuerza con la pierna contraria para guardar el centro de gravedad.

Lo malo de iniciar un tirabuzón cuando se inicia un salto sin intención de hacerlo es que la caída a tierra sería algunos metros antes. Unos metros valiosísimos, y ya andaba bastante justo de ellos. Quizá no pudiera sortear el barranco.

Las balas silbaban por el aire y alguna impactó en la moto, aunque no causó daño. El tirabuzón salió regular, pero al menos pudo llegar a la otra orilla, aunque a escasos centímetros del borde. Algunas piedras cayeron por el precipicio, pero ya estaba a salvo. Dio un suspiro de alivio, porque, al menos, había conseguido llegar donde pretendía. Ahora solo tenía que seguir su instinto y dar gas para que la rueda trasera tomara tracción, y eso fue lo que hizo. Pasó enfrente de cada tanque y arrojó las granadas debajo de los mismos, para que estas, junto a las bombas lapa que ya estaban puestas, los destrozaran por completo.

Una, dos, tres, cuatro, cinco... los tanques explotaron uno por uno, y una enorme bola de fuego iluminó el amanecer. Una gran explosión, pero de júbilo, también se oyó en la zona cero, cuando sus compañeros contemplaron la espectacular hazaña.



El objetivo estaba ya cumplido y ahora solo faltaba salir de allí. Las ametralladoras automáticas del flanco sur no estaban preparadas para disparar contra alguien que ya estuviera dentro, y no se accionaron, pero los *castrati* de vigilancia ya estaban en la zona y comenzaban a disparar. Disparaban a ciegas, pues todavía el sol no había asomado, aunque las llamas permitían cierta visibilidad. Aun así, el humo hacía que el motorista no fuera más que un fantasma entre el fuego, y nuevas balas impactaron en la moto, esta vez dañando seriamente la caja del aceite. El vehículo comenzó a echar humo, y entonces Toni accionó de nuevo el compresor para compensar la pérdida de potencia.

Al final, milagrosamente, pudo regresar a la zona cero, sin haber recibido ni un disparo, aunque partículas de metralla procedentes de las explosiones se le habían clavado en diversas partes de su piel.

—¡Dónde están los demás! —preguntó. Junto al teniente solo estaban dos motoristas, uno de los cuales le facilitaba otra moto para cambiarla por la suya destrozada.

—Todos muertos, Karim. Las ametralladoras los han arrasado. Tú te has salvado gracias a la velocidad de tu invento.

—Akmán?

—También muerto. Murió como un héroe, al colocarse como cebo para que a ti no te alcanzaran.

Cerco a la aldea

La capitana se llenó de rabia cuando vio todos sus tanques destrozados, y entonces ordenó a las patrullas que nos rodeaban y a los eunucos a su mando, que asaltaran la aldea.

Pero nosotras tampoco se lo íbamos a poner fácil. Atrancamos todas las puertas y las ventanas y nos atrincheramos en nuestras casas, donde esperamos el asalto, que tendría lugar en cualquier momento.

Mientras tanto, los cuatro hombres que sobrevivieron al ataque se reunieron con el resto de sus compañeros y se replegaron, como solía ser habitual en la guerrilla: atacar y replegarse. Tenían que reorganizarse, y sobre todo, dormir, después de una noche de infarto. En ningún momento pensaron que la capitana ordenaría atacar la aldea, pues entre otras cosas, sus soldados eran de artillería y no tenían experiencia de asalto.

Pero no contaban con la furia de aquella mujer.

Así las cosas, y con las comunicaciones comprometidas por los inhibidores de frecuencia, no nos quedó más remedio que usar los métodos tradicionales para avisar a nuestros hombres. El pequeño Abdul, sobrino de Toni, fue otra vez quién hizo de mensajero.

Mientras tanto, en la aldea se organizó la resistencia. Como eran tiempos de guerra, cada familia tenía armas escondidas por si había que llegar a esto, y esto llegó.

A falta de hombres, las mujeres y los niños preadolescentes se pusieron al frente y nos dispusimos a resistir. Una resistencia que no podía durar mucho, pues poco podíamos hacer contra los soldados. Afortunadamente, ya no disponían de artillería, pero podían echar abajo cualquier puerta a base de disparos.

Los únicos hombres de todo el clan que estaban con nosotras por ser demasiado viejos para el combate eran Mushir y Efrem. Este último, junto con Irnma, se fue a la casa de su hija Leila, y allí se dispuso a defenderse con ellas y sus nietos hasta la muerte si fuera necesario.

Y lo propio hizo Mushir con Aisha y conmigo. El hombre llegó con un fusil de asalto y varios cargadores de munición, y me entregó una pistola.

—¿Sabes usarla? —me preguntó.

—Sí. Creo. Mi marido era policía, y solo de verle, supongo que podría hacer uso de ella —chapurreé, diciendo solo la mitad de las palabras en bakhtiari.

—Espero que no sea necesario, pero hemos de evitar a toda costa que toquen a Aisha o a los niños. ¿Me has entendido?

Asentí, aunque todavía no entendía muy bien el idioma. Pero en esos momentos no hacía falta entender nada, pues todo era más que obvio. Me temblaba la mano cuando agarré la arma, que pesaba más de lo que yo recordaba de las pistolas de Víctor.

Estaba muerta de miedo y de preocupación, y el corazón me latía a toda velocidad. Aisha, por su parte, no paraba de llorar ni los niños tampoco, pues presentían lo peor.

Y mientras tanto, en el escondite de nuestros hombres, el sanitario apenas había terminado de extraer los trozos de metralla de la piel de los guerrilleros —siendo Toni quien más impactos tenía—, apenas había terminado de desinfectar y vendar las heridas, no habían ni siquiera cerrado los ojos para dormir un poco después de una noche tan intensa, cuando apareció el mensajero.

—¡Ka... Ka... Karim!

Por fin llegó el chico al campamento, y todos los guerrilleros se volvieron hacia él.

—¡Abdul! ¿Qué haces aquí?

—Los bu... bu... bueyes. ¡Están en la aldea!

—¡Vamos! —ordenó el capitán—. A ver si después de haber hecho lo más difícil nos van a ganar por la mano.



Mientras tanto, los *castrati* estaban ya en la aldea y habían entrado en algunas casas. Mushir no paraba de disparar desde la ventana a todo lo que se movía por la calle, y eso hizo que a la nuestra todavía no hubieran entrado. El hombre había estado ya en una guerra cuando era joven, y ciertamente no se le había olvidado el oficio.

Aisha seguía llorando y yo mantenía la calma a duras penas, mientras intentaba consolar a los niños, que estaban atemorizados con el ruido ensordecedor de los disparos.

Así estuvimos durante al menos una hora, hasta que, de repente, ocurrió lo peor. Dos eunucos estaban en la puerta de nuestra casa, y uno de ellos le metió un tiro a Mushir en la garganta, que le hizo caerse muerto delante de nosotras.

Aisha dio un grito y yo otro, y entonces, se volvieron a oír disparos en el exterior. Probablemente los eunucos estaban intentando forzar la puerta, y no me quedó más remedio que ponerme delante de la misma, con la pistola en ristre, dispuesta a disparar a quien entrase en nuestra casa.



Bueno, dispuesta, es un decir. Porque la verdad es que estaba muerta de miedo, y me temblaban las piernas, los brazos, y todo mi cuerpo. El corazón me latía tan fuerte que parecía que se me iba a salir por la boca, y temía que me desmayase en el mismo momento en que mi nuera y mis nietos más me necesitaran.

Por fin, la puerta se vino abajo y entró un hombre. No se le veía bien al contraluz, y yo respiré hondo para poder serenarme e intentar disparar.

—¡No, Olivia! ¡Es Karim! —gritó Aisha.

Efectivamente, era él. Acababa de matar a los dos eunucos que querían entrar y echó la puerta abajo porque pensaba que había más en el interior.

—¡Oh Toni! ¡Qué miedo hemos pasado! —le abracé.

—Estáis todos bien?

—Todos, no —señalé al cadáver de Mushir.

Él puso un gesto de dolor, y después se acercó para dar un fuerte abrazo a Aisha y llenar de besos a sus pequeños. Lo peor, gracias a Dios, había pasado.

Funerales

Realmente, no les fue difícil a nuestros hombres acabar con los eunucos. Como suponían, eran artilleros sin experiencia real en el combate, y la mayoría huyeron en cuanto los guerrilleros les hicieron frente. Los pocos que quedaron fueron vencidos sin dificultad, y su capitana fue recogida junto a sus oficiales en un helicóptero que la rescató. Nos enteramos poco después que fue degradada por haberse dejado derrotar por unos “guerrilleros harapientos”.

A continuación, llegó el momento de enterrar a los muertos. Los *castrati* fueron recogidos por varios carromatos que los apilaron y los enterraron en una fosa común en el desierto, y después llegó la hora de hacer lo propio con los nuestros, que de nuestra familia eran Akmán y Mushir. Aunque en realidad, tuvimos otra baja más, que fue Irnma. Como consecuencia de los acontecimientos tan dramáticos que sufrimos ese día, su corazón dijo “basta”, y sufrió un infarto que la llevó a la tumba una semana después.

El capitán se ofreció para oficiar una ceremonia conjunta para todos los caídos, pero las mujeres prefirieron hacerlo cada familia por separado. Aun así, todos nos juntamos en el cementerio, donde cada grupo lloraba y rezaba por sus muertos.

Todas llorábamos desconsoladas, pero sobre todo Leila, la viuda de Akmán, quién había perdido a su marido habiendo dejado huérfanos a sus hijos. Una semana después, tanto ella como Aisha tendrían que llorar también por su madre, como ya he dicho.

La muerte de Akmán supuso un durísimo golpe para Toni, y lo lloró como si hubiera perdido a un hermano. De hecho, eso es lo que significa en bakhtiari la palabra “cuñado”, que no existe como tal, sino que “hermano” se emplea indistintamente para los hermanos de sangre y para los que lo son por afinidad.

Fue una ceremonia muy emotiva, donde los hermanos del fallecido transportaron en hombros el cadáver de un héroe de guerra, y lo enterraron cerca de donde estaban otros miembros de su familia. Entre ellos no faltó Karim, por su afinidad con él.

Por su parte, la noticia de la muerte de Mushir impactó profundamente, no solo en la aldea, sino también en los alrededores. Era un hombre muy querido y respetado, y acudieron gentes de todas partes.

Fue a la mañana siguiente, al rayar el alba. Previamente, antes del amanecer, sus sobrinas lavaron el cadáver y lo envolvieron en un sudario blanco, el *kafan*. Una vez hecho esto, la tradición ordenaba que los hijos, o en ausencia de estos, los hermanos, llevasen el cuerpo en una camilla hasta el cementerio, acompañados del cortejo fúnebre.

Mushir no tenía hijos naturales ni tampoco hermanos varones, pero esos papeles fueron asumidos por su hijo adoptivo y su cuñado. “Su hermano”, como siempre lo llamó.

Fue una mañana con mucho viento, como si el aire quisiera llevarse de nuestra aldea todo el mal que los eunucos la habían causado. Karim y Efrem colocaron la camilla sobre sus hombros y salieron de casa, camino del cementerio, mientras la multitud los seguía, y las mujeres no parábamos de llorar. Aisha era de todas sus sobrinas quién peor lo llevaba, pues a Leila ya no le quedaban lágrimas después de todas las que había soltado por Akmán.

Yo marchaba cerca de ellos empujando la silla de ruedas de Aisha, quien llevaba al pequeño Ahmet sentado en su regazo, mientras Nasser, mi nieto mayor, nos seguía caminando a nuestro lado.

Al llegar al camposanto, los dos portejadores dejaron la camilla al lado de la fosa, y Efrem, ahora el jefe de la tribu, se dispuso a rezar el *janazah*, es decir, la oración fúnebre. Fue un momento de gran solemnidad, donde tan solo el viento y el llanto de algunos niños perturbaron el silencio.

Después, los familiares más directos solían decir algunas palabras, por orden de relación, y Efrem hizo una señal a Toni para que dijera algo. Este se aclaró la voz e intentó hablar.



—No se me dan bien los discursos, y menos en un momento como este. No quiero que mi voz interrumpa las oraciones, que deben ser el primero y fundamental en un día como hoy. Solo quiero decir que Mushir, después de haber perdido a mi padre natural, fue un segundo padre para mí. El único padre que he tenido desde que llegué a esta tierra. Un padre que me acogió como verdadero y muy querido hijo suyo, un padre a quién he amado, admirado, y querido, como sé que él siempre me quiso a mí —se le quebró la voz, pero se recomponió lo justo para terminar, diciendo:

—Una vez los bueyes mataron a mi padre natural, y ayer asesinaron a mi otro padre —se le escapó una lágrima—. Pero yo os prometo que esto no quedará así.... Y que pagarán por lo que han hecho.

Ya no pudo continuar. El sentimiento convirtió su voz en un susurro, y entonces hizo una señal a Efrem para que continuara con el ritual, mientras la multitud prorrumpió en vítores y aplausos. Una vez se hubieron calmado y volvió el silencio, Efrem abrió el Corán y se dispuso a rezar las oraciones finales, antes de introducir el cuerpo en la fosa. Recitó las *suras* que imploraban a Alá el perdón y la misericordia por el fallecido, y los dos hombres sujetaron el cuerpo de nuestro anterior líder para descolgarlo lentamente con dos cuerdas hasta el fondo de la fosa, y cuidando de que su rostro quedara orientado hacia la Meca.

Después, las palas comenzaron a llenar la fosa de arena, y fue cuando los llantos se agudizaron. Aisha comenzó a llorar por la pérdida de su tío, con un sentimiento tal, que quienes la rodeaban tuvieron que consolarla como pudieron.

Después, la multitud comenzó a dispersarse, y todos pasaron por delante de Efrem y de Karim inclinando sus cabezas en señal de respeto. Las mujeres consolaron a las sobrinas y después se procedió a colocar una sencilla lápida encima del montón de arena, que únicamente especificaba el nombre del fallecido y la fecha de su defunción.

El viento arrebia y comenzó a llover. Una lluvia fina, de invierno, que apenas mojaba una tierra desgastada por la sequía.

Una vez que se hubo marchado todo el mundo, nosotros fuimos los últimos en hacerlo. Toni recogió al pequeño Ahmet en sus brazos y agarró con la otra mano a Nasser, mientras yo seguía empujando a Aisha en dirección a casa.

Cuando llegamos, no hablamos mucho. Yo me dirigí a la cocina para preparar algo de comida, mientras Aisha intentaba dormir a su pequeño dándole el pecho. Su esposo fue quien lo sujetó para que pudiera hacerlo, pues ella ya no tenía fuerzas en sus brazos para sostener a un chiquillo que cada vez pesaba



más. La verdad, fue todo un gusto contemplar a aquel rudo y feroz guerrillero curtido por la guerra y lleno de cicatrices y de sangre reseca, con qué amor sostenía a su hijo colocándose detrás de su esposa mientras abrazaba y besaba a los dos. No se me olvidará nunca aquella imagen tan idílica donde la brutalidad se mezclaba con la ternura en una combinación única.

Comimos en silencio sin hablar más de lo imprescindible, y mi nuera y los niños se fueron al dormitorio para intentar dormir algo, pues la noche anterior apenas habíamos podido conciliar el sueño. Yo me quedé con Toni recogiendo la mesa, y después de que él reparara la puerta y las ventanas y de haber ordenado un poco todo, recogió sus armas y las municiones y se fue hacia la salida, dispuesto a marcharse.

—¿Ya te vas? ¿No puedes quedarte un poco más con nosotras?

—Me temo que no —contestó, con la cabeza baja—. Ya me gustaría...

—¿No quieres quedarte a terminar de curar esas heridas? —las señalé. Tenía varias por impactos de metralla procedentes de las explosiones, en los brazos, en el pecho y en el cuello.

—No. Son heridas de piel. Ya se curarán. Las he tenido peores.

—Pero si te vas, ¿quién nos protegerá ahora?

—Mamá, de nada serviría que yo me quedara si nos bombardean. Quedan por ahí muchos más tanques que tenemos que neutralizar.

—Ya...

—Os hago mayor servicio si me voy, que si me quedo. Tú cuida de Aisha y de los niños.

Le abracé con fuerza y le di un beso.

—Pero estaremos cerca —finalizó—. No consentiremos que os vuelvan a molestar. Eso, te lo garantizo.

Gritos

La guerra seguía su avance inexorable, aunque cada vez iban quedando menos soldados en los dos bandos. En el nuestro, las bajas eran cada vez mayores, y en el de ellos, si bien su reserva de militares era mucho más grande, la prensa occidental seguía haciendo su trabajo y mostraba todos los días las cruentas imágenes en sus noticieros. Cada vez eran más las voces que exigían el final del conflicto.

Así las cosas, el enemigo comprendió que tenía que darse prisa en terminar la guerra. Y como se dio cuenta de que atacar a las aldeas no era la solución, entonces, a la desesperada, comenzó a emular nuestras tácticas, y se convirtieron ellos también en guerrilleros. Formando pequeños comandos, hacían incursiones en las montañas y en los caminos y arrasaban con los poblados matando a todo lo que se encontraban por delante, incluso a los animales.

Pero los nuestros no los iban a la zaga, y los perseguían.

A resultas de aquella acción tan heroica con los tanques, Toni había sido ascendido a sargento y le habían prometido una condecoración por su gran hazaña. Mientras tanto, su misión ahora era perseguir a aquellos comandos enemigos, y llevaban tiempo tras uno de ellos, ciertamente sanguinario. Y por fin lo habían localizado en una zona al oeste de los montes Zagros.

Como los efectivos guerrilleros seguían diezmándose, los supervivientes se repartían como podían, y se formaban y reagrupaban compañías y pelotones. En ese momento, mi hijo estaba al mando de dos de ellos, aproximadamente de doce o catorce hombres en total.



—Sargento, creo que deberíamos atacar ahora mismo. Los *bueyes* no soportan este calor y serán presa fácil.

A falta de otro suboficial, un cabo mandaba al otro pelotón, y se podría decir que era el lugarteniente de aquella expedición. Sin embargo, era un hombre demasiado impulsivo.

—No, cabo. Lo haremos al anochecer —dijo Toni—. Dejemos que se confíen. Acaban de llegar a su campamento y están vigilándolo todo, a ver si está como lo dejaron.

El campamento era un conjunto de tiendas que en su día debió albergar al menos cien hombres, pero las bajas lo habían reducido a mucho menos de la mitad. Los que habían llegado serían unos veinte eunucos que acababan de venir de saquear alguna aldea de las inmediaciones y continuarían al día siguiente con otro objetivo.

—Al anochecer serán nuestros —concluyó el sargento—. Es el momento en que estarán más cansados. Atacaremos justo cuando comiencen a conectar los dispositivos de vigilancia. Ahora, nos toca descansar a nosotros.

El sol ya no estaba sobre el horizonte, aunque todavía era de día. Antes de atacar, tocaba hacer el *Maghrib*, esto es, el rezo del atardecer. A falta de un líder religioso, el jefe tenía que suplirle y dirigir la oración. Los hombres usaron algo de agua para hacer la ablución, sacaron su alfombrilla y se arrodillaron, inclinándose y postrándose repetidas veces, según Karim recitaba la *sura* Fatiha en cada ciclo de oración, durante la recitación del Corán.

No fueron más de cinco o diez minutos, pero con eso ya tenían el empuje espiritual necesario para enfrentarse con sus adversarios.

Así las cosas, la tienda de campaña que albergaba los explosivos enemigos voló por los aires con un estruendo atronador, impactada por un cohete. La deflagración se llevó por delante casi todas las tiendas que había a su alrededor, quedando la que parecía más grande francamente deteriorada. Algunos eunucos corrían hacia todos lados siendo pasto de las llamas, y en ese momento, atacaron los nuestros.

Como todos, fue un combate encarnizado a vida o muerte, como los gladiadores de la antigua Roma. Nunca se dejaban prisioneros vivos por ninguno de los dos bandos. Así se habían radicalizado las cosas después de la tregua.

Como bien había dicho Toni, los *castrati* estaban cansados y los nuestros descansados. Los acorralaron en pequeños grupos, y en pocos minutos acabaron con ellos.

En la refriega, se había producido una dispersión notable de los luchadores, y el sargento y dos soldados eran los que más se habían alejado. Después de acabar con cinco rivales en una zona rocosa, ahora iniciaban rápidamente el camino hacia el campamento enemigo para ver si podían ayudar a sus compañeros.

Sin embargo, la lucha ya había concluido, y se limitaron a socorrer a los heridos.

Fue en ese momento cuando Toni oyó los gritos.

Era una mujer. Los compañeros la habían atrapado en la tienda grande, y entonces se temió lo peor. La guerra estaba sacando a flote los peores instintos de los hombres, y el pelotón que le había asignado, aunque eran soldados muy valientes, no eran ejemplares precisamente.

—¿Qué está pasando aquí?

La mujer estaba ya desnuda de cintura para arriba, y estaban comenzando a quitarle los pantalones.

—¡Largaos inmediatamente! —exigió el sargento.

Los hombres miraron a su superior, reacios a soltar la presa. Pero al final obedecieron. Los compañeros heridos también necesitaban ayuda.

Toni se acercó a la soldado, quien ciertamente estaba muerta de miedo. Por si fuera poco, su propio aspecto era realmente intimidatorio. No se le veía bien la cara por estar a contraluz, y se presentaba como un hombre alto y fornido, sucio por el polvo y el humo de la batalla, y con varios cinturones repletos de balas que le rodeaban el pecho y la cintura.

La mujer, que estaba todavía en el suelo, comenzó a desplazarse hacia atrás, casi arrastrándose, temiéndose lo peor. Hasta que, cuando Toni estaba ya casi a su lado, se detuvo. Se detuvo y se levantó. Los dos se miraron fijamente, y entonces ella se arrojó a sus brazos para abrazarle, a lo que él respondió con un beso frío.

—La quieres para ti solo, ¡eh, sargento! —dijo un guerrillero que todavía no se había marchado.

Toni se dio la vuelta y lo miró con un gesto de rabia y odio que lo dejó paralizado en el sitio. Estuvo a punto de pegarle un tiro.

—¡Es mi hermana, idiota!

Efectivamente, la casualidad había hecho que los dos hermanos se encontrasen, en un momento providencial para mi hija. Como militar profesional que era desde hacía años, siempre trabajó en intendencia, en las oficinas, pero ahora estaba en el frente de batalla.

Finalmente, el guerrillero se marchó y dejó allí solos a los dos. Vicky volvió a abrazarle y le dijo:



—¡Oh, Toni! ¡Esto es un infierno!
—El infierno que tú y las que son como tú habéis provocado —respondió, fríamente, mientras agarraba una manta que había por el suelo y se la ponía por encima para taparla—. ¿Por qué has venido aquí? ¿No estabas en intendencia?
—Me presenté voluntaria. Las mujeres no tenemos por qué venir, pero...
—Siempre rebelde. Siempre te gustó la acción.
—Bueno, me parezco un poco a papá...
—¡Ni se te ocurra mencionarlo! ¿Me oyes? —la amenazó con un dedo—. ¡Ni nombrarle! ¡No te pareces en nada a él!
Vicky bajó los ojos. Las pocas escaramuzas en las que había tomado parte la habían marcado, y parecía mucho mayor.
—Acabo de llegar al frente, Toni —dijo, llorando—. De verdad, no pensaba que esto iba a ser así...
—Claro. Los militares “de oficina” os creéis que esto es un juego, como los que hacéis en la academia. Pero esto es muy real, ¿entendes? ¡Muy real!

—Sí, ya me he dado cuenta —sollozó, e intentó de nuevo abrazarle, pero él la rechazó.

—Si hubieras visto los horrores que yo he visto en el tiempo que llevo aquí...

—Sí, ya me lo imagino —repuso, moviendo la cabeza hacia los lados—. Por eso lo voy a dejar. ¿Por qué no lo dejas tú también?

—Que por qué no... ¡Porque no puedo! ¿Es que no lo entiendes?

—¿Por qué? ¿Quién te lo impide?

Él la miró con expresión fría, como si Vicky siguiera siendo lo que siempre fue, una niña mimada que no comprendía las cosas de la vida. Y eso es lo que seguía siendo.

—Me lo impiden mi mujer y mis hijos, y todos los miembros de mi familia... ¡Ellos me lo impiden!

—¿Tu familia?

—¡Sí, mi nueva familia! Ellos no me pidieron venir. Es más, mi mujer me rogó que no viniera. ¡Pero me obliga mi conciencia! ¿Lo comprendes, estúpida niña mimada occidental?

—Sí. Creo que sí —bajó de nuevo los ojos.

—¡Tengo que seguir aquí! Tengo que seguir aquí luchando y matando eunucos y a las mujeres como tú, porque si no matarán a mis hijos y a las mujeres de mi familia, como ya han hecho con otros pueblos. ¿Lo entiendes ahora, Vicky?

Ella asintió y le puso una mano en el hombro en señal de afecto, mientras intentaba recoger su ropa del suelo para seguir vistiéndose.

Los dos hermanos durmieron aquella noche en la misma tienda, junto a los heridos. Hablaron poco. A pesar del abrazo que se dieron cuando se vieron, al fin y al cabo, eran enemigos, y él se mostró muy distante con ella. Algunos guerrilleros murmuraban.



—¿Qué están diciendo esos hombres, Toni?
—Ya sabes que no solemos tomar prisioneros.
—¿Me vais a fusilar? —preguntó, asustada, incorporándose un poco para mirarle.
Él no contestó de inmediato y tardó en decir algo. Finalmente, suspiró, y dijo:
—Mañana tenemos que pasar cerca de nuestra aldea para aprovisionarnos. Está previsto que salga un convoy para el puerto, con destino a China.
—¿A China?
—Sí. Les tenemos que devolver unos envases de... cierto material.
—Ya. Entiendo.
—Allí te proporcionarán un *jomeh* y un *sholarqeri* para hacerte pasar por una mujer bakhtiari. Vístete con ellos y ajústate bien el *rusari*, para que no se note mucho que llevas el pelo corto. En todo caso, como eres morena, pasarás más desapercibida. No hables con nadie, no se te ocurra decir nada, y si te preguntan, mencionas mi nombre.

—¿Toni?

—¡No, idiota! ¡Yo ya no me llamo así!

—Sí, claro. Perdona.

—Una vez en China, tendrás que buscarte la vida. Vete a la embajada o haz lo que quieras.

—Sí, gracias.

Vicky comenzó a pensar en lo arriesgado que podría ser una cosa así, y los peligros que podría suponer embarcarse sola con gente desconocida a un país enemigo de Occidente, y del que ni siquiera entendía su idioma. Entonces dijo:

—Pero... ¿en lugar de eso, no podría volver con mi gente? Hay un destacamento cerca de aquí...

Toni la miró con cara de perdonarle la vida, y eso era realmente lo que estaba haciendo.

—Prefiero no contestar a esa pregunta tan estúpida.

Efectivamente, bastante tenía con no fusilarla, que era lo que se hacía con los prisioneros, y lo que sus hombres estaban demandando. Vicky debió comprenderlo, y no volvió a hablar del asunto. Al contrario, intentó congraciarse con su hermano.

—Entonces, ¿dices que pasaremos cerca de tu aldea?

—Así es.

—Podré ver a mamá y a tus hijos?

—¿Ahora te has vuelto sensible, hermanita? —la miró, con ojos fríos como el hielo—. ¿Desde cuándo te han importado a ti tus sobrinos?

—Toni, te juro que yo no soy como piensas...

—Mi nombre es Karim! ¿Has oído? ¡Karim Abdulacid, hijo de Mushir, de la tribu de Mushir, de los bakhtiari de Susa!

—Sí, To... quiero decir, Karim.

—Ese es mi nombre y el nombre de mi pueblo. ¿Te queda claro?

—Sí, Karim —se calló y miró al suelo, aunque pronto se recuperó—. Pues eso. Que yo no soy como piensas. En esta guerra todavía no he matado a nadie. ¡Solo llevo una semana en el frente! Me dedico a preparar los equipos, a ponerlos a punto, a hacer labores de mantenimiento. Yo...

—¡Equipos que nos matan a nosotros y destruyen a nuestras familias! ¿O es que te crees que los hacen solo para desfilar?

—Bueno, sí, pero...

—¡Cállate! —gritó—. ¡Cállate de una vez si no quieres que te entregue a mis hombres! Si no quieres que me arrepienta de dejarte escapar...

No volvieron a hablar más en toda la noche, y a la mañana siguiente consiguió entregarla a unos amigos que procedieron a seguir con el plan de llevarla a China haciéndola pasar por bakhtiari.

A pesar de que la guerra lo había deshumanizado, los lazos de la sangre eran más fuertes que cualquier cosa, y no entregó a su hermana para que la fusilaran. Aunque eso sí, no permitió que me viera ni a mí ni a sus hijos. En realidad, la guerra nos había deshumanizado a todos.

Consecuencia

Sí, es lo que tienen las guerras, que deshumanizan a las personas. Solo que nosotros no provocamos la guerra. Fue Occidente y su cultura del odio, o mejor dicho, su incultura, que había llegado incluso hasta el punto de que dos hermanos, hermanos de sangre, se pelearan entre sí.

Vicky comprobó el gran poder que tenían las palabras «Karim Abdulacid, hijo de Mushir, de los bakthiari de Susa». Como si fueran palabras mágicas, en más de una ocasión tuvo que utilizarlas para salvar su vida y conseguir llegar a China sana y salva. En efecto, la gran hazaña de los tanques se contaba a lo largo y ancho del país y del ejército, y todos querían corresponder de alguna manera al autor de semejante proeza.

Pero allí las cosas no le fueron fáciles. Nada más llegar al gran país del extremo oriente, los chinos se dieron cuenta de que no era persa y la acusaron de espionaje, reteniéndola en la cárcel durante dos años. Al final la soltaron tras comprobar lo que realmente era: una estúpida y mimada niña occidental que había querido jugar a la guerra.

Cuando regresó a su país, ciertamente cambió. La experiencia la marcó muy profundamente; maduró y ya no volvió a ser la misma que había sido antes. No abjuró del feminismo radical, porque quien nace rebelde, muere rebelde, aunque sí lo suavizó. Sobre todo, en lo referente al lesbianismo. Algo debió de pasarse en China a ese respecto, porque el caso es que desde entonces tuvo un odio visceral a todas las lesbianas y en general a las relaciones entre mujeres.

Lo que sí hizo fue abandonar el ejército y sus horrores, para convertirse en una sencilla chica de ciudad sin más aspiraciones que ver una serie en la pantalla y sacar a pasear a su mascota. La típica vida que hacían todas las mujeres occidentales, en un mundo lleno de solitarios donde la familia no existía.

Aquel encuentro entre mis dos hijos fue una de las últimas escaramuzas de la guerra. Las imágenes de niñas y mujeres muertas dieron la vuelta al mundo y los castrati y sus tanques regresaron por donde habían venido, sin haber conseguido ni uno solo de sus objetivos militares. La guerra de guerrillas, una vez más, había dado resultado.

Toni había peleado con uñas y dientes por su nueva tierra, el país que lo había acogido y a quien debía tantas cosas, y por preservar la libertad de su clan y de su familia. La dictadura feminista con su incultura del odio y sus horrores no se extendería a Persia, y no se extendió.

Porque los *castrati* eran valientes cuando se refugiaban tras sus máquinas. Pero cuando luchaban cuerpo a cuerpo, por lo general huían, y más si sabían que no se tomaban prisioneros. ¿Qué tenían que ganar si no poseían nada excepto sus propias vidas? Sin embargo, los guerrilleros si tenían mucho que ganar y un motivo por el que luchar y por el que morir: sus familias. Sus familias y sus hijos, que eran algo que los castrati no tenían.

Y no podían tenerlo porque sus madres, abducidas por la cultura del odio y no la del perdón, los habían convertido en lo que ellas mismas eran en la práctica: estériles. Salvo el único hijo que tuvieron, habían evitado concebir durante toda su vida, y los habían castrado como quien castra a una mascota: para que no dé problemas.

Porque el mal es estéril por naturaleza, es decir, no da nada y se lo reserva todo para sí, a diferencia del bien que es generoso y se da a sí mismo y da la vida mediante el amor.

«*¿Quién te impide marcharte?*», le había preguntado Vicky a su hermano cuando este le habló de los horrores de la guerra. ¿Cómo iba a pensar una persona individualista en alguien más que no fuera en sí misma? ¿Cómo iba a comprender lo que es el amor alguien que nunca había amado?

«*Lo que me falta en la cabeza lo tengo en el corazón*», me había dicho Toni cuando se alistó. La guerra demostró que eso es más valioso que lo otro, pues cuando se lucha por amor, no hay obstáculos que no se puedan superar.

«*Mi madre, mi mujer y mis hijos están en esa aldea. No dude de mí*», le dijo Karim a su capitán, y ese fue el argumento más convincente para persuadirle de su lealtad. ¿Cómo iba alguien a arriesgarse a hacer una hazaña semejante como la que hizo Toni con los tanques, con las balas silbando a su alrededor, si no tuviera un motivo tan poderoso como ese?

La sociedad occidental había eliminado el amor y la familia, verdaderos soportes de la vida, y la razón por las que las personas seguimos adelante en este mundo tan cruel.

Y si no, ¿cómo puede ser que la tasa de suicidios sea mucho mayor en el mundo occidental que en los países menos desarrollados? ¿No debería ser al contrario? ¿No debería ser al revés si los primeros tienen mayor nivel de vida que los segundos y sufren menos penalidades? La respuesta es obvia: les falta un motivo de peso por el que seguir adelante.

Y un motivo de peso no puede ser un hobby, una mascota o una serie de televisión. Hace falta mucho más para afrontar las penalidades de la vida, que siempre existen en todas partes.

Decía Víctor Frankl, eminente psicoanalista y superviviente de los campos de concentración alemanes, que quien tiene un motivo para vivir, es decir un «porqué», puede soportar cualquier «cómo». ¡Y es cierto!

¿Nos extrañamos de que los jóvenes de hoy no quieran trabajar y solo busquen el hedonismo y el placer inmediato? ¡Pues cásenlos! Cásenlos y denles una familia, y así tendrán motivos por los que luchar y trabajar, para construir naciones prósperas y fuertes, naciones invencibles.

Banderas en lo alto

Fue una ceremonia muy emocionante. Se hizo un homenaje a todos los caídos por la patria, y a los soldados más esforzados se les distinguió con condecoraciones.



El presidente del país otorgó a Toni la ciudadanía, que era algo que todavía no tenía. Es más, se le nombró ciudadano honorario y se le condecoró con la distinción *Almharnt, Asse*, la más alta condecoración del ejército persa, que es un reconocimiento que lo distingue como “héroe de la patria”. Un título hereditario que pasaría a sus hijos tras su muerte, y que le otorgaba muchos privilegios dentro de la sociedad persa.

Fue en el corazón de la capital, bajo un cielo azul y despejado. En la explanada del palacio presidencial, junto a los jardines adornados con flores rojas y blancas y el aroma del jazmín flotando en el aire, mezclándose con la brisa cálida del desierto.

Los soldados se agrupaban en la formación vistiendo su uniforme impecable, con sus rostros mostrando una mezcla de emoción y tristeza. La guerra había terminado, pero muchos de sus compañeros habían muerto en el combate. La bandera nacional ondeaba destacando contra el fondo dorado del palacio, junto a las de todos los clanes que lucharon por la libertad.

Apareció el presidente, un hombre de porte distinguido y mirada firme, que había vuelto del exilio. Un dirigente que no había querido ceder ante las amenazas que le hicieron las poderosas mujeres de Occidente de arrasar el país. Con voz solemne, comenzó a pronunciar un discurso que yo no entendí, pero se notaba el orgullo y la determinación en sus palabras, que resonaban con fuerza y emoción.

Comenzó la entrega de medallas, y los soldados se fueron acercando uno por uno, hasta que llegó el turno a mi Toni.



—Sargento Karim Abdulacid —le nombró el subalterno.

—Ah, usted es el de los tanques —dijo el presidente, al constatar que era el guerrillero rubio de quién le habían hablado.

Se me saltaron las lágrimas cuando aquel hombre tan importante tomó la medalla de honor, una pieza de oro y esmalte, y se la colocó sobre el pecho.

—Enhorabuena, soldado. Tiene usted mi admiración y el de toda la nación. Que sirva este pequeño reconocimiento como recuerdo de todas las vidas inocentes que se salvaron gracias a usted.

—Muchas gracias, señor presidente. Es para mí un honor. Volvería a hacerlo mil veces si con eso se garantizara la libertad de mi familia, de mi tribu y de mi pueblo.

El hombre sonrió y se llenó de orgullo, diciéndole, a continuación:

—Por favor, vaya al palacio presidencial y hable con el comandante Kashemen. Tiene algo que decirle.

Se estrecharon la mano, y siguió la entrega de medallas, pasando el presidente a condecorar al siguiente guerrillero. Un hombre que probablemente nunca fue militar, como tantos otros de los que participaron en aquella guerra.

Terminada la ceremonia, Toni entró en el palacio presidencial, y los guardias que había a la entrada, al ver su condecoración se cuadraron y le dejaron pasar sin preguntarle nada. Todo el mundo le rendía honores a su paso. Preguntó a varias personas cómo localizar al comandante, y uno de los funcionarios le dijo:

—Sí, es el jefe de los Anûsiya. Están todos reunidos en el Gran Salón. Le deben estar esperando. Vaya hacia el fondo y los encontrará.

El Gran Salón resultó ser un enorme espacio donde se reunían los Anûsiya, esto es, la guardia real del presidente. Aunque Persia ya no era un reino ni un imperio como lo fue en el pasado, todavía conservaba alguna de sus instituciones más características.

Los Anûsiya eran el cuerpo de élite del ejército. Eran los guerreros más esforzados y destacados, y estaban al mismo nivel que la nobleza en el antiguo imperio persa. Fue el gran imperio que en su día se extendió a lo largo de medio mundo, desde el mar Egeo hasta la India.

—¡Capitán Abdulacid! ¡Bienvenido! —le saludó el comandante, nada más entrar en la gran sala, mientras el resto de los militares aplaudían. Toni se cuadró ante el superior y le dijo:

—Gracias, señor. Pero solo soy sargento.

—¡Mi querido amigo! —exclamó—. ¿Acaso no sabe que todos los Anûsiya tienen el rango de capitán?

—¿Yo, Anûsiya? —se asombró.

—¡Pues claro! Tiene un historial de combate excelente. ¡Realmente impecable! ¿Cuánto tiempo lleva en el ejército?

—Desde el principio de la guerra, señor. —Todos hicieron un gesto de asombro.

—¿Sabe que solo uno de cada diez de los que empezaron como guerrilleros ha conseguido terminar vivo?

Toni enarcó las cejas y dijo:

—Supongo que habré tenido suerte...

—No, querido amigo. La suerte no existe, o en todo caso hay que buscarla. Y usted ha demostrado una destreza y una habilidad militar extraordinarias. Todos los mandos a quienes he consultado destacan eso mismo, además de su valor. Y por si fuera poco, la hazaña de los tanques... ¡Solo por semejante proeza ya merecería ser nombrado Anûsiya!

El chico no salía de su asombro, y se limitó a sonreír de forma tímida.

—El presidente me ha pedido que le agasajemos con todos los honores, y eso es lo que estamos haciendo todos aquí. Es usted un más que digno miembro, un claro exponente de nuestra hermandad. ¡Viva el compañero Anûsiya Karim Abdulacid!

—¡Viva! —gritaron todos a coro.

—¡Compañeros! —se dirigió al resto de capitanes—. ¡Hagamos el pasillo al nuevo Anûsiya!

A continuación, todos los hombres se dispusieron formando dos filas, con el comandante al final de la misma. Toni avanzó por el pasillo así formado mientras recibía los elogios y las aclamaciones de sus nuevos compañeros. Cuando llegó al lugar donde estaba el jefe, este le otorgó el turbante negro

distintivo de la orden, y le entregó la acreditación que le distinguía como miembro de aquella insignie hermandad.



—Gracias, señor —replicó, recogiendo el diploma, y todavía aturdido.

—Ah, y no me llame “señor”. Aquí somos todos amigos y compañeros. Le estábamos esperando con ansiedad para que nos contara cómo hizo aquello.

—Sí, por favor —dijo uno de los Anûsiya.

—Sí, Karim! —dijo otro—. ¡Estamos deseando oírlo! ¡Cuéntanos cómo saltaste aquel barranco y destrozaste los tanques!

Ante tanta insistencia, Toni comenzó a relatar otra vez la hazaña. Todos aquellos militares profesionales de carrera se asombraron, como lo hicieron en su momento sus compañeros originales, los cuales la mayoría habían muerto.

—¿Qué sentiste, Karim, cuando viste la gran bola de fuego en la que se convirtieron aquellos tanques? —preguntó uno.

—Alegria? ¿Orgullo? —preguntó otro—. ¿La satisfacción por el deber cumplido?

—Alivio —dijo Toni, tras pensar un segundo—. Mi madre, mi mujer y mis hijos estaban ya a salvo. Eso fue lo que pensé.

Todos aplaudieron, y Karim siguió:

—Quiero deciros, compañeros, que esa proeza, como la llamáis, no hubiera sido posible sin la estimable colaboración de mi entrañable amigo y cuñado Akmán. Él era mi binomio, mi compañero de armas. Si no hubiera sido por él, yo habría muerto aquel día y el objetivo no se hubiera logrado. ¡Él dio su vida por nuestra libertad!

—¡Gloria a Akmán! —gritó el comandante.

—¡Gloria! —exclamaron todos, y después brindaron con una copa de *doogh*.

A continuación, cantaron cánticos militares, se recitaron algunas *suras* del Corán que ensalzaban el valor de los soldados, y se terminó con el himno Anûsiya:

Capitanes intrépidos, ¡nobles Anûsiya!
Cantemos a la patria con recia fe y amor.
¡Arriba nuestro lema: LEALTAD y VALOR!

Alá nos guía y nos protege,
nos asiste en cuanto acontece;
es nuestro mejor defensor,
y a nuestros enemigos,
acosá e infunde el terror.

Con fortaleza, lealtad y valor,
Gloria a Persia, al ejército y al rey,
Los Anûsiya, daremos con ardor.

Marchando a la batalla, luchando en todo trance,
allí estaremos, trabajando tenaces,
con ingenio y destreza, con disciplina y unión,
con fuerza y valentía, cumpliremos la misión.

En paz, en guerra, con frío o con calor,
empuñando las armas, superando al mejor,
abnegados y valientes, por tradición y honor.

Con fortaleza, lealtad y valor,
Gloria a Persia, al ejército y al rey,
Los Anûsiya, daremos con ardor.

Todos aplaudieron y vitorearon al concluir el himno, orgullosos de ser militares y de defender a su país.

Para concluir, después de que los compañeros se hubieron marchado, Kashemeh se quedó a solas con Toni, y le dijo:

—Todos los Anûsiya servimos al presidente en este palacio. Además, según mis informaciones, eres ingeniero, ¿verdad?

—Sí, señor... quiero decir, compañero.

—Nos vendrán muy bien tus servicios entre nosotros, amigo. Vente aquí junto a tu familia, Karim.

—Le estoy muy agradecido, comandante... compañero. Pero no soy dueño de mi vida. Debo consultarla antes con mi esposa.

—Naturalmente. Aquí te esperamos con los brazos abiertos.

Anûsiya

Terminó la ceremonia y todos volvimos a nuestros hogares. Volvimos a hacer lo que habíamos hecho siempre, como si la guerra no hubiera sido más que una pesadilla, un paréntesis en nuestras vidas.

Y así fue. De repente, todo se olvidó. Pareciera que todo aquel tiempo no hubiera sido sino un mal sueño, un acontecimiento que pasó fugazmente, una pequeña interrupción en la vida de una familia que volvió a ser la de siempre. Toni siguió amando a su esposa y a sus hijos, y yo seguí haciendo quesos y cuidando cabras, además de seguir ayudando a mi nuera y a mis nietos.

En realidad, nunca había dejado de hacer todo eso, solo que ahora no me despertaba por las noches sobresaltada cada vez que oía explotar una bomba en la lejanía.

Por su parte, Aisha siguió queriendo a sus hijos y amando a su marido, aunque la guerra había dejado una huella tremenda en su vida. Si bien al principio, hasta la tregua, había asumido con resignación la necesidad de la lucha, a partir del ataque a la aldea, con todo lo que supuso, su forma de ver todo aquello cambió. El miedo y la angustia la marcaron profundamente, con una impronta tal, que solo el tiempo la podría borrar de alguna manera. Y eso sin contar con que su enfermedad seguía avanzando, y, de hecho, cada vez estaba más delgada.

Por eso, cuando Toni le propuso mudarse a la capital, ella no las tenía todas consigo.

—Pero, ¿qué harías exactamente? ¿A qué se dedica un Anûsiya?



—¿En tiempo de paz? No creo que hagan mucho más que estar todos juntos en el Gran Salón, con sus turbantes negros, cantando himnos y contándose hazañas guerreras. Como son la guardia del presidente, quizás desfilen de vez en cuando, y sobre todo, cada vez que se recibe a un mandatario extranjero. En realidad, no lo sé.

La muchacha se quedó pensativa, mirando hacia el suelo.



—Entonces, ¿es eso lo que deseas, esposo mío? ¿Quieres que nos vayamos a vivir a la capital?
—No, vida mía. El ejército ha sido una cosa necesaria, pero no tengo por qué seguir en él.
—¿Entonces?
—Es por nuestros hijos, Aisha. Si tú consideras que ellos tendrán allí más oportunidades, lo podríamos intentar.
—¿Las tendrán?
—Sin duda. Todos los Anûsiya tienen derecho a llevar a sus hijos a los mejores colegios, y luego esos niños, cuando crezcan, tendrán altos cargos como funcionarios dentro del Estado. Además, tendremos gratis a los mejores médicos, que podrán seguir mejor tu enfermedad.
La mujer giró la cabeza. Seguía sin verlo claro. Luego lo miró con gesto triste, y le dijo:
—Si tú crees que es lo mejor para ellos...
—Yo no creo nada, amor mío. De hecho, estuve a punto de decirle que no al comandante cuando me lo ofreció. Pero, como es natural, tenía que hablarlo antes contigo.
—¿Por qué ibas a decirle que no?

Toni se levantó y se fue hacia la entrada de la tienda. Sus hijos estaban afuera, correteando junto a sus primos y otros niños del poblado, sin parar de reír y de saltar. Se detuvo un momento para contemplarlos, y luego se volvió hacia su esposa.

—Porque esa sería una vida similar a la que yo abandoné. Una vida de ciudad, donde nadie se conoce, donde los niños no juegan con nadie, donde solo están encerrados en casa viendo tonterías en una pantalla. Por eso quise decirle que no.

—Nuestros hijos no volverían a ver a sus primos, perderían a sus amigos...

—Así es. Pero no solo es por los niños, amor mío. En realidad, a mí nunca me gustaron las armas, ni el ejército, ni los militares. Yo fui a la guerra por pura necesidad. Realmente —siguió—, mi padre o mi hermana sí que hubieran estado encantados de llevar una vida como la que lleva un Anûsiya. Siendo un oficial de alta graduación, en un cuerpo de élite, con todo tipo de privilegios... Pero yo no. Antes que eso, prefiero estar en un taller arreglando motores.

Aisha sonrió y avanzó hacia él impulsando con sus manos la silla de ruedas. Le estrechó con sus brazos y él se agachó para besarla.

—Amor mío, yo tampoco sería feliz allí. Sin mi padre, sin mis hermanas, sin mis sobrinos, sin toda la gente de nuestra tribu... Todo el día sola esperando a que tú llegaras...

—Bueno, podrías conocer a otras mujeres. Las esposas de mis compañeros...

—No son de mi familia, Karim. No me podrían querer como ellos me quieren. Se burlarían de mí por mi discapacidad.

Estaba ya atardeciendo y las mujeres nos comenzábamos a reunir en la veranda. Con el final de la guerra habían vuelto los conciertos y los cánticos alegres, y ya sonaban las voces agudas de las chicas jóvenes que estaban esperando a que las mayores nos uniéramos también a ellas.

Aisha salió de su tienda y se colocó junto mí y las demás, mientras Toni la ayudaba a llegar allí.

—¿Te retirarán el título si no aceptas el puesto?

—No. Los Anûsiya lo somos de por vida. El puesto es mío, y puedo acceder a él cuando quiera.

Fue entonces cuando comenzamos a cantar. Habíamos estado ensayando un precioso cántico con varias tonalidades que incluía voces acompañadas a diversos niveles, y teníamos mucha ilusión por ver cómo quedaba. Era un precioso poema que había compuesto Irmma años atrás, al cual le habíamos puesto música. Se titulaba, “Montañas de Persia.”

En el corazón del desierto callado,
donde el sol besa la arena dorada,
se alzan montañas de rostro sagrado,
con siglos de historia en su piel tatuada.

Sus cumbres, guardianas del viento y del tiempo,
sus sombras, refugio de sueños antiguos,
allí donde el halcón traza su templo
y el eco responde con versos.

Bajo su amparo, la tienda se extiende,
hogar de una estirpe de sangre valiente,
la familia, raíz que nunca se pierde,
como el lazo del dátil al sol inclemente.

El padre, un sabio de mirada serena,
la madre, un oasis de amor y ternura,
los hijos, estrellas que cruzan la arena,
tejiendo el futuro con fe y con dulzura.

Y en cada gesto, en cada palabra,
vive el espíritu de los que han partido,
la hospitalidad que nunca se acaba,
el fuego encendido, el pan compartido.

¡Oh montañas del desierto persa!,
testigos del alma que nunca se cansa,
vuestro silencio canta y conversa,
con sangre que danza en la esperanza.

Cinco contra uno



Estaba solo. Los eunucos lo habían acorralado, y no podía llamar a ninguno de sus compañeros para que lo ayudaran. La jefa de aquellos hombres contemplaba todo desde cierta distancia, esperando que sus subordinados acabaran el trabajo.

Pero Karim no se lo iba a poner fácil. Escudriñó a los cuatro que tenía enfrente, y vio en los ojos de uno de ellos una señal de miedo mayor que la que tenían los otros tres. Entonces se decidió y atacó al que estaba al lado de ese, tumbándolo al suelo fácilmente, a la vez que le rompió el cuello con un movimiento rápido. Como suponía, el miedoso se quedó parado, y con un barrido de piernas lo tumbó también y eso hizo que ya no supusiera más una amenaza. Efectivamente, en cuanto se levantó, huyó y desapareció de la escena.

Solo quedaban los otros dos, que intentaron rodearlo colocándose uno delante y otro detrás.

Los tres se tantearon. El guerrillero miraba alternativamente a uno y a otro, intentando saber cuál atacaría primero. Como ninguno llevaba armas, no tenían más remedio que usar sus manos o sus pies para emprender el ataque. Un ataque que, como supuso, comenzó el que tenía más miedo, precisamente por esa razón, en un esfuerzo por acabar cuanto antes con esa situación.

Pero en cuanto se acercó, con una finta consiguió que ni lo rozase, y con un tremendo puñetazo en el estómago, lo dejó fuera de combate, no volviéndose ya a acercar a él.

Solo quedaba el otro, el más peligroso, el más decidido a sacrificar su propia vida con tal de contentar a su jefa. Una mujer que ahora lo miraba con rostro impenetrable, como si estuviera esperando el final del combate para hacer algo inesperado. ¿Tendría ella un arma escondida, que usaría en caso de fallar sus cuatro esbirros? ¿Sería mejor quizás, atacarla a ella primero?

No le dio tiempo a tomar ninguna decisión, pues el eunuco que tenía enfrente lo atacó con determinación. Este no era tan torpe como los demás, y consiguió encajarle un puñetazo en la cara que lo tiró al suelo. Le había reventado el pómulo, que ahora le dolía y escocía a partes iguales, mientras sentía como la hinchazón comenzaba a aparecer.

El hombre se tiró al suelo para rematarlo, y entonces comenzó un forcejeo en el que ambos giraron el uno sobre otro dando varias vueltas, hasta que al final Karim se colocó encima de él y comenzó a estrangularlo fuertemente.

El eunuco estaba ya vencido, pero, como suponía, la mujer no se iba a quedar impasible. En efecto, se colocó detrás del guerrillero, y con un cuchillo secciónó la yugular de Karim, que no pudo hacer otra cosa más que caer al suelo y morir allí desangrado.

En ese momento se despertó.

Jadeaba de forma espasmódica y solo recobró algo el aliento cuando contempló a su marido junto a ella, durmiendo al lado del pequeño Ahmet. Su cabello rubio se mezclaba con el de su padre sin que pudiera saberse de quién era cada mechón, mientras con una manita rodeaba su cuello y la otra la apoyaba en uno sus pechos. Allí estaban los tres ocupando un pequeñísimo espacio, sintiendo el calor reconfortante de sus cuerpos en la noche invernal.

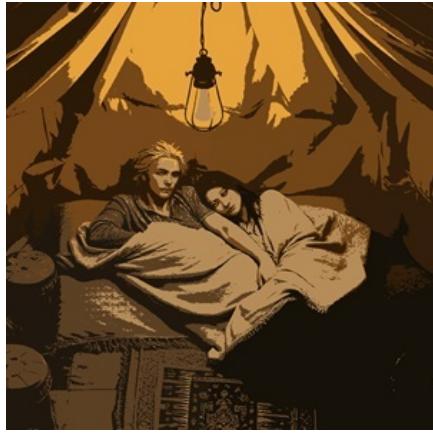
Una pequeña lámpara de aceite iluminaba tenue la tienda, pues el chico la necesitaba para conciliar el sueño. El niño también tenía pesadillas esa noche y tuvo que dormir junto a sus padres. Probablemente era a causa de la fiebre que le había causado aquel catarro, que también le había contagiado a la madre.

De nuevo recordó la última escena de aquel sueño, y no pudo dejar de emitir un pequeño grito, que, aunque leve, despertó a su esposo.

—¡Oh, amor mío! —le abrazó con fuerza, y él se terminó de despertar.

—¡Aisha, mi vida! ¡Estás ardiendo!

Se levantó y fue hacia la mesita para recoger una pastilla, que le proporcionó junto a una pequeña taza con agua. Mientras su esposa se la tomaba, agarró al pequeño y se lo llevó a su cama sin que se despertara, y volvió junto a ella.



—¡Abrázame fuerte, Karim! Tengo mucho frío...

—Es por la fiebre, mi vida. En un rato estarás mejor —la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí.

—Siempre hemos dormido agarrados —susurró, con su rostro encajado en el cuello de él.

—Sí. Igual que estamos ahora.

—Tú sabes la angustia que yo sentía cuando me despertaba en medio de la noche, extendía mi brazo y no te tocaba?

—Sí, lo sé vida mía. Lo sé.

—He estado muy sola, Karim.

—Mi madre te ha acompañado durante todo este tiempo.

La muchacha se calló. Lógicamente, no se podía comparar a una suegra con el marido.

—¡Amor mío! —exclamó—. ¡No me dejes nunca!

—Nunca, Aisha. Jamás te abandonaré —la estrechó contra sí.

—¡Prométemelo! ¡Prométemelo, por favor!

—Te lo prometo.

—Prométeme que, si hay otra guerra, no te irás de mi lado.

—No, no me iré —susurró, mientras la besaba y la acariciaba el cabello.

—Si tenemos que morir aquí los cuatro juntos, moriremos, esposo mío. ¡Pero moriremos juntos! Así ninguno de los dos tendrá que lamentar la pérdida del otro —comenzó a llorar—. ¡Prométemelo!

—Sí, amor mío. Nunca te dejaré sola.

—No soportaría quedarme sin ti...

Desde aquel día, siempre durmieron abrazados el uno al otro. Ya lo hacían antes, pero ahora mucho más. Ella no lo soltaba durante toda la noche, como si presintiera el peligro de que algún día se lo quitaran.

Celos

Se dio cuenta de que se había soltado de él y de que no lo tenía abrazado. Ciertamente, era difícil mantener aquella postura, y más con las vueltas que daba todas las noches a causa de aquellas terribles pesadillas. Mismamente acababa de tener una donde, otra vez, soñaba que se lo quitaban. En esa ocasión se trataba de un altercado callejero en el que se vio envuelto, en el cual unos energúmenos le habían quitado la vida, y de nuevo, con la colaboración de una mujer.

¿Podría ser una premonición?, se preguntó. Aunque ella, a diferencia de su madre o de sus hermanas, no solía tenerlas. Es más, una vez tuvo una muy clara, en la época en que temía que Karim se casara con Leila, que soñó que su hermana tenía a un niño rubio en sus brazos. Eso la descorazonó de tal manera, que rogó fervorosamente a Alá que no se cumpliera aquello, y ciertamente que la escuchó. Aunque, pensándolo bien, Ahmet había estado en brazos de su hermana muchas veces...

Mientras su corazón luchaba para conseguir latir más despacio, alargó su brazo para tocarlo y volverlo a abrazar, pero solo logró alcanzar el cojín donde se apoyaba, que, además, estaba ya frío. Karim se había levantado, y, al parecer, hacía ya tiempo de ello.

¿Dónde habría ido otra vez? Miró el reloj y eran las cuatro de la madrugada. ¿Habría ido de nuevo a las letrinas?, se preguntó.

Toni podría estar allí, desde luego, aunque no se solía levantar por las noches, y si lo hacía era solo una vez.

Entonces su corazón, que ya se estaba aplacando un poco, comenzó a latir otra vez deprisa al contemplar otra posibilidad: ¿estaría con ella?, se preguntó.

Desde la muerte de su marido Akmán, la dichosa Leila la acechaba como una gata en celo, y más de una vez les había sorprendido charlando amigablemente y riéndose a carcajadas. Aquella tarde, mismamente. «*¿Se estarían riendo de mí?*», se cuestionó.

Sí. Eso podría ser. Cuando se levantó la primera vez se encontró a la cuñada, y esta le sedujo. Y claro, como Aisha estaba despierta y le estaba esperando en la tienda, sería muy descarado hacerlo en ese momento, y tendrían que esperar a una ocasión más propicia. Cuando ella se durmiera pudiera ser esa ocasión.

Pero no lo iba a consentir. Haría todo lo que fuera para impedirlo, así que se vistió rápidamente y se puso el *rusari*, se sentó en la silla de ruedas, y salió al exterior.

Lo primero que hizo fue ir a las letrinas. Quizá todo fueran imaginaciones suyas y su marido estuviera allí, quizás indispuesto. Pero no. La luz estaba apagada. Allí no había nadie en ese momento.

El viento nocturno comenzaba a soplar con algo de fuerza, mientras que la luna, en cuarto creciente, proyectaba su figura mientras avanzaba formando una tímida sombra. Su corazón latía deprisa, a ritmo de agonía, presintiendo lo peor. Dobló la esquina de la tienda grande, cruzó por la veranda, y ahora ya se divisaba la tienda de su hermana. Su cuñado Akmán la había montado antes de la guerra sobre una pequeña acumulación de tierra unos metros más allá, pues cuando llovía lo hacía torrencialmente y la escorrentía se derramaba justo por esa zona. Y ciertamente eso era lo que había ocurrido hacía pocos días. Un torrente había pasado por allí, y al secarse lo había dejado todo lleno de arena.

Dichosa arena, se dijo. La silla de ruedas se había atascado en ella, y ahora no podía avanzar, estando ya como estaba, a punto de llegar.

En ese momento oyó la voz de Leila, y su corazón comenzó a latir más deprisa todavía. ¡Estaba despierta! ¡A esas horas! ¿Con quién estaba hablando? Con Karim, sin lugar a dudas. ¿Con quién si no? No había nadie despierto en todo el poblado, más que ellos tres. Sí, también podría ser con sus hijos, pero ese no era el tono de voz que se emplea con unos pequeños de solo unos pocos años.

Entonces la oyó reír, y ya no se contuvo. Se arrojó al suelo y comenzó a gatear torpemente hacia la entrada, apoyándose principalmente con el brazo izquierdo, pues el derecho apenas le servía ya de algo, y con el corazón latiéndole tan deprisa que parecía que se le iba a salir por la boca.

Por fin subió la pequeña elevación, arrastrándose, y se detuvo jadeante, a punto de desfallecer de la agonía.

Las tiendas bakhtiari no tienen puertas, sino que se accede a ellas corriendo una tela que cubre la entrada. Cuando hay viento, o por la noche, esta se fija al suelo o a los postes que hacen de marco con unos ganchos, para que no se abra accidentalmente. Nadie que no viva en la tienda puede entrar en ella así por



las buenas si la cortina está echada, y la cortesía obliga a llamar a su habitante por el nombre y este ya indica si se puede acceder o no.

Pero Aisha no iba a hacer nada de eso. Los adulteros estaban tan confiados que ni siquiera habían puesto los ganchos, así que se dejó caer casi rodando empujando la tela, y efectivamente allí estaban los dos. Estaban allí, desnudos, el uno sobre la otra, mientras su hermana exhibía una cara desencajada por el placer y el éxtasis. Ni siquiera dejaron de hacerlo cuando la vieron entrar, y en ese momento su corazón no pudo más y explotó de dolor. El infarto fue fulminante y con un agudo grito... se despertó.

—Amor mío, ¿qué te ocurre? ¿Qué estabas soñando esta vez? Vamos a tener que contárselo al médico, pues esto ya no es normal.

—No me ocurre nada, Karim —le abrazó con fuerza y le besó febrilmente, de forma casi compulsiva, demandándole hacer el amor.

—Aisha, mi vida, es muy tarde. Pronto amanecerá y necesitas dormir.

—No, esposo mío. Quiero sentir que me perteneces, y sobre todo, que me quieres. ¡Demuéstramelo! ¡Demuéstramelo, por favor!

—Claro que te quiero, amor mío! ¿Por qué lo dudas?

—Esta tarde te he visto con Leila, y os estabais riendo. ¿Era de mí?

—¿Con Leila? ¡Pero si hace días que no la veo! ¿No lo habrás soñado?

—Karim —respondió, ignorando lo que había dicho—, quiero que me hagas el amor apasionadamente mientras me llenas de besos, y mientras no dejas de decirme en todo momento que me quierés, y que nunca te irás con ninguna otra mujer que no sea yo. ¡Dímelo!

—Aisha, mi vida, sabes que yo nunca haré eso.

—¡Dímelo otra vez!

—Nunca me iré con otra.

—Hazme el amor, Karim —cerró los ojos—. Hazme el amor... a mí... a mí...

Cyrus

—Karim, no me gusta nada cómo se están poniendo las cosas. El cura de nuestra parroquia nos ha dicho que probablemente no vuelva a abrir la iglesia. Sí, ya le llamaba Karim. Siempre me había resistido a hacerlo, y solo usaba su nombre cristiano cuando estábamos a solas. Pero a él no le gustaba, y no tuve más remedio que adaptarme.

Aquel día era domingo, y mi hijo me había recogido en Susa tras la misa del día.

Desde que llegué a Persia, la única manera de cumplir el precepto dominical era ir a la ciudad, donde un pequeño edificio que había sido una lechería se había adaptado como iglesia. Allí había un sacerdote ordenado que compaginaba su ministerio con labores de albañilería, y celebraba misas a diario, donde asistían los pocos occidentales que vivían en la ciudad.

Siempre fuimos aceptados. Más incluso que en nuestra tierra, según se habían puesto las cosas. Los persas veían con suspicacia a los musulmanes convertidos, aunque no era así con quienes siempre habíamos sido cristianos.

El problema vino por culpa del embargo. Efectivamente, desde que nuestros invasores se marcharon, Occidente puso sobre nosotros un embargo feroz, a raíz del cual nuestro país comenzó a sufrir escaseces económicas importantes. Y después de eso, la gente ya no nos veía con los mismos ojos.

Cada domingo hacía la misma rutina. Al amanecer, Toni me llevaba a Susa en la moto, y luego se volvía a la aldea para abrir el taller. Yo ya me quedaba en la ciudad durante la mañana, y hacía diversas gestiones —por ejemplo, comprar las medicinas de Aisha, pañales para los niños, o encargos que me hacían otros miembros de la tribu—, o bien ayudaba al sacerdote en las obras de apostolado y catequesis. Después, a la hora de comer, Toni me recogía y comíamos juntos en su casa de la aldea, hasta que, cerca del anochecer, cerraba el taller y volvíamos a las colinas.

—¿Por qué dices que el sacerdote va a cerrar la iglesia? —me preguntó.

—Porque la gente sabe que esa tienda no es precisamente una lechería. Hace poco, alguien rompió los cristales y aparecieron pintadas en la pared.

Toni no dijo nada, pero puso un gesto triste. Tanto a él como a mí esto nos recordó lo que ya habíamos sufrido antes en nuestro país.

—Y, ¿qué vais a hacer?

—No lo sé. De momento no va a haber más celebraciones en un tiempo. Después, probablemente nos reunamos en la casa de Cyrus.

—Ese es el tipo de la gran barba blanca, ¿verdad?

—Sí. Su esposa y él se han ofrecido para hacer allí las misas. Es una casa pequeña, pero nos apañaremos.

—¿Vais a caber allí?

—No creo que nos reunamos más de ocho o diez personas.

—Ya, entiendo.

El viento soplaban con fuerza, y el *rusari* se me movía en todas direcciones tapándome la cara. Cuando llegamos al cruce de caminos que conducía a nuestra aldea, Toni aceleró la moto y siguió recto.

—¿No volvemos al taller? —pregunté, agarrándome a él con fuerza. Cada vez iba más deprisa.

—No. Nos vamos al poblado.



—¿Por qué?

—Aisha no se encuentra bien. He abierto el taller esta mañana porque tenía que entregar un par de coches que corrían prisa. Y porque eran clientes de los buenos, que si no...

—¿Qué le ocurre?

—No tiene fuerza en los dedos, mamá. Esta mañana se ha desmayado antes de que tú llegaras.

—¿Se ha desmayado?

—Sí. Yo no sé si todos esos miedos que tiene son por causa de su enfermedad, que le está afectando ya al cerebro.

—¿Eso es posible?

—Sí, mamá. En el estado avanzado les hace delirar e incluso sufren alucinaciones.

—¿Alucinaciones? ¿De qué tipo?

—Sobre aquello que más temen.

Claro, me dije. De ahí las pesadillas recurrentes sobre que a Toni le pasara algo, o que se fuera con la hermana.

—Pobrecilla. Lo estará pasando mal.

—Pues, sí.

—Es curioso —añadí—. Esta mañana estaba tan bien... Cuando yo llegué, estaba como siempre.

—Bueno, ya sabes cómo es.

Sí, ya sabíamos todos cómo era. Jamás una mala cara, jamás una queja, nunca protestaba por nada, siempre sonriendo... ¡era un ángel!

A mí me llamaban “cara de ángel”, de forma no muy amigable en la pandilla de *el boss*, hacía ya mucho tiempo. Pero ciertamente que a esa mujer había que llamarle *ángel*, con todas las letras, pues es lo que era. Tenía cara y cuerpo de ángel y se comportaba siempre como tal.

Cuando llegamos, la pobre Aisha estaba acostada, pero se intentó incorporar en cuanto entramos en la tienda.

—No, por favor, no te levantes por mí —le dije, chapurreando el poco bakhtiari que me sabía.

Ella sonrió y Toni la ayudó a sentarse en la silla de ruedas.

—¿Dónde están los niños? —preguntó él.

—Están con Leila.

Mala señal. Ella nunca dejaba a los niños con nadie, y siempre los tenía consigo cuando yo no estaba. Debía haberse encontrado francamente mal.

—¿Cómo te encuentras?

—¡Muy bien! —exclamó—. ¡Oh, Karim, Olivia! ¡Tengo que daros una muy buena noticia!

—Pero... si estabas muy mal...

—¡Eso era antes, Karim! ¡Eso era antes...! ¡Pero ya no!

—¿Por qué ya no?

—¡Mira!

La mujer puso delante de sus ojos una tira reactiva y dijo:

—¡Estoy embarazada!

Sura 18



Érase una vez, en un pueblo muy antiguo, un grupo de jóvenes valientes que creían en un solo Dios. Pero el rey de ese lugar era cruel y obligaba a todos a adorar a ídolos de piedra. Los jóvenes, con el corazón lleno de fe, decidieron no obedecer al rey, porque sabían que solo debían adorar a Alá. "¡No tenemos miedo!", se decían, aunque sabían que podían meterse en problemas.

Un día, huyeron del pueblo y encontraron una cueva escondida en las montañas. Era oscura, pero se sentían seguros. Dentro, se sentaron juntos, rezaron y pidieron a Alá que los protegiera. También tenían un perrito fiel que los seguía y se quedó con ellos, vigilando la entrada. Entonces, algo mágico pasó: Alá hizo que los jóvenes y su perrito cayeran en un sueño profundo, como si el tiempo se hubiera detenido. Durmieron y durmieron, mientras el sol brillaba afuera y las nubes pasaban.

Muchos años después, mucho más de los que podemos contar con los dedos, Alá los despertó. Los jóvenes abrieron los ojos y sintieron hambre, como si solo hubieran dormido una noche. Uno de ellos salió a buscar comida, pero al llegar al pueblo, ¡todo era diferente! Las casas, la ropa, la gente... ¡Habían pasado cientos de años! La gente del pueblo se sorprendió al escuchar su historia y entendieron que Alá los había cuidado en la cueva para mostrar su poder. Los jóvenes sonrieron, felices de estar a salvo, y su perrito movió la cola, contento de estar con ellos.

Desde ese día, la historia de los jóvenes de la cueva se contó por todo el mundo, recordándonos que, si confiamos en Alá, Él siempre nos cuidará, incluso en los momentos más difíciles. Y así, los niños de la aldea aprendieron a ser valientes y a tener fe, como aquellos jóvenes y su pequeño amigo peludo.

El padre se había quedado dormido casi antes de terminar el cuento de la sura 18 del Corán. La jornada había sido agotadora, pues se había pasado el día en el hospital.

Sí, habíamos tenido que dejar ingresada a Aisha en la clínica de Susa. Ya hacía tiempo que no se podía mantener de pie, y estaba constantemente en la silla de ruedas. Pero lo peor eran aquellos extraños desmayos, algo completamente nuevo, así como sus desmesurados temores y las pesadillas. El doctor nos pidió que la dejáramos en observación para hacerle ciertas pruebas durante veinticuatro horas.

Cuando llegó la noche, Toni se quiso quedar con ella, pero Aisha insistió en lo contrario:

—Amor mío. ¿Qué ganas con quedarte aquí? Estos electrodos no me van a hacer ningún daño.

—No quiero dejarte sola, mi vida.

—Pero sí quieres dejar solos a nuestros hijos?

—Se quedarán con mi madre.

—No, Karim. Por la noche, no. Siempre han estado conmigo, y me extrañarán. Tú eres su padre, y contigo estarán tranquilos.

—Pues entonces vendrá a estar contigo Olivia.

—No. De verdad que no es necesario —insistió, y al final Toni hizo lo que ella quería.

A la mañana siguiente, muy temprano, intercambiamos los papeles. Yo me quedé con los chicos para darles el desayuno y prepararlos para la jornada, y él se fue enseguida para el hospital a recoger a Aisha. Estábamos ansiosos por conocer el resultado de aquellas pruebas.

—Vaya, es usted Anúsiya... —comentó el médico, cuando vio el informe. Era un doctor nuevo, diferente del que les había tratado con anterioridad.

Los tratamientos son importantes en Persia. Al igual que en Occidente se emplea por ejemplo Mister o Miss o bien Don o Doña, o "señor y señora", aquí existe la denominación *aghaye* para el hombre y *khanome* para la mujer. Pero también existen otras denominaciones basadas en las funciones o rangos sociales. Por ejemplo, Toni ya no era tratado de *aghaye*, como cualquier hombre corriente, sino *Anúsiya*, su nuevo título, y su esposa, *khanome Anúsiya*. Por eso el médico, al leer el informe de las pruebas y leer el apelativo de Aisha, supo lo que era su marido.



—Yo también estuve en la guerra, capitán —siguió el doctor.

—¿Ah sí? ¿Dónde?

—Estuve en el norte, cerca del mar Caspio. Allí serví de médico militar.

—Ah, bien. Yo estuve en la Gedrosia, y también por esta zona. Fui sargento guerrillero.

—¡Vaya! —el hombre enarcó las cejas—. Tuvo que haber hecho algo bien gordo para que le ascendieran directamente a capitán y le nombrasen Anúsiya...

—Bueno, hice lo que pude, como todos hicimos.

—En eso le doy la razón. Todos hicimos lo que pudimos, y dimos lo mejor de nosotros mismos. Lo mejor que teníamos. En mi caso fue la medicina y en el suyo...

—Mis conocimientos de mecánica.

—Y supongo que el valor, porque un título como ese no se lo dan precisamente a los cobardes.

—Claro, desde luego —Toni no quería hablar de eso, pues estaba ansioso por conocer el resultado de las pruebas.

—Bueno, no le voy a engañar, capitán —el hombre volvió la vista a los informes—. Me temo que no tengo buenas noticias. El bulbo raquídeo está siendo afectado, y la parálisis cada vez irá a más. Pero eso no es lo peor. —Hizo una pausa, y los miró.

—¿Qué es lo peor, doctor? —preguntó Aisha, conteniendo la respiración.

—Es muy posible que... antes de llegar a eso... quiero decir... antes de que se paralice del todo... se produzca... —tardó en responder, pero al final lo soltó—: se produzca un fatal desenlace.

La noticia cayó como una bomba, y les dio un vuelco el corazón. Se les secó la boca de repente, y mi hijo, mucho más que Aisha, estuvo a punto de desfallecer.

—¿En cuánto tiempo? —preguntó Toni—. La cara de los dos era todo un poema.

—No lo sé. Pueden ser meses, años... cualquiera sabe. De lo que sí pueden estar seguros es de que los desmayos y la pérdida de conciencia cada vez serán más frecuentes. Habrá que monitorizar el progreso con regularidad, para ver a qué podemos atenernos.

Los dos se miraron con lágrimas en los ojos. El mazazo había sido tremendo y Toni sintió un miedo y una angustia, como jamás había sentido. Ni siquiera en los momentos más trágicos de la guerra, una guerra que vivió en primera persona, se había sentido tan aterrizado.



Tras despedirse del médico, Karim empujó la silla de ruedas por los pasillos del hospital y salieron a la calle, donde tenían aparcada la moto. Tomó a Aisha en sus brazos y la colocó en el sidecar, y mientras plegaba la silla para guardarla detrás, ella comenzó a llorar:

—Oh, amor mío... ¡soy una inválida! No sirvo para nada... excepto para darte problemas.

—No, mi vida. ¡No digas eso! Para mí, lo eres todo.

—Es posible que muera, Karim. ¿No has oído al médico?

—Este hombre no es tu doctor de siempre, Aisha. No sabe que te recuperas con los embarazos.

—Y si esta vez no fuera así?

—Lo será. Yo estoy seguro de ello.

La muchacha no las tenía todas consigo, y ciertamente no le faltaba razón.

—Si me muero, Karim, cásate con Leila. Ella también es viuda, la viuda de Akmán, y podrá criar a nuestros hijos junto con los suyos. Podrás tener más niños con ella y...

—No te vas a morir, Aisha. Voy a seguir teniendo muchos hijos, pero contigo. De hecho, dentro de seis meses vamos a tener otro, al que podrás criar, como has hecho con los demás.

—¿De verdad que no te arrepientes de haberte casado conmigo, después de todo lo que me pasa? Solo soy una carga para ti...

—No digas tonterías, mi vida. Tú nunca serás una carga.

—Leila es tan bella como yo o más, y está llena de salud. Además, yo sé que le gustas. ¡Siempre le has gustado! Me puse muy celosa cuando bailaste con ella el día de nuestra boda.

—Fuiste tú quien me pidió que lo hiciera, mi vida. Igual que cuando ella se casó.

—Lo sé. —Hizo una pausa, y luego siguió—. De verdad, Karim, muchas veces pienso que, si Alá hubiera dispuesto que fuera Leila y no yo quien estuviera junto a aquella fuente cuando mi padre te invitó a comer, te habrías enamorado de ella y no de mí. Ya sabes, el día en que nos conocimos.

—¡Qué tontería!

—No, amor mío. Yo fui la primera de todas mis hermanas a quien viste. Y como todas somos igual de bellas... por eso te fijaste en mí. Pero de haber sido Leila, en ese caso yo hubiera suspirado por ti y tú no me hubieras correspondido, como le pasó a mi hermana.

—Eso es absurdo.

—Pero, a diferencia de ella, que enseguida se casó con Akmán, yo hubiera sido la mujer más infeliz de la tierra. Me hubiera muerto de celos todos los días. Cada vez que la miraras, cada vez que la tocaras, para mí hubiera sido como si me clavaran un puñal en las entrañas.

—Yo no me hubiera ido nunca con ella, mi vida.

Aisha no escuchaba lo que Toni le decía, y seguía con lo suyo. Le había entrado una locuacidad que asombró a su marido, y más en un momento en el que, él mismo, no tenía ganas de hablar, después de lo que les habían dicho.

—Mushir me dijo hace tiempo que en algunos países islámicos se permite que un hombre pueda tener varias esposas a la vez. Que se case con varias mujeres, especialmente si son viudas.

—Así es. Para protegerlas, si se han quedado desamparadas.

—Karim, si aquí se permitiera, si cuando mataron a Akmán tú te hubieras casado con Leila, yo hubiera estado muerta en vida desde ese mismo día.

—Amor mío, no te entiendo —se detuvo—. Entonces, ¿por qué dices que me case con ella en caso de que tú...? Además, otras hermanas tuyas también se han quedado viudas por causa de la guerra. ¿Por qué me tendría que casar precisamente con Leila?

—Porque es la más bella de todas —respondió—. Oh, Karim, yo te amo más que a mi vida, y solo desevo tu felicidad. Y también, como nos parecemos tanto mi hermana y yo, para que siempre me recordaras a mí cuando hicieras el amor con ella.

—Aisha, mi vida —sonrió, con afecto—. Yo nunca me casaré con Leila, y podría darte muchas razones para ello. Pero la primera y principal es que tú no te vas a morir.

—Algún día tendré que hacerlo.

—Y yo. ¿Quién te garantiza que no me muera yo antes?

—¡Oh, no, Karim! Eso no lo digas, ni en broma.

Él se inclinó para besarla y continuó avanzando. Sin embargo, ella no dejaba de pensar en lo que le había dicho el médico, y sobre todo, tenía ante sí la posibilidad real de su muerte. La noticia le había impactado terriblemente, y no era para menos.

—Pero, dime una cosa —se detuvo, frenando las ruedas—. De haber sabido hasta dónde iba a llegar mi enfermedad antes de casarnos, ¿no la hubiera elegido a ella? Sé que mi padre te la ofreció.

—Que no...

—Lo dices por decírmelo, Karim. Porque me ves en un momento triste. Para consolarme.

En ese momento se agachó para juntar su rostro con el suyo.

—Amor mío, si yo tuviera que volver a nacer cien veces y cien veces tuviera que elegir mi destino, es posible que no eligiera nacer donde nací, o incluso no tener los padres que he tenido. Pero te aseguro, vida mía, que en todas y en cada una de esas cien vidas, elegiría tenerte a ti como esposa.

—¿Incluyendo mis limitaciones?

—Incluyendo todas y cada una de tus limitaciones —afirmó, besándola—. Yo estoy enamorado de ti, Aisha, y tus limitaciones forman parte de ti. No se puede amar al todo, sin querer también a las partes. ¿Lo entiendes?

—Sí, pero, ¿no sería mejor que no las tuviera? ¿No me preferirías a mí, pero sin mis limitaciones, en alguna de esas vidas?

—¡Claro que me gustaría! Pero no sé si esa otra mujer, serías ya tú.

—¡Oh, Karim! —se abrazaron, y él la acarició.

—Amor, mío, ¿tú sabes por qué fui yo a la guerra?

—Para que no castraran a nuestros hijos, ¿no?

—No. La razón fue mucho más egoísta. La gente que vino aquí es especialista en odiar. Son especialistas en destruir el amor, y con eso separan a los esposos. Y yo no podía soportar, de ninguna de las maneras, que nos separaran. Prefería verme muerto, antes que quedarme sin ti.

Una piedra en el camino

Aquella formidable mujer se recuperó pronto del shock. Mi tercer nieto seguía creciendo en su interior, y ciertamente parecía que los síntomas de su enfermedad comenzaban a remitir, si bien, lentamente. Al menos no se había vuelto a desmayar, a pesar de que su brazo derecho ya no le servía de mucho, y casi no tenía fuerzas en sus dedos para sostener la cuchara con la que daba de comer a su hijo pequeño. Cada vez le costaba más realizar cualquier tarea, y siempre estaba en la silla de ruedas, cuando no tumbada en la cama. Realmente, era yo quien criaba a los niños y la atendía a ella, en tanto que esperábamos comenzara la mejoría tan deseada.

Todos teníamos la esperanza de que, al igual que las otras veces, la gestación revitalizaría su cuerpo y volvería a ser la de antes, o casi. Es lo que había ocurrido las otras veces, y no tendría por qué suceder ahora de otra forma.

Pero mientras tanto, hasta que aquel formidable organismo lleno de ganas de vivir pusiera en marcha todos los recursos necesarios para salvarla, había que atender sus necesidades que eran muchas.



Habían tenido que ir de nuevo a Susa, al hospital, para seguir monitorizando el progreso de la enfermedad.

Toni conducía la moto de vuelta a casa, con el rostro triste, pues los marcadores que median la intensidad de aquellos padecimientos todavía no remontaban, sino más bien todo lo contrario. Una actitud que, paradójicamente, era la contraria a la que ella tenía. A pesar de que iba llorando, la muchacha no paraba de cantar dentro del sidecar, y fue al parar en un cruce cuando él le dijo:

—Aisha, mi vida... no te entiendo...

—¿Qué no entiendes, amor mío? ¿Acaso no queda menos para que conozcamos a nuestro nuevo hijo? ¿Acaso no volveré yo a estar como antes? ¿Sabes que creo que esta vez va a ser una niña?

Él la sonrió y la besó, y fue a ponerse en marcha cuando oyó gritos hacia su derecha, en una callejuela próxima.

Eran un conjunto de individuos entre hombres y mujeres que estaban insultando y golpeando a otras cuatro personas.

—¡Es Cyrus! —dijo Toni.

Efectivamente, su gran barba blanca lo hacía inconfundible. El cristiano paseaba junto a su mujer y sus dos hijas, probablemente tras haber celebrado misa aquel día. Desde que Aisha comenzó a estar peor yo ya había dejado de asistir a aquellas celebraciones, pues no podía dejarla sola en ningún momento.

El caso es que allí estaban de nuevo el odio y el mal haciéndose presentes, cebándose contra una familia de inocentes. Porque, paradójicamente, los cristianos, que somos más similares a los musulmanes que los occidentales ateos, seguíamos siendo identificados con aquellos.

Fue cuando los insultos pasaron a los golpes y a las patadas, cuando Toni salió de la moto.

—¡No, Karim! ¡No vayas! —gritó Aisha, pero él no le hizo caso.

Como un resorte, en dos zancadas se metió en el altercado y comenzó a interponerse entre la familia de Cyrus y sus agresores.

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué os ha hecho a vosotros esta pobre gente?

Aisha se temió lo peor, y lo peor ocurrió.

A pesar de que iba vestido como cualquier bakhtiari, por sus ojos, por el color de su cabello y sobre todo por su acento, descubrieron que era occidental y le atacaron también a él. Con eso al menos consiguió distraer su atención de los cristianos.

—¡Largaos de aquí! —le dijo a Cyrus y a su familia, quienes no tardaron en marcharse.



A pesar de que lo superaban en número, Toni era un curtido guerrero, nunca mejor dicho, era un veterano de guerra condecorado, y no le fue difícil deshacerse de casi todos aquellos energúmenos. Ya había dejado en el suelo a la mayoría, cuando una mujer, acudiendo desde atrás, lo golpeó en la nuca con una piedra...

Como buen guerrillero acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo en situaciones de inferioridad, se había hecho una composición de lugar descartando a la mujer como peligrosa. Y era lógico. Bastante tenía con no perder de vista a ninguno de los que le asediaban.

Pero aquel golpe fue definitivo. Aisha dio un grito de terror tan fuerte que todos se volvieron, y entonces contemplaron cómo aquella frágil mujer en el sidecar de la motocicleta intentaba, a duras penas, acudir desde allí.

Fue entonces cuando comprendieron lo que había ocurrido. El golpe había sido tremendo y Toni se desplomó en el suelo en cuestión de segundos.

Aisha salió como pudo de la moto e intentó correr, pero sus piernas no se lo permitieron. Se cayó al suelo y continuó arrastrándose hacia su marido llorando desconsolada, con el alma desgarrada, sin que nadie hiciera nada para ayudarla. La multitud se dispersó al ver que estaba inmóvil, dejando allí sola a Aisha, totalmente destrozada por el dolor.

Esta vez no era una pesadilla como las otras veces. Rogó a Alá que se apiadara de ella y la despertara en ese momento para poner fin a tanto dolor, pero Dios no la hizo caso. Se frotó los ojos y gritó con todas sus fuerzas, se golpeó el pecho, agitó la cara de su esposo para que se despertara, pero todo siguió igual. Sus ojos no se abrían, y entonces constató lo inevitable y comenzó a llenarlo de besos de forma compulsiva, sin parar de llorar y de gritar.

La premonición se había cumplido y su peor pesadilla se había hecho realidad: una mujer lo había matado por detrás.

El odio y la intolerancia se cobraron dos nuevas víctimas aquel día; el día en que murió como un villano el Anúsiya, quien había sido honrado y condecorado como héroe de la nación.

La pérdida

Perdí a los dos hombres que yo más quería, que eran mi marido y mi hijo, y a mis dos hijas también las había perdido de alguna manera. Eran incapaces de amar, pues se les había secado el corazón. Pero aún me quedan mis nietos, los únicos que ya podré tener, pues ellas se sometieron a la esterilización que suprime la regla.

He comentado en numerosas ocasiones con muchas personas, sobre qué tipo de pérdida de un ser querido se lleva peor. Hay quien opina que la más dolorosa es la que se produce de repente, tras una muerte trágica, pues quien sobrevive no ha podido despedirse de la persona a la que ama. Realmente, eso es lo que me pasó a mí con mi marido y con mi hijo, y ciertamente es muy duro enterarse de una cosa así, que se produce sin previo aviso.

Aunque muchas veces pienso que esas dos muertes se podrían haber producido mucho antes, pues Víctor se pasó toda su vida siendo policía, con los riesgos que eso conlleva, y Toni, cada vez que se iba de nuestra aldea para combatir, le abrazaba como si no fuera a verlo jamás.

Por otra parte, hay quien opina que es peor la muerte lenta, la que se va a producir de forma inexorable, pero que tarda en producirse días, semanas, o incluso meses.

Cuando mataron a Víctor, pensé que jamás podría experimentar un dolor tan intenso. Me equivoqué. Ciertamente, no hay un dolor tan grande como el que siente una madre cuando pierde a un hijo. Yo doy buena fe de ello. Pero también les puedo asegurar que el dolor que sentía Aisha era si cabe tan grande como el mío, o incluso mayor.

Sí, lo puedo afirmar sin ningún pudor. A ella le arrancaron la vida, le quitaron la razón de su existir.

El varapalo fue tremendo y se hundió por completo. No era para menos. Sus peores temores, sus miedos más exacerbados se habían hecho realidad, y era como estar viviendo esa horrible pesadilla, una y otra vez. Y con la diferencia de que ahora no podía despertarse, ni mucho menos abrazarse a aquel que siempre fue su consuelo en las noches terribles, quien desvanecía todos sus miedos.

Y a resultas de eso, no tardó en caer enferma, y de gravedad.

Realmente, ya lo estaba desde antes. Los embarazos revitalizaban a esa mujer de tal manera, que no solo se frenaba el avance de su enfermedad, sino que mejoraba con respecto a su estado anterior. Eso fue lo que sucedió con Nasser, su primer hijo, y también con Ahmet, el segundo. Pero la dichosa guerra había impedido que se quedara embarazada de su tercero mucho antes, y eso le estaba pasando factura.

La verdad es que en eso se parecía un poco a mí. En mi caso, en 26 años de matrimonio, jamás usé anticonceptivos y solo tuve tres hijos. El primero vino enseguida, pero después tuve que esperar seis años para tener a Vicky, y luego siete más hasta que llegó Angie.

Aisha debía de ser como yo, que no se quedaba embarazada fácilmente. Si bien es cierto que durante la guerra no se habían visto demasiado, esta ya había terminado y aun así tardó en quedarse. O quizás "la culpa" no era suya y fuera de Toni, igual que, en mi caso, quizás la causa fuera Víctor.

Sí, eso podría ser. Porque Vicky, siendo mi hija se debería parecer a mí, y se quedó embarazada al primer intento en aquel fatídico día...

En fin, cualquiera sabe. En cualquier caso, Aisha había desmejorado mucho en todo el tiempo transcurrido entre su segundo embarazo y este tercero. Pero todos teníamos la esperanza de que, al igual que las otras veces, las cosas cambiarían.

Y sin embargo, todo se vino al traste con la muerte de Toni.

Según el médico, la afectación del bulbo raquídeo se había incrementado a causa del disgusto, y solo una nueva intervención para reducir la glándula que en su día ya le redujeron, podría salvarla. Y eso, sin garantías de que esta vez tuviera éxito.

Pero no teníamos más remedio que intentarlo, con el inconveniente añadido de que, al igual que la otra vez, una operación como esa era muy cara. Y eso era lo peor de todo... porque no teníamos dinero.

Toni había muerto, y eso ya no tenía remedio. El dolor que teníamos era intensísimo, y tanto su esposa como yo estábamos como muertas en vida. Pero, mientras que ella se había abandonado por completo, yo me había aferrado a la posibilidad de salvarla como si con ello quisiera preservar lo último que me quedaba de él. Por supuesto, también estaban mis nietos, pero yo no deseaba tener ya más muertos en mi familia. Ya había tenido suficientes, y no estaba dispuesta, de ninguna de las maneras, a que ella también muriera. Iba a hacer todo lo que estuviera en mis manos, iba a disponer de todos los recursos a mi alcance, para intentar salvarla.

Visita a la capital

—Me temo que no va a ser posible, *aghaye Abdulacid*. El capitán Anûsiya nunca inscribió a su esposa en el seguro médico.

Efrem y yo habíamos ido la capital, el lugar donde tenía su sede aquel prestigioso cuerpo de militares, dejando a Aisha y a los niños al cuidado de Leila.

Aunque en nuestra zona los inviernos eran suaves, al tener que ir hacia el norte comenzamos a acusar el crudo frío del invierno, que en aquellos días se intensificó. Y más si tenemos en cuenta que íbamos en una moto con sidecar, y no dentro de un coche.

Fue un viaje horrible, en el que llegamos exhaustos, y nos hospedamos en la casa de unos remotos parientes de Mushir.

La idea era que trataran y operaran allí a Aisha. Como *khanome Anûsiya*, ella tenía derecho, al igual que sus hijos, a la cobertura médica universal y gratuita que ese cuerpo de élite ofrecía a todos los familiares de esta noble casta. Sin embargo, nos estábamos encontrando con un sinfín de problemas.

Afortunadamente para mí, el hombre que nos recibió hablaba una variante del farsi, el luri, que es un idioma del que el bakhtiari deriva como dialecto. Eso hacía que, yo, más o menos, me enterase de lo que decía, en líneas generales.

—Claro —contestó Efrem—. Mi yerno nunca inscribió a su esposa porque no tuvo necesidad de ello. No vivían aquí, y en Susa podían pagarse los tratamientos. El capitán ganaba lo suficiente con su trabajo.

—Sí, lo comprendo.

—Pero ahora él ya no está, ¿me entiende?

—Lamento mucho su fallecimiento, *aghaye*, pero solo el Anûsiya puede darle de alta.

—¿Solo él? No puedo creerlo...

—O sus herederos. ¿Tiene hijos?

—¡Sí que los tiene!

—Si ellos lo autorizan... Pero tienen que ser mayores de edad. ¿Lo son?

Tanto Efrem como yo hicimos un gesto de contrariedad.



—En su ausencia, el padre del Anûsiya también podría servir.
—Su padre, Mushir Abdulacid, murió en la guerra, *aghaye*.
—¿No vale su madre? —dije yo.
—Sí, podría valer. En ausencia de ascendientes o descendientes varones, la autorización puede venir de la rama femenina.
—Bien, pues yo soy su madre.
—¿Usted? —me respondió, con una expresión de incredulidad.
Claro, pensé. Soy una mujer occidental, con acento occidental... desde luego, no tenía pinta de ser la madre de un Anûsiya persa. Claro que Toni tampoco tenía pinta de serlo, y sin embargo, lo era.
—Sí, yo soy su madre —corroboré—. Soy la madre del capitán Anûsiya Karim Abdulacid.
El secretario me miró fijamente, con pinta de no creerse nada.
—Tendría que probarlo —me dijo.
—¿Cómo?

—Aportando su filiación, por supuesto.

—Yo no tengo nada de eso.

En efecto, de nada serviría mostrar mis documentos occidentales, donde constaba que tenía un hijo que se llamaba Toni con el apellido de Víctor, cuando él nunca estuvo censado por ese nombre en Persia. De hecho, cuando lo estuve por primera vez ya figuraba como Anûsiya Karim Abdulacid.

—*Khanome*, como usted puede comprender, si no puede probarlo, yo no me puedo creer, así, por las buenas, que usted es su madre.

—¿Perdón? —no entendí lo que me dijo.

—Que no se lo cree, Olivia —me tradujo Efrem, y este siguió:

—Quiero hablar con su superior —exigió—. Con el comandante.

—El señor Kashemen solo atiende a quienes no son Anûsiya con cita previa.

—Muy bien, pues déme una cita.

El secretario introdujo unos datos en la computadora, y dijo:

—El 20 de marzo.

—¿Dentro de tres meses? ¡No podemos esperar tanto! ¡Mi hija se está muriendo! —Efrem lo agarró de la solapa—. ¿Es que no lo comprende, estúpido?

—Ya está bien, Efrem —lo sujeté—. Así no vamos a conseguir nada.

—¡Tiene que darnos una cita antes! —insistió—. ¡Ahora!

—¿Qué está pasando aquí?

Un guardia acababa de llegar. Era lógico, pues en una institución militar como aquella, estaban por todas partes.

—No está pasando nada —respondí yo—. Ya nos íbamos.

—*Khanome* —dijo el secretario—. Si usted es la madre del Anûsiya, solo tiene que demostrarlo, y podrá inscribir a su nuera para que tenga derecho a la asistencia sanitaria.

—¿No le vale mi palabra? Es la palabra de la madre de un capitán Anûsiya.

—Me temo que no. Con la guerra han muerto muchos de ellos, y luego han venido “supuestos herederos” haciéndose pasar por auténticos. No podemos permitir esos abusos.

No entendí muy bien lo que me dijo, aunque me quedó claro que tendría que demostrar que era quien decía ser.

—Está bien. Lo demostraremos.

—Y también tiene que aportar la documentación correspondiente al fallecimiento del padre del Anûsiya, la minoría de edad de sus hijos, y la ausencia de hermanos, si es el caso.

—Vamos, que mi hija se muere antes de que podamos conseguir el primero de esos documentos —respondió Efrem.

—Lo siento. Yo no hago las normas.

—¡Por eso le estaba pidiendo que me pasara con quien las hace! ¡Estúpido secretario sin sentimientos! —gritó, totalmente fuera de sí.

Pero eso solo sirvió para que el guardia, ayudado de otro que llegó, nos pusiera a los dos de patitas en la calle, con la amenaza de encarcelarnos si volvíamos por allí.

La verdad, fue toda una frustración el encontrarnos con tantas dificultades, después del viaje que habíamos hecho. Sobre todo, porque Efrem tenía la esperanza de que los Anûsiya serían más razonables, pues tenían fama de ser unos auténticos caballeros. Lamentablemente, la burocracia está presente en todas partes, y no hay lugar en donde no entorpezca todos los asuntos.

Ya en el exterior, mi consuegro se puso a llorar, y yo le dije:

—No te preocunes, Efrem, conseguiremos esos documentos. Iré a la embajada de mi país y solicitaré...

—¿A la embajada? —me interrumpió—. ¿Acaso no sabes que Persia ha roto relaciones diplomáticas con Occidente?

Asentí. Tenía toda la razón. Desde la guerra, y más ahora con el embargo, los dos países recelaban el uno del otro, y no había posible entendimiento. Tan solo existía una pequeña legación que de lo único que se encargaba era de intentar repatriar prisioneros de guerra. Y por cierto, siempre bajo soborno al funcionario de turno.

—¡Tendríamos que sobornar a alguien, Olivia! —insistió—. Y a mí ya no me queda nada de dinero... —musitó, mientras se secaba las lágrimas.

—No te preocupes, Efrem —lo consolé—. Yo intentaré conseguirlo. Conseguiré el dinero suficiente para que Aisha pueda operarse en Susa, sin que tengamos necesidad de venir a esta ingrata ciudad.

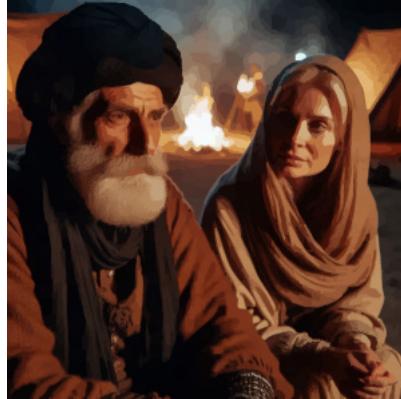
Acogida

—Vamos, Efrem, no te preocupes. Verás como salimos de esta.

De regreso a casa se nos hizo de noche y paramos a medio camino en un poblado bakhtiari de los montes Zagros. La gran hospitalidad de estas gentes se demostró una vez más, y nos acogieron como si fuéramos de su familia.

Les contamos quiénes éramos y de dónde veníamos, y se entristecieron mucho cuando les dijimos que el gran héroe bakhtiari Karim Abdulacid había muerto, y su esposa se encontraba en tan mal estado. Hasta allí había llegado su fama, yo diría su leyenda, la del primer bakhtiari Anúsiya. Nos consolaron y nos agasajaron como solo ellos sabían hacer.

Habíamos terminado de cenar y nos quedamos un momento solos junto al fuego mientras nuestros anfitriones recogían sus rebaños en los cercados antes de irnos a dormir.



—Muchas veces pienso que fue un error permitir que Aisha se casara con tu hijo. Siempre temí que una cosa así pudiera suceder. La gente es tan malvada...

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —repliqué.

—¿Cómo no hacerlo? Estaba tan enamorada...

Mi consuegro miraba hacia el fuego, con los ojos llenos de lágrimas.

—A mí tampoco me pareció bien cuando me lo dijeron. Sobre todo, porque quería hacerse musulmán.

Confesión por confesión, pensé, y él asintió.

—Ya, lo comprendo. Era un cambio demasiado radical.

—Así es.

Nos quedamos unos momentos en silencio, y después dijo:

—Cuando llegó la guerra, muchos en la tribu pensaban que Karim no se alistaría, pues los occidentales tienen fama de cobardes. Y sin embargo, lo hizo de los primeros —suspiró—. Sí, a todos esos estúpidos se les cerró la boca. Y más cuando comenzaron a llegar los primeros heridos, contando las hazañas que estaba haciendo tu hijo. Me llené de orgullo, Olivia —se detuvo un momento—. Y lo mejor llegó cuando fue condecorado y lo nombraron Anúsiya. ¡Ja! —exclamó—. Mi socio Sazalar se moría de la envidia...

—Pero aun así ¿te arrepientes de haber tenido ese yerno?

—No. No me arrepiento. Un hombre que es capaz de arriesgar y dar su vida por lo que es justo, merece todos mis respetos. ¿Qué padre no querría un marido así para su hija? —aclaró—. Los bakhtiari admiramos el valor como algo solo por encima de nuestra hospitalidad, y Karim ha demostrado sobradamente que lo tiene.

Se quedó un rato en silencio mirando al fuego y añadió:

—Además, de todos mis nietos, Nasser y Ahmet son a los que más quiero.

—Y también, los que más te quieren a ti —añadí yo, y era verdad.

Ciertamente, me quedé un poco confusa después de sus últimos comentarios. No comprendía muy bien porqué había dicho al principio que fue un error permitir que se casaran. Es posible que yo no lo hubiera entendido bien, pues aún no dominaba su lengua. Sin embargo, renuncié a hacer más averiguaciones. Probablemente fueran las dos cosas. Estaba orgulloso de haber tenido un yerno como mi hijo, pero también lamentaba, ¡cómo no!, el estado en que se encontraba Aisha, por haber enviudado tan joven. Aunque, por otra parte, no era la única de sus hijas que se encontraba así. De las seis, tres eran también viudas por haber muerto sus maridos en la guerra, y solo dos habían sobrevivido, aunque habían vuelto en lamentables condiciones.

En ese momento llegaron nuestros anfitriones, y Rosarém, la mujer del jefe que nos alojaba, nos recitó un sublime poema:

En el desierto, donde el sol se pone,
Un poema solo se compone.
Nos visitan Efrem y Olivia,
para encontrar en nosotros,
aquellos que alivian.

Han venido desde lejos,
con el alma afligida,
buscando ayuda para Aisha,
su hija muy querida.

Aquella muy amada,
que sufre y necesita,
con urgencia, ser curada.

Ellos han viajado, a la capital,
para intentar evitar, aquello tan fatal;
para que su hija muy querida,
sane su cruel herida.

Nuestras tiendas abiertas,
y nuestro humilde corazón,
les ofrecen refugio,
amor y compasión.

Roguemos a Alá el misericordioso,
que se digne y sane a Aisha,

y estamos seguros de ello,
al ser tan amoroso.
Que Él le devuelva la salud,
y que la revitalice con prontitud.

Mientras tanto en nuestro campamento,
ellos lloran y nos cuentan su lamento;
Oh, Alá, concédeles tu bendición,
escucha nuestras plegarias,
y que pronto veamos, su curación.

Vosotros, padres compungidos,
perseverad en la templanza,
no estéis tan afligidos,
y no perdáis la esperanza.

Que Alá bendiga a Aisha,
y le conceda la salud,
le conceda la felicidad,
que tanto precisa.

Confiad, amigos en su bondad,
y mientras tanto aquí aceptad,
lo que os damos, amistad.

Efrem y Olivia, no estéis tristes.
Que la paz y la tranquilidad,
reinen en vuestro corazón;
y que Alá con su bondad,
os quite la aflicción.

¡Confiad siempre en Él!
Y veréis como al final,
conseguiréis una señal;
ella se recuperará,
y su sonrisa brillará.

Opción B

Lo primero que hice cuando llegamos del viaje fue llamar a mis hijas. La casa de nuestro país seguía siendo nuestra, y la idea era pedir su consentimiento para hipotecarla y solicitar un préstamo con el que pagar la operación.

La casa estaba a nombre de Víctor, pues la compramos gracias a ciertas condiciones ventajosas a las que tenían derecho los miembros de la Policía. Su prematura muerte había impedido que hiciera testamento, y entonces la vivienda pasó a ser titularidad de sus herederos legales, que eran nuestros tres hijos. Yo podía disponer de la parte de Toni, pero los otros dos tercios estaban en poder de mis hijas.

Desde que llegué a Persia, se podría decir que eran contadas con los dedos de una mano las veces que había hablado con ellas. Durante la guerra fue imposible llamarlas, pues el enemigo había cortado toda la telefonía en las áreas de conflicto para impedir que los guerrilleros se comunicaran entre sí. Los occidentales sí podían hacerlo, pues habían establecido un sistema especial por satélite, que, lógicamente, estaba vedado a la población local.

Cuando terminó la guerra, las redes se fueron restableciendo poco a poco, aunque muy lentamente. Aun así, yo no podía saber nada de Angie, la pequeña, pues se me había prohibido hablar con ella. Y encima, Vicki estaba prisionera en China, con lo que hubo un tiempo en el que no tenía ni la menor idea de cómo les iba.

Hasta que, por fin, soltaron a esta de la cárcel, y regresó a nuestra casa. Afortunadamente, conservaba el número de teléfono que yo conocía, y pudimos hablar. No mucho, pues las líneas eran pésimas y se cortaban constantemente, incluso en la plaza central de Susa.

Pero al menos, había podido restablecer la comunicación con ella.

Ya digo que, hasta ese momento, habíamos conversado poco. De lo poco que habíamos hablado, me contó que había abandonado el ejército, es decir, ya no estaba en activo en la milicia. Había sido dada de baja por sufrir estrés posttraumático y malvivía con una pensión que le daba el Gobierno al haber sido prisionera de guerra.

Respecto a Angie, también había conseguido hablar con ella, aunque solo lo había hecho una vez. Mi hija ya era mayor de edad, pues tenía más de dieciséis años, y había abandonado el “orfanato” donde vivía desde que me la quitaron.

La niña —bueno, ya no era tan niña—, no me trató con demasiada aspereza en aquella ocasión. Por supuesto, no le mencioné nada del suceso por el cual nos separamos. Era una herida abierta que había que dejar sanar por sí sola, y yo tenía la esperanza de que, según fuera madurando, comprendería lo que había pasado y se daría cuenta de quién tenía razón. De hecho, en aquella primera ocasión en que hablé con ella ya aprecié algún cambio. Aunque no mencionamos nada del asunto, yo noté cierta apertura por su parte. No me dijó nada, pero creo que Angie lamentaba lo que había ocurrido, aunque lo aceptaba quizás como algo necesario para cumplir con sus ideales y el esquema mental que les habían inculcado.

Fue una conversación breve, con frases circunstanciales, en la que fui yo quien hizo la mayoría de las preguntas. Preguntas del tipo «*¿Qué tal? ¿Cómo te va? ¿Qué estás haciendo ahora...?*» Me trató, se podría decir, como se trataría a una antigua maestra del colegio a quien hace muchos años que no se ve, y un buen día te la encuentras por casualidad en un centro comercial. Al menos, la había recuperado de alguna manera.

El caso es que ahora yo tenía que hablar con las dos, pues necesitaba imperiosamente hipotecar la casa para poder pagar la operación de Aisha.

Un par de llamadas

—Hola, Vicky.

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

Había llegado a Susa en la moto de un comerciante que se había pasado por la aldea para intentar vender algunas telas. Ya de regreso, le pedí que me hiciera el favor de llevarme, y el hombre accedió.

Ya en la capital había intentado hablar con Vicky, pero las líneas no funcionaban. Había saturación por la cantidad de gente que allí habitaba, así que nos volvimos a casa para intentarlo de nuevo desde Susa. Llegamos por la noche, y al día siguiente ya estaba yo allí para hablar con ella.

El saludo fue seco y desganado. Pareciera que hubiéramos hablado hacía un rato y ya no tuviéramos más que contarnos.



—¿Cómo te va, hija?

—Bueno. Aquí estoy.

—¿No tienes nada que contarme?

—Poca cosa.

—¿Qué estabas haciendo?

—Estaba cenando.

—¿A estas horas?

—Mamá, aquí son las nueve de la noche.

—Ah, claro, la diferencia horaria. Bueno, qué... ¿Qué has hecho hoy? —pregunté, para romper el hielo. No me atrevía a soltar de golpe, nada más empezar, lo que le tenía que pedir.

—¿Hoy? Nada. He estado en la cama prácticamente todo el día.

—¿En la cama? ¿Estás enferma?

—No. Pero es donde estoy más cómoda. Oye, ¿cómo lleváis la muerte de Toni?

—Pues, ya te puedes imaginar. Yo sigo destrozada por dentro. Todos los días me levanto llorando, y Aisha... mejor no te louento.

—¿Qué le ocurre?

—Se está muriendo, Vicky.

Se hizo un breve silencio, y luego preguntó:

—¿Tan mal lo lleva?

—Lo está llevando fatal, como todos, pero en su caso es peor. Su enfermedad se ha agravado con el disgusto, y el médico nos ha dicho que, si queremos salvarla, se tiene que hacer una operación.

—Una operación...

—Sí, como la que se hizo la primera vez. Tienen que reducir de nuevo el tamaño de la glándula esa.

—Bueno, pues, si con eso se arregla...

—Es que eso es lo triste, Vicky. Que tampoco nos dan garantías.

—Pues entonces, que no se lo haga. No va a pasar por un quirófano para nada.

—Pero, ¿es que no te das cuenta? ¡Si no lo hace, se morirá seguro!

—Ah, ya...

—¡Tenemos al menos que intentarlo! —se me escapó una lágrima—. ¿O es que quieras que sus hijos se queden huérfanos? ¡Son tus sobrinos!

—No, si yo no quiero nada, solo que...

—¿Qué?

—Os costará una fortuna la operación, ¿no?

—Pues para eso te llamaba, hija.

—No te entiendo.

—Que necesitamos dinero. Mucho dinero. Y no tenemos nada.

—Pero... ¿No era Toni...? ¿Cómo se llamaba el cargo ese? ¿No era noble, o algo así?

—Sí, Anûsiya.

—Y... ¿no tenía derecho a servicios médicos gratuitos? ¿No le alcanzan a su viuda?

—Sí, ya lo intentamos —suspiré—. Pero esos servicios se prestaban en la capital, y como ellos nunca llegaron a vivir allí, pues no se dieron de alta. Y ahora no nos aceptan a Aisha porque no tenemos la autorización de Toni.

—¿Cómo iba a tenerla si él está muerto?

—Pues eso dije yo. Y como sus herederos son menores de edad, tampoco pueden darla.

—Y, ¿no hay otra forma de conseguirlo?

—Sí la hay. Pero es una burocracia que no te puedes ni imaginar.

—Ya, la dichosa burocracia. Está en todas partes.

—Pues sí.

—Y ¿qué vais a hacer?

—No podemos seguir por esa vía, Vicky. Nos costaría dinero, y además perderíamos mucho tiempo. No tenemos dinero, pero tampoco tenemos tiempo. Aisha está cada vez peor y tienen que operarse en Susa, que es donde tiene los informes y donde están los médicos que siguen su caso. No podemos empezar desde cero en otro sitio.

—Ah, comprendo.

—El caso es que, no tenemos ingresos regulares, y por el taller y lo que contiene no nos llega ni para empezar.

—Pues yo tampoco lo tengo, mamá. Ya sabes que soy pensionista, y con lo que me paga el ejército... ¿No podéis tirar de la herencia del padre de Toni?

—¿Te refieres a los ahorros de papá? ¿Es que no sabes que desaparecieron con la inflación?

—Claro que lo sé! Cuando volví de China fui al banco a reclamar mi parte y casi me da un ataque de risa cuando vi el saldo. No. Yo me refería a su otro padre. ¿Cómo se llamaba? Él siempre decía que era hijo de...

—¿Mushir?

—Sí, ese. Era el jefe de vuestra tribu, ¿no? Algo tendrá que tener...

—¡Ja! Mushir sí que no tenía nada... ¡Pero nada, de nada! Como no vendamos unos cuantos libros viejos que nadie quiere...

—Pues, ¿entonces?

—Estaba pensando en hipotecar la casa.

—¿Qué casa?

—Nuestra casa.

—¿La casa de la aldea?

—No, hija, esa no vale nada. Yo me refería a la casa donde vivíamos los cinco. Donde tú vives ahora, vaya.

—Hipotecar... ¿esta casa?

—Sí.

De nuevo, se hizo un silencio en la línea. Tan largo, que yo pensaba que se había cortado la comunicación. Pero no era así.

—¿Vicky? ¿Vicky?

—Sí, sí. Sigo aquí.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Pues... no sé.

—Es la única opción, hija. O eso, o se morirá. ¡Y yo no quiero ya más muertes! ¿Lo comprendes? —volví a llorar—. ¡Ya estoy harta de ver morir a la gente de mi familia!

—Te comprendo, mamá, pero...

—Pero... ¿qué?

—Si hipotecamos la casa, nos la quitarán, seguro.

—Bueno, no tiene por qué ser así.

—¿Ah no? ¿Quién va a pagar el préstamo? ¿Eh? Si vosotros no tenéis ingresos regulares, nosotras, menos. Y tampoco tenemos ya familiares que nos echen una mano.

—Bueno, pero ahora eso es lo de menos. ¡Lo importante es salvar a Aisha! ¡Eso es lo verdaderamente importante!

Ahora estaba llorando a moco tendido y Vicky se compadeció. Tras unos segundos en los que intenté recomponerme, me dejó desahogarme y después me dijo:

—Está bien. Cuenta con mi firma. A unas malas, me puedo ir a vivir a un hogar de veteranas. No son las mismas comodidades, pero... ¡qué le vamos a hacer! Para lo que hago...

Estaba conteniendo la respiración, y en ese momento dejé escapar todo el aire que tenía retenido en los pulmones. Suspiré y entonces ella me dijo:

—Pero el problema va a ser Angie.

—¿Angie? ¿Por qué?

—No creo que quiera irse de aquí. Ya sabes que no tiene trabajo, y...

—¿Todavía no ha encontrado algo? Me dijo que quizás la contrataban en un organismo...

—Sí, en el Ministerio de la Paz. Pero no quiere hacerlo. Es una puta vaga que no quiere trabajar ni estudiar. Solo piensa en hacer guerradas con el coño.

—¡Pero hija! ¿Cómo hablas así de tu hermana?

—¡Ja! —exclamó—. Si tú supieras cómo habla ella de mí...

—Pero... ¿por qué? ¿Habéis discutido por alguna razón?

—Es por culpa de Carmen.

—¿Carmen? ¿Quién es Carmen?

—Ah, que no lo sabes...

—No.

—Carmen es una puta latina con la que vive en la planta de arriba. Una mujer “pacifista”, mucho mayor que ella, y que no me traga. Vamos, no me tragan ninguna de las dos, pero la novia menos aún. Se conocieron en el orfanato, y ahora viven juntas. Se pasan el día restregándose el coño la una con la otra.

Me quedé estupefacta. No se me cayó el teléfono de las manos de milagro. No tanto por lo que acaba de oír, pues ya me lo esperaba, sino por la actitud que tenían entre las dos hermanas. En cualquier caso, después de lo que teníamos encima, ya casi que eso era lo de menos. Lo que diez años antes hubiera sido un drama —como lo fue en su momento cuando supe que Vicky hacía cosas parecidas—, ahora ya era lo que menos me importaba. Lo principal era conseguir el dinero para curar a Aisha.

—Está bien, hija. No me voy a meter ahora en lo que haga o deje de hacer tu hermana. ¿Me puedes pasar con ella? Supongo que estaré en casa...

—Sí, está en casa. Ahora mismo las estoy oyendo reír a las dos. Vaya juerguecita que se traen esta noche... Como sigan así y no me dejen dormir, la vamos a tener, pero bien gorda. Les voy a dar donde más les duele.

—Pásamela, por favor.

—¿Por qué no la llamas tú? Sabes su teléfono, ¿no?

—¿Qué pasa? ¿No te hablas con ella, ni para eso?

—No me queda más remedio que hablar con ella, mamá. Lamentablemente, vivimos en la misma casa. Pero es que no me apetece ahora salir a la calle y llamar a su puerta. Está lloviendo.

—¿Qué? ¿No puedes simplemente, subir la escalera?

—Ah, que no sabes lo de la obra.

—¿Qué obra?

—Esa escalera ya no existe. Ahora la planta de arriba no está comunicada con la de abajo. Yo entro por donde siempre, pero ellas han construido una escalera exterior que accede directamente a la planta de arriba. Si te soy sincera, me paso semanas enteras sin ver a ninguna de las dos. Eso sí, oírlas, bien que las oigo. No sabes lo escandalosas que son.

Suspiré. Otro dolor más a añadir a la lista.

—Y por cierto —siguió—. Ahora que me acuerdo, no todos los ahorros de papá se fueron con la inflación. La parte de Angie fue bloqueada por el Gobierno, que fue su tutor hasta que cumplió los 16 años.

—Sí, ya lo sé. Pero habrá pasado lo mismo, ¿no?

—No, mamá —se rio—. Elle emitió un decreto estableciendo que las niñas “huérfanas” tenían derecho a una contribución extraordinaria, que... no sé cómo lo llamaban... bueno, el caso es que no se vio afectada por la inflación. El Gobierno se lo compensó.

—Ah, sí?

—Sí. Pero no cuentes tampoco con ello. En cuanto que fue mayor de edad se lo fundió todo en un viaje al Caribe con la puta latina esa.

—¿Todo?

—Sí, mamá. No sabes cómo se lo gastan. El dinero les quema en las manos...

—Bueno, pásame con ella, por favor. Aquí la cobertura de telefonía es mala. Las llamadas nos entran, pero para poder llamar nos tienen en una situación... en algo que se llama “itinerancia”, o algo así, y cuesta mucho establecer una conexión. Es mejor conservar la que ya tenemos.

—Ya, pero es que no me apetece que toque mi teléfono. No sé si lo entiendes...

—No. No lo entiendo. Sinceramente, estoy alucinando con vosotras dos. No me pongo a llorar porque ya no me quedan lágrimas para eso después de todo lo que nos ha pasado. Me las tengo que reservar para cosas más serias. No sé si me entiendes... —ironicé.

—Sí, pero es que no quiero que lo toque con sus manos. A saber dónde las habrá puesto antes... ya sabes a qué me refiero.

—Ni lo sé, ni quiero saberlo, Vicky. Y tampoco puedo confiar en que me llame si tú se lo pides. He venido a propósito a Susa, y no me puedo quedar aquí indefinidamente. Tengo que ocuparme de Aisha y de los chicos, así que, tengo que hablar con ella, ahora.

—Está bien —suspiró—. Pero no sé si me hará algún caso. Voy a subir.

Oí cómo se ponía el chubasquero, cómo salía a la calle y cerraba la puerta. Después la oí subir pesadamente por las escaleras, que debían ser metálicas por el ruido que hacían sus pasos al pisar cada escalón. Después oí el timbre, y tras esperar un poco, escuché lo siguiente:

—¿Qué coño quieras? ¿Eh? ¿A qué has venido? ¿Otra vez a quejarte de los ruidos?

—Quiero hablar con mi hermana.

—No sé si tu hermana querrá hablar contigo.

—Escucha, puta bollera, y no te lo voy a repetir ni una sola vez. Quiero ver a mi hermana ahora mismo, así que le pones las bragas y me la traes. ¿Me has oído? ¿Eh? ¿Lo entiendes, zorra?

—¿Qué está pasando aquí? —Angie acababa de llegar.

—Este puto bulldog. Que quiere verte.

—¿Qué quieras?

—Mamá quiere hablar contigo. Es urgente.

—¿Mamá?

—¡Sí! ¡Olivia! Te recuerdo que es tu madre, por mucho que te pese. ¡Toma!

—Yo no toco ese teléfono... ¡Apestá a tu aliento...! Joder, ¡igual que apestas tú! ¡Hueles desde aquí! ¡Lávate alguna vez, guarra!

—Mamá —Vicky se dirigió a mí—, Angie no quiere hablar contigo. No sé si lo has oido.

—Sí, lo he oido —tenía un nudo en la garganta que casi me impedía articular palabra, después de todo lo que estaba escuchando.

—Está bien —ahora la mayor se dirigió a la pequeña—: pero la vas a llamar ahora mismo, pues está en una zona de baja cobertura, y además tiene prisa. Tiene que decirte una cosa importante ¿Entiendes? ¡Una cosa importante! No sé si sabes lo que significa la palabra “importante”. ¿Eh, niñata?

—¡Sé lo que significa, asquerosa bola de sebo! —rugió—. ¡Claro que lo sé!

—Pues ya la estás llamando. ¿Me has oído? ¡Llámala ya!

En ese momento, se cortó la comunicación e intenté serenarme. Estaba en una plaza pública y comencé a mirar a la gente que pasaba por allí. Todo menos pensar en lo que había oido hacia solo unos instantes, pues me amargaría ya del todo.

Las mujeres iban y venían con bolsas de la compra, los hombres con sus turbantes conversaban unos con otros... los niños corrían y reían... parecía mentira que ese mismo lugar hubiera sido bombardeado y arrasado hacía poco tiempo. La nación se estaba recomponiendo poco a poco y todo parecía volver a su ser.

Pero, por más que lo intenté, no podía dejar de pensar en todo aquello, en la conversación que había tenido, y comencé a discurrir sobre lo que estaba pasando.

Y es que el feminismo se había pasado de moda. Sin haber apenas ya hombres, y los que había, relegados a la irrelevancia, nadie se creía ya todas esas estupideces de la "falocracia" y los "machos opresores", y entonces la izquierda protagonizó su enésima reinvencción. El nuevo "ismo" fue ahora el pacifismo, y el nuevo enemigo a quien odiar, los militares.

Los pacifistas eran ahora la nueva población discriminada. Eran los nuevos vulnerables. Mejor dicho, "las" vulnerables, pues el femenino se aplicaba ya para todo, incluso para los *castrati*, y como tal necesitaba la protección del Estado. ¡Incluso ya había un "ministerio de la paz"!

La crisis económica que siguió al final de la guerra, con todo el dinero que se gastó y sin resultado alguno, facilitó mucho las cosas a los políticos oportunistas que ahora tenían una nueva "causa" con la que seguir viviendo del cuento. Los pacifistas fueron las nuevas "ultras", y al parecer la novia de Angie era una de ellas. No me cabe la menor duda de que manipuló a mi hija para que odiara a su hermana por ser militar.

Media hora después, por fin me entró la llamada, y pulsé el botón verde con verdadera desesperación.

—Hola, Olivia.

Las ultra feministas no usaban ningún término familiar. Como odiaban la maternidad y la familia, llamaban a sus madres simplemente por el nombre de pila.

—Hola, hija. ¿Por qué has tardado tanto?

—No he podido llamar antes. He tenido una charla con... con mi novia.

—Ya. Con Carmen, ¿no?

—Sí. ¿Algún problema? Ya veo que te ha hablado Vicky sobre ella. A saber qué te habrá dicho esa víbora.

No quise entrar al trapo. La etapa en que discutía con mis hijas ya había pasado. Además, de poco me iba a servir.

—Angie, supongo que te habrá contado tu hermana la razón de mi llamada.

—No me ha contado nada. Esa gorda se marchó en cuanto colgó.

—¿Gorda... Vicky?

—¿Es que no has visto la cara que tiene?

—No hemos puesto la cámara. La cobertura es mala, y bastante tenemos con conseguir que llegue el audio.

—Joder, si hasta le ha cambiado la voz. ¿Es que no te has dado cuenta?

—No. Será que por teléfono no se nota tanto.

—Pues parece un bulldog, Olivia. Los mofletes le cuelgan por los lados, no te digo más.

—¿En serio?

—Pues, casi —suspiró—. Mi hermana no hace absolutamente nada en todo el día. ¡Se pasa el día en la cama! ¿Cómo no va a estar gorda? Es una puta vaga que no mueve su trasero ni para ir al baño. Yo creo que usa pañales para no tener que ir tantas veces.

—Bueno... no creo que...

—Además, ni siquiera se lava. Debe seguir creyéndose que está todavía en esa cárcel de China, donde ni se movía, ni se lavaba.

—Ya hace tiempo que volvió...

—Eso digo yo. Pero, salvo en la comida, sigue haciendo lo mismo. —Hizo una pausa—. Joder, es una puta militarista. Si no se hubiera metido en el ejército no estaría así. Tendría una novia, como tenemos todas, y sería feliz.

—Sí, claro —suspiré.

—No creo que en China le dieran mucho de comer, y por eso cuando volvió no había cambiado tanto. Pero ahora... Joder, tendrías que verla. Se pasa el tiempo comiendo hamburguesas y helados mientras ve asquerosas series de acción desde la cama... La dichosa serie *Mercenarias*. ¿La conoces?

—No, Angie. Aquí no nos llega la onda —y nunca mejor dicho.

—Es un *culebrón* de 500 episodios que está viendo constantemente. Cuando se los termina, los vuelve a poner desde el principio. El CPV los tiene censurados, pero a esta asquerosa militarista le da igual. La piratea y la saca de contrabando.

—¿El CPV? ¿Te refieres a la Inquisición?

—Bueno, el CPV-ATM se llama oficialmente.

—Sí, claro, Comité Permanente de Vigilancia y Alerta Temprana contra el Machismo. ¿No?

—Contra el Militarismo.

—Ah, vale.

—Nosotras vemos series de amor, pero a ella le fastidian.

—¿Por qué? ¿Qué más le da?

—Pues eso digo yo. Pero se queja de que ponemos el volumen muy alto. Y para fastidiarnos, nos da donde más nos duele. Sube el volumen de las *mercenarias* a tope, y ya me dirás... cualquiera soporta todo ese ruido de bombas y tiros...

—Ya.

—Carmen dice que la denunciamos al CPV por ver series ilegales. Pero no serviría de nada. Los militares tienen todavía mucha fuerza. Joder, todavía queda mucho por hacer. ¡Siempre queda mucho por hacer!

—Sí, sí. Lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre?

—Nada, nada.

—Y como está constantemente en casa, no nos libramos de las putas *mercenarias* a todas horas. De verdad, no sabes lo harta que estamos de ella.

—Y ¿por qué no sale?

—¿Qué por qué...? ¡Porque no puede con su cuerpo, Olivia! ¿Por qué va a ser? Joder, solo sale a la calle una vez al día para dar un paseo con su asqueroso perro. Y no te creas que se va lejos, no. Como mucho, una vuelta a la manzana.

—Ya.

—Joder, el chicho está tan gordo como ella. ¡Es una puta bola de sebo!

—¿El perro?

—No, ella. Bueno, el perro también. Vicky tiene los brazos tan gordos como mis muslos, y los suyos... bueno, yo creo que le tienen que hacer las bragas a medida porque ya no hay tallas en las que quepa. Solo lleva faldas largas porque todos los pantalones se le rompen por las costuras.

—No puedo creerlo...

—Pues créetelo —suspiró—. Le han tenido que reforzar la cama porque la destrozaba por el peso. Como está todo el día acostada...

—Venga, Angie, no será para tanto.

—Joder, ¡qué sí!

—Y, eso, ¿te lo dije ella?

—¡Ja! ¡Si no nos hablamos! Yo lo sé porque vi venir a unos eunucos que trabajan en una tienda de muebles, que llevaban unas vigas de acero. Ya me dirás tú para que son...

—Podrían ser para cualquier otra cosa.

—Ya, claro, por eso cuando los vi salir se llevaban la cama de Toni, que estaba partida por la mitad.

—¿La cama de Toni?

—Sí, Olivia. Es la que siempre ha usado. No quiso saber nada de la suya.

—¿Por qué?

—Pues porque... a ver... nosotras llegamos aquí primero, porque ella todavía estaba en China. Y cuando volvió, ya desde el primer día empezó a odiar a Carmen. Bueno, y a mí; pero a ella más. Y esa misma noche, ¡esa misma noche!, dijo que no quería saber nada de todo lo que había en la planta de arriba, porque “olía a coño” —palabras textuales—. ¡Que olía a coño, dijo...! Joder, como si ella oliera mejor. No te puedes ni imaginar el tufo que suelta. Deja una estela que no te puedes ni imaginar.

—Ya, y por eso ella se quedó en la planta de abajo, ¿no? Y como la habitación de Toni estaba ahí...

—Exactamente. Recogió unas cuantas cosas de la suya y se las bajó. No ha vuelto a subir aquí desde entonces. Claro, que yo tampoco la iba a dejar pasar.

Me dieron ganas de comenzar un discurso moralizante. De advertirla de que no debería llevarse así con su hermana. Que la debería perdonar y hacer las paces. Pero, ¿hubiera servido de algo? Más bien corría el riesgo de que se pusiera en contra mía y se negara a firmar la hipoteca. Así que me callé. Ya se lo diría en otro momento más propicio.

En cualquier caso, ella siguió despoticando de Vicky:

—Tendrías que verla, Olivia... Joder, si parece una vieja. No tiene ni treinta años y hace la vida de una jubilada.

—Bueno, es lo es. ¿No?

—Sí, claro. Se dedica a vivir del cuento, con eso que tiene “estrés posttraumático” ¡Vaya cara! Si trabajara y se moviera más no estaría así de amargada. De tanto comer hamburguesas se le han pasado los deseos sexuales y me envidia a mí porque los tengo.

—¿Lo dices por lo del bromuro que le echan a la carne?

—¡Pues claro! Joder, tendrían que dejar de hacerlo. Los hombres ya no son ningún peligro.

—Ya casi no quedan...

—Pues eso digo yo —suspiró, y luego dijo:

—Bueno, ¿qué es eso tan urgente?

Por fin se serenaba y me dejaba hablar de lo mío. Pero antes de que pudiera empezar a contárselo, añadió:

—Por cierto, has tenido suerte de que subiera a avisarme.

—¿Por qué?

—Pues porque está tan gorda que le cuesta horrores subir las escaleras. Gracias a eso no nos da tanto el tostón.

—Las escaleras metálicas...

—¿Metálicas? No. Son escaleras normales. Lo que pasa es que suenan como sí lo fueran por el peso que tiene esa mujer. Joder, parece Godzilla cuando golpea la tierra... No sabes el cabreo que me entra cuando la oigo subir. Pum, pum, pum... ¡Me pone de los nervios, Olivia! Tengo que mandar a Carmen para que la reciba, porque sí no... Ella es más diplomática y se sabe contener. A veces me han dado ganas de pegarle una patada y que salga rodando escaleras abajo, no te digo más.

—Ya, ya... Bueno, también podría avisarte por teléfono, ¿no? Así se evitaría subir.

—No. La tenemos bloqueada. Si quiere protestar, tiene que venir. Si no, estaría todo el día quejándose por todo.

Suspiré. Vaya par de hermanas...

—Angie, quería hablar contigo porque necesito dinero.

—¿Dinero?

—Sí.

—Y, eso ¿qué tiene que ver contigo?

—Necesito que hipotequemos la casa.

—¿Qué casa? ¿Esta casa?

—Sí, claro. Nuestra casa. Necesito pedir un préstamo hipotecario para poder pagar una operación que necesita Aisha.

—¿Quién es esa?

—Angie... Aisha es tu cuñada. La mujer de Toni y la madre de tus sobrinos.

—Ah, ya.

Me esperaba la indiferencia, aunque no pensaba que fuera para tanto. ¡No recordaba ni como se llamaba! Empecé a verlo todo muy muy, negro.

—Vicky ya me ha dicho que está dispuesta a firmarlo, y solo me falta que estés dispuesta tú.

—Espera, espera. No sé si lo estoy entendiendo.... —se oyó una voz a lo lejos. Seguro que la novia lo estaba escuchando todo. —¿Puedes empezar por el principio? —me pidió, repitiendo casi palabra por palabra lo que le estaba diciendo la tal Carmen.

—A ver... —suspiré—. Desde que mataron a tu hermano, ya no tenemos dinero, y aquí no hay pensiones de viudedad.



—Vamos, que no os llega para vivir.

—Para vivir sí, pues gracias a Dios, las cabras siguen dando leche, y con la venta de su carne y las pieles...

—Ya, ya, vale. Para lo que no os llega es para un asunto de médicos, ¿no?

—Exactamente. Desde lo de Toni, Aisha está muy enferma y necesita operarse con urgencia. Ha recaído en su discapacidad y los médicos nos han dicho que hay que volver a reducir la glándula. Esa glándula que ya le redujeron antes de que tu hermano la conociera. Parece ser que esa es la causa, y...

En ese momento me detuve. Mi hija estaba hablando con su acompañante, y probablemente no me estaba prestando atención. Les oí comentar lo siguiente:

—*Joder, Carmen, sí que te lo conté. No me vengas con que no sabías nada. Te dije que mi hermano se hizo moro, y que se casó con una mora que era minusválida. ¿Es que no te acuerdas?*

La otra mujer dijo algo que no llegué a entender.

—*Sí, y mi madre se fue a vivir allí con ellos. ¿Desde dónde te crees que me está llamando?*

—Ya, ya, pero, ¿tu hermano no se había muerto?

—*Claro que está muerto! ¡No te enteras! Pero su mujer sigue viva, y, según parece, está enferma.*

—A ver, Olivia, ¿qué me decías?

Me dieron ganas de cortar la comunicación en ese mismo instante. Si antes lo veía negro, ahora mucho más.

—Angie, voy a solicitar un préstamo para costear esa operación. La casa donde vives es mía y tengo derecho a hacerlo.

—*No es suya. Te está mintiendo.*

—*Sí es mía! —grité—. Aunque papá no hizo testamento, pues de haberlo hecho no estaríamos teniendo esta conversación, un tercio es de Toni, y por tanto, aquí podemos disponer de lo que es suyo. Vicky posee otro tercio, y ya me ha dicho que está de acuerdo. Solo falta que estés de acuerdo tú también.*

—*De acuerdo? ¿En qué?*

—En que hipotequemos la casa. Se trata de pedir un préstamo, con la casa como garantía.

—*Pregúntale cómo piensa pagar el préstamo.*

—Olivia, ¿cómo pensáis pagar el préstamo?

—Angie, si quieres, pásame con tu novia, y así no necesitamos intermediarios.

La chica se quedó callada. Yo seguí:

—Mira, no sé cómo vamos a pagar el préstamo. Sinceramente, no creo que podamos hacerlo. Lo único que sé es que necesito ese dinero, y además con urgencia.

—*Si no lo piensa pagar, nos quitarán la casa y nos tendremos que ir de aquí.*

—Olivia, yo no tengo trabajo, y Carmen... bueno, ella tiene una pequeña subvención por ser vulnerable...

—*Vulnerable?*

—Sí, los militares nos odian. Las pacifistas estamos discriminadas, y el Gobierno da una pequeña subvención a quienes son miembros del PP —partido pacifista—. Y ella lo es. Bueno, yo también lo soy, pero tengo que esperar unos años más para que me la den a mí también. Es para evitar abusos, ¿lo entiendes? Si se la dieran a todo el mundo nada más apuntarse al partido, sería un chollo, ¿no te parece?

Es curioso cómo la cultura del odio había encontrado un nuevo objetivo a quien odiar. Ahora los militares —con artículo masculino, a pesar de que todas eran mujeres—, odiaban a las pacifistas, y viceversa. Y como parece que estas últimas estaban en el Gobierno, ya estaban tardando en otorgarles prebendas a las suyas. Como siempre, la izquierda comprando voluntades con el dinero ajeno.

—En fin, si yo tuviera también la subvención, quizás pudieramos irnos a algún sitio, y costear un alquiler. Pero, así como están las cosas...

—¿Me estás diciendo que no, Angie?

—Bueno, yo...

Estoy segura de en ese momento la novia estaba negando con la cabeza, y mi hija dudaba.

—¿Por qué no buscáis un trabajo y así podríais vivir mejor? —pregunté, con rabia. Hacía solo un minuto que había exigido que su hermana trabajara y no viviera del cuento, y ahora resultaba que su novia también vivía del cuento, y ella esperaba hacerlo algún día.

—Un trabajo, dices. ¡Pero si no hay! Los putos militares se montaron una guerra contra vosotras, ¡y se gastaron todo el dinero! ¿Acaso no sabes que estamos en crisis?

—Ya, ya. También nosotras lo estamos. Y por culpa de un embargo al que nos somete vuestra país. Si tan pacifistas sois, ¿por qué no lo levantáis? Así podríamos comerciar y nos iría a mejor a todos. Como no pudisteis llevarnos nuestros minerales, nos cortáis el paso para que no podamos venderlos a quien nos dé la gana.

—Bueno, yo no entiendo de esas cosas, Olivia. No te puedo contestar a eso.

—Vale —me resigné—. ¿Vas a firmar la hipoteca, sí o no? No lo hagas por Aisha, pues es una mujer a quien no conoces. Ni siquiera por tus sobrinos, a quienes tampoco conoces. Pero de Toni si te acuerdas, ¿no? Y además, siempre le quisiste mucho. Hazlo siquiera por él. No estaría mal, ese último regalo de despedida.

La respuesta

Me marché andando hacia la aldea y no paraba de llorar durante todo el camino al contemplar en lo que se habían convertido mis hijas. No dejaba de darle vueltas a todo lo que había oído.

Por momentos me decía que no me tenía que haber venido a Persia. De haberme quedado en mi casa, quizás mis dos hijas no hubieran llegado al grado de enemistad en el que se encontraban. Pero, ¿cómo iba yo a saberlo?

En el momento en el que tomé la decisión, ninguna de las dos vivía conmigo. La mayor estaba ya en el ejército y vivía en los cuarteles. Y a la pequeña me la habían arrebatado.

Por su parte, Aisha tenía a su madre enferma y tampoco podía contar con sus hermanas para que la ayudaran, pues todas habían tenido ya a sus hijos, y lógicamente, ellos eran su prioridad.

La decisión de venirme fue correcta, desde luego. En ese momento era lo mejor que podía hacer. Pero de estar allí, estaba segura de que mis hijas no se llevarían tan mal. Y también estoy segura de que Vicky no habría caído en ese estado de degradación física en el que se encontraba.

Pero hubiera sido imposible volver, aunque hubiese querido hacerlo. Aisha y mis nietos me necesitaban, y además había una guerra de por medio.

Sí, podría haberme vuelto al terminar la guerra. Toni ya estaba junto su mujer... aunque también es cierto que tenía que trabajar y por el día mi nuera estaba sola.

Además, pensé, de haberme vuelto, ¿me hubieran admitido en mi propia casa? Realmente, no hubiera hecho más que sufrir, pues el carácter de las dos era ya incorregible, y hubiera dejado sola a la pobre Aisha.



No. Hice bien en quedarme, aunque esas dos se llevaran a matar. Eso no tenía arreglo ninguno.

Estaba en esas cavilaciones, cuando por fin, alguien pasó por el camino y me llevó a la aldea en su motocicleta. Era un paisano que vivía unas cuantas casas más allá de la nuestra, y además, tuvo la gentileza de subirme al poblado, en las colinas.

Y en cuanto a la decisión de Angie... La respuesta fue que no. No me lo dijo en ese momento, pues hizo el paripé de tener que pensárselo. Le di solamente un par de días, tras los cuales volví a hablar con ella para conseguir tan solo que me siguiera dando evasivas. Y yo ya no podía esperar más.

Durante todas aquellas conversaciones, la novia estaba al acecho, y le daba instrucciones precisas sobre lo que tenía que contestar. Desde luego, pensé, ¡qué fijación tenían los miembros de esta familia por liarse con latinas tóxicas que se llamaban Carmen! Vaya casualidad...

Además, bastaba con que una hermana dijera que sí a algo para que la otra, invariablemente, dijera que no, solo por hacer la contra. De nuevo los políticos y sus odios habían vuelto a enfrentar a dos hermanas, tal y como lo hicieron en Persia. Otro dolor más que añadir a la lista. Y ya iban... unos cuantos.

Así las cosas, me puse en contacto con quien ya había salvado a Aisha una vez, para suplicarle que volviera a hacerlo.

La señora Arcan

Era la segunda vez que lo intentaba. Como no sé conducir motos, había tenido que ir a Susa en un viejo coche que tenía Toni en el taller y que estaba terminando de reparar sin haberlo conseguido del todo. El vehículo andaba más bien mal, pero al menos andaba.

Además, había otro motivo para acudir en coche: la diferencia horaria. En efecto, las casi doce horas que nos llevamos con Occidente, y puesto que no sabía el momento en el que me iba a llamar esa persona, eran la razón por la cual tenía que estar preparada para que lo hiciera en cualquier momento del día (o de la noche aquí).

Me podía llamar a las seis de la mañana de allí, que serían las seis de la tarde, pero también lo podía hacer a lo largo de las diecisésis horas siguientes, es decir, hasta las diez de la noche, por ejemplo, con lo cual, tenía que pasar la noche en Susa, dentro del coche, hasta las diez de la mañana hora local. Así que me vine bien pertrechada con queso, pan y miel, y una almohada.

Mi hijo me había contado lo suyo con Judith, y solo sabía que, en la época en la que estaban juntos, ella era vicepresidenta ejecutiva de una multinacional. Así que busqué grandes magnates por ese nombre, y me salieron varias personas, aunque solo una con la edad aproximada que por entonces tendría que tener ella. No podía ser otra.

Después de hablar con muchas mujeres, por fin conseguir acceder a su secretaria.

—¿Por qué desea hablar con la señora Arcan?

—Es un asunto personal.

—Lo siento, pero tendrá que contármelo a mí, primero.

—Como le digo, es personal. Debo hablarlo solo con ella.

—Ya, pero es que aquí llama mucha gente, muchas periodistas, que, con la excusa del “tema personal”, al final consiguen hablar con la presidenta. Y como se puede usted imaginar, es una persona muy ocupada, y no puede perder el tiempo atendiendo a todo el mundo. ¿Me comprende?

—Sí, le comprendo. Pero yo a usted no la conozco, y no puedo ni debo mencionar el asunto por el que necesito hablar con ella. Dígale, por favor, que me llame al número de teléfono que le aparece en la pantalla.

—¿Quién es usted? ¿Desde dónde llama?

—Mi nombre probablemente no le dirá nada, así que sería inútil decírselo. Le estoy llamando desde Persia.

—¿Desde Persia? —se extrañó.

—Sí, y no creo que ese dato le aporte algo.

—Pues entonces, ya le digo que la señora Arcan no la llamará. Es una mujer muy ocupada.

—Mire, es un asunto de vida o muerte.

—Ya. Eso dicen todas. Lo siento, pero voy a colgar. Aunque no tanto como la presidenta, yo también tengo muchas ocupaciones.

—¡Espere! —lo vi todo perdido, y entonces eché el resto:

—Toni.

—¿Toni?

—Sí. Solo dígale ese nombre a Judith. Y que me llame mañana sobre estas horas. Como le digo, es importante.

Así que al día siguiente volví a ir a Susa. Como digo, llegué a última hora de la tarde, por si a ella se le ocurría llamar al amanecer.

Aguardé pacientemente dentro del coche —que, por cierto, me costó arrancar una barbaridad—, hasta que por fin recibí una llamada. En efecto, la mujer estaba impaciente y llamó, quizás desde su casa, nada más rayar el alba en Occidente.

—¿Quién es usted? —preguntó, nada más establecerse la comunicación—. ¿Por qué quiere hablar conmigo? —su tono era desafiante, airado.

—Perdone que le moleste. De verdad, le ruego que me disculpe. No tengo ninguna mala intención, así que, puede estar tranquila a ese respecto.

Eso lo dije para tranquilizarla, por si se pensaba que iba a hacerle algún chantaje. Y debió funcionar, pues su tono cambió.



—Bien. Pues dígame cuál es su nombre, y por qué desea hablar conmigo.

—Mi nombre es Olivia, y soy la madre de Toni.

Se hizo un silencio en la línea. Tras unos segundos, dijo:

—Mire, su llamada es totalmente... extraña, por decir algo. Por favor, accione el video. Necesito verla.

Pulsé el botón que encendía la cámara, cruzando los dedos para que no se cortara la conexión. Ella no conectó la suya.

—Sí. Desde luego, podría ser. El mismo color de pelo y de ojos. Y... mirándola bien... se parece un poco... quizás en la forma de mirar. Está bien. ¿Qué es lo que desea?

—Verá... no sé por dónde empezar... han ocurrido tantas cosas...

—No tengo mucho tiempo, así que, deberá ser breve.

Tomé aire y me propuse resumir como pude lo que había ocurrido en todos los años que habían pasado desde que no se veían.

—Pues verá, mi hijo ha muerto.

—¿Ha muerto?

—Sí.

Noté cómo se le quebraba la voz.

—¿Cuándo?

—Hace poco. Fue en un desafortunado altercado callejero en el que se vio envuelto.

—Vaya...

—Verá, él se vino a vivir a Persia, pues contrajo matrimonio con una chica de aquí. Una persona a quien usted conoce.

—¿Yo?

—Sí. Me contó que usted hizo una importante contribución económica para que a esta muchacha le pudieran operar. Sufría una enfermedad degenerativa que...

—Sí, lo recuerdo. ¿En serio que se casó con ella?

—Así es. Han tenido dos hijos, y otro que está en camino. Verá —continué—, si tiene poco tiempo, no quiero abrumarle con detalles.

—No se preocupe —su tono ahora era mucho más cordial.

—El caso es que Aisha ha recaído. La muerte de mi hijo le ha conmocionado de tal manera, que... en fin... su salud ha empeorado y está gravemente enferma. Los médicos nos han dicho que se necesita repetir aquella operación. Solo que esta vez no sabemos si, quizás... —entonces a quien se le quebró la voz fue a mí—. No sabemos si esta vez... servirá de algo.

Me puse a llorar y entonces Judith accionó su cámara. Apareció una mujer de cerca de cincuenta años, que me miraba con cara benevolente.

—Vamos, Olivia. No se preocupe. Si hay algo que yo pueda hacer...

Tras recomponerme un poco, continué:

—Sí. Necesitamos otra vez dinero, y ya no sé a quién recurrir. Usted es nuestra última esperanza —suspiré, y respiré hondo para poder continuar—. Y para que no desconfíe de mí, ni de mis intenciones, puede usar la misma cuenta corriente de la otra vez. He hablado con el hospital y siguen teniendo el mismo número de cuenta. Solo ponga en el concepto el nombre de la enferma: Aisha Abdulacid.

Judith miró hacia abajo. Estaba apuntando el nombre. Después me miró, y tras unos segundos, me dijo:

—Olivia, cuente conmigo para todo lo que necesite. Si sucede lo peor y su nuera acaba falleciendo, desde luego no será por una cuestión de dinero.

Sé de un lugar

No fue la única vez que hablé con Judith. Desde aquel día, tuvimos conversaciones más o menos regulares, aunque las estrecheces de la cobertura telefónica nos impidieron poder comunicarnos más.

Según prometió, nos mandó el dinero suficiente para adelantar los preparativos. De hecho, ya teníamos una fecha para la operación. El resto tendría que ser abonado unos días antes de la misma.

La verdad es que fue todo un alivio aquella infusión de dinero, porque ya no nos quedaba para casi nada. Eso me permitió poder ir a Susa en taxi, y no estar pendiente de que alguien me llevara. Y por supuesto, mucha más comodidad para Aisha a la hora de llevarla y traerla del hospital, pues fueron muchas las veces que tuvimos que ir y venir para hacerle las pruebas pertinentes antes de operarla.

Pero al parecer, la enfermedad iba por delante de nosotros, y se daba más prisa que la que podíamos asumir. Aisha había entrado en una espiral de desánimo y apatía, y prácticamente había desistido de luchar.

En realidad, ella ansiaba vivamente reencontrarse con su esposo...

Yo le decía, «*Aisha, ¡tienes que ser fuerte! ¡Tienes que vivir, al menos por tus hijos! ¡Qué será de ellos, si tú faltas?*» Pero ella solo esbozaba una ligera sonrisa melancólica, sin poder apenas hablar, consumida en una extrema delgadez. Se le notaban todos los huesos del cuerpo cuando la desnudaba para lavarla, y solo resaltaba su barriga, donde un bebé intentaba seguir creciendo en su interior. Ya nadie podría decir que esa mujer tuvo la espléndida figura que en su día exhibió.

Lo peor eran las noches, en las que apenas conseguía dormir dos horas seguidas. Rememoraba a cada instante la muerte de Toni; deliraba, y yo la oía hablar con él como si estuviera allí con nosotros. Lo tenía siempre presente, y conversaba con él en sueños, incluso de cosas íntimas, y a veces parecía que estaba haciendo el amor con él.

Al amanecer volvía la tristeza y la desolación, y solo parecía animarse un poco con la cercanía de sus hijos, especialmente con Ahmet, quien le recordaba tanto a su añorado esposo.

La pobre Aisha no mejoraba. Cada vez estaba más demacrada y ya apenas comía. Llegó un momento en que me temí lo peor.

Efrem me tenía dicho que le avisara a cualquier hora del día o de la noche si su salud empeoraba, y eso fue lo que hice.

Aquella noche estábamos con ella, junto a mis nietos, en la tienda en la que siempre habitó con Toni, y entonces me dijo:

—No llores, Olivia. ¡Hoy no podemos llorar! Karim me está esperando... ¡Me lo ha dicho esta tarde! Y... ¡Yo ardo en deseos de volver a estar con él!

—¡No, Aisha! ¡Tienes que quedarte con nosotros! ¡Tienes que estar junto a tus hijos!

—No puede ser... Hace muchos años que yo tenía que haber muerto, y Karim me salvó. ¿Lo recuerdas? Pero todavía no había llegado mi hora, pues yo todavía tenía que conocerle. Tenía que vivir para él... ¡Tenía que ser suya! —me agarró fuertemente del brazo, mirándome fijamente—. Pero él ya no está, y entonces... ya ha llegado mi hora. Mi misión ya se ha cumplido —se le escapó una lágrima—. Yo nací para él, y ahora él me llama...



Nada más decir esto, cerró los ojos y se puso a cantar. Fue un canto sereno, melódico y cadencioso, lleno de sensibilidad y ternura. Aunque era su voz, no parecía que lo estuviera cantando ella. Y eso fue algo que nos hizo derramar las pocas lágrimas que nos quedaban a Efrem y a mí:

Sé de un lugar donde no existe la tristeza,
donde cantan los pájaros y crecen las flores;
donde el sol sale cada mañana,
y los esposos se aman en un abrazo eterno.
Abre tu corazón, que hoy vengo a buscarte, amor mío.

Te llevaré a un lugar donde estaremos juntos,
Donde el cielo y la tierra se mezclan,
donde todo es alegría y color.

Sé de un lugar donde pronto amanece,
donde no existe el odio ni la tiniebla,
donde nuestra hija será feliz.

Allí construiremos una casa, bañada por el sol,
en lo alto de un monte, cerca de Dios.

Hoy es el día del encuentro, el día del abrazo,
el día gozoso donde ya no hay lamento.

Te llevaré a un lugar donde reina el amor,
donde reina la luz, donde reina Dios.

Abre tu corazón amor mío,
porque hoy vengo a buscarte.

Vestidos de blanco

La muerte de Aisha supuso un varapalo tremendo en nuestra comunidad. No había una persona más querida en toda la tribu, y la noticia de su fallecimiento commocionó a toda la aldea.

Cuando la llevaron al cementerio, envuelta solamente en un sudario blanco, apenas éramos ya capaces de llorar. No nos quedaban lágrimas después de tantos muertos. Tan solo Leila y yo lo hicimos, junto con mis nietos. Nadie tenía ya fuerzas ni para eso.

Sí, Leila se convirtió del todo y volvió a querer a su hermana. Entre otras cosas, porque ya no era digna de envidia sino de lástima.

Efrem, roto por el dolor, no pudo oficiar la ceremonia y tuvo que ser otro hombre de la tribu quien lo hiciera. Aquel padre estaba totalmente destrozado, pues la ingrata muerte se había llevado por delante a la hija que él más quería.

Cumpliendo su expreso deseo antes de morir, se abrió la fosa de su marido y se quitó la tierra de encima hasta que se vio el sudario de Toni.

Los musulmanes no usan ataúdes, sino que sus cadáveres se depositan directamente en la tierra, cubiertos únicamente por su mortaja fúnebre. Y allí, boca abajo, encima de su esposo, se colocó el cuerpo de Aisha, como si ambos volvieran a fundirse de nuevo en un abrazo eterno.

No se me olvidará jamás aquella escena tan emotiva y dolorosa. Allí estaba yo, rota de dolor al ver de nuevo el cuerpo de mi hijo, y con mis dos nietos agarrados de la mano, mientras el corazón se me partía y mis entrañas se volvían a desgarrar. Allí estaba yo junto a los dos huérfanos, vestidos los tres de blanco, el color del luto musulmán.



El pequeño Ahmet se soltó de mi mano y acudió a dar un último adiós a sus padres, mientras Nasser, el mayor, me dijo:

—Abuela, ¿quién se quedará con nosotros a partir de ahora?

Mi nieto siempre se dirigía a mí en mi lengua. Después de tanto tiempo juntos, ya la sabía hablar, mientras que yo todavía no dominaba la suya.

—Yo seré vuestro padre y vuestra madre a partir de ahora —le respondí, secándome las lágrimas.

—No es lo mismo —contestó—. El muchacho había heredado el pensamiento lógico de un ingeniero, como era su padre.

—¡Claro que no lo es! —replicué—. Yo seré para vosotros la mejor abuela del mundo, pero jamás podré llegar a ser una madre, como tampoco vuestro abuelo Efrem podrá ser el padre que habéis perdido.

Efectivamente, desde entonces, aquellos dos pequeños ya solo nos tenían a su abuelo materno y a mí, y procuramos, por todos los medios a nuestro alcance, suplir de alguna manera tan enorme pérdida.

Aquel día de infiusto recuerdo en las calles de Susa, se llevó por delante a tres personas; tres seres inocentes que no habían hecho otra cosa más que amar. Murió mi hijo, murió mi nuera, y murió mi tercer nieto en el vientre de su madre.

Tan solo me queda la esperanza de que mis otros nietos, lejos de la perversión de Occidente y de su incultura del odio, podrán amar y recibir amor. Yo al menos, haré todo lo posible para que sea así.

Marián

Fue algunos años después cuando ocurrió un suceso que jamás olvidaré mientras viva.

Fue un 20 de octubre, el aniversario del día en que conocí a Víctor. Esa mañana me desperté con un sobresalto. Alguien había entrado en la tienda. Miré hacia la entrada y me pareció que se movía la cortina que tapaba el acceso, pero no vi a nadie.

Estaba amaneciendo, y algunos rayos de luz se introducían tímidamente por el hueco que deja el poste de madera que hace de soporte al frontal con la tela que constituye la pared.

Me di la vuelta para intentar dormir un poco más, pero no pude hacerlo. Sentía la intensa presencia de un ser que me estaba mirando, y en ese momento me incorporé y lo vi.

Era una figura infantil, difusa porque estaba a contraluz, con el pelo largo y rubio.

En ese momento miré hacia mi derecha, y allí estaba Ahmet, durmiendo plácidamente junto a su hermano. No era él.

¿Quién era entonces?, me pregunté. Mi nieto y yo éramos las dos únicas personas rubias que había en toda la tribu.

Entonces me levanté para verlo de cerca, y cuando estuve a su lado me encontré a una preciosa niña rubita con el pelo muy largo y unos enormes ojos almenadrados del color del crisoferilo. Una niña de unos cuatro o cinco años que me saludó, diciendo:

—Hola, abuela.

Me dio un vuelco el corazón y me puse tan nerviosa que me entraron ganas de llorar. Sin embargo, su semblante era tan amigable, irradiaba tanto candor, que enseguida me serené. La niña me miró fijamente con una sonrisa, y entonces le pregunté:



—¿Quién eres?

—Soy Marián.

—¿Marián?

—Sí —repuso, y sus grandes ojos se abrieron todavía más. Eran tan enormes que parecía que se le iban a salir de la cara. —Ven conmigo —me dijo, agarrándome de la mano—. Mis padres quieren saludarte.

Yo me dejé llevar y salimos al exterior, con mi corazón latiendo fuertemente y a toda velocidad. Una pequeña brisa soplaba desde el este, mientras los rayos del sol comenzaban a inundar todo el poblado.

La niña me llevó con paso firme hacia la tienda que en su día ocuparon Karim y Aisha, y entramos. Atravesamos la cortina que cubría la entrada... y allí estaban los dos.

Estaban abrazados, sentados sobre unos cojines, y besándose con mucho amor. En cuanto notaron mi presencia se separaron ligeramente, y Marián se acercó a ellos, sentándose a su lado. Aisha besó a la niña y Toni me saludó con la mano, procediendo su esposa a hacer lo mismo instantes después.



En ese momento oí un ruido a mi espalda. Alguien había entrado también en la tienda. Me volví y era Leila, que, como yo, se había levantado y había salido al exterior, sin ni siquiera ponerse el *rusari*.

—Hola, Olivia. ¿Tú también has visto a la niña?

—¿A la niña?

—Sí, a Marián. Estaba aquí hace un momento y me ha pedido que entrara.

—Pues... está aquí... —Me volví señalando al lugar en donde estaban los tres... solo que allí ya no había nadie. Tan solo se podían ver los baúles que contenían algunos de los enseres de Toni, que ahora habían pasado a formar parte de la comunidad.

—No me lo explico... —susurré, mirando al suelo, y Leila hizo un gesto similar. Salimos al exterior, y allí tampoco había nadie.

—Me ha dado esto —me dijo—. ¿Tú sabes lo que es?

En ese momento me dio un vuelco el corazón. La hermana de Aisha me mostraba sobre su mano extendida un objeto muy preciado que había pertenecido a mi familia desde mucho tiempo atrás, y que yo había regalado a mi hijo mayor cuando hizo su primera comunión.

Se trataba de una medallita de plata con la imagen de la Virgen del Carmen por un lado y del Sagrado Corazón por el otro.

En ese momento me eché a llorar. Y lo hice porque entonces tuve la certeza de que lo que había ocurrido no había sido un sueño, ni yo era sonámbula.

Aquella medalla se la dejó Toni en el cajón de su mesita de noche cuando se vino a Persia, y mi intención era devolvérsela cuando me vine a vivir con ellos. Efectivamente, cuando hice la maleta recogiendo mis cosas para venir aquí, fue lo primero que quise echar en el equipaje... pero no lo encontré. Pregunté a Vicky, pregunté a Angie mediante un recado que dejé en el orfanato... ninguna la había visto. ¡Había desaparecido! La busqué por toda la casa, revolviendo absolutamente todo, y al final desistí.

¿Cómo podía tener Leila aquella medallita? ¿Cómo era posible que ella hubiera soñado también con una niña que se llamaba Marián?

La pequeña era la tercera generación después de la madre de Irnma, y, como su bisabuela, tenía el don de aparecerse a los vivos. Y resultó ser un ángel travieso, pues aquel 20 de octubre se apareció también a su abuelo Efrem y a dos tíos más, además de Leila. Tanto el abuelo, como Amira, su otra tía, no hicieron caso a la visión y no acompañaron a la niña a ver a sus padres, aunque luego nos lo relataron.

La otra tía a quien se apareció mi nieta... sí, fue a su tía Vicky.



Mi hija me llamó muy turbada al día siguiente, pensando que había visto a la niña que abortó. Una niña rubia con las facciones de Toni, que bien podría ser la suya. Se tranquilizó un tanto cuando le aseguré que no había visto a su hija, sino a su sobrina.

Le conminé, eso sí, si tanto miedo tenía, a que volviera a la fe y rezara algunas oraciones por el alma de aquella niña a quien asesinó. No en vano, el padre David me dijo una vez que algunos niños abortados no podían entrar en el cielo por culpa del resentimiento que tenían hacia sus padres por haberles privado de la oportunidad de vivir. Niños que en muchas ocasiones se aparecían a sus progenitores de diversas maneras.

Lógicamente, un feto de 3 o 4 meses no es consciente de lo que le hacen, pero su alma cuando resucita sí que lo sabe. He ahí la gran diferencia entre Marián y la hija de Vicky. La primera había sido una hija deseada, y el amor de sus padres cuando la engendraron le bastaba para acceder al cielo. Solo podría culpar de su prematura muerte a Dios, pero Él ya le había dado la mayor dosis de gloria en el Paraíso, destino natural de todas las criaturas. Sin embargo, mi otra nieta no había sido deseada y su madre la había asesinado. En esas circunstancias, solo los méritos y el amor que pudiera haber dado durante su vida terrenal le podrían haber garantizado ese paraíso, y eso fue algo que se le negó al no haberle dado la oportunidad de vivir. El resentimiento, pues, tendría que ser enorme, y solo el arrepentimiento y la súplica de perdón por parte de su madre podrían hacer que esa alma se volviera hacia Dios, quien, en su infinita

sabiduría, había dispuesto que la salvación solo puede producirse con la colaboración de las criaturas. Por tanto, solo el arrepentimiento y la súplica de perdón a la hija y la oración ferviente a Dios implorando su misericordia por el crimen cometido, podía conseguir el perdón de la chiquilla, y que esta pudiera entrar en el cielo. Y también, de alguna manera, detener los remordimientos y el desasosiego que muchas madres padecen tras un aborto.

Ciertamente, Dios no da puntadas sin hilo, y si permitió que la pequeña Marián hiciera aquellas travesuras, fue por algo. Mi hija ya no volvió a ser la misma a raíz de aquello.

Vicky, la rebelde, ahora odiaba tanto el lesbianismo que se acabó rebelando esta vez contra las mujeres, y, aunque nunca lo reconoce, yo me doy perfecta cuenta cuando hablo con ella... ¡de que está con un hombre! Y un hombre que, por el tono de voz, no es precisamente un eunuco.

El susto que le dio aquella niña le hizo saltar de la cama, literalmente, y perdió todos aquellos kilos que había ganado, llegando a quedarse —más o menos— como estaba antes. La insensatez que hizo esterilizándose voluntariamente en el pasado ya no tenía remedio, pero al menos ahora puede normalizar su vida. Yo rezó todos los días para que se case y termine de encauzarse, y confío en que así será.

Desde aquel día, esa medallita cuelga de mi cuello y jamás me la quito. Es la prueba irrefutable de que los milagros existen —yo ya había presenciado uno en Medjugorje—, y la prenda que espero entregar algún día a su legítimo dueño, cuando, si Dios quiere, me reúna yo también con él.

Punto y final



Hoy estoy aquí, sentada en la veranda, mientras veo a mis nietos jugar con sus primos, contemplando la misma puesta de sol que contemplaron los sumerios en albores de la civilización hace ahora 6.000 años. Me pregunto cuántas mujeres antes que yo se habrán sentado en este mismo lugar llorando la perdida de sus maridos, de sus hijos o de sus nietos, en las innumerables batallas que se han librado aquí desde entonces.

Ya me aproximo a la vejez, y este tipo de pensamientos son los que suele tener una persona como yo. Rememorar el pasado, una y otra vez. Es algo habitual en la gente que ha vivido tanto, que ha tenido tantas experiencias, a quién le han ocurrido tantas cosas, como son las que me han ocurrido a mí.

Por eso, después de tantos muertos y tanto sufrimiento, muchas veces me pregunto si no hubiera sido mejor decirle que no a Lucy aquella tarde, cuando me invitó a ir al *Khan* a conocer a Víctor. Me hubiera ahorrado muchos sinsabores, esa es la verdad.

Pero a pesar de todo, siempre acabo pensando lo mismo: de haber hecho eso, hubiera renunciado a vivir la vida con mayúsculas, es decir, hubiera evitado sufrir enormemente, sí, pero también me hubiera perdido conocer lo que es amar hasta el extremo. Porque eso es lo que es *vivir la vida*, y no el sucedáneo que se “vive” ahora en Occidente.

Sí. De haberme quedado en casa aquella tarde, Aisha no hubiera muerto destrozada de dolor con mi nieta en sus entrañas. Pero tampoco hubiera podido gozar de un esposo tan maravilloso como era Toni. Además, esa es la verdad, hubiera muerto mucho antes por causa de su enfermedad sin haber conocido el amor.

Sí. De haber sido cobarde, de no haber salido de mi casa, no hubiera pasado y sufrido una guerra, pero hubiera tenido una vida como la que tiene ahora la gente que abandoné en Occidente. Una vida insustancial, edulcorada, vacía, triste y solitaria y donde el amor no está, ni se le espera.

De haberme quedado en casa y no haber optado por el amor, quizás hubiera acabado como esas mujeres, es decir, sola, amargada y frustrada, echándole la culpa a los hombres de mi desgracia, consumida en el hedonismo, y sin proyecto existencial alguno.

Porque ciertamente, todos esos sinsabores, todas esas amarguras, todas las penas que he pasado en mi vida se desvanecen como el rocío de la mañana cuando sale el sol, como la niebla cuando sopla el viento, en cuanto que veo reír, correr y saltar a mis nietos.

Sí, mereció la pena conocer a Víctor, conocer a Toni, conocer a Vicki y conocer a Angie. Y también, ¡cómo no!, mereció la pena conocer a Aisha, el ángel que fue la *alegría de nuestro corazón, la perla de nuestra familia, la estrella que nos guío, el astro que iluminó nuestras noches, la flor que alegró el desierto, el agua que lo vivificó y la pauta que marcó el devenir de nuestras vidas*.

Un hombre con una gran barba blanca salvó a mi marido y lo introdujo en la fe. Aunque hace ya tantos años, lo recuerdo como si hubiera sido esta mañana, el día en que nos confesamos en la explanada de Medjugorje. A pesar del dolor tan intenso que tengo por haberlos perdido, de alguna manera me consuelo pensando que otro hombre con barba blanca —Cyrus— de alguna manera salvó a mi hijo, al morir mártir por defender a los cristianos. Sí, ese es mi consuelo. Y sé que él está ahora junto a su hija y junto a su esposa, la cual, siendo un ángel como era, no puede estar en otro sitio más que en el cielo.

Yo tengo la completa certeza de que ella, junto a su queridísimo esposo y muy amado hijo mío, están ahora contemplando a sus hijos saltar, reír y brincar, desde el reino donde nunca se pone el sol, donde todo es alegría y júbilo, donde todo es amor y gozo.

Aisha y Karim, Karim y Aisha, estoy segura de que ellos están allí ahora mismo, amándose intensamente, como siempre lo hicieron. Un lugar al que, si Dios quiere, también llegaré yo algún día para reunirme con ellos y seguir amándolos, y para saludar de nuevo a Marián. ¡Qué gran abrazo nos vamos a dar cuando nos veamos!

FIN

Notas del autor

Cuando barrunté los primeros esbozos de este libro, mi intención era hacer una novela distópica. Es un género literario bien establecido como subgénero de la ciencia ficción.

Al terminar de escribirlo, consulté a Chat-GPT para que me dijera cuáles son las características de este tipo de novelas, no fuera a ser que lo que yo había escrito no encajara dentro de esa forma de literatura. Lo que me contestó no pudo ser más revelador:

Las características principales de la novela distópica suelen incluir:

- Ambientación en un futuro (cercano o lejano) que se presenta como indeseable, opresivo o aterrador.*
- Presencia de un sistema de control totalitario, ya sea político, tecnológico, social o corporativo.*
- Pérdida de individualidad y fomento de la uniformidad.*
- Vigilancia constante y falta de privacidad.*
- Declive general de la calidad de vida.*
- Restricción de la libertad de pensamiento y expresión.*
- Propaganda y manipulación de la información.*
- Un protagonista que suele cuestionar el sistema y lucha por la libertad o por un cambio.*
- Crítica implícita o explícita de aspectos de la sociedad actual, llevados a un extremo en el futuro. La conexión con el presente radica en que las semillas de estos elementos negativos ya existen en la sociedad actual y la novela explora su posible exacerbación en el futuro.*

Como digo, mi intención era hacer una novela de estas características, y la deriva ultra feminista que, en mi opinión, está teniendo la sociedad en la que vivimos, me dio pie para elegir esta temática como ambientación de la misma.

Sin embargo, y como me ha ocurrido en otras ocasiones, al final lo que me ha quedado es una enternecedora historia de amor.

Si a usted le ha gustado la historia, no tiene por qué seguir leyendo lo que viene a continuación. Va a tratar casi en exclusiva sobre el asunto distópico al que he hecho referencia, y quizás le reste encanto a la novela y le deje un mal sabor de boca.

Por el contrario, si la novela romántica no le ha terminado de convencer, o si considera que la distopía que he narrado ha ido demasiado lejos y que es poco creíble, puede echarles un vistazo a estas consideraciones. Quizás cambie de opinión, o quizás no. Todo dependerá de su propia experiencia al respecto.

Las bases

Como he dicho, la idea inicial era seguir el esquema de las novelas distópicas. Esto es, poner las bases en las que se asienta esa sociedad y colocar en ese escenario a unos cuantos protagonistas, que son sus víctimas. Ver cómo se desenvuelven, y cómo intentan escapar de ella, si es que es posible hacerlo.

En todas las distopías se pueden distinguir tres tipos de personas. Por un lado, están los que mandan y sus fanáticos seguidores, por otro las víctimas, y por último también nos encontramos a los "colaboracionistas".

Interesante asunto el de estos últimos. Porque en el fondo, los colaboracionistas también son víctimas. Son gente atrapada entre las víctimas y los verdugos, aunque nominalmente se encuadran entre estos últimos. En la novela indudablemente son los eunucos, que reciben las iras y los golpes tanto de unos como de otros. Son utilizados por sus "amas" como ariete para golpear a los insurgentes, y, como es lógico, estos se defienden de ellos.

Pero, volviendo a las respuestas de Chat-GPT, quiero incidir en el último punto que se destaca, y que es la motivación que me llevó a escribir la novela. Porque *las semillas de esos elementos negativos claramente ya existen en el presente*.

Efectivamente, el libro es una protesta hacia la ideología de género, que, en mi opinión, acabará destruyendo la sociedad. Yo no lo llamo feminismo, ni siquiera feminismo radical, porque el feminismo es otra cosa. No sé si llegaremos a ver algún día lo que se ha narrado aquí, pero hay señales más que preocupantes.

Por citar solo algunos casos recientes, quiero traer a colación lo que dijo una persona tan relevante como es la Secretaria de Estado de Igualdad, la segunda persona más importante de un ministerio en un gobierno de izquierdas, quien afirmó públicamente en 2023... que todos los hombres son unos violadores.

Dijo eso, ¡y no pasó nada! ¿Se lo pueden ustedes creer? ¡Dijo una barbaridad semejante, y nadie la reclamó! ¿Se imaginan si un hombre de la oposición hubiera dicho, por ejemplo, que las mujeres solo sirven para estar en la cocina? Estoy seguro de que antes incluso de terminar la frase hubiera sido despedido fulminantemente, e incluso lo hubieran metido en la cárcel acusado de un delito de odio. Y sin embargo, una cosa no es, ni de lejos, tan grave como la otra.

Por no hablar del caso Rubiales. Este hombre era presidente de la federación nacional de fútbol, y había sido acusado de ciertas irregularidades en su gestión al frente de ese organismo. Pero no habían conseguido cesarle, ni hacerle dimitir. Y sin embargo, le ocurrió como a Al Capone: que a pesar de haber extorsionado y matado a tanta gente, solo pudieron encarcelarle por una cuestión de impuestos.

Pues bien, algo parecido le ocurrió al señor Rubiales, solo que él no se topó con Hacienda, sino con el feminismo. Efectivamente, al haberse eliminado el concepto de abuso sexual y pasar ya todo a ser directamente agresión sexual, un simple beso se juzga con los mismos estándares que una agresión con penetración, y su condena solo depende de los diversos agravantes o atenuantes que se den en cada caso.

Pues bien, este señor cometió el tremendo error de dar un beso en público a la capitana de la selección nacional de fútbol cuando se produjo la entrega de trofeos por ganar el mundial femenino de 2023. Este simple beso, este desliz, fue lo que le costó el puesto, a pesar de que, en un principio, la chica no le dio importancia alguna al suceso. Pero eso no fue obstáculo para que las "feministas" se alzaran en armas y formaran un revuelo tal, que al final el señor Rubiales se tuvo que enfrentar a un juicio donde se le pedían nada menos que casi tres años de cárcel (!), por cometer semejante "barbaridad". Finalmente, y a pesar de la enorme presión que sufrieron, los jueces mantuvieron la cordura. Todo terminó con una fuerte sanción económica, para gran disgusto del colectivo "feminista", que exigía un castigo "ejemplarizante" como se hacía en la Edad Media, y aunque este castigo fuera contrario a la ley y al más elemental sentido común.

Otro caso muy sonado y mediático fue el de Dani Alves. Este futbolista fue denunciado por una mujer a quien presuntamente había violado en una discoteca. La opinión pública, siempre al quite, participó desde el primer momento en el asunto, y los tertulianos y tertulianas de turno pusieron el grito en el cielo. Unos y otros se dividían entre quienes opinaban que la mujer había denunciado por despecho, y entre los que decían que, si bien en un principio ella quería mantener relaciones, luego se arrepintió. En fin, lo de siempre, a saber qué fue lo que pasó. Pero el caso es que los jueces dictaminaron que sí había habido consentimiento, y por tanto, absolvieron al futbolista.

Yo no voy a entrar en si los jueces hicieron bien o mal su trabajo, aunque me inclino a pensar que no debió ser una decisión tomada a la ligera teniendo como tenían el foco mediático sobre sus cabezas. Pero lo más preocupante de todo no fue eso. Lo peor fueron las declaraciones que hizo la vicepresidenta del

Gobierno cuando se conoció la sentencia. Esta dijo, textualmente, que no se tendría que haber tenido en cuenta la presunción de inocencia, y que por tanto, se tenía que haber condenado a Alves solo con la palabra de la supuesta víctima.

Que esto lo diga un tertuliano o un periodista es una barbaridad, pero entra dentro de la libertad de expresión a la que todos tenemos derecho. Pero que lo diga toda una vicepresidenta del Gobierno de un país occidental, que tanto hace gala de haber dejado atrás los tiempos oscuros de la dictadura, es un signo más que preocupante del devenir de los tiempos. Porque si ponemos en cuestión la famosa frase de que “todo el mundo es inocente hasta que no se demuestre lo contrario”, en nada nos diferenciaremos de esos regímenes que tanto decimos aborrecer.

Señora vicepresidenta, me parece muy bien que usted quiera considerar la violación como un delito tan grave que haya incluso que vulnerar la presunción de inocencia del sospechoso. Pero cualquiera coincidirá conmigo en que el asesinato, por ejemplo, es un delito tan grave como ese o más, y sin embargo, yo no he visto nunca a ningún político o grupo activista que haya dicho que se tiene que juzgar al sospechoso de un crimen de la misma manera. ¿O es que los delitos cometidos contra las mujeres son más graves que los que se cometen sobre los hombres? Visto lo visto, parece ser que sí, y eso confirma el mecanismo perverso que subyace detrás de la ideología de género: la mujer es superior al hombre. He aquí la gran diferencia con el feminismo. Mientras este solo busca la igualdad, la ideología de género quiere imponer la superioridad, y se camufla con aquél para la consecución de sus fines.

Por último, no me resisto a mencionar de nuevo a la inclita secretaria de Estado de Igualdad antes mencionada, cuando dijo que le parecía “escandaloso” que el 75% de las mujeres prefirieran la penetración a la masturbación. Y para más despropósito, que después mostrara en sus redes la imagen de un conocido artefacto masturbatorio femenino al que denominó “aparato mata fascistas”.

Insisto. Este tipo de declaraciones las puede hacer cualquiera en un bar. Pero que las hagan las personas con más poder en una nación, con todos los instrumentos de propaganda que tienen a su disposición, y, que luego esas personas salgan reelegidas en los siguientes comicios, nos da una idea clara de por dónde puede ir el devenir de los tiempos en las próximas décadas.

Son solo unos ejemplos, pero podría traer muchos más, como son todas las leyes antidiscriminación que ya están en vigor, y que, lejos de promover la igualdad, a quien realmente discriminan es al hombre.

Y lo peor de todo es que estos casos que he mencionado, aunque pudieran parecer ficción, son reales. Tremendamente reales. Y eso es lo que más miedo me da. Porque ya saben ustedes que la realidad siempre supera a la ficción.

Y por esa razón no deberían parecerles chocantes o inverosímiles las sanguinarias proposiciones que hace Elle en la novela. Yo he oído algunas de las barbaridades que sueltan muchas mujeres en las manifestaciones del día de la mujer —el 8M—, y créanme que no son muy diferentes. Eso sí, a estas no se les puede decir nada ni acusarles de delitos de odio, no vaya a ser que nos tilden de machistas. *“Bueno, pero esas son cosas que se dicen ahí, pero no van más allá”*. Sí, lo que usted quiera. Pero, ¿se imagina algo de la misma índole dicho por un grupo de hombres respecto a las mujeres? Acabarían todos en la cárcel con total seguridad. Ese es el orden de cosas que nos puede llevar a presenciar acontecimientos como los que se han descrito en este libro.

Otro ejemplo. Existe una película realizada en 2016 que se titula “La Píldora Roja”, que en realidad es un documental promovido por una feminista norteamericana escéptica, Cassie Jaye. Esta película tuvo muchas dificultades para realizarse, y sus productoras tuvieron que recurrir al micro mecenazgo para obtener los fondos necesarios. Una vez terminada, fue censurada en muchos países, y en los que llegó a proyectarse tuvo que retirarse al poco tiempo ante las protestas airadas de los lobbies de turno.

Según se describe de forma literal en la Wikipedia a fecha de hoy 16 de abril de 2025, *“el documental cubre varios temas relacionados con los hombres: altos niveles de suicidios, accidentes laborales, falsas acusaciones de violación, reclutamiento militar, falta de recursos para las víctimas masculinas de violencia doméstica y violación, divorcios y custodias infantiles, disparidades judiciales, escasez de fondos para los hombres, tolerancia social y misandria”*.

El periódico “The Australian” escribió un artículo que tituló: “La Píldora Roja: «Demasiado veraz para que las feministas lo toleren»”. De igual manera, otro periódico, esta vez californiano, *“el Mercury News”* hizo lo propio con otra reseña a la que tituló: «La nueva película de la cineasta Cassie Jaye, es una píldora demasiado amarga de digerir para las feministas».

Ni que decir tiene que si los papeles de héroes y villanos en ese documental estuvieran cambiados, la película hubiera sido ampliamente difundida y estaría disponible en todas las plataformas de video. De hecho, allí podrán encontrar miles de otras películas similares que abordan la clásica temática de opresores y oprimidas, y que pueden verse por doquier en todos lados.

Que se censuren documentales como *“la píldora roja”* o que se toleren los salvajes insultos misandrinos de las delirantes feministas del 8M demuestra una palmaria realidad: que ya no somos iguales; que hay un género superior y otro inferior.

Y no somos iguales porque los políticos, egoístas como ningunos e interesados exclusivamente en su propio beneficio, han otorgado privilegios a uno de los géneros en detrimento del otro, como quizás ya hicieron en el pasado, siglos atrás, en sentido contrario. Y eso es algo que no se puede tolerar, sobre todo si queremos ser igualitarios. Porque una vez puesta en marcha esa maquinaria, es muy difícil revertirla, es más, seguirá aumentando, entre otras cosas porque aquellos a quienes beneficia, son los que deciden, mediante su voto, sobre su mantenimiento o su eliminación.

En definitiva, la dictadura de lo políticamente correcto y la Inquisición, ya existe. Si usted ha podido llegar hasta aquí y leer esto, es porque quien escribe estas líneas no quiere ni puede invertir en difundir su obra, y usted habrá accedido a ella por casualidad. De lo contrario, tenga por seguro de que ya habría sido eliminada de todas partes, y su autor “cancelado”, que es el término que la Inquisición utiliza cuando quiere suprimir algo o a alguien, cuando el derecho a la libertad de expresión es vulnerado y puesto en entredicho.

Hoy en día, como en todas las dictaduras, una persona solo es libre para escribir y opinar de lo que le dejan, o si no, acabará en la hoguera. Una hoguera, que, insisto, ya es real. Es el nuevo “acto de fe” que ahora se denomina “delito de odio”, aunque realmente, quien verdaderamente odia, son ellos. Por fin han obtenido su revancha.

Habrá alguna ingenua feminista de buena fe que crea que estoy exagerando. Que piense que la situación de la mujer viene de tan atrás, que es necesario este fuerte empujón hacia delante para que las cosas se igualen de una vez. Nada más lejos de la realidad. En primer lugar, porque no se viene de tan atrás. Todo es un cuento que los políticos nos han contado para llevarse nuestro voto. Pero, aunque fuera así, una vez que se ponen en marcha los mecanismos para sobrerepresentar algo o a alguien, ya nadie puede pararlos. Y no pueden pararse por la sencilla razón de que, en un estado democrático, nadie osa quitar “derechos” o privilegios a una parte de la población, so pena de perder millones de votos.

Y para terminar, una última consideración. Recuerdo que, cuando las milicias populares republicanas entraron en Madrid al principio de la Guerra Civil, ocuparon el conocido restaurante “Chicote”, lugar frecuentado por los “señoritos”, y se pusieron a fumar puros. Eso es solo una muestra de una cruda realidad: aquellos milicianos no querían acabar con los “señoritos”. En realidad, lo que verdaderamente deseaban, es que los señoritos fueran ellos.

Escenas eliminadas

Lo que viene a continuación es lo que, siguiendo un paralelismo con el mundo del cine, se podrían considerar como “escenas eliminadas”.

Tomé la decisión de suprimirlas con objeto de darle un mayor dinamismo a la novela, para no abrumar demasiado al lector al exponer consideraciones del narrador.

Son capítulos que extraje de la segunda parte, y que pueden verse aquí, para seguir intentando dilucidar si la distopía es creíble o no lo es.

Cómo llegamos hasta aquí

La demonización del hombre fue tomando forma poco a poco, de una manera sutil, pero muy efectiva. Todo eso cristalizó en una sociedad que odiaba al hombre por el mero hecho de ser hombre, mientras que estos se veían en la necesidad de asentir a todo, casi de pedir disculpas por existir, so pena de ser tildados de machistas y corroborar así todo lo que se decía de ellos.

La campaña de manipulación fue plenamente eficaz. Todo se fue fraguando subrepticiamente. Si, por ejemplo, había que concienciar sobre el consumo de agua, siempre era un hombre el derrochador y la mujer la que intentaba gastar lo menos posible. Igualmente, cuando se denostaban los combustibles fósiles, el hombre iba en coche y la mujer caminando o en bicicleta. Las series y las películas dejaron de tener protagonistas masculinos, y los hombres eran ahora los malos. Jamás una mujer representaba ese papel. Todo para obtener el favor de la crítica, la subvención, y ser políticamente correctos. Ahora eran las mujeres quienes daban una bofetada a los hombres en un ataque de ira, y estos lo soportaban pacientemente, sin atreverse siquiera a devolver el golpe. Solo faltaría que la Inquisición se les echara encima y censuraran la película. Era la estrategia típica del partido social: las acciones no son malas en sí mismas, sino dependiendo de quien las haga. Por supuesto, el súmmum de la maldad eran los sacerdotes católicos, quienes aparecían invariablemente en todas las películas como pervertidos pederastas, sin posibilidad de redención alguna.

La frase "quedó mucho por hacer": no importa lo que se hubiera conseguido, siempre quedaba mucho por hacer. Los organismos, los ministerios, los lobbies, para seguir teniendo financiación —y seguir teniendo un suculento empleo sus dirigentes—, exageraban, tergiversaban datos con medias verdades o directamente mentían con tal de conservar sus privilegios, siempre consiguiendo más y más derechos para las mujeres, y lógicamente, a costa de los de los hombres.

Al principio se veían con buenos ojos las leyes que favorecían a las mujeres sobre los hombres a la hora de encontrar un empleo, u obtener cargos públicos. Solo así se podía acabar con la brecha de género, se decía, hasta llegar a una situación "de equilibrio". El problema fue que, una vez establecida la ley, ya no había nadie que osara retirarla, ni siquiera cuando se consiguió el tan deseado equilibrio. Cualquier intento de rebajar los cupos o cualquier tentativa que aparentemente apuntase en esa dirección, era tildado de "reaccionario", de "machista", y de querer tumbar los derechos de las mujeres, que tanto había costado conseguir. De ceder siquiera un milímetro, se decía, a la larga se caería invariablemente en la tan odiada sociedad patriarcal donde las mujeres solo servían para cocinar, limpiar, y tener hijos.

Así las cosas, no hubo partido político que no tuviera entre sus objetivos promover aún más a la mujer, en una pugna frenética por ver quién era el más feminista. Partidos que no tenían ni un solo dirigente masculino, naturalmente, salvo alguno en las últimas posiciones de las listas. Salvo que ese hombre fuera gay —reconocido públicamente—, y entonces podía estar más arriba.

Las empresas que tenían "pocas" mujeres en su plantilla eran boicoteadas y solo se daba publicidad a las que tenían mujeres al frente. Con el tiempo, los hombres se vieron relegados de todos los empleos, y solo podían encontrar trabajo en las labores que las mujeres no querían hacer. Hombres brillantes se quedaban fuera solo para cumplir unos cupos que nunca se llenaban. Por supuesto, en los sectores donde las mujeres eran mayoritarias, como en la administración, no se aplicaban los cupos, pues les eran perjudiciales.

Como consecuencia, el desempleo masculino alcanzó cotas inéditas y hombres solteros vivían alcoholizados en guetos insalubres perseguidos por la policía. Cada vez menos chicos estudiaban carreras universitarias, pues sabían que las empresas no los iban a contratar a no ser que fueran los primeros de cada promoción. Siempre tenía preferencia una mujer, aunque sus calificaciones fueran mediocres.

No solo los grandes directivos de las empresas eran mujeres. También los mandos intermedios lo eran, pues no solo se incentivaban, sino que, además, los jefes no querían serlo ante el chantaje velado de poder acusarles de abuso de poder ante cualquier contrariedad. De hecho, muchos de los llamados "terroristas violadores" eran personas a quienes se les había arruinado la vida por denuncias exageradas o directamente, falsas.

Para algunas profesiones era muy difícil cumplir con la paridad. Por ejemplo, en el reparto a domicilio. Pocas mujeres se atrevían a ir solas a casas de desconocidos y los empresarios se veían obligados a enviarlas en compañía de otro hombre, con el consiguiente encarecimiento de los servicios. Pero no había otro remedio, si querían evitar las cuantiosas multas que prácticamente les obligaban a cerrar si se producían.

Con la excusa de que "hay que dar visibilidad al deporte femenino" y puesto que solo el masculino era el que se veía cuando se podía elegir, se prohibieron las retransmisiones masculinas y se subvencionaron fuertemente las femeninas. Al final no se veían ni unas ni otras. Las primeras, porque no existían, y las segundas, porque los hombres, principales consumidores, no aceptaron la imposición. Las disciplinas masculinas, al desprofesionalizarse, perdieron su valor para empujar a la juventud a hacer deporte, y solo sobrevivían las femeninas, vistas casi en exclusividad por las propias deportistas y sus familiares. Pocas mujeres que no fueran las que rodeaban a las jugadoras, se interesaban por verlas.

Al principio la paridad se intentó cumplir a todos los niveles, aunque dando prioridad a la mujer. Si tenía que estar un género sobrerepresentado, siempre era el femenino, nunca el masculino. No era de extrañar que la maternidad hubiera caído en picado. Las mujeres, simplemente, no tenían tiempo de tener hijos.

Y el resultado final de todo ese frenesí desbocado fue más que obvio. A los hombres apenas les quedaron derechos, pasaron a ser seres humanos de segunda clase, y la tan buscada igualdad había sido pisoteada y superada en pos de un supremacismo incluso mayor que el que tuvieron los hombres en la época "patriarcal". Con la diferencia de que ahora la situación era peor que antes. En aquellos tiempos, la mujer podía subsistir simplemente casándose y asumiendo el rol que la sociedad le otorgaba. Pero ahora, los hombres no tenían ningún rol, más que desaparecer. Los trabajos estaban copados por mujeres, y el género masculino asistió estupefacto al derrumbe de sus derechos, casi sin darse cuenta, siendo ellos mismos quienes votaron a aquellos partidos que lo que buscaban era destruirlos.

Cuando algún hombre se lamentaba de la situación, si su interlocutora era medianamente razonable y admitía el hecho, la respuesta siempre era la misma: «bueno, vosotros tuvisteis una situación de privilegio durante milenios, y ahora nos toca a nosotras disfrutar de esa posición. Es lo justo, ¿no?». Esa era invariablemente la respuesta, y ninguna entendía que con eso no se estaba haciendo justicia, sino que se producía otra injusticia. Principalmente, porque las supuestas desfavorecidas del pasado ya habían muerto, y sus desfavorecedores, también.

Efectivamente, se había consumado el desquite, la venganza, la revancha de las mujeres.

El partido social y el feminismo

La razón de ser del Partido Social es el enfrentamiento, la lucha de clases: la división maniquea del mundo entre buenos y malos, ricos y pobres, proletarios y capitalistas, y ahora, hombres y mujeres, siempre enfrentados.

El Partido Social se hizo hábilmente con el voto femenino, simplemente diciendo que "estaban de su parte". Algo paradójicamente que nunca había ocurrido... hasta que se vieron en la necesidad.

Efectivamente, con la irrupción de la clase media, ya no había muchos más "oprimidos" por los que luchar. Ahora estaban en horas bajas y buscaban desesperadamente nuevas "causas" en las que volcarse. Por tanto, este partido agrupaba también a las feministas, y ganaba siempre las elecciones al agrupar el voto de las clases trabajadoras y también el de la mayoría de las mujeres.

Primero comenzaron con los homosexuales. Se estima que una de cada diez personas lo son de nacimiento, y porcentajes mayores por elección personal. Si ese sector de la población es ganado para “la causa”, el partido que los ampare tendrá asegurado su voto, aunque su gestión en otros ámbitos sea nefasta.

Pero el bocado mayor eran las mujeres, que siempre han sido el 50% de la población. Con motivos algunas veces reales, otros exagerados y otros directamente inventados, se les hizo creer que seguían siendo víctimas de marginación, y poco a poco fueron votando a los partidos que defendían esos derechos y prometían acabar con la pretendida discriminación.

Pero pronto la búsqueda de la igualdad —que ya existía a todos los niveles—, se transformó en una descarada pretensión de superioridad, con el objetivo de seguir gozando de la simpatía electoral femenina. Primero fueron las normas que favorecían descaradamente a las mujeres, como la obtención de subsidios en toda clase de eventos desfavorables —que no se concedían a los varones—, así como todo un elenco de normas y leyes que ponían por delante a la mujer con respecto al hombre a la hora de obtener todo tipo de prebendas y favores por parte del Estado. Con la excusa de que había que “dar visibilidad a las mujeres”, se dieron ventajas en las oposiciones de los empleos públicos para contratar a mujeres, incluso en sectores en las que estas ya eran el sector mayoritario, como en el de las oficinas. Poco a poco esta norma se fue extendiendo también a las empresas privadas, quienes recibían feroces críticas y campañas orquestadas para no comprar sus productos si no lo hacían. Muchas corporaciones lo acabaron haciendo de “motu proprio” antes que recibir los vapuleos de las hordas feministas. Por supuesto, cualquier queja masculina en contra era silenciada y acababa generalmente en despido, tildada de machista y de reaccionaria.

Para captar el voto femenino, la propaganda del Partido Social siempre prometía “dar más derechos a las mujeres”. Como si estas tuvieran menos que los hombres, cuando en realidad, la Constitución ya establecía desde hacía mucho tiempo la igualdad de los mismos. Como consecuencia, ese aumento de derechos solo podía provenir de un menoscabo de los que tenían los hombres, que, desde entonces, no los vieron más que progresivamente reducidos. Y esto era admitido incluso por las propias feministas, pues el Ministerio de Igualdad pasó a llamarse el Ministerio de la Mujer.

Hasta que el delirio se les fue de las manos y los partidos de izquierdas comenzaron a recibir cada vez menos votos de hombres, que, quizás por no traicionar sus principios, simplemente se abstendían de votar, antes que votar a la Derecha. Pero con eso les hacían un flaco favor, pues a la larga, sobre todo cuando las feministas consiguieron sacar adelante las leyes de libre elección de sexo y la despenalización de la castración de los hijos, en último término el hombre estándar estuvo en franca minoría, por una simple cuestión numérica.

Con la pornografía fuertemente censurada, la prostitución prohibida y las mujeres reacias al sexo, aumentaron las violaciones e incluso surgió un grupo “terrorista” que se dedicaba a violar precisamente a lesbianas o a mujeres con atuendos poco femeninos al ser sospechosas de ser parte del Sistema. Esto implicó una reacción todavía mayor por parte del Gobierno, y como represalia, más hombres se agruparon para hacer lo mismo como respuesta. Los terroristas capturados eran condenados a cadena perpetua y se hacinaban en las cárceles en condiciones de especial precariedad, cuando no, sometidos a todo tipo de vejaciones hasta que la mayoría optaba por suicidarse.

En el momento en que la legislación dio primacía a la mujer sobre el hombre, nada impidió que, por ejemplo, cuando había que probar medicamentos nuevos en humanos, las pruebas siempre se hicieran sobre estos.

Los proletarios odiaban a los capitalistas, y la Revolución acabó con ellos. Cuando los pobres dejaron de serlo y se instauró la clase media, el socialismo ya no tenía razón de existir, pero este se buscó las mañas para encontrar otras “causas” en las que promover otra revolución, con tal de seguir o conseguir el poder. Había que buscar nuevos odios, y apareció el ecologismo, el animalismo, y cómo no, el feminismo.

El feminismo dejó de ser tal en el momento de que el Partido Social se apoderó de él, pues introdujo su ideología de clase, falsamente igualitaria, para radicalizarlo, para convertirlo en supremacismo. No hay piedad para los vencidos: todos deben ser exterminados.

La Inquisición

El Comité Permanente de Vigilancia y Alerta Temprana contra el Machismo, comúnmente llamado “la Inquisición”, era un órgano gubernamental con una dotación de fondos exorbitada. Agrupaba a las feministas más acérrimas, que intentaban, en su paroxismo, introducirse en todos y cada uno de los aspectos de la sociedad a fin de detectar cualquier indicio de lo que ellas denominaban “machismos”.

Por ejemplo, uno de sus campos de trabajo era la investigación de los denominados “falsos conversos”. Al igual que hizo en su día la Inquisición histórica, y ahora la Inquisición feminista, se investigaba a quienes se declaraban gays para ver si en realidad lo eran o bien se hacían pasar por ellos para gozar de los beneficios que ello suponía. Entre otros, ir a cárceles de mujeres, los cupos en los empleos, o los complementos salariales. Unos complementos que, al establecerse, habían comprado de facto el voto del 10% de la población —los que por estadística y desde el punto de vista biológico no son “heteros”—, y no había gobierno que cancelara esos complementos por temor a perder de golpe millones de votos.

Al igual que antiguamente los delitos contra la fe eran juzgados por un tribunal especial, —la Inquisición—, los delitos contra las mujeres también eran tratados por juezas especializadas que eran ultra feministas y que solían condenar a la mayoría de los acusados. Todo porque los jueces masculinos eran reiteradamente acusados de machistas, y poco a poco se vieron relegados por el Consejo de la Judicatura, quien recibió fuertes presiones para que llevaran solo casos de hurtos o crímenes en donde no interviniieran mujeres. Eran la nueva Inquisición. Con la diferencia, en contra de la opinión generalizada, de que la vieja Inquisición condenaba en muy pocos casos, y bastaba con la retractación del reo para soltarlo. Pero ahora se condenaba sin pruebas, solo con una acusación verbal, y el delito jamás se perdonaba ni se olvidaba, pues el desgraciado varón que había caído en sus garras aparecía en la famosa lista —el RAV (Registro de Acosadores y Violadores)—, de por vida. Dios al menos perdonaba, pero los nuevos dioses intocables, jamás lo hacían.

El paroxismo y la obsesión de las inquisidoras hizo implantar la ley que se llamó “del segundo”. Efectivamente, un segundo era lo máximo que un hombre podía mirar a una mujer desconocida, y no valían segundas miradas. A partir de ahí le podían denunciar si querían, alegando agresión sexual por miradas libidinosas. Por supuesto, un segundo mirando a la cara o a cualquier otra parte de su anatomía que no implique “querencia”. Mirar a los pechos, por ejemplo, era agresión sexual directamente, como ya pasó con los piropos, tiempo atrás. De hecho, siempre era mejor mirar a una mujer rica antes que a una pobre, sobre todo si el que miraba parecía tener dinero. El chantaje de la denuncia, aunque no se hubiera excedido el tiempo permitido, siempre aflojaba el bolsillo. Y por supuesto, tenía que ser el hombre quién demostrase que no la miró, o que solo miró el tiempo permitido o la zona permitida. Una demostración inverosímil, pues era la palabra de una contra la del otro, y ya sabemos a quién se creía en caso de duda.

Había una lista pública de agresores sexuales que todas las empleadoras miraban antes de contratar a alguien. Si tras el juicio se demostraba la inocencia, no desaparecían, aunque sí se colocaba un asterisco, que en realidad servía de poco o nada. Y eso significaba su fin social, pues ninguna empresa podía contratar a nadie que estuviera incluido en ese registro. Y eso de facto, acabó con los famosos “techos de cristal”, es decir, la histórica reivindicación del feminismo que decía que los puestos de responsabilidad en las empresas o en las instituciones públicas, siempre estaban ocupadas por hombres. Cualquier denuncia o acusación a un jefe o a un mando intermedio, incluso por acoso laboral, acababa con su nombre inscrito en el RAV, y la persona en cuestión en muchas ocasiones terminaba con su vida, no solo social sino física, pues eran numerosos los suicidios por esta razón.

Sí, claro, no todas las mujeres que se enfadaban con sus jefes por cualquier cuestión acababan denunciándolos. De hecho, eran una minoría. Pero el miedo se apoderó de todos ellos, y ya ninguno quería ser jefe, ni siquiera un mando intermedio. Todos los jefes se extinguieron, y pasaron a ser jefas. Aun así, los simples compañeros no estaban tampoco exentos de riesgos.

Y lo mismo ocurrió con la justicia. Los jueces que juzgaban a acusados de delitos cuyos casos fueran mediáticos, no tenían más remedio que condenarlos, so pena de ser acosados y señalados incluso en sus domicilios. Tan solo las juezas tenían alguna indulgencia, aunque también se las acusaba de

“colaboracionistas”, y eso veía perjudicada su carrera judicial. Por tanto, todos los hombres entraron en una completa indefensión, que fue minando su autoestima y su participación en todos los ámbitos de la sociedad.

Pero también las propias mujeres fueron víctimas de la Inquisición. Se había producido la revancha de las mujeres contra los hombres, pero también la de las feas sobre las guapas. En efecto, también las mujeres con poco pecho o pocas curvas ahora se vengaban de aquellas que tradicionalmente las miraban por encima del hombro, obligándolas a taparse y no exhibir sus atributos femeninos. Los cirujanos estéticos habían pasado de operar senos para aumentarlos a disminuirlos, o directamente extirpar unos apéndices mamarios que ya nadie quería ni necesitaba. Así, entre otras cosas, se reducía el riesgo de padecer cáncer, se decía. Como si no existieran otras formas de reducir ese riesgo, entre otras, la lactancia. Pero claro, eso significaba hacer aquello que el Sistema más aborrecía.

Si alguna mujer denunciaba esto u otras cosas, o “blanqueaba” a los hombres, jamás se le acusaba de nada ni se le ponía al mismo nivel que si las mismas palabras hubieran sido pronunciadas por un integrante del género masculino. Simplemente, se decía que era una víctima del patriarcado, que aún persistían en ella los “errores” del tradicionalismo retrógrado y que necesitaba acercarse al lado bueno para ver la luz (léase: adoctrinamiento de género).

En definitiva, eran toda una suerte de estratagemas establecidas con la única finalidad de fomentar la conciencia de clase y crear víctimas. Víctimas, que luego se transformaban en votos, naturalmente, para que sus promotores siguieran cobrando del erario público sin mayor preocupación que la de fidelizar a sus “clientes”.

Puedes contactar con el autor escribiendo un correo a: xanticore@live.com